

OBRAS DE REFERENCIA

HISTORIA

César Olivera Serrano (ed.)

Entre el altar y la corte

*Intercambios sociales y culturales
hispánicos (siglos XIII-XV)*



ATHENAICA
EDICIONES

LAS SOCIEDADES HISPÁNICAS MEDIEVALES compartieron un amplio y variado caudal de principios y valores comunes en el terreno político, social, cultural y espiritual. Aunque existían elementos propios y exclusivos de cada reino, hubo una sólida base común que permitía una rápida adaptación de los personajes que emigraban a otros territorios vecinos. Las respectivas sociedades cortesanas fueron capaces de entenderse a partir de los rasgos culturales, artísticos, literarios y espirituales que todas tenían en común, y aprovecharon los contactos políticos, familiares e institucionales para enriquecerlos. Un estudio comparado de algunos de estos intercambios permite entender la fisonomía de lo *hispánico* durante la Baja Edad Media, una época caracterizada por la definición progresiva de los poderes del Estado. Los ejemplos que ofrecen los especialistas que escriben en este volumen nos ofrecen un variado panorama cultural que combina la especialidad temática con el contexto general de la época.

ENTRE EL ALTAR Y LA CORTE.
INTERCAMBIOS SOCIALES Y CULTURALES HISPÁNICOS (SIGLOS XIII-XV)

OBRAS DE REFERENCIA

HISTORIA

César Olivera Serrano (ed.)

Entre el altar y la corte

*Intercambios sociales y culturales
hispanicos (siglos XIII-XV)*



ATHENAICA
EDICIONES

ATHENAICA EDICIONES
OBRAS DE REFERENCIA · HISTORIA

Este libro se financia con cargo al proyecto de investigación titulado
Transferencias humanas, culturales e ideológicas entre los reinos ibéricos, siglos XIII-XV
(HAR2017-89398-P) del Ministerio de Ciencia e Innovación

Primera edición: junio de 2021

Imágen de cubierta: Virgen de Tobed (Fragmento).

Atribuido a Jaume Serra, ca. 1367-1369.

Museo Nacional del Prado

© los autores, 2021

© de las imágenes: Museo Nacional del Prado y The Hispanic Society of America

Milhojas Servicios Editoriales, S. Coop. And., 2021
c/ González Cuadrado, 46, 1A 41003 Sevilla (España)
www.athenaica.com / athenaica@athenaica.com

Extravagantes, 4

ISSN: 2660-8693

ISBN: 978-84-18239-38-0

Versión electrónica disponible en e-Archivo
<http://hdl.handle.net/10016/32684>



Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 España

ÍNDICE

PRESENTACIÓN DEL VOLUMEN.	11
César Olivera Serrano	
LA SINGULAR PROYECCIÓN DE LOS OBISPOS DE ORIGEN PORTUGUÉS EN LA CASTILLA DE ALFONSO XI	15
Ana Arranz Guzmán	
Relación de obispos portugueses titulares en las diócesis de la corona de Castilla	23
Conclusiones	41
ENTRE LA INTEGRACIÓN Y EL VÍNCULO CON LOS ORÍGENES: LOS NOBLES FRANCESES Y LUSOS AFINCADOS EN CASTILLA (1369-1414)	47
Isabel Beceiro Pita	
El retorno: Bertrand Duguesclin y Pierre de Vilaines.	49
El extrañamiento en Castilla: Juan Alfonso Pimentel.	51
La existencia vital intermitente entre Castilla y Francia: Robert de Braquemont.	54
Los procesos de integración	55
Los vínculos con los orígenes	58
INFLUENCIAS «FORÁNEAS» EN LA REFORMA MONÁSTICA EN CASTILLA DURANTE LA BAJA EDAD MEDIA	65
Margarita Cantera Montenegro	
PATRONAZGO ARTÍSTICO REGIO EN FEMENINO: LA VIRGEN DE TOBED Y EL PROTAGONISMO LEGITIMADOR DE DOÑA JUANA MANUEL DE VILLENA PARA LA DINASTÍA TRASTÁMARA.	89
David Chao Castro	
Introducción	89
La Virgen de Tobed.	89

La retablística como exvoto para el cambio dinástico castellano en el santuario de la Virgen de Tobed (Zaragoza). El necesario patronazgo de doña Juana Manuel de Villena.	99
Doña Juana Manuel y la devoción mariana	111
Conclusiones	117

INTENSIFICACIÓN DE LAS RELACIONES ENTRE LAS CORONAS DE CASTILLA Y ARAGÓN BAJO LA DINASTÍA TRASTÁMARA A LA LUZ DE LA TRAYECTORIA DE DIEGO GÓMEZ DE SANDOVAL	119
Máximo Diago Hernando	
Introducción	119
Precedentes del siglo XIV.	120
· Algunos ejemplos de nobles «a caballo» entre reinos en el siglo XIV . . .	121
· Avances del proceso de ósmosis entre Aragón y Castilla en las comarcas fronterizas durante el siglo XIV	123
· Pequeños señoríos en poder de nobles súbditos de otro reino	126
Arranque del proceso de ascenso de Diego Gómez de Sandoval con Fernando de Antequera	130
· Mercedes recibidas de Fernando de Antequera por Diego Gómez de Sandoval y otros súbditos castellanos	134
La etapa siciliana de Diego Gómez de Sandoval al servicio del infante Juan . .	138
Primeros pasos de Diego Gómez de Sandoval en Castilla en el entorno del infante Juan tras el regreso de Sicilia	143
Altibajos en la carrera de Diego Gómez de Sandoval al compás de la evolución del enfrentamiento entre los infantes de Aragón y Álvaro de Luna	146
Mercedes de señoríos en la Corona de Aragón en compensación por las pérdidas en Castilla	151
· Señoríos en el reino de Valencia.	155
Recuperación de la influencia perdida en Castilla por los sucesores de Diego Gómez de Sandoval y los orígenes del marquesado de Denia . .	157
La vindicación de la memoria de Diego Gómez de Sandoval por su descendiente el primer duque de Lerma.	160
Conclusiones	162

PEDRO AFONSO DE BARCELOS OBSERVADOR E VIAJANTE EM CASTELA E ARAGÃO: PERSPETIVAS CRUZADAS	165
Isabel Barros Dias	
A Sentença Arbitral de Torrellas reportada por Pedro Afonso de Barcelos . . .	169
Dois relatos redigidos em época mais próxima da sentença arbitral de Torrellas do que a <i>Crónica de 1344</i>	178
Dois relatos de época contemporânea / posterior à primeira redação da <i>Crónica de 1344</i>	192
BAJO EL AMPARO DEL MONASTERIO: LOS BURÓCRATAS BIENHECHORES DE SAN BENITO EL REAL DE VALLADOLID DURANTE EL SIGLO XV	209
César Olivera Serrano	
Introducción	209
El <i>Libro de los bienhechores</i>	213
San Benito de Valladolid: residencia y archivo regio.	220
Los burócratas de Juan II y Enrique IV	231
· Fernán Alfonso de Robles	232
· Martín López Hinestrosa	236
· El doctor Diego Rodríguez.	237
· Alvar González de León	238
· Alfonso Pérez de Vivero	240
· Fernando Díaz de Toledo, el relator	243
· Alfonso Álvarez de Toledo	245
· Alfonso de Estúñiga.	245
· Pedro Alfonso de Valladolid	246
· Juan de Luzón	247
Los burócratas de los Reyes Católicos	248
· Gonzalo González de Illescas.	249
· El licenciado Alonso de Orihuela.	251
· Alfonso Sánchez de Logroño	251
· Alonso de Ávila	253
· Gutierre de Cárdenas.	254
· El doctor Rodrigo Maldonado de Talavera	256
Conclusión.	257

CENSURA Y AUTOCENSURA EN LA TEMPRANA IMPRENTA HISPÁNICA: EL LINAJE VILLANDRANDO, CONDES DE RIBADEO, Y LOS <i>CLAROS VARONES DE CASTILLA</i> , DE FERNANDO DE PULGAR.	261
Óscar Perea Rodríguez	
Una duda fundamental: la hidalguía del linaje Villandrando	267
El huraño Pedro de Villandrando, ¿responsable de las alteraciones textuales?	282
Objetividad historiográfica y manipulaciones textuales en los inicios de la imprenta	297

PRESENTACIÓN DEL VOLUMEN

CÉSAR OLIVERA SERRANO

Instituto de Historia (CSIC)

Los estudios recogidos en este volumen ofrecen algunos de los principales resultados del Proyecto de Investigación titulado *Transferencias humanas, culturales e ideológicas entre los reinos ibéricos (siglos XIII-XV)*, financiado por el Ministerio de Economía, Industria y Competitividad (hoy Ministerio de Ciencia e Innovación), identificado con la clave HAR2017-89398-P, y codirigido por Isabel Beceiro Pita y el que suscribe esta presentación. Una parte de los investigadores que hemos tomado parte en su desarrollo partíamos de los conocimientos y avances previos de otros proyectos anteriores¹.

La experiencia acumulada durante la investigación pasada, y ahora completada con nuevas aportaciones, ha puesto de manifiesto la importancia de relacionar la historia social y política con los fenómenos culturales y espirituales de los reinos ibéricos durante la Baja Edad Media, especialmente en el ámbito de las sociedades cortesanas. En este marco general se veía la necesidad de profundizar en los intercambios, contactos, y relaciones de todo tipo que facilitaron la asimilación de valores culturales y espirituales (literarios, artísticos, devocionales, etc.) entre las sociedades peninsulares. Todo este bagaje común, convenientemente contextualizado, permite entender cada vez mejor una fisonomía cultural compartida de especial interés a través de algunos estudios monográficos que ahora presentamos. Los diferentes capítulos que los investigadores publican en este volumen, ordenados de forma alfabética, cubren un abanico muy amplio de enfoques y temas.

Está muy presente en varios textos el análisis de los movimientos y contactos transfronterizos entre los reinos ibéricos. La profesora Ana Arranz

1. El primero, desarrollado entre 2009 y 2012, se titulaba *Legitimación del poder, corrientes religiosas y prácticas de piedad en la Corona de Castilla, siglos XII-XV* (HAR2008-04696), y el segundo, entre 2017 y 2020, llevaba por título *Identidades, contactos, afinidades: la espiritualidad en la Península Ibérica, siglos XII-XV* (HAR2013-45199-R), dirigidos ambos por la doctora Isabel Beceiro Pita (CSIC).

Guzmán, por ejemplo, se centra en el estudio de los prelados que ocuparon las sedes episcopales de Castilla y Portugal en la primera mitad del siglo XIV, durante el reinado de Alfonso XI, para explicar mejor los criterios y las pautas seguidos en ambas cortes regias en relación con el gobierno del reino y de las sedes, en una época marcada por la política centralizadora de estas dos monarquías así como de la propia corte pontificia. Los movimientos de ida y vuelta de los obispos facilitaron, entre otras cosas, las prácticas canónicas a ambos lados de la frontera y el mutuo conocimiento cortesano.

Isabel Beceiro Pita, por su parte, también plantea un interesante estudio de tipo transfronterizo entre Castilla y Portugal para una época inmediatamente posterior, la de las guerras civiles castellana y portuguesa que permitieron la subida al trono de los Trastámara (1369) y los Avís (1385). En este caso se analizan los flujos de caballeros que se acabaron afincando en Castilla al término de los conflictos militares. Por una parte señala algunos ejemplos de mercenarios franceses que fueron premiados con señoríos castellanos, y por otro lado explica la instalación de grandes miembros de la alta nobleza portuguesa de la corte de Fernando I que se exiliaron tras la victoria del maestre de Avís. Los ejemplos mostrados permiten entender mejor los criterios de adaptación al reino de acogida, donde formaron parte del entorno cortesano, explicando las razones que facilitaron o dificultaron el arraigo.

Otro ejemplo interesante en esta misma línea de la realidad fronteriza lo aporta Máximo Diago Hernando, que estudia el transcurso de un linaje (el de los Sandoval) a ambos lados de la frontera castellano-aragonesa. El análisis se centra en el papel político del linaje al hilo de la compleja política de aquel tiempo, y todo ello sirve para desvelar la estrategia transfronteriza de los Sandoval entre dos coronas que con frecuencia tenían conflictos de gran alcance.

Las influencias e intercambios de naturaleza espiritual están presentes en dos capítulos del libro. Margarita Cantera Montenegro aborda en el suyo el importante campo de las reformas observantes de las órdenes religiosas en la Baja Edad Media, especialmente en la etapa de la dinastía Trastámara, para centrarse en las influencias transfronterizas que afectaron a las experiencias reformistas patrocinadas por los reyes. En este terreno se hace muy visible la huella de la orden benedictina, cuyo foco reformista vallisoletano tiene una incidencia muy fuerte en el resto de las órdenes monásticas.

Sin abandonar la estela de los benedictinos de Valladolid, César Olivera Serrano aborda un aspecto esencial de la expansión observante: el papel de los burócratas de la corte castellana en su faceta de donantes y bienhechores del cenobio. Junto a los reyes, prelados y priores, el estudio destaca el poco conocido papel desempeñado por algunos grandes oficiales de las instituciones centrales (Corte, Cámara y Audiencia) que aparecen recogidos en el *Libro de los bienhechores*.

La producción literaria y artística está presente en tres capítulos del volumen. La profesora Isabel Barros Dias aborda un interesante personaje, el conde Barcelos, Pedro Afonso, que produjo a mediados del siglo XIV algunas de las más importantes obras literarias e historiográficas de la época, muy difundidas después entre los círculos nobiliarios y cortesanos de Portugal, Aragón y Castilla. El estudio profundiza en el análisis de sus contactos familiares y cortesanos, que son en definitiva el principal vehículo de difusión de sus obras.

El capítulo de Óscar Perea Rodríguez se sitúa a finales del siglo XV, con un extenso y detenido análisis del linaje Villandrando, tronco de los condes de Ribadeo, a través de una de las obras más conocidas y difundidas de Hernando de Pulgar, los *Claros varones de Castilla*. El análisis textual, la contextualización de los miembros del linaje, las relaciones familiares y los contactos con otros poetas y escritores del reinado de los Reyes Católicos permite entender el significado profundo del ensalzamiento que ofrece el cronista.

David Chao Castro nos ofrece una interesante visión iconográfica de tipo comparado entre las dinastías portuguesa y castellana al hilo del retablo de Tobed, donde se advierte con claridad la notable influencia ejercida por Juana Manuel, esposa de Enrique II, en el programa legitimador de la nueva dinastía castellana. Los mensajes proféticos asociados al linaje Manuel revelan las claves interpretativas de corte político-religioso.

En definitiva, el conjunto de capítulos ofrece un abanico multidisciplinar de los elementos compartidos entre las monarquías hispánicas bajomedievales en el terreno de la cultura, la política y la espiritualidad. Todo este bagaje no impedía la existencia de conflictos políticos puntuales, pero formaba un terreno común compartido que es preciso conocer en detalle desde una perspectiva comparada.

LA SINGULAR PROYECCIÓN DE LOS OBISPOS DE ORIGEN PORTUGUÉS EN LA CASTILLA DE ALFONSO XI¹

ANA ARRANZ GUZMÁN

Universidad Complutense de Madrid

El reinado de Alfonso XI (1312-1350) coincidió con el desarrollo de dos de las realidades que iban a marcar más decisivamente su gobierno, así como buena parte de las formas políticas castellanas de las dos últimas centurias medievales. La primera de ellas fue la entrada de los letrados y, en general, de los universitarios en la vida pública castellana, de manera continuada y contundente. Se trataba de un fenómeno común al conjunto de los reinos del Occidente europeo tras la determinante irrupción del derecho romano en los siglos inmediatamente anteriores. La causa, como de todos es conocido, fue la cada vez mayor complejidad de las tareas político-administrativas que, para su correcta ejecución, requirieron de un mayor número de hombres expertos en la materia. Los doctores en Leyes (derecho civil) y los doctores en Decretos (derecho canónico) resultaron ser los especialistas más solicitados, pero también lo fueron, aunque en menor medida, maestros en Artes y doctores en otras disciplinas. La segunda realidad fue el cambio operado durante el Papado de Aviñón en la política beneficial llevada a cabo por los pontífices de esta época, que puede resumirse en una concluyente generalización de la reserva pontificia en las elecciones

1. Abreviaturas utilizadas:

ASV: Archivo Secreto Vaticano.

CA: Cámara Apostólica.

Oblig. et Sol.: Obligationes et Solutiones. Servitiorum Communium.

AC: Archivo Catedral.

AHN: Archivo Histórico Nacional.

Cortes: Cortes de los Antiguos Reinos de Castilla y de León, Madrid, Real Academia de la Historia, I, 1861.

BNE: Biblioteca Nacional de España (Sección Manuscritos)

BNP: Biblioteca Nacional de Portugal (Sección Reservados)

TTL: Torre do Tombo de Lisboa.

episcopales, con el claro objetivo de incrementar los ingresos de la Cámara Apostólica².

Ya en 1963 Ramón Menéndez Pidal, siguiendo algunas de las notas que le había facilitado Luis García de Valdeavellano, llamó la atención sobre cómo los juristas se hicieron cada vez más indispensables a los monarcas del siglo XIV: «El “sabidor de derecho, del fuero, de la costumbre de la tierra” de que hablan las Partidas alfonsíes, fue siempre consultado por los reyes, ocasionalmente, en los asuntos jurídicos (muchos sabidores, nobles o no, intervienen en la Corte de Toledo según el *Mío Cid*); pero con la recepción del derecho romano, los juristas se hicieron indispensables a los reyes del siglo XIV»³. Poco después, los estudios llevados a cabo por José Antonio Maravall y, en especial, por Salvador de Moxó abrieron el camino a las investigaciones posteriores en torno a la aparición y gradual relieve adquirido por los letrados, tanto en las cortes europeas, en general, como de manera particular en la castellana de Alfonso XI⁴. En su estudio, el profesor Moxó se centró en el análisis de los letrados laicos, aunque también señaló el papel desempeñado por tres eclesiásticos, consejeros de este monarca: Juan del Campo, obispo de Cuenca, Oviedo y León, Pedro Gómez Barroso, promovido cardenal en 1327 y Gil Álvarez de Albornoz, arzobispo de Toledo y elevado también al cardenalato en 1350. El interés concreto sobre el valor alcanzado por las titulaciones académicas de los eclesiásticos y su derivada proyección en el gobierno de Castilla llegó unos años más tarde a la historiografía, de la mano de otros investigadores⁵.

2. Para el tema de la colación de beneficios sigue resultando de obligada lectura la ya clásica obra de G. Mollat, *La collation des bénéfices ecclésiastiques à l'époque des Papes d'Avignon*, París, 1929.

3. Palabras recogidas de su «Introducción» a la *Historia de España*, vol. XV, Madrid, Espasa-Calpe, 1970, p. XXII.

4. Respectivamente en: «Los hombres de saber o letrados y la formación de su conciencia estamental», en *Estudios de historia del pensamiento español*, Madrid, 1973, pp. 335-340, y «La promoción política y social de los letrados en la Corte de Alfonso XI», *Hispania*, 129 (1975), pp. 5-29.

5. Sirvan como ejemplo los trabajos de: José Sánchez Herrero, «Los obispos castellanos. Su actividad académica y cultural durante el siglo XIV, 1316-1377», en *Pensamiento medieval hispano. Homenaje a H. Santiago Otero*, José María Soto Rábanos (coord.), Madrid, 1998, vol. I, pp. 253-271; Ana Arranz Guzmán, «La presencia y prelados en cargos políticos y actividades

En cuanto Alfonso XI tomó las riendas del poder en 1325, tras unos años repletos de graves dificultades en el gobierno para sus tutores, no tardó en conocer los derroteros por los que transcurría la política de los reinos vecinos, siendo en seguida consciente de la necesidad de rodearse de universitarios titulados en aquellas disciplinas determinantes para poder dar la vuelta a la penosa situación por la que atravesaba Castilla. De ahí que tuviera en cuenta la adecuada preparación cultural a la hora de seleccionar a sus más estrechos colaboradores, laicos y eclesiásticos. Pero, como ya se ha apuntado, su reinado efectivo corrió en paralelo con el desarrollo de la práctica *reservacionista* en materia electoral eclesiástica y, en concreto, con el del gobierno de tres de los pontífices aviñonenses más representativos en esta dirección: Juan XXII (1316-1334), Benedicto XII (1334-1342) y Clemente VI (1342-1352).

Cuando accedió Juan XXII al trono de san Pedro, su carácter autoritario y resuelto se mostró desde el principio, al igual que las señas de identidad que iban a marcar su pontificado y el de sus sucesores inmediatos: el proceso de centralización en el gobierno de la Iglesia y la generalización de la reserva pontificia en la provisión de los beneficios eclesiásticos como pilar de la nueva fiscalidad programada⁶. A la creciente complejidad de la

de gobierno durante el gobierno de Pedro I de Castilla», *Estudios de Historia y de Arqueología Medievales*, Universidad de Cádiz (1993), pp. 11-40 y «Titulación académica y promoción política de los obispos castellanos en tiempos de Pedro I», en *Estudos em Homenagem ao professor Doutor José Marques*, Faculdade de Letras da Universidade do Porto, 2006, vol. I, pp. 165-176.

6. La bibliografía existente sobre la historia del papado y, en concreto, sobre el Papado de Aviñón es profusa, al abarcar desde asuntos artísticos y biográficos hasta los relacionados con la intelectualidad del momento o la fiscalidad, por lo que me limitaré a mencionar, además de la obra ya citada de G. Mollat, solo algunos títulos clásicos representativos o que contienen abundantes referencias documentales sobre diferentes personajes y temas monográficos relacionados con su evolución: B. Guillemain, *La politique bénéficiaire du pape Benoît XII*, París, 1952 y *La Cour pontificale d'Avignon au XIV^e siècle (1309-1376)*, París, De Boccard, 1962; G. Mollat, *Les Papes d'Avignon (1316-1378)*, París, 1964, 10^a ed.; Yves Renouard, *La papauté à Avignon*, París, 1954; E. Duprè Theseider, *Problemi del papato avignonese*, Bolonia, 1961; Jean Chelini, *L'Église au temps des schismes (1294-1449)*, París, Armand Colin, 1982; D. Wood, *Clement VI. Pontificate and Ideas of an Avignon Pope*, Cambridge, 1989. Por su especial relación con Alfonso XI ha de citarse también la obra de Juan Beneyto Pérez, *El cardenal Albornoz, canceller de Castilla y caudillo de Italia*, Madrid, 1950. Por último, buenas síntesis acerca de la institución pontificia, así como sobre algunos de los pontífices aviñonenses en: Francis Rapp, *La Iglesia y la vida*

administración, común al conjunto de las monarquías europeas, la corte de Aviñón veía agravada su situación por la precariedad económica que padecía. Su falta de liquidez y, en definitiva, el caos del fisco pontificio eran fruto de una serie de factores. Entre ellos ha de destacarse, en primer lugar, el desorden existente en buena parte de las posesiones eclesiásticas, concretamente monásticas, a causa del despoblamiento de distintas zonas, de las epidemias y de los robos perpetrados en ellas, lo que había conllevado una drástica reducción de sus ingresos; en segundo, la irregularidad en la percepción de los censos debidos a la Santa Sede por sus reinos vasallos; y, finalmente, la agudización de los problemas en la recaudación de los diezmos, entre otros⁷. A dichos factores se unieron, además, algunos específicos del periodo aviñonés, tales como el gasto generado por el traslado de la corte pontificia (construcción y decoración de nuevos palacios) y los posteriores, ocasionados por la creación y mantenimiento de un ejército papal, indispensable para conseguir la pacificación y recuperación de los Estados Pontificios y, con ello, la única posibilidad de regresar a Roma. La mala gestión económica llevada a cabo por Clemente V empeoró aún más la situación, ya que del millón largo de florines que debía atesorar la Cámara Apostólica a su muerte, el organismo solo contaba con setenta mil florines, de los que la mitad correspondían a los cardenales. A Juan XXII no le quedaba otro remedio que emprender una reforma a fondo, y así lo hizo, según está recogido en el contenido de los varios miles de documentos conservados de su pontificado en los registros aviñonenses⁸.

religiosa en Occidente a fines de la Edad Media, Barcelona, Labor, 1973; José Orlandís, *El pontificado romano en su historia*, Madrid, 1996; M. Barrio, J. Paredes, D. Ramos-Lisón y L. Suárez, *Diccionario de los Papas y Concilios*, Barcelona, Ariel, 2005.

7. Sobre los robos y abusos perpetrados en monasterios, así como sobre las dificultades ocasionadas para la recta percepción del diezmo eclesiástico, fueron denunciados en diversas reuniones de Cortes castellanas, en especial, durante los años de debilidad monárquica, como ocurrió a lo largo de la minoridad de Alfonso XI. Puede verse al respecto, Ana Arranz Guzmán, «Clérigos y laicos en las Cortes castellano-leonesas: la conflictividad como hilo conductor», *El Reino de León en la Alta Edad Media*, Centro de Estudios e Investigación San Isidoro, León, IX, 1997, pp. 637-717.

8. Gracias al giro fiscal desarrollado desde Juan XXII, la Cámara Apostólica empezó a ingresar anualmente en torno a trescientos mil florines, lo que situaba a este organismo a la cabeza de las instituciones hacendísticas de los reinos europeos, tan solo por detrás de las de Francia, Inglaterra y Nápoles.

El pontífice no tardó en tener claro que el mayor incremento en la recaudación tributaria solo podía venir del que, desde mediados del siglo XIII, había constituido el principal ingreso de la Cámara Apostólica, los denominados «servicios», es decir, las tasas que debían satisfacer los eclesiásticos a la hora de ser promovidos para ocupar un cargo o beneficio⁹. No hace falta recordar el recorrido llevado a cabo por los sucesivos pontífices con una decidida voluntad de aplicar las reservas en su favor en la colación de beneficios, desde que en 1265 Clemente IV publicara la decretal *Licet ecclesiarum*, hasta que Juan XXII extendiera la reserva pontificia a través de las constituciones *Ex debito* y *Execrabilis* de 1316 y 1317, respectivamente, puesto que se trata de un tema ya tratado en su día¹⁰. Sí parece oportuno, en cambio, insistir brevemente en ciertas consideraciones, así como en las repercusiones derivadas del nuevo sistema fiscal pontificio en la Corona de Castilla. La primera fue que el número de intervenciones en la provisión benefical a través de la reserva resultó similar en Castilla al del resto de los reinos de Europa, con la excepción de Italia y Alemania, donde el pontificado tenía especiales intereses. La segunda consistió en que los nombramientos a través de la reserva y, sobre todo, los traslados de prelados de una diócesis a otra se multiplicaron, asistiéndose a lo que he denominado un verdadero «baile de obispos», claramente contrario a la tradición. Una tradición que, tras la dura batalla mantenida frente a la investidura laica, había reservado a los cabildos catedralicios la capacidad de elegir obispos en el concilio de Letrán de 1139, y que Inocencio III potenciaría a través

9. Las tasas más destacadas eran los denominados *servitia communia*, de los cuales la mitad correspondía al pontífice y la otra mitad al colegio cardenalicio, y cuya cuantía quedó fijada en un tercio de la renta anual neta del beneficio eclesiástico obtenido; y los cinco *servitia minuta*, cuatro de ellos destinados a los oficiales pontificios y el quinto a los de los cardenales.

10. Para su recorrido y repercusión en la Corona de Castilla pueden consultarse, para la provisión de beneficios castellanos, en general, el trabajo de Jorge Díaz Ibáñez, «La provisión pontificia de beneficios eclesiásticos en el reino de Castilla durante el periodo aviñonés. Estado de la investigación», *Lusitania Sacra*, XXII (2010), pp. 63-84, y, más concretamente, para los obispos, Ana Arranz Guzmán, «Obispos y clérigos extranjeros en Castilla durante el Papado de Aviñón: ¿Tema de preocupación ciudadana o creación de opinión pública por la monarquía?», en *La espiritualidad y la configuración de los reinos ibéricos (siglos XII-XV)*, I. Beceiro (dir.), Madrid, Dykinson, 2018, pp. 151-195.

de varios cánones del concilio lateranense de 1215, al considerar que los titulares de las diócesis, desde el mismo momento de su nombramiento, contraían una suerte de matrimonio místico con su iglesia, que no debía quebrarse salvo en caso de clara utilidad o patente urgencia¹¹. La tercera estribó en una mayor asiduidad en las intervenciones inmediatas de los pontífices nada más conocer el fallecimiento de un prelado, sin dejar tiempo casi nunca a que el cabildo correspondiente se reuniera y ejerciera su reconocido derecho electoral. La cuarta, condicionada claramente por el deseo de obtener ingresos extras, fue llevar a cabo dos, tres, o cuatro traslados en diferentes diócesis del reino el mismo día en que se nombraba a un nuevo titular para cubrir la única vacante real ocasionada por la muerte de un prelado, multiplicándose así la cantidad de numerario que percibía la Cámara Apostólica por los conceptos antes señalados¹². La última consecuencia resultó ser la entrada de obispos extranjeros en mayor proporción de la que había tenido lugar en tiempos anteriores, a lo que ha de unirse el progresivo arrinconamiento de los cabildos y la consecuente pérdida de poder a la hora de intentar promocionar a sus integrantes¹³.

Los eclesiásticos extranjeros, por lo general, ostentaban titulación universitaria, un requisito cada vez más potenciado por el papado desde el triunfo de los principios reformistas. Pero lo cierto es que, paralelamente a esta condición, también era un hecho que, al menos, una parte

11. Los cánones 24-30 fueron los destinados al tema en el IV Concilio de Letrán. Cf. Raimunda Foreville, *Historia de los concilios ecuménicos. Lateranense IV*, Vitoria, 1973, pp. 176-179.

12. La realidad de los nombramientos y traslados efectuados en un mismo día con fines exclusivamente económicos puede comprobarse en la documentación facilitada en: Ana Arranz Guzmán, «Las elecciones episcopales en el reinado de Pedro I de Castilla», *En la España Medieval*, 24 (2001), pp. 421-461.

13. El intervencionismo pontificio siempre había existido, pero en mucha menor medida y, casi siempre, en atención a solucionar situaciones concretas. Para observar el recorrido de las elecciones episcopales a lo largo de varias centurias y, en concreto, el avance de la reserva pontificia en detrimento del poder capitular, pueden consultarse los trabajos de E. Roland, *Les chanoines et les élections épiscopales du XI^e au XIV^e siècle. Étude sur la restauration, l'évolution, la décadence du pouvoir capitulaire (1080-1350)*, Aurillac, 1909; M. Bégou-Davia, *L'interventionisme beneficial de la Papauté au XIII^e siècle. Les aspects juridiques*, París, 1997.

de los mismos residiera en la corte de Aviñón, donde llevaban a cabo diferentes funciones en los organismos de la curia, siendo algunos de ellos, además, hombres de confianza del papa¹⁴. Tales características se tradujeron en una nueva realidad, distante tanto de la tradición como de los ideales reformistas, como fue la de los sucesivos traslados de obispos de una diócesis a otra sin ni siquiera haber llegado a tomar posesión de la anterior. Este novedoso fenómeno de prelados absentistas, al menos desde el punto de vista cuantitativo, conllevó en Castilla la denuncia repetida por parte de los procuradores de las ciudades en Cortes desde el reinado de Alfonso XI hasta fines del Medievo¹⁵.

De esta forma, al acceder al gobierno efectivo el joven rey se encontró con una certeza en el panorama eclesiástico de su reino que distaba bastante de la que habían disfrutado sus antecesores en el trono castellano. Casi un siglo antes, concretamente en 1237, Gregorio IX había reconocido a Fernando III el derecho de presentación de candidatos a las sedes episcopales restauradas tras ser reconquistada la zona en donde se encontraban. En los siguientes reinados, las presiones de los monarcas en los cabildos tras el fallecimiento de los obispos titulares, para que apoyaran a sus candidatos, se convirtieron en una realidad progresivamente institucionalizada. Sin embargo, ante el giro reservacionista aviñonés operado en materia benefical, Alfonso XI consideró la necesidad de intervenir, ya no con recomendaciones o presiones en los cabildos, sino con la elevación de súplicas directas al pontífice de turno en favor de su candidato. En algunas ocasiones el monarca logró sus objetivos, en otras, por el contrario, no lo consiguió. En cualquier caso, el panorama episcopal castellano, en cuanto al origen geográfico de sus titulares, iba a variar sensiblemente a lo largo de su reinado y el de sus inmediatos sucesores.

14. De acuerdo con los datos conservados en los archivos de la Cancillería y de la Cámara Apostólica, a lo largo del Papado de Aviñón, hubo 4.253 curialistas que sirvieron a los sucesivos pontífices (716 en la Cancillería, 575 en la Cámara, 357 en la Penitenciaría, 164 en el tribunal de la Rota, 104 en la Armería, 569 en oficios domésticos, 563 en el entorno pontificio, y 1.343 en los servicios de guarda y de honor) de los cuales medio centenar tenía un origen hispano, cf. B. Guillemain, *La cour pontificale...*, pp. 441-445.

15. *Cortes de los antiguos reinos de León y Castilla*, I, Madrid, Real Academia de la Historia, 1863, p. 432; II, y Alonso Díaz de Montalvo, *Ordenanças Reales de Castilla*, Sevilla, J. Gronberguer (ed.), 1508, Lib. I, tit. III, p. 81.

Por otro lado, el monarca castellano, quizá en previsión de que la política pontificia se radicalizara aún más en lo concerniente a la provisión de beneficios y, seguramente también, buscando el respaldo de sus naturales decidió emplear una táctica, que no tardaría en dar sus frutos. Me refiero al hecho de llevar el asunto ante sus naturales, en las Cortes de Castilla, aunque de una forma bastante sibilina. Alfonso XI no podía decir abiertamente que la nueva política benefical del papado le impedía maniobrar en los cabildos durante los procesos electorales en favor de su candidato de turno, como hasta entonces habían hecho sus antecesores, por lo que centró su crítica en la teórica avalancha de obispos extranjeros que estaban siendo designados directamente por el papado para ocupar las diócesis castellanas, así como en las pésimas consecuencias que ello reportaba a sus naturales, tanto a los eclesiásticos como a los laicos. A los primeros, porque el arrinconamiento sufrido por los cabildos en materia electoral impedía a sus integrantes su propia promoción; a los segundos, porque, como fieles, no estaban atendidos de la forma debida, dado el supuestamente generalizado absentismo de los prelados extranjeros. El fruto final fue la disposición sobre el tema incluida en el Ordenamiento de Medina del Campo de 1328, preparado junto con un grupo de consejeros, y presentado poco después ante las Cortes de Madrid de 1329¹⁶. La disposición tuvo una buena acogida; la estrategia del monarca había triunfado. Así, al menos, lo demuestra el hecho de que, a partir de la mencionada asamblea madrileña, fueron muchas las Cortes en las que los ciudadanos incluyeron entre sus peticiones alguna relacionada con los agravios que reportaba a la monarquía castellana y a sus naturales la nueva política pontificia. Las Cortes, en concreto, en que se trataría después el tema fueron las de: 1377, 1379, 1386, 1388, 1390, 1391, 1393, 1396, 1401, 1419, 1447 y 1473¹⁷.

16. Biblioteca de Santa Cruz de Valladolid, Ms. 21, V-7, ff. 207r-208v. La edición del manuscrito completo, así como el análisis de sus disposiciones y, en concreto, la relacionada con los prelados de origen extranjero, en: Ana Arranz Guzmán, «El Ordenamiento de Medina del Campo de 1328», *Espacio, Tiempo y Forma. Serie II. Historia Medieval*, 28 (2015), pp. 41-85.

17. *Cortes*, II, pp. 279-280, 296, 348, 417, III, pp. 22, 536, 855 y 861.

RELACIÓN DE OBISPOS PORTUGUESES TITULARES EN LAS DIÓCESIS DE LA CORONA DE CASTILLA

Durante el amplio reinado de Alfonso XI fueron varios los obispos extranjeros nombrados titulares de diócesis castellanas a través de reserva pontificia, al igual que ocurriría posteriormente, en tiempos de su heredero al trono, Pedro I, y también con los Trastámara. Su procedencia era variada: Francia, Aragón, Portugal... De algunos de ellos las noticias conservadas son escasas; de otros, en cambio, son abundantes.

Como características generales de los extranjeros no portugueses se pueden apuntar las siguientes: unos se preocuparon por el bienestar y buen funcionamiento de su nueva diócesis, otros, por el contrario, no llegaron a pisar tierra castellana jamás o, en el mejor de los casos, repartieron su tiempo entre su diócesis y Aviñón; la mayoría disfrutaba de titulaciones universitarias y/o habían desempeñado algún cargo o misión en la curia pontificia, por lo que buena parte de ellos siguió manteniendo relaciones de diverso orden con la institución, de ahí que se les haya denominado obispos «curialistas»; algunos tuvieron puntuales compromisos con la Corona o le prestaron determinadas ayudas de índole variada, pero muy pocos, en cambio, alcanzaron vínculos estrechos con el rey de Castilla¹⁸. Sin embargo, como se podrá ir comprobando a lo largo de las próximas páginas, el caso de los obispos de origen portugués se distinguió de manera especial del de los procedentes de otros reinos europeos.

Antes de iniciar la relación de preladados originales del reino vecino parece oportuno señalar algunas puntualizaciones. A lo largo de todo el siglo XIV el papado no dejó de promocionar a obispos extranjeros como titulares de diócesis castellanas, aunque en un porcentaje no tan excesivo como podría hacer sospechar el número de denuncias que se elevaron en Cortes al respecto. Lo cierto es que el nuevo sentido dado por los pontífices de Aviñón a la política beneficial alcanzó de manera similar a la mayoría de los reinos europeos. A Castilla, en concreto, llegaron como

18. Una visión global sobre el origen, circunstancias de los nombramientos y características intelectuales de los obispos extranjeros titulares de diócesis castellanas, durante todo el periodo aviñonés, en Ana Arranz Guzmán, «Obispos y clérigos extranjeros...», pp. 151-195.

nuevos titulares de diócesis obispos procedentes de distintos reinos durante el Papado de Aviñón, pero esta realidad ya había ocurrido con anterioridad. Sirvan como pequeños ejemplos el caso del portugués don Bernardo, canónigo de Santa Cruz de Coímbra y nombrado obispo de Tuy en 1180, o el del francés trasladado a la diócesis de Segovia Pedro de Agen (1120-1148)¹⁹. Lo que cambió fue el incremento en su número. Igualmente resulta conveniente insistir en que la mayoría de los preladados que recibió Castilla procedentes de otros reinos distintos al portugués mantuvieron un especialísimo vínculo con la corte pontificia; el caso de don Otón, procedente de Auch, nombrado obispo de Oviedo en 1323 y luego de Cuenca en 1328, por traslado de Juan XXII es un ejemplo bastante representativo²⁰. Una circunstancia que, sin embargo, no se dio en la mayoría de los portugueses.

Es conveniente subrayar también el hecho de que algunos preladados procedentes de diócesis extranjeras eran de origen castellano, aunque habían sido trasladados con anterioridad a aquellas. En este sentido, llama especialmente la atención el que la gran mayoría de dichos preladados provenía de alguna diócesis portuguesa, lo que ya dice mucho del especial peso que los monarcas castellanos, y también los portugueses, tuvieron en tales nombramientos de ida y vuelta. Sirva como ejemplo el obispo de Córdoba Gutierre Ruiz de Mesa (1326-1336), trasladado por Juan XXII de la diócesis de Idanha a la cordobesa por un especial interés

19. Cf. Bonifacio Bartolomé Herrero, «Obispos extranjeros al frente de la diócesis de Segovia (1120-1742)», *Discurso de ingreso en la Real Academia de Historia y Arte de San Quirce*, Segovia, 2005, p. 34.

20. Su vinculación a la corte pontificia de Aviñón fue extraordinaria, tal como demuestran los privilegios que recibió de Juan XXII y de Benedicto XII, así como el hecho de que en 1340 recibiera, junto al obispo de Ávila, el encargo pontificio de predicar la bula de cruzada en Castilla al iniciarse el gran despliegue bélico de Alfonso XI. Sobre su posición en Aviñón *vid.* G. Mollat *et alii.*, *Jean XXII (1316-1334), Lettres Communes*, 16 vols. París, 1904-1947, VII, n° 41.114 y XIII, n° 61.601. Para su etapa como obispo conense puede consultarse el estudio de Jorge Díaz Ibáñez *Iglesia, sociedad y poder en Castilla. El obispado de Cuenca en la Edad Media*, Madrid, 2003, pp. 96-97. Sobre los encargos del papado en relación con la empresa bélica de Alfonso XI, *vid.* José Goñi Gaztambide, *Historia de la bula de cruzada en España*, Vitoria, 1958, p. 324 y Ana Arranz Guzmán, «Lorigas y báculos: la intervención militar del episcopado castellano en las batallas de Alfonso XI», *Revista de Historia Militar*, 112 (2012), pp. 11-63.

del rey de Castilla²¹. La complejidad que encierra el análisis conjunto del amplio número de prelados castellanos que disfrutaron de diócesis en Portugal, unido a los que se tratan en estas páginas, me ha decidido a relegarlo para un trabajo posterior.

Por último, considero necesario mencionar la existencia de algunas dudas sobre el lugar de nacimiento de determinados obispos que llegaron a ser titulares de diócesis castellanas en tiempos de Alfonso XI, así como de las confusiones sobre la identidad de determinados personajes eclesiásticos de la época. Tal es el caso, por ejemplo, de fray Simón, nombrado en 1308 obispo de Badajoz por Clemente V, a quien diversos autores de los siglos XVIII y XX le habían dado un origen portugués. Recientemente, sin embargo, se ha insistido en la confusión que ha rodeado a este obispo pacense: «es a menudo confundido con otro personaje de nombre parecido, fray Simón de Sousa. Este fue un fraile de la Orden de la Merced, de origen portugués, comendador de su orden en Jerez y en Córdoba»²². Ante tales vacilaciones, hemos optado por no tener en consideración la presencia en diócesis castellanas de aquellos obispos «extranjeros» cuya identidad cierta no se haya podido comprobar documentalmente y de manera definitiva hasta el momento.

La diócesis palentina contó con varios obispos no naturales de Castilla durante la etapa pontificia de Aviñón y, en concreto, a lo largo del reinado de Alfonso XI. El primero fue un prelado de origen portugués, don Geraldo Domingues, quien, hasta su llegada a Castilla, había sido uno de los eclesiásticos más destacado del reinado de don Dionís. Don Geraldo era miembro de una familia oriunda de Lamego, que consiguió hacerse con un importante patrimonio territorial, a la vez que alcanzaba un lugar principal en la corte del monarca lusitano y su promoción paralela en la carrera eclesiástica. Desde el año 1292 fue capellán del cardenal de Santa María in Vía Lata, canónigo de Braga, de Coímbra y de Lamego²³.

21. Conrad Eubel, *Hierarchia Catholica Medii Aevi*, Monasterii, 1913, T. I, p. 235. Sobre el personaje y sus traslados a varias diócesis *vid.* Iluminado Sanz Sancho, «Episcopologio medieval cordobés. Siglos XIII-XIV», *Hispania Sacra*, LIV (2002), pp. 48-51.

22. William S. Kurtz, *Obispos medievales de Badajoz*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2019, p. 63.

23. *Les Régistres de Nicolas IV (1288-1292)*, ed. de E. Langlois, París, 1886-1905, vol. II, p. 870, n° 6.504 y 6.505.

Su coincidencia con el reinado de Alfonso XI fue pequeña, pero merece la pena tenerla en consideración, ya que está en la línea del conjunto de los obispos portugueses que fueron titulares en algún momento de diócesis castellanas.

En el año 1300 don Geraldo juraba obediencia ante el procurador del arzobispo de Braga con motivo de su nombramiento como titular de la diócesis de Oporto, donde iba a permanecer hasta su partida a Palencia en 1307. Su traslado a la diócesis palentina, una de las de mayor renta de las castellanas, obedecía a un deseo personal del rey don Dionís (1278-1325). Se trataba de una clara compensación al prelado por parte del monarca, quien hacía ya unos años había confiado en él para acompañar a su hija doña Constanza a Castilla con motivo de su matrimonio con Fernando IV acordado con anterioridad, concretamente en 1297. La muerte prematura del rey castellano en 1312 y la de su esposa un año después llevó a don Geraldo a un nuevo traslado, en esta ocasión, a Évora. No parecía tener demasiado sentido permanecer en Castilla durante la larga minoría de Alfonso XI que se presentaba, cuando su madre, la antigua infanta portuguesa, a la que el prelado hubiera podido seguir aconsejando y apoyando, había desaparecido también. Venían otros tiempos, muy turbulentos además, así como otros árbitros de la política castellana, entre los que la abuela reina María de Molina iba a tener el destacadísimo papel de todos conocido.

Los aires políticos vividos en Portugal no iban a resultar, sin embargo, mejores para don Geraldo. Su traslado como obispo de Évora en 1313, el mismo año de la muerte de la reina madre doña Constanza, no implicó en principio serios problemas. Pero la bula de 1317 de Juan XXII, por la que se le permitía excomulgar a todo opositor al rey don Dionís iba a resultar determinante en el violento final del obispo. Don Geraldo fue asesinado por los partidarios del infante don Alfonso en el contexto de la guerra padecida en el reino vecino, poniéndose así fin a su dilatada carrera de servicio a las monarquías portuguesa y castellana²⁴.

24. Un detenido estudio acerca de don Giraldo y, en concreto, sobre sus relaciones con la monarquía portuguesa en: H. Vasconcelos Vilar y M. Castelo Branco, «Servir, gobernar e legar: o bispo D. Geraldo Domingues (1285-1321)», en *A Igreja e o clero português no contexto europeu*, Universidad Católica Portuguesa, Lisboa, 2005, pp. 93-116.

El traslado a la diócesis de Évora de don Geraldo había sido resuelto con rapidez mediante la reserva pontificia de Clemente V el 30 de abril de 1313, por un canónigo, curiosamente también de Évora, a quien convertía en el nuevo obispo de Palencia: don Gómez Peláez. Don Gómez Peláez o Gome Pelayo, como también es conocido, había sido elegido por los canónigos evoracenses nuevo obispo de Évora, pero su elección, como ya era habitual en esta época, había sido anulada por Clemente V²⁵. Los motivos del papa han quedado claros en las líneas precedentes. Había que trasladar a don Geraldo. En esta ocasión, sin embargo, con su nombramiento pontificio como titular de la diócesis de Palencia, la situación económica de don Gómez salió beneficiada. Sin embargo, da la impresión de que, a nivel personal, el cambio de planes sobre su persona, propiciados por el papado, no debió resultarle especialmente cómodo. Es significativo, por ejemplo, que su nombre no aparezca en los acuerdos llevados a cabo por el conjunto de los prelados de la Corona castellana, con el propósito de mantener una conducta y criterios comunes frente a la política de los tutores reales durante la minoría de edad de Alfonso XI. Y también lo es el hecho de que, ante la notificación que recibió del arzobispo de Toledo para que concurriera a Alcalá de Henares, donde iba a tener lugar la apertura de ciertas cartas pontificias, alegara enfermedad y no asistiera. El baile de obispos continuaba, siempre dirigido desde Aviñón, aunque en estos últimos casos con un claro intervencionismo de la monarquía portuguesa y el beneplácito de la castellana.

Fray Esteban, de origen portugués y perteneciente a la orden franciscana, había sido obispo de Oporto y de Lisboa hasta su traslado por deseo de Juan XXII como titular a la diócesis conquense, donde permaneció entre 1322 y el año de su muerte, 1326²⁶. El caso de fray Esteban es similar al sufrido por otros prelados del reino vecino en sus relaciones con el rey don Dionís. En los primeros tiempos de gobierno del monarca luso, el prelado se mantuvo muy vinculado a la corte, tanto por su relación personal con el rey, al ser su confesor, como por su participación directa en temas de claro interés político, concretamente, en los momentos de

25. Algunas noticias sobre su paso por la diócesis de Palencia en: Francisco Rivera Recio, «Notas sobre el episcopologio palentino en los siglos XIII y XIV», *Anuario de Estudios Medievales*, 9 (1974), 420-421.

26. ASV., 73, f. 409r-v.

extinción de la Orden del Temple y la administración de sus bienes y la creación de la Orden de Cristo²⁷. Las cosas, sin embargo, no tardarían en cambiar, tras enemistarse con don Dionís y caer en desgracia. La inmejorable situación disfrutada en el entorno cortesano dio un vuelco radical hasta el extremo de verse obligado a abandonar su reino en el año 1320 y refugiarse en la corte de Aviñón. Aquí, como por otro lado era bastante habitual en la época, permaneció «en expectativa de destino» hasta su traslado a Cuenca²⁸.

En Castilla permaneció apenas cuatro años, pero fueron años decisivos, ya que en 1325 Alfonso XI alcanzaba la mayoría de edad y tomaba las riendas del poder en las Cortes vallisoletanas. No tenemos constancia documental de su participación en esta asamblea, aunque en el propio Ordenamiento se señale la presencia del conjunto de los miembros del clero; no obstante, es probable que concurriera por tratarse de las primeras celebradas de la mayoría de edad y atenderse en ellas aspectos de interés para el estamento eclesiástico²⁹. Existen varios documentos, datados durante la celebración de las Cortes, en los que figura nuestro prelado en las confirmaciones, pero, como se sabe, ello no implica de manera alguna su presencia física³⁰. Sí existe constancia cierta, en cambio, de su asistencia a la reunión celebrada por Alfonso XI con los eclesiásticos de su reino en Medina en 1326³¹. El asunto fundamental

27. Sobre la trayectoria eclesiástica y política de fray Esteban en Portugal, *vid.* Félix López, «Das actividades políticas e religiosas de D. Fr. Estevão, bispo que foi do Porto e de Lisboa», *Lusitania Sacra*, serie 1^a, VI (1962-1963), pp. 25-90.

28. Parece ser que el cabildo catedralicio conquense había elegido, por medio de compromisarios, al hasta entonces deán Pedro Martínez, pero este tuvo que renunciar por diversos motivos, quedando la elección en manos del pontífice aviñonés, quien, tras dos años de sede vacante tras la muerte de don Pascual, nombró a fray Esteban, *cf.* Jorge Díaz Ibáñez, *Iglesia, sociedad...*, p. 94.

29. *Cortes*, I, p. 390. Sobre la concurrencia del clero a las Cortes de 1325 puede consultarse: Ana Arranz Guzmán, *La participación del clero en las Cortes castellano-leonesas. Reconstrucción documental y evolución cronológica (1188-1473)*, Ed. Académica Española, Saarbrücken (Alemania), 2012, pp. 87-88.

30. BNE, Ms. 13.097, ff. 96r, 116r-v y 125r-v.

31. Se conservan numerosos documentos sobre esta asamblea en archivos nacionales y catedralicios. Sirvan como ejemplo: AC de Salamanca, caj. 16, leg. 2, n° 33; AC de Zamora, leg. 10, n° 6; AC de Burgos, vol. 5f. 10; AC de León, doc. 1.188; AC de Oviedo, serie B, carp. 6, n° 20. También se han realizado sucesivas publicaciones del documento.

de esta asamblea era tratar el tema de los bienes de realengo que habían pasado al abadengo, así como otros ya presentados en las Cortes de 1325, lo que hace concluir que el estamento eclesiástico había quedado insatisfecho de las decisiones adoptadas en estas. Su descontento llevó al joven monarca a negociar de manera privada con el conjunto clerical los temas espinosos sobre los que no se había llegado a un acuerdo firme en la reunión de Valladolid. Alfonso XI tenía demasiados problemas internos que solucionar y, sobre todo, el deseo y objetivo primordial de reiniciar la guerra contra los musulmanes, por lo que no se podía permitir tener revuelto al estamento eclesiástico y prescindir de su respaldo en la inmediata empresa bélica proyectada.

Un caso muy especial, por confirmar plenamente la tesis de estas páginas, es el de don Pedro Alfonso, nombrado obispo de Astorga el 22 de septiembre de 1333. Su relación con la corte portuguesa, cuando todavía era canónigo en Lisboa, se debía, tanto a sus vínculos familiares —era hijo del noble Alonso Rois de Espiño, nieto del conde don Gonzalo Pereira y sobrino del arzobispo de Braga don Gonzalo Pereira— como a su profunda formación intelectual. Era graduado en cánones por la Universidad de Salamanca, desde donde fue promovido a la mencionada canonjía en 1328 y después, en 1333, a titular de la diócesis de Silves³². Su brillantez como predicador, tanto en portugués como en castellano, era otro de sus atributos.

No cabe duda de que su vinculación con la corte portuguesa había sido inmediata y estrecha, como lo demuestra el hecho de ser él el elegido para acompañar a la infanta doña María, hija del monarca luso Alfonso IV, a Castilla para contraer matrimonio con Alfonso XI en 1328. La situación entre ambas monarquías se encontraba en un momento especialmente delicado, tras años de desencuentros y de enfrentamientos bélicos; unas guerras que, sin embargo, no tardarían en reaparecer a pesar

La primera fue la de López Ferreiro, *Historia de la Santa A. M Iglesia de Santiago de Compostela*, vol. VI, pp. 61-71.

32. Para conocer sus orígenes familiares y su formación académica son imprescindibles todavía la obra clásica M. Caetano de Sousa, BNP (Sec. Reservados), *Catálogo histórico dos summos pontífices, cardenaes, arcebispos e bispos portugueses que tiverão doocese ou títulos de igrejas fora de Portugal, e suas conquistas*, Lisboa, 1725, pp. 150-187; y P. Rodríguez López, *Episcopologio Asturicense*, Astorga, 1906-1910, 4 vols; en concreto, vol. II, pp. 323-331.

de la boda real³³. El enlace había sido promovido por Álvaro Núñez Osorio con el propósito de lograr dos objetivos fundamentales: la paz definitiva entre Castilla y Portugal, y consolidar un aliado peninsular frente a los granadinos y benimerines. El contrato matrimonial con la «fermossissima» y joven doña María (tenía catorce años) resultaba, además, bastante ventajoso para Alfonso XI, ya que recuperaba algunas villas del infante don Pedro, muerto en la vega de Granada³⁴.

Sus actuaciones en la corte castellana fueron cada vez más importantes y diversificadas. El apoyo decisivo del prelado, primero al monarca portugués y después al castellano sería recompensado con la titularidad del obispado de Astorga en 1333, además de importantes privilegios y donaciones de Alfonso XI. Sin embargo, la diócesis asturicense padecía desde hacía años serios problemas de rebeldía entre algunos de los vasallos del obispado, como en el caso de los vecinos de Los Barrios de Salas, contra quienes don Pedro Alfonso lanzó la excomunión. Pero, al igual que ocurrió en aquellos tiempos con otros prelados de Castilla, a don Pedro Alfonso no le quedó al final otro remedio que solicitar la intervención del rey, quien expidió varias cartas dirigidas a los ciudadanos rebeldes para que depusieran su actitud. La solución no tardó en llegar.

33. Los enfrentamientos entre Castilla y Portugal llevaban décadas abiertos antes de la subida al trono de Alfonso XI. La precisión de las fronteras entre ambos reinos durante los siglos XIII y XIV había constituido y seguía constituyendo una de sus causas más relevantes. La capital importancia del tema fronterizo y de los enfrentamientos bélicos que generó ha llevado a diversos autores a analizarlo parcial o globalmente, entre ellos: Humberto Baquero Moreno, «As relações de fronteira no século de Alcañices (1250-1350)» y Miguel Ángel Ladero Quesada, «Reconquista y definiciones de frontera». Ambos análisis están publicados en *IV Jornadas luso-espanholas de Historia Medieval*, Oporto, 1998, respectivamente, pp. 641-653 y 654-691. Véanse también los trabajos de Manuel García Fernández, «Don Dionís de Portugal y la minoría de Alfonso XI de Castilla (1312-1325)», *Revista da Faculdade de letras. Historia II*, IX (1992) y José Augusto de Sotto Mayor Pizarro, *Don Dinis*, Lisboa, 2005. Los nuevos enfrentamientos bélicos, ya en la mayoría de edad de Alfonso XI, demostraron que la vieja situación seguía enconada y que el enlace matrimonial de 1328 había servido de poco, incluso, todo parece indicar que la había agravado. Uno de los últimos trabajos aparecidos sobre la guerra entre Alfonso XI y Alfonso IV es el de Alejandra Recuero Lista, «La guerra de 1336 entre Portugal y Castilla: una visión comparativa entre la *Gran Crónica de Alfonso XI* y la *Crónica dos Sete Primeiros Reis de Portugal*», *Estudios Medievales Hispánicos*, 4 (2015), pp. 111-138.

34. *Pruebas de la Casa Real Portuguesa*, T. I, p. 238.

Los vasallos del obispo acabaron por reconocerlo como su señor, ante el adelantado real Juan Martínez de Benavente³⁵.

Las ayudas recíprocas entre el monarca y el prelado eran constantes. Si el obispo había recibido de Alfonso XI una valiosa ayuda frente a los sublevados en sus tierras, él haría lo mismo poco después. Su presencia junto al monarca en León para recaudar la alcabala fue un claro ejemplo de ello. Acompañar al rey, como hombre de Iglesia, resultaba fundamental, al igual que ocurrió con otros prelados en momentos puntuales, a la hora de solicitar a los ciudadanos diferentes recursos económicos para llevar a cabo una correcta logística y contar con la necesaria intendencia saneada para acometer la guerra contra los musulmanes³⁶. Especialmente reseñable resulta también su participación militar en la batalla del río Salado³⁷. La alta estima de la que disfrutaba en la corte explica tanto sus actividades de carácter político y bélico encomendadas por el rey como el que fuera uno de los personajes más reconocidos en las crónicas de la época e, incluso, en el famoso *Poema de Alfonso Onceno*, en el momento de relatar la batalla del río Salado: «[...] e don Diego de Faro / e don Pedro Alfonso, otro tal, / con Astorga su obispado, / una tierra que mucho val, / obispo de buena manera / muy acabado varón / de linaje de Perera / donde los infançones son [...]»³⁸.

Todo indica que el prelado asturicense defendió siempre los intereses del rey castellano, pero también los de la reina doña María, y es en esta última relación donde el obispo encontró problemas. La pésima situación del matrimonio real, así como la inquina que parece ser que sentía hacia don Pedro Alfonso la poderosa Leonor de Guzmán hacía cada vez más delicada e insostenible su permanencia en Castilla. Es posible que, al igual que el propio arzobispo de Toledo Gil de Albornoz, intentara persuadir a Alfonso XI de volver junto a su esposa y abandonar a su amante,

35. Gregoria Caveró, *Conflictos y revueltas contra la mitra asturicense (ss. XI-XV): el ejemplo de Los Barrios de Salas*, Ponferrada, Institución Virgen de la Encina, 1996.

36. Un análisis sobre el papel llevado a cabo por el episcopado en la solicitud de diferentes servicios e imposiciones del monarca a los ciudadanos reunidos en Ayuntamientos y Cortes, concretamente el de don Pedro Alfonso, en Ana Arranz Guzmán, «El otorgamiento de *servicios* en Cortes para la guerra del Estrecho y el favor episcopal a la monarquía castellana», *Estudios de Historia de España*, Buenos Aires, XVIII/1-2 (2016), pp. 41-84.

37. *Gran crónica de Alfonso XI*, Ed. de Diego Catalán, Madrid, 1977, vol. II, p. 412.

38. *Poema de Alfonso Onceno*, p. 369.

pero todo fue inútil³⁹. Es probable también que recibiera presiones del entorno cortesano favorable a doña Leonor; en cualquier caso, quizá desalentado por el fracaso de sus gestiones en favor de la reina, decidió regresar a su Portugal natal, tras ser nombrado en 1344 obispo de Oporto⁴⁰. Las causas de su promoción se desconocen, aunque se ha valorado la posibilidad de que el regreso a su patria podría haber estado relacionado con el temor que le infundían los partidarios de la amante real, quienes no dejaban de esforzarse en aislar cada vez más a la reina doña María. En el siglo XVII, R. de Cunha ya dejó su impresión al respecto y, hasta hoy, parece la más acertada: «Ate aquí chega a noticia das obras, que sabemos fizesse D. Pedro sendo bispo de Astorga, a ocassiam que o trouxe a Portugal, a bispo do Porto, nam pudemos descubrir, sospeitamos porem, que seria o mau trato que lhe daba D. Leonor de Gusmão, que como se daba por tam sentida delle, nam descansaria, ate o nam deitar fora do Reyno, já que lhe não podia tirar a vida»⁴¹.

Su vuelta a Portugal, sin embargo, tampoco le supuso la tranquilidad anhelada, ya que enseguida se vio envuelto en nuevos problemas, aunque de índole distinta, como los acaecidos con los ciudadanos de Oporto en 1343 y también con el propio monarca portugués⁴². Seguramente don Pedro Alfonso confiaba en el respaldo del rey lusitano ante su enfrentamiento con el concejo de Oporto, pero no fue así, manteniéndose una

39. Recientemente he publicado un trabajo donde considero haber comprobado, dentro de las escasas certezas que permite la exigua documentación conservada, hasta qué punto la situación de la reina castellana se hizo aún más insostenible tras actuar como embajadora de su esposo en la corte paterna con motivo de la campaña de 1340 y, de ahí, que no volviera a actuar como representante de Castilla en Portugal para la de 1344. Su problemática situación en la corte castellana repercutió, de alguna manera también, en los miembros portugueses que siempre la habían respaldado. *Vid.* Ana Arranz Guzmán, «Cuando lo personal invade lo institucional: la intervención mediadora de la reina María de Portugal entre su esposo y su padre», en *El embajador: evolución en la Edad Media peninsular*, O. Villarroel (coord.), Madrid, 2021, pp. 143-187.

40. BNP. Sección Reservados: R. de Cunha, *Catálogo e história dos bispos do Porto*, Porto, 1623, pp. 150-169.

41. *Ibid.*, p. 169.

42. Algunos de los problemas con los que hubo de enfrentarse en su tierra el nuevo obispo de Oporto fueron tratados por M. C. Cunha y M. J. Silva, «O clero da diocese do Porto na Europa Medieval», en *A Igreja e o clero português no contexto europeu*, Lisboa, Centro de Estudos de História Religiosa, Universidade Católica Portuguesa, 2005.

tensa situación hasta su muerte en 1357. En cualquier caso, el obispo de Silves, Astorga y Oporto es un claro representante del prototipo de prelado «de ida y vuelta» al que antes me he referido, estrechamente vinculado a ambas cortes, a las que sirvió y a las que debió, sin duda, su promoción en la jerarquía eclesiástica, a pesar de que, por las circunstancias mencionadas, sus resultados finales no fueran los esperados por él.

Especialmente amistosas parece ser que fueron las relaciones mantenidas entre Alfonso XI con otro prelado portugués, muy destacado por sus significativas apariciones en las crónicas reales. Se trata de don Juan Fernández de Limia, obispo de Palencia entre 1321 y 1330 y arzobispo de Santiago de Compostela desde este último año hasta su muerte, acaecida en 1338. No existe acuerdo respecto a su origen geográfico; unos autores lo consideran miembro de la nobleza gallega, mientras que otros señalan a don Juan como descendiente por vía paterna de una de las principales familias portuguesas de la época, los Fernández de Limia⁴³. Quizá por esta razón tampoco se sepa demasiado de los primeros años de su vida, pero sí sobre su carrera eclesiástica anterior y posterior a ocupar la mitra palentina como, por ejemplo, su titularidad de un arcedianato en Sigüenza. Buena parte de su estancia en Palencia coincidió con la problemática etapa de la minoría de Alfonso XI, sin embargo, su señorío episcopal no llegó a tener los problemas que habían sufrido sus antecesores en la mitra, de tal gravedad que habían llegado a tratarse en las Cortes castellanas⁴⁴.

Juan XXII le trasladó a Santiago de Compostela en 1331. En su nuevo destino, don Juan Fernández de Limia tuvo ocasión de demostrar sus

43. Véase al respecto lo señalado por Manuel Caetano de Sousa, *Catálogo histórico dos summos pontífices, cardenaes, arcebispos, e bispos portugueses que tiverão dioceses, ou títulos de Igrejas fora de Portugal, e suas conquistas*, Lisboa, 1725, pp. 170-171, Antonio López Ferreiro, *Historia de la Santa A. M. Iglesia de Santiago de Compostela*, Santiago de Compostela, 1898-1911, XI vols., vol. VI, pp. 110-123, Eduardo Pardo de Guevara y Valdés, *Los arzobispos de Santiago y sus vínculos familiares en los siglos XIV y XV*, Santiago de Compostela, Instituto de Estudios Gallegos Padre Sarmiento, CSIC, 2001, y José García Oro (coord.), *Historia de las diócesis españolas. Iglesias de Santiago de Compostela y Tuy-Vigo*, Madrid, BAC, 2002, pp. 87-88.

44. Cortes, I, p. 296. Un desarrollo de los acontecimientos en Ana Arranz, «Los enfrentamientos entre concejos y poderes eclesiásticos en las Cortes castellanas: ¿sincronización de los conflictos?», *Hispania*, XLIX, 171 (1989), pp. 5-68.

dotes como prelado y también las de hombre de acción que le adornaban en el plano político. Todo indica que en su promoción a Santiago Alfonso XI debió influir favorablemente⁴⁵. Don Juan acompañó al cardenal legado y obispo de Santa Sabina, Guillermo Godín, en su visita y convocatoria conciliar en la archidiócesis, en concreto en la ciudad de Salamanca el año 1335. La visita que había protagonizado cien años antes el legado Juan de Abbeville, de grandes anhelos reformadores, no había logrado el éxito deseado, de ahí que el papado enviara un siglo después a un nuevo legado con similares propósitos. En el arzobispo Limia el obispo de Santa Sabina iba a encontrar un excelente aliado, ya que sus dotes organizativas y reformadoras afloraron desde los inicios de su carrera, a pesar de sus compromisos de índole político-militar con el monarca castellano. Dentro de su labor diocesana han de ser subrayadas, entre sus decisiones, la de reforzar el estatuto del cabildo y la dotación con la que le benefició de nuevos recursos económicos, así como la gestión llevada a cabo con Alfonso IV de Portugal sobre el patrimonio jacobeo existente en el reino vecino, especialmente en la villa de Correlhá⁴⁶. En la misma línea reformista debe entenderse igualmente la convocatoria de un sínodo diocesano en 1337, siguiendo los pasos del legado pontificio al centrarse en temas tales como la disciplina y honestidad clerical, el culto catedralicio, el cuidado de la feligresía y la práctica sacramental⁴⁷.

Paralelamente a su labor diocesana, don Juan Fernández de Limia desempeñó numerosos encargos y actividades de distinta índole para la monarquía. El primer gran acontecimiento recogido por la crónica, donde encontramos al arzobispo junto a Alfonso XI, se refiere al momento en que el rey decidió acudir a Santiago para ser armado caballero, recibiendo simbólicamente la «caballería» del Apóstol: «Et en amanesciendo, el Arzobispo Don Joan de Limia díxole una Misa, et bendixo las armas. Et el Rey armose de todas sus armas... et la imagen de Sanctiago,

45. La confirmación real de todos sus privilegios nada más acceder al arzobispado es buena prueba de ello, como lo serán las estrechas relaciones entre ambos que se prodigarían en el futuro.

46. Vid. Antonio López Ferreiro, *op. cit.*, Apéndice, p. 113, 115 y el privilegio real de Alfonso IV, datado el 20 de septiembre de 1335, por J. Fernández de Viana, *La feligresía portuguesa de Correlhá*, p. 625.

47. Su publicación en Antonio López Ferreiro, *op. cit.*, VI, Apéndice XXII, pp. 92-114.

que estaba encima del altar, llegose el Rey a ella, et fizole que le diese la pescozada en el carriello. Et desta guisa rescibió caballería este Rey Don Alfonso del Apóstol Sanctiago»⁴⁸. También fue el arzobispo quien en 1332 coronó solemnemente en Burgos al rey. La ceremonia tenía un hondo significado, ya que hacía unos meses don Alfonso de la Cerda había renunciado a sus derechos al trono castellano, zanjándose el prolongado pleito dinástico que tantos problemas había generado durante la minoridad del monarca. En esta importante ceremonia el prelado compostelano estuvo acompañado de los obispos de Burgos, Palencia, Calahorra, Mondoñedo y Jaén. El arzobispo «dixo la Misa, et oficiáronla las Monjas del monasterio» (las Huelgas de Burgos)⁴⁹.

Los servicios de don Fernando en favor de la monarquía castellana tuvieron también una vertiente bélica cuando Alfonso IV de Portugal invadió, primero, Badajoz en 1336 y, después, las tierras gallegas en 1337. En ambos casos el arzobispo marchó en defensa del reino de Castilla con el pendón de Santiago, junto al adelantado del rey en Galicia. La derrota portuguesa fue grande, y en ella hubo episodios concretos en los que destacó abiertamente la destreza del prelado, como en el cerco del castillo de Entenza, o en la misión encargada personalmente por Alfonso XI de contener las tropas portuguesas en su asedio de Badajoz⁵⁰.

Desde que el monarca castellano llevó a cabo la primera campaña contra Granada pudo valorar hasta qué punto la guerra de frontera con el islam peninsular precisaba de un fuerte soporte económico, de alianzas con otros soberanos cristianos, y del respaldo de la Iglesia institucional. Por ello, Alfonso XI nunca dudó en solicitar servicios extraordinarios en Cortes, así como la presencia de prelados en las mismas para arropar sus peticiones. Para los años coincidentes con el pontificado compostelano de don Juan de Limia no existe la certeza de que el rey convocara Cortes, aunque sí que recibiera algún «servicio», no siempre destinado a la empresa bélica de Granada. En cualquier caso, el arzobispo no llegaría a participar personalmente en la gran empresa bélica que se saldó con la victoria del río Salado, como sí hicieron un buen número de prelados

48. *Crónica de don Alfonso el Onceno*, cap. XCIX, p. 234.

49. *Ibid.*, cap. C, p. 235.

50. *Ibid.*, caps. CLXVI-CLXXXV, pp. 235-292. Antonio López Ferreiro, *op. cit.*, VI, pp. 95 y ss.

castellanos, ya que murió mientras se estaban llevando a cabo los cuantiosos y dilatados preparativos⁵¹.

Los datos conservados sobre el obispo jiennense don Fernando Ramírez de Ágreda (1322-1335) son escasos y, a veces, confusos⁵². Don Fernando era natural de Portugal, sobrino del ya tratado fray Esteban, sucesivamente obispo de Oporto, de Lisboa y de Cuenca. Precisamente, con motivo del viaje de fray Esteban a Aviñón para tratar con Clemente V el tema de las posesiones en Portugal de la disuelta Orden del Temple, el pontífice le trasladó de titular a Lisboa, nombrando a su sobrino para sucederle en Oporto. No obstante, los graves altercados ocurridos en esta ciudad, así como el abierto enfrentamiento existente entre el rey don Dionís y el papado empujarían finalmente al prelado a abandonarla⁵³. Las noticias sobre la ocupación forzosa de los bienes del obispado, así como el control directo del mismo por parte del rey, nos lleva a considerar la estrecha vinculación que todos estos acontecimientos tenían con el tremendo escenario dibujado en Portugal por la situación de rebeldía constante del infante heredero, don Alfonso, y sus partidarios. Don Fernando decidió refugiarse en Aviñón hasta su promoción a la diócesis de Jaén por Juan XXII, con ocasión de haber trasladado también a su antecesor, Gutierre Téllez, a la de Idanha. En la corte papal coincidió con su tío, partícipe en el consistorio de 1322 para tratar sobre el espinoso tema de la pobreza de Cristo.

51. *Ibid.*, cap. CLXXXVII, p. 293.

52. Así, por ejemplo, el obispo de Jaén es mencionado también como Fernando Ramírez al ocupar la sede de Oporto; y, por otro lado, un autor como M. Jimena Jurado no reconoció su traslado a Badajoz, haciendo coincidir su fallecimiento con el final de su episcopado en Jaén; véase su obra *Catálogo de los obispos de la diócesis de Jaén y de los anales eclesiásticos de este obispado*, Madrid, 1654, p. 327. Vid. también M. C. Almeida, E. Cunha y E. Silva, *A Igreja e o clero português...*, pp. 47-62.

53. De acuerdo con el manifiesto publicado el 1 de julio de 1320 por don Dionís contra el infante don Alfonso, el monarca denunciaba que los nombramientos episcopales realizados por reserva pontificia representaban un atentado contra la voluntad real. Por otro lado, el incidente sangriento que llevó a autoexilio al obispo de Oporto en 1317 se desarrolló, de acuerdo con el acta de acusación emitida por el monarca, cuando dos parientes del prelado, sobrinos también de fray Esteban, mataron al hijo de Estevam Stevaez, contraviniendo la orden de protección que disfrutaba de don Dionís. Por orden del rey, ambos fueron ejecutados, a pesar de la intervención de fray Esteban en favor suyo. Cf. Félix Lopes, «Das actividades políticas...», pp. 88-90.

Ya en Castilla, don Fernando Ramires asistió, como obispo de Jaén, al importante concilio provincial de Alcalá de Henares, celebrado en 1326, donde se recordó a los obispos sufragáneos su obligación de prestar fidelidad y obediencia al metropolitano de Toledo que, en esos momentos, era don Juan de Aragón. La preocupación de los arzobispos estaba fundamentada en el hecho de que, según parece, no eran pocos los obispos que se consideraban con mayor libertad o margen de maniobra al haber sido nombrados directamente por el papa, sin previa elección capitular, o por haber sido anulada la celebrada para aplicar, sin más, la reserva pontificia. En 1335, en consonancia con el baile de obispos institucionalizado, don Fernando fue trasladado a la diócesis pacense, donde permaneció hasta su muerte en torno al año 1341⁵⁴. De su paso por Badajoz no quedan apenas testimonios documentales, de ahí, quizá, las contradicciones incluso en torno a la fecha de su fallecimiento. La crónica de Alfonso IV de Portugal nos ofrece, en cambio, un dato precioso, en el contexto de la guerra abierta entre Castilla y el reino vecino entre los años 1336 y 1337. Se refiere concretamente al momento en el que Alfonso XI llegó a Badajoz con el propósito de preparar allí su entrada en Portugal. No se sabe qué ocurrió tras entrar en la ciudad, pero el cronista relata lo siguiente, sin mayores explicaciones: «E por que o bispo daquella cidade era portuges foy lançado fora e tomadas suas rendas»⁵⁵.

La desesperanza y el desánimo de los canónigos, que se habían visto relegados en los procesos de elección episcopal ante la generalización de la reserva pontificia, condicionó la premura con la que se empezaron a reunir para agilizar dicho proceso, nada más fallecer el titular de turno o ser conocedores de su traslado. Pero todo parecía inútil. En este ambiente, tras el fallecimiento de don Fernando Ramires, el cabildo pacense actuó de inmediato, de acuerdo con la legalidad todavía vigente y, sin

54. No son muchos, según ya se ha señalado, las noticias y documentos conservados sobre su estancia como titular de la diócesis de Jaén. Para su conocimiento, pueden consultarse las obras de: José Francisco Rivera Recio, «Notas y documentos para el episcopologio de la sede de Baeza-Jaén durante los siglos XIII y XIV», *Boletín del Instituto Giennense*, 89 (1974), pp. 13-35; José Rodríguez Molina, *El obispado de Baeza-Jaén. Organización y economía diocesanas (siglos XIII-XVI)*, Jaén, 1986, p. 42; y Manuel Nieto Cumplido (coord.), *Iglesias de Córdoba y Jaén. Historia de las diócesis españolas*, Madrid-Córdoba, 2003, pp. 231-233.

55. *Chronica del Rey D. Affonso IV*, cap. XXXVI, pp. 401-402.

duda, en un intento de evitar una nueva reserva papal. Los canónigos eligieron nuevo obispo de Badajoz a uno de los suyos, don Vicente Estévanez o Estébanez. Todo apunta a que en su elección medió Alfonso XI, ya que, siendo todavía electo, acompañó junto con sus hombres de armas al monarca, formando parte del ejército real en Algeciras hasta el año 1348, año en el que murió víctima de la peste y todavía sin haber recibido la consagración como obispo.

Con anterioridad a la llegada de don Fernando Ramires a Badajoz, la diócesis había tenido otro prelado de origen portugués: don Bernabé (1324-1329), a quien se considera el primer obispo pacense con título universitario. Don Bernabé era físico, según la denominación dada entonces al médico, de acuerdo con la noticia facilitada por Juan Loperráez. Su acercamiento a la corte castellana se intensificó con motivo de acompañar, en su condición de médico vinculado a la corte paterna, a María de Portugal en su viaje a Castilla para contraer matrimonio con Alfonso XI. No obstante, su vinculación al poder monárquico se había iniciado en el país vecino mucho antes de ese acontecimiento por haber sido el físico personal del rey don Dionís desde 1311, quien, sin duda, favoreció su promoción, al igual que haría después el monarca castellano⁵⁶. Las muestras de agradecimiento de los diferentes monarcas a sus «hombres de confianza» dentro del estamento eclesiástico no podían ser tan seguras e inmediatas como lo habían sido con anterioridad a la época de Aviñón. El caso de don Bernabé, precisamente, es bastante ilustrativo al respecto. Así, en 1324, don Bernabé fue electo por los miembros del cabildo catedralicio de Coímbra, probablemente por deseo del monarca luso, como nuevo obispo de esta diócesis; sin embargo, nunca llegó a obtener la confirmación pontificia. Juan XXII había pensado un nuevo baile de obispos y el 27 de julio de este mismo año nombraba a don Bernabé obispo de Badajoz, tras trasladar a su antecesor como titular de la diócesis tudense. En la bula de nombramiento, además de su calidad de canónigo de Coímbra, se presenta

56. Sobre sus primeros pasos y ascensos en Portugal, como ser miembro de la cámara real de don Dionís, o el ser provisto de una canonjía en Coímbra y de otra en Viseo entre los años 1320 y 1324, *vid.* Georges Mollat, *Lettres communes de Jean XXII*, Bibliothèque des Écoles Françaises d'Athènes et de Rome, París, 1907-1923, n° 12.360 y Mario Farelo *et alii*, «Os clérigos na administração dionisina (1279-1325)», *Estudos de História Religiosa*, 5, *Carreiras eclesiásticas no ocidente cristão (ss. XII-XIV)*, Lisboa, 2007, pp. 295 y ss.

al prelado como hombre de ciencia, de vida prudente y honestas costumbres: «[...] *literarum sciencia, honestate morum et vite prudentia*»⁵⁷.

Poco se sabe de la actuación de don Bernabé durante los cinco años en que fue titular de la diócesis pacense, lo que ha hecho suponer al autor del último análisis de este obispado la casi segura permanencia en la corte portuguesa del prelado, como había ocurrido hasta entonces⁵⁸. Lo cierto es que es bastante revelador la ausencia casi total de documentación acerca del obispo relacionada con esta diócesis, así como el hecho de que no asistiera personalmente al concilio provincial compostelano de 1327, sino que enviara a un clérigo como su representante. El absentismo de sus respectivas diócesis de determinados prelados fue uno de los asuntos denunciados por los procuradores de las ciudades en Cortes durante los últimos siglos medievales sin que la causa fundamental de su actuación haya de buscarse únicamente en la condición de extranjeros de algunos de ellos, según ya señalamos en su día, puesto que hubo obispos absentistas naturales del reino en similar proporción. A grandes rasgos se pueden señalar dos razones fundamentales a la hora de explicar el desinterés mostrado por algunos prelados hacia su diócesis: su amplia vinculación a la curia pontificia, en la que solían residir hasta ser promovidos a una diócesis de mayor importancia, y su constante permanencia junto al monarca de turno para atender las más variadas cuestiones, desde embajadas políticas o enfrentamientos bélicos hasta, como en el caso que nos ocupa ahora, atención médica a los monarcas.

La diócesis pacense había sido «un premio» para don Bernabé. No era la deseada Coímbra, pero su ubicación fronteriza estaba más que meditada por Juan XXII. Por otro lado, el posible revés sería salvado por su conducta absentista⁵⁹. La situación del obispo iba a cambiar unos años más tarde,

57. ASV, Reg. Vat. T. 77, ff. 314v-315r.

58. Me refiero a William S. Kurtz, *Obispos (medievales) de Badajoz, Mérida*, Editora Regional de Extremadura, 2019, p. 73.

59. Desde hace ya tiempo he venido tratando algunas de las quejas y peticiones elevadas por los procuradores de las ciudades en Cortes, relacionadas con el estamento eclesiástico y la actuación pontificia; valgan como ejemplo dos de ellas, alejadas en el tiempo: Ana Arranz Guzmán, «La imagen del Pontificado en Castilla a través de los Cuadernos de Cortes», *Hispania Sacra*, XLII (1990), pp. 721-760; «Expresiones de conflicto en las Cortes de Castilla: los procuradores de las ciudades frente al clero», en *Cortes y parlamentos en la Edad Media peninsular*, Germán Navarro y Concepción Villanueva (coords.), Monografías de la Sociedad Española de Estudios Medievales, Murcia, 2020, pp. 17-38.

en esta ocasión, por deseo del monarca castellano. Todo sugiere que don Bernabé, presente siempre en la corte portuguesa, la abandonó para pasar a formar parte del séquito de doña María en su traslado a Castilla a la hora de contraer matrimonio con Alfonso XI en 1328. Desde ese momento su estrecha relación con doña María y con su esposo no dejó de intensificarse y, con ello, de reportar beneficios al prelado. El primero fue su nombramiento como obispo de Osma. Al poco tiempo de morir su antecesor en la diócesis oxomense, don Juan, el rey de Castilla manifestó al cabildo su deseo de que saliera elegido don Bernabé. Los canónigos siguieron la indicación de Alfonso XI, a la que, además, el papa no pondría objeción en esta ocasión, confirmándola el 20 de octubre de 1329⁶⁰. El prelado permanecería como titular de la diócesis de Osma hasta su muerte.

El nombramiento de don Bernabé para Osma supuso el primer síntoma claro de las buenas relaciones que iba a mantener el prelado con la Corona de Castilla a partir de esos momentos. Don Bernabé había pasado de ser el titular de una de las diócesis de menor renta, como era la de Badajoz, a serlo de Osma, una de las más ricas, a tenor de los servicios comunes que debía abonar en una y otra cada nuevo titular a la hora de ser consagrado: doscientos florines en el primer caso y mil ochocientos en el segundo⁶¹. El mayor número de noticias conocidas sobre don Bernabé como obispo de Osma se lo debemos a Loperráez Corvalán, el gran estudioso de la documentación de su archivo catedralicio, en cuyo primer documento referido a este prelado figura ya su condición de médico de doña María: *successit* (a don Juan) «Dominus Barnabas, physicus Reginae Castellae»⁶².

La relación de don Bernabé con la reina se amplió enseguida a su esposo. Alfonso XI no dudó en llevar a algunos de los enfrentamientos militares abiertos contra los granadinos y benimerines al prelado portugués ¿Qué mejor servicio podía prestar don Bernabé a su nuevo monarca que estar a su lado en la guerra?⁶³. Sin embargo, la esmerada y diversa

60. Georges Mollat, *op. cit.*, IX, p. 151.

61. ASV, CA, Oblig. et Sol. ff. 111v y 105v.

62. *Descripción histórica del Obispado de Osma con el catálogo de sus obispos*, Madrid, ed. de 1788, p. 286-292.

63. Para el tema de la participación de los miembros del episcopado en las batallas de Alfonso XI véase: Ana Arranz Guzmán, «Lorigas y báculos: la intervención militar del episcopado castellano en las batallas de Alfonso XI», *Revista de Historia Militar*, 112 (2012), pp. 11-63.

preparación intelectual del obispo de Osma llevó a considerar al rey de Castilla la conveniencia de reservar a don Bernabé para nuevos destinos cortesanos de especial relevancia para el futuro del reino. Es de todos conocido hasta qué punto Alfonso XI mantenía una corte paralela a la de su esposa y su hijo, el futuro Pedro I, algo que no impidió que el monarca se preocupara de rodear al infante heredero de los hombres más adecuados para gestionar su casa, así como de aquellos que consideraba mejores para formar su mente y su espíritu⁶⁴. Por ello, en 1344, don Bernabé fue nombrado canciller del infante y, a partir de este año, bajo la supervisión de la reina madre, se ocupó de la educación directa de don Pedro. Con tal propósito, el prelado mandó traducir la obra de Egidio Romano *De regimine principum* a fray Juan García de Castrojeriz, confesor de doña María, según aparece en uno de los manuscritos conservados⁶⁵. En otro, procedente de la Biblioteca de El Escorial queda claro, además, quién tuvo la iniciativa de la traducción del texto latino al castellano: «Aquí comienza el libro de Governamiento de los Príncipes fecho de don Frey Gil de Roma de la Orden de Sant Agustín, e físolo trasladar de latín en romance don Bernabé, obispo de Osma»⁶⁶.

CONCLUSIONES

En las decisiones adoptadas por el papado en tiempos de Alfonso XI a la hora de designar, trasladar o promocionar a prelados extranjeros para ser titulares de diócesis ubicadas en la Corona de Castilla pesaron varios factores, al igual que ocurriría durante el reinado de su hijo Pedro I y con los Trastámara. En primer lugar, la cada vez más decidida y frecuente decisión del pontificado de nombrar obispos a eclesiásticos con un con-

64. Sobre el entorno cultural y administrativo del infante puede consultarse: Ana Arranz Guzmán, «El infante ausente: en torno a los primeros años de vida de don Pedro de Castilla (1334-1350)», *Cuadernos de Historia de España*, LXXXV-LXXXVI (2011-2012), pp. 51-65.

65. BNE, Ms. 1.800: «Compúsolo fray Johan García de Castro Xerés, de la Orden de Frreyres Menores, confesor de la reyna de Castilla».

66. La bibliografía sobre el texto es más que nutrida. Sirvan como mínima referencia los trabajos, ya clásicos, de Juan Beneyto Pérez, *Glosa castellana al Regimiento de Príncipes de Egidio Romano*, Madrid, 1947 y la de F. Maillard, *Les traductions du «De Regimine Principum» de Gilles de Rome*, Chartres, 1974.

siderable bagaje intelectual. Una decisión, por otro lado, claramente en consonancia con la línea reformista potenciada en los últimos concilios ecuménicos y que acabaría consolidándose en el siglo XV. En segundo término, el que tales obispos fueran de la plena confianza del papa de turno, o de alguno de sus más leales servidores, sin tener en consideración los deseos de los cabildos, ni siquiera en los casos de haber concluido ya su elección, y tampoco los del monarca castellano de turno, así como las adversas respuestas sociales que la reserva pontificia hacía aflorar en las cortes del reino. El tercer factor, sin duda el más fructífero desde el punto de vista económico, fueron las ventajas que conllevaba la política de movilidad —ese incesante baile de obispos— incrementada desde los inicios de la estancia del papado en Aviñón. Una política de traslados continuos de los prelados de una diócesis a otra, que resultaba contraria a la práctica canónica anterior a esta época y, muy especialmente, al pronunciamiento realizado por Inocencio III en el siglo XIII sobre los beneficios que reportaba la permanencia de un obispo, hasta su muerte, en la misma diócesis.

A lo largo del periodo aviñonés, entre los años 1309 y 1377, se realizaron doscientos siete nombramientos de obispos, dejando al margen a los elegidos por los cabildos que nunca llegaron a ser consagrados y a aquellos que figuran en algunos episcopologios poco fiables y que no aparecen en la documentación correspondiente del Archivo Secreto Vaticano. De estos doscientos siete prelados, treinta y dos provenían de diócesis extranjeras, aunque lo cierto es que nueve de los mismos tenían un origen castellano, lo que se traduce en que realmente solo veintitrés de ellos habían nacido fuera de nuestras fronteras (Francia, Aragón, Portugal...) lo que supone el 10 % del conjunto⁶⁷.

Esta realidad cuantitativa, así como las causas fundamentales, ya señaladas, que llevaron a los papas de esta época a incrementar la reserva pontificia en las elecciones episcopales, así como la designación de obispos extranjeros para las diócesis castellanas, pueden trasladarse perfectamente al reinado concreto de Alfonso XI. Sin embargo, el tema central de estas páginas se ciñe a un asunto específico, como es el de valorar hasta qué

67. Sus orígenes geográficos y el desarrollo puntual de cada uno de los obispos del periodo aviñonés, al igual que su conducta particular (mayor o menor absentismo, política sinodal...) pueden consultarse en: Ana Arranz Guzmán, «Obispos y clérigos extranjeros en Castilla...», pp. 151-195.

punto la presencia de obispos portugueses en Castilla obedeció también a los mismos factores que trajeron como titulares de sus diócesis a prelados naturales de otros reinos. El haber analizado en su día, de manera global, la proyección que tuvo en Castilla la nueva política beneficiada de Aviñón me ha permitido ahora poder constatar la singularidad que supuso la presencia en nuestras diócesis de obispos naturales de Portugal.

No cabe duda de que las razones económicas que llevaron a los pontífices de Aviñón a desarrollar la política de traslados episcopales repercutieron del mismo modo en todos los obispos, con independencia de su origen geográfico; y lo mismo hay que decir en relación con el reinado concreto de Alfonso XI. Hasta aquí, por tanto, la coincidencia es plena entre los prelados que vinieron de Portugal a ostentar la titularidad de diócesis castellanas y los que procedían de otros reinos europeos. Sin embargo, existieron diferentes motivos y circunstancias en sus nombramientos que, como se ha podido ir comprobando a lo largo de estas páginas y ahora se resumirá, los alejaban de aquellos obispos nacidos en otras tierras.

El primero de ellos lo constituía la propia tradición. Antes de que se generalizara la política reservacionista del papado, así como los continuos traslados que implicó, en Castilla, aunque en menor proporción, siempre hubo prelados de origen portugués. Se trataba de una realidad que, salvo excepciones, no había sido común al resto de los obispos naturales de otros reinos, a pesar de la presencia puntual de alguno. Sirvan como pequeños ejemplos, por su lejanía con las fechas aquí analizadas, los de los canónigos de Santa Cruz de Coímbra don Bernardo y don Esteban, respectivamente, obispo de Tuy en 1180 y de Palencia en 1292.

Una segunda particularidad está ligada al porcentaje que representaban los obispos nacidos en Portugal en el conjunto de los extranjeros promovidos o trasladados a las diócesis de Castilla durante la época tratada. En este sentido, no hay duda de que el número de los de origen portugués siempre fue superior al de los provenientes de otros reinos. En el reinado de Alfonso XI, en concreto, hubo un total catorce obispos extranjeros, de los cuales ocho eran portugueses y seis de otras nacionalidades (Francia y Aragón)

La tercera peculiaridad se relaciona con el hecho de que los obispos portugueses trasladados a diócesis castellanas no estaban especialmente vinculados a la curia pontificia, algo que sí ocurría con buena parte del resto de los extranjeros promocionados, como en el especialmente

significativo caso de los prelados franceses. Por el contrario, la mayoría de los portugueses trasladados con quien habían mantenido una estrecha vinculación había sido con los monarcas de su reino, y después la tendrían con los castellanos. En definitiva, eran más obispos «cortesanos» que «curialistas». Los casos de don Bernabé de Osma o de don Pedro Alfonso de Astorga resultan especialmente significativos.

La cuarta singularidad, ligada a la anterior, es que en buena parte de sus nombramientos o traslados los deseos del rey portugués y/o del castellano fueron casi siempre atendidos por el papado, variando tan solo, en alguna ocasión, la diócesis seleccionada. Alfonso XI y Alfonso IV, así como su antecesor don Dionís, no tardaron en darse cuenta de que su mediación ante los canónigos correspondientes para obtener el respaldo a su candidato servía ya de poco tras el cambio de política beneficial operado en Aviñón. Debían suplicar directamente al papa y así lo hicieron.

Una quinta diferencia es que los obispos portugueses que habían participado en actividades políticas de su reino, cuando llegaron a Castilla, se emplearon con similar empeño en satisfacer las diferentes misiones gubernamentales solicitadas por Alfonso XI. Los mencionados casos de don Bernabé y de don Pedro Alfonso, por ejemplo, resultan paradigmáticos. Su actitud, en definitiva, fue muy parecida a la mantenida por los propios obispos castellanos, y lo mismo hay que decir respecto a su mayor o menor celo en materia eclesiástica. Los obispos «cortesanos», tanto portugueses como castellanos, mantuvieron un comportamiento análogo en sus respectivas diócesis. Unos y otros acudían a la corte siempre que sus servicios eran requeridos; algunos, tanto los naturales de un reino como los de otro, pasaban más tiempo junto al monarca o llevando a cabo determinados encargos políticos que en su diócesis; otros, por el contrario, destinaron todos sus esfuerzos a la actividad diocesana. En cambio, los procedentes de otras latitudes, como en el señalado caso de los franceses, con quien siguieron manteniendo contacto estrecho fue con la corte pontificia, hasta el extremo de no llegar a tomar posesión de la diócesis castellana en algunos casos, y permanecer en Aviñón a la espera de ser nuevamente trasladados a otra sede de renta más saneada.

En último lugar, llama especialmente la atención la existencia de un fenómeno que solo se desarrolló entre los obispos del ámbito castellano portugués. Me refiero a los que he denominado «obispos de ida y vuelta». Se trata de prelados de origen portugués, que habían sido titulares

de una o más diócesis en su reino, que después lo fueron en una o dos castellanas y que, finalmente, regresaron a Portugal, bien como titulares de una de sus diócesis, bien, sencillamente, a pasar los últimos días de su vida en la tierra que los había visto nacer; un fenómeno que ocurrió de manera idéntica, pero a la inversa, con los obispos naturales de Castilla. El ejemplo de don Geraldo Domingues, obispo de Oporto, Palencia y Évora es bastante ilustrativo.

Todas estas peculiaridades obedecían al especial contexto en el que se desarrollaron sus trayectorias. La larga frontera común entre Castilla y Portugal, con diócesis próximas a uno y otro reino, incluso, con propiedades diocesanas distribuidas en los dos; las conexiones familiares de muchos de los obispos a ambos lados de la línea fronteriza; los matrimonios reales efectuados entre las dos monarquías y la presencia episcopal en los séquitos correspondientes; el haber cursado estudios universitarios en el reino vecino; la condición de aliados de Alfonso XI y Alfonso IV, aunque no siempre, frente a granadinos y benimerines; haber sido con anterioridad a su llegada a Castilla obispos «cortezanos» en Portugal; o el haber disfrutado algunos de nuestros protagonistas de canonjías u otros beneficios menores en el reino vecino con anterioridad a su promoción al episcopado fueron algunas de las circunstancias en las que se desenvolvieron estos prelados, que constituyeron una realidad eclesiástica y política muy especial. Una realidad, en definitiva, que explica sobradamente la singularidad que representaron los obispos portugueses en Castilla respecto al resto de los extranjeros que ostentaron la titularidad en algunas de nuestras diócesis.

ENTRE LA INTEGRACIÓN Y EL VÍNCULO CON LOS ORÍGENES: LOS NOBLES FRANCESES Y LUSOS AFINCADOS EN CASTILLA (1369-1414)

ISABEL BECEIRO PITA

Instituto de Historia *ad Honorem*, CSIC

En las últimas décadas, el asentamiento de linajes portugueses en el reino castellano ha sido objeto de abundantes estudios, que comprenden tanto visiones de conjunto de su exilio tras la victoria en Aljubarrota de Juan de Avis como monografías relativas a su expansión señorial. En cambio, la venida de sus homólogos galos no ha recibido la misma atención. Como señala Sergio Pérez Lajarín, a partir de las investigaciones de Luis Vicente Díaz Martín y Julio Valdeón Baroque, se ha producido un estancamiento historiográfico en torno a los reinados de Pedro I y Enrique II, en los que se inserta la llegada de estos contingentes¹. Pero al mismo tiempo varias aportaciones parciales proporcionan valiosas informaciones relativas a algunos de estos personajes, en especial sobre el más famoso de ellos, Bertrand Duguesclin.

El estudio conjunto de ambos grupos de extranjeros resulta adecuado para el planteamiento de dos cuestiones clave en los procesos de emigración, la integración y la huella dejada por los antepasados y el país de origen. La primera implica el análisis de las figuras y circunstancias que contribuyen a esa aclimatación, sin olvidar su anverso, plasmado en los casos de rechazo, que conlleva el retorno al antiguo territorio, o bien el extrañamiento en el nuevo, debido, con toda probabilidad a la añoranza de la situación anterior. En cuanto al segundo tema, concierne, a la vez, a la relación mantenida con los antepasados y con la formación política de estos, llevada a cabo por el recién emigrado o por las generaciones futuras.

La amplitud de esta temática hace imposible tratarla exhaustivamente en estas páginas. Únicamente pueden trazarse sus líneas fundamentales a través de una serie de personajes y linajes representativos: Beltrán

1. Sergio Pérez Lajarín, «Aportaciones historiográficas al estudio de la proyección internacional del conflicto dinástico Trastámara (1366-1369)», *Revista EPCCM*, 17 (2016), pp. 317-328.

Duguesclin, Pierre de Villaines, Bernal de Bearne, Robert de Braquemont, los primeros miembros de los Pimentel, Acuña y Pacheco, castellanos, Alonso Tenorio, Beatriz de Portugal, entre la aristocracia, y los Fonseca de Toro, en las oligarquías urbanas.

De entrada puede avanzarse una primera constatación: mientras que algunos destacados guerreros transpirenaicos abandonaron Castilla poco tiempo después de la victoria definitiva de Enrique II, todos los portugueses permanecieron en el reino y algunos de sus sucesores ascendieron a la cúpula de la aristocracia e intervinieron de manera decisiva en las decisiones políticas. Los motivos de esta disparidad son evidentes: algunos de los primeros se integran en compañías jerárquicas que ofrecen sus servicios en los distintos conflictos bélicos². En cambio, los segundos toman partido por Beatriz de Portugal y posteriormente por el infante don Dionís y se niegan a aceptar el acceso al trono del maestre de Avis, por lo que se ven obligados al exilio. Las sucesivas treguas que se encadenaron a partir de 1399 no consiguieron avanzar en el retorno a sus antiguas posesiones. El tratado de Ayllón de 1411 acabó definitivamente con las esperanzas de estos exiliados³. Pero contaban con la ventaja de hablar el castellano o al menos entenderlo, dadas las grandes similitudes entre este idioma y el portugués durante la Baja Edad Media y comienzos de los tiempos modernos, como reconoce Juan de Valdés en 1545⁴. La importancia y valor estratégico de algunos de sus señoríos otorgados por el monarca, el servicio a la corona, la capacidad de forjar alianzas o la existencia previa de parientes con una posición preeminente en Castilla hicieron posible la adopción por gran parte de estos linajes de una nueva identidad triunfadora.

2. El primero que llamó la atención sobre la actuación de las compañías francesas al lado de Enrique II fue Julio Valdeón Baroque en *Enrique II de Castilla: la guerra civil y la consolidación del régimen (1366-1371)*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1966. Para una visión general de los mercenarios extranjeros en esta guerra y la participación de los ingleses apoyando a Pedro I, sigue siendo útil Kenneth Fowler, «L'emploi des mercenaires par les pouvoirs ibériques et l'intervention militaire en Espagne (vers 1369-1479)», en *Realidad e imágenes del poder España a fines de la Edad Media*, Valladolid, Ámbito, 1977, pp. 23-53.

3. Cesar Olivera Serrano, «Pax in bello: la difícil paz entre Castilla y Portugal (1369-1431)», *Vínculos de Historia*, (2018), pp. 46-60.

4. Ana Isabel Buescu, «Aspectos do bilingüismo português-castelhano na época moderna», *Hispania*, LXIV/1, n° 216, (2004), pp. 13-38.

EL RETORNO: BERTRAND DUGUESCLIN Y PIERRE DE VILAINES

Está en relación con las expectativas de ascenso previsibles en estos territorios y con su *status* en el seno de sus grupos familiares, como se ve en estos dos personajes.

El primero de ellos, llamado Beltrán Claquin en los textos castellanos, procedía de antiguo linaje bretón, que no se puede situar entre los barones, pero tampoco entre los hidalgos famélicos. Se trata de una familia de caballeros; casi todos jugaron un importante papel en la política francesa del siglo XIV.

La trayectoria de este personaje fue muy azarosa y tiene lugar fundamentalmente en las campañas de la guerra de los Cien Años. En primer lugar, participa en el enfrentamiento bélico ocasionado por la sucesión del ducado de Bretaña, tomando partido por Charles de Blois. En 1353 entra al servicio del rey de Francia, bajo el mando de Arnaud d'Audrehem, lugarteniente regio en las fronteras de Normandía y Bretaña. En 1356-1357 se integra en la compañía de Pierre de Villiers, futuro maestresala del soberano. En esos años defiende victoriosamente Rennes y entre 1360 y 1364 es nombrado lugarteniente regio en la Baja Normandía, capitán general en Normandía y lugarteniente en el área entre el Loira y el Sena⁵. En 1366 acude a la contienda castellana entre Pedro I y su medio hermano Enrique de Trastámara, al lado de guerreros aragoneses. Sufrir un revés en la victoria petrística de Nájera y, a raíz de ella, es encarcelado. Este fracaso le granjea la pérdida del favor de don Enrique, por lo que vuelve a Francia y solo regresa a Castilla merced a una alianza entre el aspirante al trono y Carlos V de Francia. Pero en 1369 tiene una intervención decisiva en la batalla de Montiel y en la inmediata muerte del monarca legítimo, que da origen a la dinastía Trastámara⁶. En recompensa a sus servicios había recibido el ducado de

5. Philippe Contamine, *Guerre, état et société à la fin du Moyen Âge. Études sur les armées des rois de France, 1337-1494*, Paris-Mouton-La Haye, 1972, pp. 577-578.

6. Según el cronista Pero López de Ayala, Dugueclin atrajo a Pedro I a su posada, por medio de una estratagema, e inmediatamente avisó al pretendiente, quien se presentó allí y cometió el asesinato del soberano. Pero López de Ayala, «Crónica de don Pedro I»; *Crónicas de los reyes de Castilla*, t. I, Madrid, Atlas, 1953, pp. 590-593.

Molina, probablemente en enero de 1369 y después de Montiel se le añaden además las villas de Soria, Almazán, Atienza y Monteagudo⁷. No obstante, regresa definitivamente a Francia, en 1370, donde es nombrado condestable el 2 de octubre de ese mismo año.

Por su parte Pierre de Villaines, apodado «le Bègue», es decir, el tartamudo, era hijo de Jean de Villaines, señor de Villaines, en tierras de Lyon. Pertenece a una casta aristocrática y meritocrática que supo conciliar las funciones políticas con destacados cometidos militares⁸. De 1360 a 1362 es senescal de Carlos V de Francia en Toulouse y Carcasona, desempeña también el oficio de chambelán con este monarca y Carlos VI, y después fue miembro del consejo regio con Carlos VII, entre 1380 y 1406, año de su fallecimiento.

En la vertiente militar, es reconocido por su actuación en la guerra de sucesión de Bretaña, de 1365. Poco tiempo después, participa en la contienda castellana en apoyo de Enrique de Trastámara, junto con Bertran du Guesclin⁹. Poco después de alcanzar el poder, el nuevo soberano le otorga el condado de Ribadeo. Sin embargo, su presencia en el señorío gallego debió de ser prácticamente inexistente, a juzgar por los mencionados cargos en la corte francesa y por su participación, en 1378, en las operaciones destinadas a la recuperación de las posesiones normandas del rey de Navarra, dirigidas por el duque de Borgoña¹⁰. En 1401 vende el condado al condestable Ruy López Dávalos, con el fin de adquirir el «reino de Yvelot».

7. Alfred Morel-Fatió, «La donation du duché de Molina a Bertrand Du Guesclin», *Bibliothèque de l'école de chartes*, 60 (1899), pp. 145-176: <https://doi.org/10.3406/bec.1899.452520>.

8. Bruno Nardeux, «Pierre de Vilaines, dit "le Bègue" (vers 1330-1406) ou les origines prestigieuses d'un homme d'État méconnu», *Annales de Normandie*, 61 (2011-2012), pp. 41-54.

9. Fernão Lopes, *Crónica de D. Fernando*, Barcelos, Livraria Civilização, 1986, pp. 19, 51. Véase también Carlos Andrés González Paz, «The role of mercenary troops in Spain in the fourteenth century, the civil war», en J. France (dir.) *Mercenaries and Paid Men: the mercenary identity in the Middle Ages*, Boston, Brill, 2008, pp. 331-343.

10. Philippe Contamine, *Guerre, état et société*, p. 153.

EL EXTRAÑAMIENTO EN CASTILLA: JUAN ALFONSO PIMENTEL

Durante el reinado de Fernando I de Portugal este noble había estado estrechamente vinculado al círculo de la reina, Leonor Teles. Es más, doña Leonor es quien organiza su casamiento con su hermana bastarda, Juana Meneses. Además consigue la donación de la villa de Braganza para el matrimonio, mientras que Vinhães es entregada como dote de la desposada¹¹. Por tanto no es de extrañar que se encuentre Pimentel en el séquito habitual de la pareja real, y acompañe también a Juan Fernández de Andeiro, conde de Ourém, reputado como amante de la soberana consorte¹². Resulta beneficiado de las confiscaciones a nobles y oficiales regios enfrentados a don Fernando, a lo que hay que sumar, a partir de 1375, nuevas donaciones en las tierras de Gestaço, Penaguião y Godin, en torno a la sierra de Marão¹³.

En la crisis de 1385 abraza desde el primer momento las posturas legitimistas, apoyando la causa de Beatriz de Portugal y Juan I de Castilla¹⁴. Pero la derrota castellana en Aljubarrota hace que, después de resistir en Braganza, se vea obligado a entregar la villa al primer titular de la dinastía de Avís. Para ganarse su favor, participa en las campañas contra tierras leonesas y en el asedio a Tuy, por lo cual es restituido en sus posesiones¹⁵.

Su marcha definitiva a Castilla se inscribe en un giro de la política interior portuguesa a partir de 1393, basado en el fortalecimiento del poder real y la ampliación de las tierras de realengo a costa de la nobleza.

11. Fernão Lopes, *Crónica de D. Fernando*, pp. 153, 172, 446.

12. Fernão Lopes, *Crónica de D. João I*, vol. I, Barcelos, Livraria Civilização, 1983, pp. 18, 37, 62, 130. Véase también Bernardo Vasconcelos e Sousa, *Os Pimentéis. Percursos de uma linhagem da nobreza medieval portuguesa (séculos XIII-XIV)*, Lisboa, Imprensa Nacional/Casa da Moeda, 2003.

13. Isabel Beceiro Pita, «Los Pimentel, señores de Braganza y Benavente», en *Actas das II Jornadas Luso-Espanhólas de História Medieval*, vol. I, Oporto, 1987, pp. 317-331.

14. El cronista Pero López de Ayala lo incluye entre los caballeros procastellanos, a comienzos del conflicto. «Crónica de Juan I», en *Crónicas de los reyes de Castilla*, t. II, Madrid, Atlas, 1953, p. 91.

15. Fernão Lopes, *Crónica de D. João I*, vol. II, Lisboa, Livraria Civilização, 1983, pp. 180-181.

El malestar de los caballeros encuentra un campo abonado para las deserciones cuando en 1396 Enrique III plantea un nuevo cambio de orientación con respecto a Portugal, por el que se defendían los intereses al trono luso del infante don Dionís, hijo de don Pedro y de doña Inés de Castro, en lugar de postularse a sí mismo como aspirante.

Previamente al abandono del reino se produjeron negociaciones para prometer villas y lugares en Castilla a Pimentel y Gil Vázquez de Acuña, a través del justicia mayor, Diego López de Estúñiga. En el caso del primero, se traduce en la concesión de la villa de Benavente y su tierra, que comprendía cinco merindades y unas ochenta aldeas, además del reconocimiento de las propiedades portuguesas de Braganza y Vinhães, por juro de heredad¹⁶. En los dos meses siguientes, tiene lugar su marcha al país vecino, al mismo tiempo que la de Acuña y Juan Fernández Pacheco y sus hermanos¹⁷.

El conflicto termina en 1400, pero el primer conde de Benavente dedica la mayor parte de sus esfuerzos a la ocupación de Braganza. Se mantiene en ella hasta, al menos, el 13 de marzo de 1403, ya que los acuerdos entre reinos, que habrían de formalizarse un año después, comportaban la mutua restitución de plazas¹⁸.

Ahora bien, interesa resaltar que, a partir de esta fecha y hasta su muerte en 1420, la actividad del conde como titular de un gran estado señorial es escasísima. Solo realiza una adquisición para ampliar sus dominios, la compra de Granucillo, con sus barrios de Granucillino y Conquilla, el 11 de septiembre de 1405¹⁹. Ya sea por su avanzada edad, por problemas de salud, o por otros contratiempos que, en cualquier caso, no han llegado hasta nosotros, parece haberse desentendido de la política de su nuevo reino y de las campañas contra el islam andaluz entre 1407 y 1410, que contribuyeron decisivamente al auge de otros exiliados portugueses,

16. 4 de marzo de 1398; Archivo Histórico de la Nobleza. Osuna, C. 415, D. 54.

17. Está recogida en Fernão Lopes, *Crónica de D. João I*, vol. II, p. 366.

18. Se trata del segundo requerimiento para la entrega de Braganza y Vinhães a la autoridad regia castellana, como paso previo, para la devolución a Portugal. El primero es del 16 de febrero de 1403. Archivo Histórico de la Nobleza. Osuna, C. 3909, D. 13-14. La toma de posesión de ambas villas y sus respectivos castillos por los representantes de Enrique III es del 3 de abril del mismo año. Archivo Histórico de la Nobleza. Osuna, C. 3909, D.15.

19. Archivo Histórico de la Nobleza. Osuna, c. 463, d. 98.

como Alonso Tenorio. Es más, en el primero de estos años se dictamina contra él un embargo de cinco cincuenta y tres mil maravedís en la tierra y mercedes que tiene de la corona, por haber incumplido sus deberes vasalláticos y haberse apropiado fraudulentamente de las rentas de la hacienda regia, ya que no había asistido a la guerra de Granada, después de haber cobrado el sueldo de dos meses, por cien guerreros y doscientos ballesteros y lanceros comprometidos a tal fin²⁰.

El único objetivo constatado en esos años es asegurar la sucesión a su principal heredero, don Rodrigo Alfonso Pimentel, e insertarle en una red de alianzas de primer orden, dentro de la elite política castellana. El primer paso es la mejora otorgada a su sucesor, el 8 de marzo de 1410²¹. Coincide cronológicamente con el concierto matrimonial establecido con el almirante Alonso Enríquez para casar al mencionado Rodrigo con Leonor Enríquez, una de las múltiples hijas del almirante²².

La siguiente etapa es la renuncia del segundo vástago a la herencia materna y paterna, el 21 de septiembre de 1414, a cambio de ocho mil florines de oro²³. Este vástago, Alonso Téllez, adoptó el renombre materno, como solía acontecer entre los segundones. Había sido comendador de Herrera, en la orden militar de Alcántara y, en aquellos momentos había ingresado como fraile jerónimo en el monasterio de Guadalupe.

El final de este reparto son las capitulaciones matrimoniales para el enlace entre su única hija, Teresa de Meneses, y Pedro González de Bazán, hijo de Pedro de Bazán, señor de Los Palacios de la Valduerna, firmadas el 24 de octubre de 1415. Siguiendo las pautas habituales, la dote expresa los derechos correspondientes a la herencia que, en esta ocasión, consisten en cuatro mil florines de oro y dos mil maravedís anuales de merced²⁴.

Pero quizás el documento más expresivo de la falta de aclimatación en la sociedad castellana es la suscripción de un contrato de arrendamiento,

20. Archivo General de Simancas. Escribanía Mayor de Rentas, legajo 1. Sin embargo, este embargo aún no se había producido en 1415, que es de cuando data tal documento.

21. 20 de julio de 1422. Traslado de la petición, realizada por don Rodrigo Alfonso Pimentel, de la escritura de mejora otorgada por su padre. Archivo Histórico de la Nobleza. Osuna, C. 415, D. 50.

22. 3 de marzo de 1410. Real Academia de la Historia. Colección Salazar, 0-1, ff. 137-138 v.

23. Archivo Histórico de la Nobleza. Osuna, c. 415, d. 662.

24. Archivo Histórico de la Nobleza. Osuna, c. 415, d. 32-33.

efectuado en 1416, en donde don Juan Alfonso actúa como fiador. A pesar de los dieciocho años transcurridos en el reino castellano, no emplea la fórmula «el conde», sino que sustituye el artículo por el correspondiente portugués²⁵. Al menos en 1419 parece haber cedido el gobierno, de hecho, a su sucesor, a juzgar por el poder que este da a su mujer, Leonor Enríquez, y a Juan Alfonso, bachiller y regidor de Benavente, para que puedan vender, cambiar y efectuar adquisiciones sobre los bienes y posesiones del condado²⁶. Se puede considerar, por todos estos indicios, que los Pimentel no se integraron realmente en su país de acogida hasta la segunda generación.

LA EXISTENCIA VITAL INTERMITENTE ENTRE CASTILLA Y FRANCIA: ROBERT DE BRAQUEMONT

El almirante, llamado Rubí de Bracamonte en los textos castellanos, había nacido hacia 1355 y en 1384 participó en la expedición a Italia de Luis de Anjou. Dos años después entró al servicio de Juan I de Castilla, en el marco de la alianza francocastellana²⁷. Actuó como embajador francés en Castilla en 1391, 1393, 1396, 1403 y 1405. Probablemente haya que situar en la década de 1390 sus dos matrimonios sucesivos con Inés de Mendoza, hija de Pero González de Mendoza, señor de Hita y Buitrago, y con Leonor de Toledo, hija de Fernán Álvarez de Toledo, señor de Valdecorneja. En los primeros años del siglo XV vuelve a Francia, donde se relaciona estrechamente con el duque de Orleans, quien le nombró camarero suyo. Hacia 1402 es jefe de la guardia pontificia de Aviñón. Estaba emparentado con Juan de Bethencourt, por lo que su influencia fue decisiva para que Benedicto XIII otorgara el 22 de enero de 1403 dos bulas por las que concedía indulgencias a los participantes en la conquista del archipiélago canario. En agradecimiento, obtuvo de Enrique III el monopolio sobre el comercio de las islas y la concesión del «quinto» sobre las mercancías traídas desde allí. Aún volvería a Cas-

25. Archivo Histórico de la Nobleza. Osuna, c. 415.

26. Archivo Histórico de la Nobleza. Osuna, c. 101, d.10.

27. Véase sobre este personaje Adeline Rucquoi, «Valladolid en la Edad Media», t. II, *El mundo abreviado*, 2ª edición, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1997, pp. 60, 100, 102-103, 125, 163, 164 y 183.

tilla con dos nuevas misiones diplomáticas, en 1408 y 1418. Durante la primera, que renovaba el acuerdo francocastellano, aprovechó la ocasión para participar en la campaña de Antequera y casar a su hija Juana con Álvaro de Ávila, futuro mariscal²⁸. Junto con su yerno, estuvo presente en la coronación de Fernando de Antequera y en 1417 suplicó a la regente Catalina de Lancaster que donase las Canarias a su pariente Bethencourt. Falleció en 1419 en Mocejón, aldea de Toledo, dejando a su hija Juana posesiones en Medina de Rioseco y a Juan bienes en torno a Valladolid²⁹.

LOS PROCESOS DE INTEGRACIÓN

Su completo desarrollo requiere un concurso de factores positivos y negativos. Los primeros se pueden resumir en la existencia de una o más figuras protectoras masculinas, la coyuntura bélica, exterior o interior, y un enlace ventajoso en el área territorial de asentamiento o en la élite aristocrática. Los negativos comprenden la imposibilidad de ampliar su situación en el territorio de origen, ya sea por el exilio forzoso o por una posición marginal en el grupo familiar. Entre ellos se encuentran los emigrados portugueses y el francés Bernal de Bearne.

La protección puede limitarse al monarca o cubrir un amplio abanico, que abarca un consanguíneo o afín en un lugar preeminente, la familia regia o, incluso, los validos. Los dos primeros titulares de los Silva Tenorio en Castilla abarcan toda esta gama de apoyos: para don Alonso Tenorio, como es sabido, resulta decisiva la intervención de su tío, el arzobispo de Toledo, Pedro Tenorio, que le concierta su enlace y, con ello, su implantación en la nobleza toledana. A la vez, le nombra adelantado de Cazorla, lo que le proporciona la ocasión de destacar militarmente ante Fernando de Antequera, en las campañas contra el reino de Granada. Su hijo, Juan de Silva, debe su auge a don Álvaro de

28. Rafael Sánchez Saus, «El almirantazgo de Castilla y las primeras expediciones en Canarias», *En la España medieval*, 2 (2005), pp. 188-192.

29. Alfonso Franco Silva, «El mariscal Álvaro de Ávila y los orígenes del condado de Peñaranda de Bracamonte» en la recopilación de trabajos de este autor *La fortuna y el poder. Estudio sobre las bases económicas de la aristocracia castellana (siglos XIV-XV)*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1996, pp. 241-263.

Luna y a Juan II, con los que participa en la lucha contra los infantes de Aragón³⁰.

Como ya se ha apuntado, la postura en su favor del almirante Alonso Enríquez es imprescindible para la continuidad del segundo conde de Benavente, don Rodrigo Alonso Pimentel, y para su inserción en las grandes opciones políticas de la aristocracia. En efecto, tras conocerse la noticia del fallecimiento del primer conde, la situación de los Acuña es parcialmente similar a la de don Juan Alfonso Pimentel. Lope Vázquez de Acuña recibe de Enrique III las villas conquenses de Buendía y Azañón en 1397, ejerce diversos oficios concejiles en Cuenca y realiza apropiaciones legales e ilegales en tierras de Huete. Su matrimonio con Teresa Castillo de Albornoz, señora de Paredes, Portilla y Valtablado, favorece la expansión del linaje por el obispado de Cuenca, como ha apuntado Ortega Cervigón³¹. El testamento y mayorazgo conjunto otorgado por la pareja conyugal el 3 de agosto de 1446 muestra que los bienes de doña Teresa, obtenidos fundamentalmente por diversos legados familiares, son los que permiten dejar herencia a los hijos segundones³². El parentesco de los Albornoz con don Álvaro de Luna aproxima a los Acuña al valido de Juan II y también a los Silva toledanos, a través del matrimonio concertado por don Álvaro entre Leonor de Acuña, a la que llama su prima, con Juan de Silva. El hijo de ambos, Alonso, futuro segundo conde de Cifuentes, fue puesto como destinatario del mayorazgo si faltaran descendientes directos. En adelante, los Pimentel se adhieren a las ligas nobiliarias en las que se integran los Enríquez y adoptan su fervor franciscano, reedificando el convento de San Francisco de Benavente, que se convierte en su panteón familiar, a imagen de la vinculación contraída por la familia de los almirantes, durante su primera etapa, y el monasterio de Santa Clara de Palencia.

La bastardía de Bernal de Bearne, hijo de Gastón Febo, XI conde de Foix, y la falta de contactos previos en el reino, no le deja otra salida que

30. Para más detalles, remito a Isabel Beceiro Pita, «Del exilio portugués a la representación diplomática de Castilla: los Silva-Tenorio», en prensa en *Medievalista* online, IEM, Lisboa.

31. José Ignacio Ortega Cervigón, «El arraigo de los linajes portugueses en la Castilla bajomedieval: el caso de los Acuña en el obispado de Cuenca», *Medievalismo. Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales*, 16, (2006), pp. 73-92.

32. RAH, Colección Salazar, 9/2, ff. 5-15.

la manera de integración dispuesta por Enrique II. En 1367 había pasado a Castilla para combatir al lado del pretendiente Trastámara contra Pedro I. Al año siguiente es nombrado caballero por don Enrique, quien, tras la victoria, concierta su enlace con Isabel de la Cerda y le otorga el condado de Medinaceli³³. La inusual cesión del condado a su mujer, efectuada muy poco después, hace pensar que acepta su papel de elemento episódico dentro del linaje de La Cerda, aunque imprescindible para proporcionar descendencia³⁴. De cualquier forma, la pareja conyugal abre nuevas vías de cohesión del linaje, al instaurar el monasterio de Santa María de Huerta como panteón familiar³⁵.

La integración de los linajes fronterizos de la pequeña nobleza es más compleja, ya que, al menos, en una primera generación, alternan las alianzas entre linajes castellanos y los de procedencia lusa. Su mejor ejemplo son los Fonseca, afincados en la localidad zamorana de Toro.

Como ha puesto de relieve César Olivera, en los últimos años del siglo XIV se crea un foco legitimista en Toro, en torno a Beatriz de Portugal, reina portuguesa, viuda de Juan I de Castilla y señora de la villa. Entre ellos se encontraba Pedro Rodríguez de Fonseca, que, según José Augusto de Sotto Mayor Pizarro, pertenecía a una nobleza media regional cuyas posesiones estaban situadas en torno a Lamego. Era alcaide de Olivenza, plaza que ya poseía su abuelo³⁶.

33. 29 de julio de 1370. Merced del condado de Medinaceli. M^a Luisa Pardo Rodríguez, *Documentación del condado de Medinaceli (1368-1454)*, Soria, Diputación de Soria, Colección Temas Sorianos, 24, 1993, d.1, pp. 127, 130. Y 1 de octubre de 1370. Consejo regio a Isabel de la Cerda para que asienta a este matrimonio, doc. 7, pp. 138-139.

34. 14 de septiembre de 1370. Donación a Isabel de la Cerda de la villa de Medinaceli, con ocasión de su matrimonio. Se realiza el mismo día que la de ochocientos mil maravedís, en concepto de arras. M^a Luisa Pardo Rodríguez, *Documentación del condado de Medinaceli*, d. 5, 6 y 8, pp. 136-140.

35. 3 de agosto de 1371. Testamento de Bernal de Bearne, conde de Medinaceli, M^a Luisa Pardo Rodríguez, *Documentación del condado de Medinaceli*, d. 3, pp. 228-229.

36. César Olivera Serrano, «Un exiliado portugués en Castilla: Pedro Rodríguez de Fonseca (†1419)»; en Carlos Reglero de la Fuente (ed.), *Poder y sociedad en la Baja Edad Media hispánica. Estudios en homenaje a Luis Vicente Díaz Martín*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2002, pp. 495-503. Para la evolución posterior del linaje es de interés Máximo Diago Hernando, «El ascenso de un linaje de exiliados portugueses en la Castilla de los siglos XV y XVI: los Fonseca de Toro», en prensa en *Espacio, tiempo y forma. Serie III. Historia Medieval*.

Don Pedro se unió ya en 1380 a la causa de Juan I y Beatriz. Desde 1385 resiste en Olivenza ante los ataques del maestre de Avis y debió de pasar a Castilla en 1399 tras el acuerdo de devolver a Portugal las plazas de ese país que obedecían al rey castellano. Su testamento, otorgado en 1419, muestra que había practicado una política de enlaces matrimoniales con linajes portugueses, como los Silva o los Manuel, afincados en Toro o en Olmedo. Resulta coherente con su posición en la oligarquía local y con este contexto toresano, pero ofrece un claro contraste con los otros casos vistos aquí, en donde se busca entroncar con la nobleza castellana y, en lo referente, a los Acuña y los Pimentel, con linajes señoriales de la zona. Sin embargo, su sucesor abandona la preferencia por los enlaces matrimoniales con otros linajes portugueses para optar por los Ulloa, emparentados con uno de los más importantes linajes gallegos y, así, Hernando del Pulgar menciona, al hablar del arzobispo de Sevilla Alonso de Fonseca la procedencia paterna «de linaje de hombres fijosdalgo del reyno de Galicia y la materna, del linaje de los Fonseca de Toro».

LOS VÍNCULOS CON LOS ORÍGENES

En las siguientes generaciones, las conexiones con Portugal y con Francia fueron muy puntuales. La excepción reside en los Pimentel, a mediados del siglo XV. Los contactos mantenidos por el tercer y cuarto conde de Benavente con el monarca portugués fueron vitales para preservar en sus manos la titularidad del condado e influyeron, además, en las relaciones diplomáticas entre los dos reinos.

En síntesis, durante el enfrentamiento entre el bando de los infantes de Aragón y Juan II y su valido don Álvaro de Luna, don Alonso Pimentel es encarcelado en la fortaleza de Portillo por orden del rey. En 1448 escapa de su prisión, huye a Portugal y se refugia en el castillo de Mogadouro. No se sabe si pensaba encontrar apoyo en sus parientes portugueses, pero sí que fue acogido por Alfonso el Africano. Probablemente, las dos razones principales que motivaron la decisión del monarca luso fueron el cambio de política con respecto a Castilla a partir de la batalla de Alfarrobeira —el infante don Pedro era partidario de don Álvaro de Luna— y el parentesco del conde con los infantes de Aragón, tíos del soberano. Hubiera o no otras razones adicionales, lo que se puede constatar es que

el 7 de agosto de 1449, el Africano otorga al conde un salvoconducto para andar libremente por sus reinos y subvenir a sus necesidades, a condición de que no perturbara la paz entre Castilla y Portugal. Sin embargo, don Alonso Pimentel pasó un año alternando sus estancias en Portugal y en Castilla por lo que es expulsado del reino luso el 18 de febrero de 1450.

Ahora bien, desde mediados de 1449 se habían ido produciendo acercamientos entre el rey de Castilla y el conde y a principios de 1451 llega el perdón y la restitución de sus posesiones para él y para el resto de los nobles rebeldes. En este caso, debió de influir, además, el valor que había adquirido don Alonso Pimentel como futuro mediador en los contactos castellano-lusos. De hecho, ese mismo año es encargado por el príncipe don Enrique, el futuro Enrique IV de Castilla, para que concertara en su nombre una alianza con Portugal, que es gestionada ante el Africano y el infante don Fernando.

En 1461, a raíz de la muerte del tercer titular del condado, es nombrado miembro del consejo del reino portugués su hijo y sucesor, don Rodrigo Alfonso Pimentel, que probablemente había acompañado a su padre durante su estancia en la corte lisboeta. Se enmarca en la etapa previa a las negociaciones para el matrimonio entre Enrique IV y Juana de Portugal.

La cercanía del tercer y cuarto conde de Benavente a Alfonso V pudieron motivar un cierto recelo de parte de la nobleza hacia él en el momento de la guerra de Sucesión y crear dudas sobre su fidelidad a los Reyes Católicos. No existen pruebas que acrediten estas sospechas, pero cabe preguntarse si el conde no luchó contra las tropas portuguesas en Baltanás, lo que era una emboscada sin sentido desde el punto de vista bélico, para presentarse como una víctima y dejar clara su posición³⁷.

Fuera de este episodio aislado, únicamente puede advertirse el contacto con el territorio luso en el caso de Alonso Tenorio. El adelantado de Cazorla, además de ordenar el traslado de los restos de su progenitor al panteón familiar en el monasterio toledano de San Pedro Mártir, poseía tres volúmenes en su lengua de origen, uno de las leyes de Portugal, otro «que fabla de los fechos delas posesiones de los apóstoles» y un tercero «de los fueros del emperador». El segundo ofrece especial interés porque,

37. Isabel Beceiro Pita, *El condado de Benavente en el siglo XV*, Benavente, Centro de Estudios Benaventanos «Ledo del Pozo», 1998, pp. 4-86.

se trataba de las *Vidas e paixões dos Apóstolos* o *Auto dos Apóstolos*, versión de la obra escrita por Bernardo de Brihuega en la década de 1280, y muy poco difundida entre la nobleza castellana bajomedieval³⁸.

En el resto de personajes el recuerdo de los orígenes se limita, en su mayor parte, a la adopción de emblemas heráldicos o de algún antropónimo o renombre: los sucesores de Bernal de Bearne alternaron el nombre de Gastón, propio de los condes de Foix, con el de Luis, ligado a los de la Cerda. El heredero de don Bernal, tras una breve vacilación, eligió, en cambio, el renombre materno, que era el que tenía arraigo en el reino. Además, es el que permitía evocar el entronque del linaje con dos monarquías, puesto de manifiesto por Hernando del Pulgar en los *Claros varones de España*, al hablar del tercer conde: «Su padre e auuelos fueron del linaje delos reyes de Castilla descendientes por legítima línea e así mismo delos reyes de Francia». A la inversa, Juana, hija de Robert de Bracquemont, y su marido, Álvaro de Ávila, unen el término Bracamonte a la denominación de su condado de Peñaranda, por considerarlo más ilustre.

Otro tipo de muestras del orgullo de estos exiliados por sus ancestros presentan significados diferentes. Juan Pacheco llega a ufanarse de una filiación regia en un pleito privado, con el fin de señalar la superioridad de su origen frente a la otra parte. El futuro valido de Enrique IV, hijo de Alonso Téllez Girón y de María Pacheco, había entrado en 1435 al servicio del príncipe Enrique y había sido obligado a casarse con Angelina o Juana de Luna, prima de don Álvaro e hija de un clérigo y su manceba. Pero en 1442, ya en las primeras etapas de su ascenso a la sombra del heredero, se celebra el pleito para la disolución del matrimonio. Como ha expuesto Alfonso Franco Silva, Pacheco alega su legitimidad y la grandeza de los Girón-Pacheco frente a la ilegitimidad de su esposa y la pobreza de la madre de esta y expone que sus padres «eran descendientes de algunas partes de estyrpe e linaje real e de grant estado asy de rentas como de señoríos de vasallos»³⁹. De hecho, al contrario de lo que ocurría con los

38. Isabel Beceiro Pita y Alfonso Franco Silva, «Cultura nobiliar y bibliotecas. Cinco ejemplos de las postrimerías del siglo XIV a mediados del XVI», recogido en la recopilación de trabajos de la autora *Libros, lectores y bibliotecas en la España medieval*, Murcia, Nausicaä, 2007, pp. 397-400.

39. Alfonso Franco Silva, «Juan Pacheco, de doncel del príncipe Enrique a marqués de Villena (1440-1445)», *Anuario de estudios medievales*, 39/2, (2009), pp. 723-740.

condes de Medinaceli, Hernando del Pulgar no se hace eco de esta filiación y dice simplemente que Juan Pacheco «era de nación portuguesa de los más nobles de aquel reyno nieto de vno de los caualleros que vinieron de Portugal a Castilla al seruicio del rey don Juan el que fue vencido en la batalla de Aljubarrota». Es más, su hijo y sucesor, Diego López Pacheco, abandona este posible origen Y, en cambio, en su testamento, de 1528, se presenta a sí mismo como «hechura» de Enrique IV, es decir, criado, formado y promovido por él, de tal manera que puede considerarse unido al monarca por una relación ficticia de filiación.

La reivindicación personal de los antepasados más importante corre a cargo de otra Beatriz de Portugal. Se trata de la nieta de Pedro I e Inés de Castro e hija del infante don Dionís, que había sido señor de Escalona y Cifuentes por su matrimonio, con Juana de Castilla, hija bastarda de Enrique II de Castilla. En 1461 doña Beatriz funda en el monasterio de Guadalupe la capilla de Santa Catalina, que habría de albergar los restos de su padres que anteriormente descansaban en el monasterio dominico de San Esteban, en Salamanca. La elección de Guadalupe probablemente se deba a su importancia en esos años como foco de peregrinación de los dos países. En todo caso, es patente que la voluntad de esta señora es honrar la memoria de su padre, a quien califica de rey. Para ello encarga al maestro flamenco Hanequín Egas la construcción de una capilla ochavada, rompiendo la estructura del muro que rodeaba el convento, y del mausoleo que habría de ocupar la parte central. Sin embargo, en 1467 los frailes se quejan de que doña Beatriz no estaba satisfaciendo las cantidades necesarias para la construcción de este recinto y, por lo tanto, tenía que costearlo la comunidad jerónima.

Todo parece indicar que la causa de este abandono residía en la avanzada edad de esta señora y en la concentración de sus posesiones en el área vallisoletana, ya que tenía la renta de las tercias reales en Valladolid y en Tordesillas, además de casas en esta última villa. Precisamente en 1467 funda allí el hospital de Mater Dei⁴⁰. Tres años más tarde otorga testamento, titulándose infanta, y dispone su sepultura en el mencionado

40. Magdalena Santo Tomás Pérez, «Beatriz de Portugal y el hospital Mater Dei de Tordesillas» en M^a Isabel del Val Valdivieso y Pascual Martínez Sopena (coords), *Castilla y el mundo feudal. Homenaje al profesor Julio Valdeón*, vol. 3, Valladolid, Universidad de Valladolid y Junta de Castilla y León, 2008, pp. 463-477.

hospital y, si no estuviese acabado en el momento de su fallecimiento, en el monasterio de Santa Clara de Tordesillas.

En su momento, la fundación de la capilla significaba la reivindicación por doña Beatriz de su propia filiación real, tanto de Castilla como de Portugal. Concuerta con la consideración de infanta que recibe en la corte de Juan II y al lado de su valido. La *Crónica de don Álvaro de Luna* detalla que en 1435 fue madrina de don Juan, hijo de este, junto con los soberanos y el conde de Castañeda y se refiere a ella como hija del rey don Dionís. Debió de ser dama de la segunda esposa del monarca, Isabel de Portugal, quizás debido a su común país de origen, pues en 1448 acude a las fiestas que don Álvaro organiza en Escalona para la nueva soberana y come en la mesa regia, en virtud de su parentesco: «En esta mesa avía de comer el Rey e la Reyna, e mandó el Rey comer allí a su mesa al arzobispo de Toledo, e a doña Beatriz, fija del rey don Dionís, tía del Rey, que andava con la Reyna»⁴¹. Es probable que su papel disminuyera con la caída y decapitación de don Álvaro y, sobre todo, con la muerte del monarca en 1455. En este caso, la fundación en Guadalupe tendría entre sus motivos mantener la atención sobre sí misma y su posición de privilegio, al subrayar la importancia de sus dos progenitores.

De cualquier forma su muerte sin descendencia hizo que la memoria del titulado rey don Dionís cayera progresivamente en el olvido. Hay que tener en cuenta que coincide, además, con esos setenta años que marcan el fin de la memoria de los directos protagonistas de la pretensión castellana de alzar al infante como soberano portugués, o de los que lo habían conocido a través de ellos. En la época de Felipe II un visitador de la orden negaba que ese sepulcro correspondiera a un monarca portugués llamado don Dionís y, en el siglo siguiente, las profundas reformas que sufrió el monasterio alteraron la capilla, salvo la bóveda e hicieron desaparecer el mausoleo.

En definitiva, La comparación entre todos estos personajes emigrados pone de manifiesto que el mecanismo fundamental de integración en la sociedad política castellana es la alianza matrimonial con grandes linajes señoriales, con la excepción, quizás, de Alonso Tenorio, cuyo ascenso no se debe tanto a su enlace con los Meneses sino a los cargos

41. *Crónica de don Álvaro de Luna, condestable de Castilla, maestre de Santiago*, ed. de Juan de Mata Carriazo, Madrid, Espasa-Calpe, 1940, p. 146.

administrativos y territoriales que le proporciona su tío el arzobispo Pedro Tenorio y le ponen en contacto con la familia real y, en otro sentido, de Pero Rodrigues de Fonseca, que se asienta en la oligarquía de Toro en torno a la reina doña Beatriz y sus sucesores, que siempre se mantuvieron en este plano local. En el caso de la mayoría de los linajes portugueses, durante la segunda generación abandonan los vínculos con familias del mismo origen para centrarse en las castellanas. Su inserción en los bandos nobiliarios del reino viene determinada, en principio, por la de sus afines, por lo que no se puede hablar de un partido portugués en la política castellana del siglo XV, como ha defendido tantas veces Paz Romero Portilla. La mención del país de origen en crónicas, relatos genealógicos y en la documentación de la casa noble tiene como finalidad resaltar la antigüedad del linaje, el valor del servicio prestado al rey castellano por el primero de los trasladados a Castilla, que adquiere especial mérito por sus éxitos guerreros —Bernal de Bearne— o por tener como consecuencia la pérdida de sus posesiones en el país de origen. Fuera de las frases elogiosas para sus ascendientes en el pleito matrimonial de Juan Pacheco, la reivindicación de la sangre real solo se hace efectiva cuando los protagonistas son los progenitores —Beatriz de Portugal— y, aun entonces, tiene un efecto fallido y efímero.

INFLUENCIAS «FORÁNEAS» EN LA REFORMA MONÁSTICA EN CASTILLA DURANTE LA BAJA EDAD MEDIA

MARGARITA CANTERA MONTENEGRO

Universidad Complutense

La catolicidad de la Iglesia se mostró de forma muy sensible en la Edad Media por medio de sus órdenes religiosas, caracterizadas por la condición universal de sus instituciones, estableciendo amplias redes de relaciones transnacionales; y estas se manifestaron de forma especial en la vida monástica entre los siglos XI y XII con las órdenes de Cluny y Císter, que fomentaron los vínculos y contactos entre los países europeos¹. Y el monacato hispánico, tras una primera etapa de cierto aislamiento derivado de las peculiares circunstancias históricas en que se desarrolló, se vio también inmerso en esas relaciones de dependencia y contacto, de manera especial con los monasterios benedictinos franceses, conexión que también explica el número relativamente importante de monjes de origen francés en los cenobios castellanos, especialmente en los cargos de dirección de la comunidad².

Estos lazos se fueron debilitando progresivamente, a medida que se reforzaba la construcción de las llamadas «iglesias nacionales», siendo precisamente el período bajomedieval el momento clave en este proceso, hasta llegar a una verdadera castellanización del monacato que culminará en el siglo XV cuando se produjo la ruptura de muchos de los monasterios cluniacenses y cistercienses con sus abadías madres francesas³. De todas formas, la figura de los abades comendatarios, tan frecuente en los

1. Un buen análisis de este tema en Máximo Diago Hernando, «La evolución de las conexiones transnacionales de los monasterios benedictinos y cistercienses de los reinos hispánicos entre los siglos XII y XVI», en Isabel Beceiro Pita (coord.), *La espiritualidad y la configuración de los reinos ibéricos (siglos XII-XV)*, Madrid, Dykinson, 2018, pp. 17-54.

2. Máximo Diago Hernando, «La evolución de las conexiones transnacionales», p. 22. Lazos fuertes, incluso pese al equilibrio establecido en la orden del Císter entre autoridad central y autonomía local, como señala este autor (p. 24).

3. Máximo Diago Hernando, «La evolución de las conexiones transnacionales», pp. 18 y 33.

momentos finales de la Edad Media, también nos habla de la presencia de personas no solo ajenas a la vida de los monasterios, sino también con cierta frecuencia extranjeros, a menudo vinculados a la corte pontificia, y con el agravante que conllevaba la salida del reino de las rentas que obtenían de esos cenobios⁴.

El proceso de reforma de los monasterios benedictinos tuvo un protagonista concreto, la Congregación Observante de San Benito de Valladolid, constituida a mediados del siglo XV en torno al monasterio fundado en 1390 por el monarca castellano Juan I como uno de los puntales de su proyecto de reforma religiosa, para ser posteriormente protegido e impulsado en su tarea de reforma y agregación de monasterios por los Reyes Católicos, con quienes se dieron ya los pasos decisivos en el proceso. Una obra de reforma lenta y a menudo nada fácil que es fruto del monacato castellano, realizada por monjes castellanos y dirigida por eclesiásticos castellanos. Pero a pesar de tratarse de un proceso verdaderamente «nacional» de reforma monástica, hubo diversas influencias de elementos foráneos. En el caso del benedictinismo, a diferencia de lo ocurrido en otras órdenes, esa influencia no se deriva de la actuación de personas concretas, sino de una congregación monástica nacida en Italia.

En efecto, y antes de que se constituyera jurídicamente la Congregación de San Benito de Valladolid en 1500, momento en que se reguló de forma precisa la relación entre la abadía vallisoletana y las casas que se habían ido agregando a su reforma, desde el monasterio vallisoletano se pidió consejo sobre aspectos concretos de la forma de vida a adoptar a Luis Barbo, inspirador de la Congregación de Santa Justina de Padua o Casinense, que había iniciado en Italia la reforma de los monasterios benedictinos⁵. La respuesta de Luis Barbo se centró en recomendar se suavizara la estricta observancia inicial de san Benito, respondiendo claramente a la moderación propia de la regla benedictina: en la comida,

4. Un detallado estudio, con especial análisis de los problemas jurídicos que conllevaba, en José Luis Santos Díez, *La encomienda de monasterios en la Corona de Castilla, siglos X-XV*, Roma-Madrid, CSIC, 1961.

5. Ernesto Zaragoza Pascual, *Los Generales de la Congregación de San Benito de Valladolid. I. Los priores (1309-1499)*, Silos, 1973, pp. 11-12. Fue el prior García de Frías quien, posiblemente por indicación pontificia, escribió al reformador italiano.

permitiendo tomar un plato cocido para la cena en los tiempos en que les estaba permitido cenar; en lo referente al sueño, autorizando a acostarse después de maitines; consintiendo el paso a otra «religión» u orden religiosa, y también en la oración, limitando el tiempo dedicado a la liturgia. Además introdujo una novedad importante: la conveniencia de que, como ya había concedido Martín V, los monjes tuviesen celdas individuales en sustitución del dormitorio común propio de la norma benedictina, con objeto de facilitar la lectura espiritual y la oración privada, acorde con la espiritualidad intimista de la *devotio moderna*. Hay que señalar que precisamente esta última medida planteó muchos debates en algunos de los monasterios en el momento de incorporarse a la forma de vida de San Benito de Valladolid, pues suponía contrariar uno de los principios recogidos en la regla de san Benito; y además implicaba en todos los casos afrontar una serie de obras en los edificios, a menudo difíciles de realizar por los problemas económicos que muchos de los centros afrontaban en el siglo XV.

También la reducción del tiempo dedicado a la oración comunitaria en el coro planteó quejas por parte de los monjes, especialmente de los que habían estado vinculados a Cluny, pues suponía adoptar unas costumbres distintas a las que se habían comprometido en el momento de la profesión. Un ejemplo muy claro es el de Santa María de Nájera, cuya reforma fue especialmente conflictiva por los muchos intereses que se entremezclaron en ella; pero centrándonos en el aspecto que ahora quiero destacar, hay diversos testimonios del disgusto que planteó ese cambio en la forma de vida y la reducción de la liturgia comunitaria; así, en un interrogatorio que en el marco de ese proceso se hizo en 1508 a varios clérigos y vecinos de Nájera, uno de los testigos afirmó que los visitantes «estauan un día oyendo el modo del cantar del coro del dicho monasterio de Nájera y dixieron que en quantos monasterios avía en Castilla no se syrvía mejor el coro, y aunque rezavan tanto que se maravillavan cómo lo podían sufrir», lo cual era una alabanza para los monjes, pues suponía que cumplían bien con las normas de su orden y rezaban con atención el oficio divino. Si el disgusto del abad najerense y de los monjes no reformados hacia esta reforma de la liturgia quedó patente en la declaración de todos los testigos, uno de ellos, Fernando Jiménez, clérigo beneficiado de la capilla de la Cruz de dicho monasterio, manifestó con claridad que «vio que se quexaba el dicho señor

abbad don Pablo porque mandaban que no rezasen tanto ni conforme a la Orden Cluniacensis los monjes del dicho monasterio de Najara, e dezían que los añadían en el comer e vestir e les quitavan de rezar e que era gran conciencia»⁶.

Durante más de un siglo, la Congregación de San Benito de Valladolid extendió su reforma por los monasterios benedictinos castellanos, reforzando los lazos que los unían entre sí pero, por el contrario, rompiendo o limitando los establecidos tradicionalmente con los situados fuera de la Corona, incluso con los de otros reinos hispánicos; por ello, puede ser calificada de institución plenamente castellana, pues castellanos son todos sus monasterios, salvo las excepciones de Montserrat, San Feliú de Gixols e Irache, este último por iniciativa de Carlos I en 1522⁷. La verdadera expansión de la congregación vallisoletana comenzó en el mandato del prior Juan de Acevedo, nieto de Inés Alfonso de Bendaña, una de las damas portuguesas exiliadas tras la derrota de Juan I de Castilla en su intento de conseguir la corona portuguesa⁸.

He señalado que uno de los signos de la ruptura de los lazos transnacionales es la desaparición de monjes extranjeros en los monasterios hispanos, aunque también hay que indicar que esta presencia era frecuente en los monasterios cluniacenses especialmente en el cargo de prior, pero no lo era tanto en los monasterios simplemente benedictinos, ni siquiera entre los riojanos ni en los navarros, cuando en estos podría estar más

6. Enrique Pacheco y de Leyva, «Reforma monástica. Documentos referentes a la del monasterio de Santa María de Nájera», en *La política española en Italia. Correspondencia de don Fernando Marín, abad de Nájera, con Carlos I*, Madrid, 1919, p. 97, d. 19.

Análisis extenso de este proceso de reforma en el monasterio najerense en Margarita Cantera Montenegro, «Santa María de Nájera, un monasterio cluniacense en La Rioja», en *II Coloquio sobre Historia de La Rioja*, 1, Logroño, IER, 1986, pp. 379-388; y «La incorporación de Santa María de Nájera a la Congregación de San Benito de Valladolid (1496-1513)», en *Homenatge a la memòria del Prof. Dr. Emilio Sáez. 1917-1988. Aplec d'estudis dels seus deixebles i col·laboradors*, Barcelona, 1989, pp. 513-529.

7. Máximo Diago Hernando, «La evolución de las conexiones transnacionales», pp. 37-39.

8. César Olivera Serrano, «Devociones regias y proyectos políticos: los comienzos del monasterio de San Benito el Real de Valladolid (1390-1430)», *Anuario de Estudios Medievales* 43/2 (2013), pp. 821-822. En las páginas siguientes el autor recoge el nombre de otros exiliados portugueses en el entorno del monasterio vallisoletano.

justificado por la cercanía y relación política del reino con el de Francia. Como ejemplo podemos señalar los monasterios de San Millán de la Cogolla, Santa María de Valvanera, San Prudencio de Montelaturce o Santa María de Irache⁹, entre cuyos abades vemos aparecer nombres y apellidos propiamente hispanos (García, Ximénez, Martínez, López) y topónimos de un ámbito cercano al cenobio (como ejemplos, Zarapuz, Roncesavalles, Allo, Urdiain en el caso de Irache; Anguiano, Castroviejo, Pinilla de Trasmonte o Soria en el de Valvanera).

Caso especial es el de los monasterios cluniacenses, sujetos al abad de la casa madre cuya autoridad se hacía presente en sus filiales por medio de las visitas anuales, las definiciones o disposiciones establecidas en el capítulo general y el camerario de la orden en la respectiva provincia; y, por supuesto, por medio del prior de cada monasterio, que ejercía su autoridad en la casa como delegado del abad, que era quien lo nombraba. Y precisamente este era uno de los medios más eficaces de intervención de que disponía el abad, pues fue muy frecuente, sobre todo en los primeros tiempos de su implantación en España, la designación de monjes franceses para ejercer dicho cargo y el de algunos otros oficios. Pero a lo largo del siglo XIV se observa un claro giro en este intervencionismo y cada vez son menos frecuentes los nombres franceses entre los priores de monasterios hispanos¹⁰: de serlo cerca de la mitad de los priores de monasterios hispanos y subiendo al 60 % entre 1330 y 1366, hasta reducirse notablemente a partir

9. Muy útiles son para esta búsqueda los siguientes trabajos de Ernesto Zaragoza Pascual, «Abadologio del Monasterio de Nuestra Señora de Valvanera (siglos X-XX)», *Studia monastica*, 43 (2001), pp. 333-372; «Abadologio del Monasterio de San Millán de la Cogolla (siglos VI-XIX)», *Studia monastica* 42 (2000), pp. 185-223; «Abadologio del monasterio de Santa María la Real de Irache», *Studia monastica* 35 (1993), pp. 161-202.

Cabe destacar la aparición de un Miguel de Beaumont como abad de Irache entre 1440 y 1460, uno de los linajes que protagonizaron los enfrentamientos de bandos en el reino navarro.

10. Este asunto ha sido tratado con detenimiento por Carlos Manuel Reglero de la Fuente, *Amigos exigentes, servidores infieles: la crisis de la Orden de Cluny en España (1270-1379)*, Madrid, CSIC, 2014, pp. 182-192; «Cluny and its Priors in Fifteenth-Century Castile», *Journal of Medieval Iberian Studies* 9, núm. 2 (2017), pp. 261-279. Para el monasterio de Santa María de Nájera, Margarita Cantera Montenegro, «La comunidad monástica de Santa María de Nájera durante la Edad Media», *En la España medieval*, 36 (2013), pp. 227-235 y 248-251.

de 1366-1379, cuando se rebaja hasta un 30 %. De todas formas, hay que señalar que frente al elevado número de priores franceses al menos hasta el siglo XIV, la presencia de monjes de este origen es relativamente escasa (en torno a un quinto del total). Por otra parte, hay que señalar también otro cambio significativo, según los estudios del profesor Reglero de la Fuente: mientras en los primeros tiempos predominaban los priores franceses en los monasterios más importantes (Carrión, Dueñas y Nájera), lo cual no es extraño, porque se buscaba controlar de manera más firme los principales centros y sus filiales, se invirtió la situación en el siglo XIV, para ser entonces los prioratos menores los que tenían una mayor presencia de franceses.

En cuanto a monjes sin cargo que eran de origen francés, la evolución del número está en relación con la situación que se vivía en los monasterios de Francia: hasta el siglo XIII había un número muy elevado de monjes en los cenobios del otro lado de los Pirineos, mientras que los hispanos eran deficitarios; y esto explica la transferencia relativamente numerosa de los monjes a las casas españolas. Sin embargo, desde mediados del siglo XIV se constata el fenómeno contrario: la disminución del número de monjes en los cenobios franceses, debida en gran parte a la peste negra de 1348 y sus recurrencias, se refleja en la disminución de su presencia en los monasterios hispanos, hasta la desaparición total en la segunda mitad de ese siglo XIV.

Por otra parte, el abad de Cluny fue perdiendo en el siglo XV la capacidad de designar los priores, en beneficio del papa¹¹; y este mantuvo la tendencia de designar a hispanos para el cargo. El abad de Cluny, de todas formas, intentó mantener el control de sus filiales designando, al menos, a algunos de los oficiales, como el limosnero de Carrión o el limosnero y el enfermero en Santa María de Nájera¹². Pero esta designación por el abad de los oficios claustrales era una novedad, ya que según afirmaba el prior najerense en 1385, y ratificaría en 1412 el colector del papa en la diócesis de Calahorra-La Calzada, el prior tenía potestad de nombrar y revocar esos oficios, como «era acostumbrado en el dicho monesterio en

11. Carlos Manuel Reglero de la Fuente, «“Cum reverentia et ceremonias et honore”. Cluny, sus monasterios hispanos y el Capítulo General de 1460», *Hispania Sacra*, 69 (2017), especialmente p. 535; «Cluny and its Priors in Fifteenth-Century Castile», pp. 271-272.

12. Carlos Manuel Reglero de la Fuente, «“Cum reverentia et ceremonias et honore”», p. 272.

los tiempos pasados fasta aquí»¹³. Una novedad introducida por el temor a perder el control de los monasterios agregados a la orden al no poder designar al prior; y así, en 1444, el abad Odón ordenaba al prior de Santa María de Nájera que le comunicase las novedades que se produjeran en los oficios de su monasterio, de lo que se sobreentiende que esperaba designar él las vacantes; pero el prior solicitó conservar la libre disposición de los oficios claustrales, como era costumbre en la orden de Cluny hasta que el abad introdujo esta novedad. El abad escribió en abril de 1448 aceptando la demanda del prior najerense, pero solo dos meses más tarde mostró su afán intervencionista y, contrariando dicha declaración, designó a Pedro García de la Puente como enfermero de Nájera, cargo que afirmaba estaba vacante «in manibus nostris de jure et antiqua consuetudine»¹⁴.

La intervención del abad de Cluny en sus monasterios filiales también se hacía patente a través de los visitadores de la orden, que actuaban como sus delegados; su recepción en cada monasterio y la rendición de cuentas que se hacía ante ellos eran medios de afirmar la sujeción de los cenobios a dicha autoridad, como afirma el profesor Reglero de la Fuente, «una auténtica acta de posesión de tales monasterios, el reconocimiento público y la reafirmación de su pertenencia a la Orden»¹⁵. Y ello a pesar de los pasos que iban dando algunos de los monasterios españoles para desligarse de la misma, como los de Budiño y Zamora y la rebelión protagonizada por el de Carrión¹⁶. Así, la visita que se desarrolló en 1459 fue el último intento serio de renovar los lazos de vinculación de los monasterios hispanos a Cluny y de promover una reforma que, al tiempo, reforzase los elementos propios de la orden¹⁷.

13. Margarita Cantera Montenegro, *Santa María la Real de Nájera. Siglos X-XIV*, III, Madrid, UCM, 1985, d. 366; y Margarita Cantera Montenegro, *Colección documental de Santa María de Nájera, siglo XV. Regesta documental*, Logroño, IER, 2011, d. 69.

14. Archivo Histórico Nacional, *Clero*, carp. 1038, n° 3. La designación del enfermero en Archivo Histórico Nacional, *Clero*, carp. 1038, n° 4.

Noticia completa de ambos documentos en Margarita Cantera Montenegro, *Colección documental de Santa María de Nájera, siglo XV. Regesta documental*, Logroño, IER, 2011, docs. 152 y 153 respectivamente.

15. «Cum reverentia et ceremonias et honore», pp. 539-541.

16. *Ibid.*, p. 536; y «Cluny and its Priors in Fifteenth-Century Castile», p. 265.

17. Carlos Manuel Reglero de la Fuente, «Cum reverentia et ceremonias et honore», p. 542.

Pero todo ello resultó inútil al unirse el deseo de los monasterios de romper sus lazos con la orden con otro elemento decisivo: el proyecto de reforma de la órdenes religiosas promovido por los Reyes Católicos, que indudablemente debe también relacionarse con el reforzamiento del sentimiento nacional y el rechazo a la dependencia de los monasterios de sus reinos hacia órdenes extranjeras. De este modo, el proceso de incorporación de los monasterios benedictinos y cluniacenses a la Congregación de San Benito de Valladolid culminó el proceso en varios sentidos: el fin de los abades comendatarios, preocupados tan solo de recoger las rentas de su monasterio y desinteresados del desarrollo de la vida monástica; y en el caso de los prioratos cluniacenses, la plena desaparición de los lazos que durante siglos les habían unido a la orden francesa, un proceso relativamente fácil en sus momentos finales, aunque no lo fue tanto la implantación consiguiente de la reforma vallisoletana, siendo un ejemplo paradigmático el de Santa María de Nájera.

La separación de este monasterio respecto a Cluny se inició realmente en los años centrales del siglo XV, aunque culminó al finalizar ese siglo¹⁸; efectivamente, en 1456 el abad de Cluny designó como prior a Gonzalo de Cabredo, monje por entonces en San Millán de la Cogolla, posiblemente contrariando las expectativas del prior claustral Martín Sánchez de Arenzana, y en un intento del abad por asegurar su unidad a la orden cuando ya estaría fermentando entre sus monjes el deseo de desvincularse de la abadía madre. Al morir este prior, en 1486, se dieron los pasos ya definitivos para la separación: la comunidad de Nájera eligió como prior al que era su prior claustral, Pablo Martínez de Uruñuela, sin esperar el preceptivo nombramiento que correspondía al abad; la confirmación pontificia le ratificaría en el cargo. Aunque el abad intentó contrarrestar esta actuación y designó a Diego de Garnica como prior, este ni siquiera se atrevió a ir al cenobio a tomar posesión del mismo por la oposición que le constaba mantenían hacia él tanto los monjes como la propia ciudad de Nájera. Unos años más tarde, en 1492, Pablo Martínez de Uruñuela fue designado abad, confirmando con este título su plena desvinculación de Cluny.

18. Margarita Cantera Montenegro, «La comunidad monástica de Santa María de Nájera», pp. 232-235; «Santa María de Nájera, un monasterio cluniacense en La Rioja»; y «La incorporación de Santa María de Nájera a la Congregación de San Benito de Valladolid (1496-1513)».

Otra orden benedictina fuertemente asentada en España, y en otros muchos países europeos, es la del Císter, que también conllevaba la relación de los monasterios hispanos con una autoridad foránea y que se manifestó, entre otras cuestiones, en el nombramiento del abad de esas casas, en ocasiones, de origen francés, como en el caso de Cluny, aunque en una proporción muy inferior: así, por ejemplo, al menos tres abades de Leire fueron de origen francés (una cifra relativamente baja, sobre todo si la comparamos con el caso cluniacense); y lo mismo ocurre en el monasterio también navarro de La Oliva, encontrando también tres franceses en los siglos XII y XIII, pero alternando con apellidos de topónimos como Pamplona, Artajona, Sarasa, Sangüesa o Gallipienzo. Mientras que en el riojano de San Prudencio de Montelaturce, junto a algunos nombres de abades que pudieran reflejar un origen francés, como Guillermo y Lamberto en el siglo XII, y junto a otros propios de la región como Íñigo, vemos en los siglos siguientes siempre apellidos de topónimos «locales» como Yanguas, Logroño, Estella, Cañas o Salvatierra, con la única excepción de Buellas (localidad francesa) a fines del siglo XV¹⁹.

De la misma manera que se rompió el vínculo transnacional respecto a Cluny, en el Císter español se desarrolló en el siglo XV un proceso de reforma que tuvo al final ese mismo resultado, aunque en medio de una importante polémica y grandes dificultades; es la constitución de la Congregación Observante de Castilla o de Montesión, cuyos monjes eran conocidos como «los bernardos». Este proceso de reforma de los cenobios cistercienses de Castilla lo inició un monje procedente del monasterio aragonés de Santa María de Piedra, fray Martín de Vargas, aunque era de origen castellano, de un linaje de la baja nobleza de Jerez de la Frontera,

19. Luis Javier Fortún Pérez de Ciriza, *Leire, un señorío monástico en Navarra (siglos IX-XIX)*, Pamplona, Institución Príncipe de Viana, 1993, pp. 171 y ss. José Antonio Munita Loinaz, «Regesta documental del monasterio de La Oliva (1132-1526)», *Príncipe de Viana* 56 (1995), pp. 355-484. Francisco Javier García Turza, *Documentación medieval del Monasterio de San Prudencio de Monte Laturce (siglos X-XV)*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1992.

En el caso de los monjes de San Prudencio, los topónimos que sirven de apellido son todos del ámbito cercano, y ninguno francés: Lezana, Lagunilla, Logroño, Yanguas, Herce, Cañas, Clavijo, Pamplona.

posiblemente vinculado con la familia Vargas de Toledo²⁰; doctor en Teología y bachiller en Decretos, fue confesor del papa Martín V en 1415 y profesó en Roma como jerónimo; la calificación que se le dio de «beguino» indica que esa profesión se realizó en alguna de las congregaciones jerónimas italianas, que no tenían un estatuto jurídico plenamente definido, al contrario que la orden española.

Asfijado por el ambiente poco ejemplar de la ciudad de Roma, fray Martín decidió volver a España, a un monasterio donde pudiera llevar una vida monástica observante; así llegó al monasterio de Santa María de Piedra, de la orden del Císter y filial de Poblet, que tenía fama de observante; aunque este monasterio estaba en la Corona de Aragón, poseía propiedades en la de Castilla, lo que era habitual en los monasterios «fronterizos»²¹. En él encontró un grupo de monjes que apoyaron sus deseos de reforma y de vida más austera, aunque no pudo desarrollar su proyecto en aquel monasterio. El cronista de la congregación fray Benito de la Peña recogió los nombres de estos monjes: Martín de Logroño, Isidro de Vertavillo, Gregorio de Medina, Roberto de Valencia, Benito de Orozco, Diego de Oviedo, Guillermo de Tortosa, Diego de Valencia, Juan de Monreal y Miguel de Cuenca; de ellos dice que «eran naturales de Castilla», pero habían estado casi siempre fuera del reino²². Esta afirmación parece chocar con los apellidos de cuatro de ellos: dos de Valencia, uno de Tortosa y uno de Monreal²³. En todo caso, la tajante afirmación

20. Sobre esta congregación y su fundador: E. Martín, *Los bernardos españoles (Historia de la Congregación de Castilla de la Orden del Císter)*, Palencia, Gráficas Aguado, 1953. Alejandro Masoliver, *Origen y primeros años (1616-1634) de la Congregación cisterciense de la Corona de Aragón*, Poblet, 1970. M^a Damián Yáñez Neira, «En el Monasterio de Piedra se forjó la Congregación de Castilla», *Cuadernos de historia Jerónimo Zurita*, 27-28 (1974-75), pp. 153-172; y «El monasterio de Montesión cuna de la Congregación de Castilla», *Anales Toledanos*, IX (1974), pp. 203-288. M^a L. Herrero, «En torno a Martín de Vargas y la Congregación de Castilla», *Cistercium*, 140 (1975), pp. 283-313. J. Torné Cubells, «Martín de Vargas y las dificultades de la Congregación cisterciense de Castilla», en *Humanismo y Císter. Actas del I Congreso Nacional sobre Humanistas Españoles*, León, 1996, pp. 473-483.

21. Máximo Diago Hernando, «La evolución de las conexiones transnacionales», p. 32.

22. *Tratado del origen de la Orden del Císter y regular Observancia en España*, 1566, f. 92; citado por M^a Damián Yáñez Neira, «En el Monasterio de Piedra se forjó la Congregación de Castilla», p. 161.

23. Ya se trate de Monreal de Campos, en la actual provincia de Teruel, o de Monreal de Ariza, en la de Zaragoza.

del cronista nos indica que este proceso de reforma era plenamente castellano y ajeno a influencias foráneas profundas, aunque su estancia en el cenobio de Piedra pudiera hacer pensar lo contrario.

No voy a profundizar en la historia de la congregación que se fue desarrollando a partir de las bulas que concedió Martín V en 1425 y que permitían fundar dos eremitorios en Castilla; tras la fundación de Montesión, cerca de Toledo, y especialmente con la reforma de Valbuena empezaron los enfrentamientos con el capítulo general de la orden, que consideraba este movimiento como un cisma, pues suponía la plena desvinculación respecto a la orden de estos monasterios. Pese a todas las dificultades, la reforma se iba extendiendo y al año siguiente de morir fray Martín, en 1446, se había duplicado el número de monjes, lo que indica la solidez del movimiento; de todas formas, hubo que esperar al reinado de los Reyes Católicos para que se completase el proceso con la agregación de monasterios a la congregación iniciada por fray Martín de Vargas y los monjes llegados de Piedra a principios del siglo XV.

Sí hay que dejar constancia de otro hecho, de otra influencia en el movimiento reformador del Císter: en 1437 Luis Barbo mandó a fray Martín algunas aclaraciones acerca de aspectos concretos de la observancia que debía implantar en sus monasterios, como hizo dos años más tarde para San Benito de Valladolid. Se refleja con ello una organización bastante semejante de estas congregaciones y cómo la de Santa Justina de Padua fue modelo para muchas de las asociaciones benedictinas nacidas por toda Europa en estos años.

En el ambiente reformador del siglo XIV se produjo la fundación de una nueva orden, la de San Jerónimo, que será plenamente hispánica. Volviendo los ojos a san Jerónimo como modelo de vida monástica y eremítica, en ese siglo proliferaron por toda Europa los grupos de ermitaños que querían imitar su ejemplo; algunos derivaron en la constitución de congregaciones de ermitaños (frecuente en Italia) y en Castilla se consolidó en esa orden que lleva su nombre, en cuyo nacimiento hay que señalar una notable intervención o influencia italiana²⁴.

24. Sobre la orden son fundamentales los estudios de José de Sigüenza, *Historia de la Orden de San Jerónimo*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 2000 (edición reciente del manuscrito conservado en la Biblioteca de San Lorenzo de El Escorial), 2 vols.; y Josemaría Revuelta Somalo, *Los jerónimos. Una orden religiosa nacida en Guadalajara*, Guadalajara, Institución

Efectivamente, entre los numerosos focos eremíticos que surgieron repartidos por toda España algunos fueron creados o impulsados por la presencia de ermitaños procedentes de Italia, y en concreto lo fueron aquellos que dieron origen a la orden jerónima en Castilla con la presencia de Fernando Yáñez de Figueroa y Pedro Fernández Pecha (Guisando y El Castañar); por el contrario, no parece que los de Valencia y el norte de Castilla surgieran como consecuencia de esta influencia italiana, pues hubo muchos grupos previos a ella, y algunos se incorporaron a la orden ya constituida. El origen italiano del foco inicial lo indicó el cronista José de Sigüenza, señalando como protagonistas a discípulos de un ermitaño italiano llamado Tomás Sucho o Succio, también conocido como Tomasuccio, del que se dice profetizó la venida del Espíritu Santo en España a través de la fundación de una nueva orden, profecía que animó a diversos grupos de ermitaños de su entorno a venir a España, seguramente entre 1340 y 1350, formando así el núcleo inicial de la orden. Josemaría Revuelta insiste en que estos ermitaños eran «venidos de Italia», lo que no quiere decir que fuesen italianos, pues el grupo más numeroso parece que procedía de los reinos hispánicos, de forma especial de Portugal²⁵; al llegar a España este grupo se dividió y los ermitaños se establecieron en diversos lugares.

De gran importancia es el «foco portugués», constituido en torno a fray Vasco de Sosa, uno de los seguidores de Tomas Succio y que permaneció en Italia al menos hasta 1377; entre los ermitaños portugueses que marcharon en un primer momento, algunos permanecieron en Portugal, pero otros se establecieron en Castilla, como Lorenzo Yáñez y Alonso Rodríguez de Biedma (o Barvillas), a los que luego se unió fray Vasco, fundador del monasterio de Córdoba.

Pero aún hay que señalar otro medio de influencia de Italia en el nacimiento y organización de la Orden jerónima española: el papa Gregorio XI en la bula fundacional *Sane petitio* de 1373 estableció que pudieran elaborar constituciones propias siguiendo las existentes en el monasterio de Santa María del Santo Sepulcro de Florencia, representante del

Provincial de Cultura «Marqués de Santillana», 1982. Fernando Pastor, Luis Busch y Javier Onrubia, *Guía bibliográfica de la orden de San Jerónimo y sus monasterios*, Madrid, Fundación Universitaria Española/Universidad Pontificia de Salamanca, 1997. *Studia Hieronymiana. Colección de estudios dedicados al VI Centenario de la Orden de San Jerónimo*, Madrid, 1973, 2 vols.

25. Josemaría Revuelta Somalo, *Los jerónimos*, pp. 74 y 76.

eremitismo cenobítico tan propio desde el siglo XIII en el norte de Italia; y, efectivamente, los jerónimos tomaron buena parte de esas constituciones, ritos y costumbres²⁶. Por este motivo se considera que el monasterio florentino era «como la casa madre de todos los jerónimos»; apoyado en esta idea, el monasterio pidió reiteradamente a los jerónimos españoles, ante la situación de decadencia y escasez de monjes que estaba sufriendo a principios del siglo XV, que enviasen monjes para reforzar su comunidad.

Por otra parte, en la orden jerónima surgió en 1423 un movimiento reformador, encabezado por fray Lope de Olmedo, cuyo objetivo principal era reforzar la raíz jeronimiana de la orden, redactando una regla propia mediante la recopilación de escritos del santo anacoreta, para sustituir a la de san Agustín que hasta ese momento observaba la orden. El reconocimiento pontificio al poco tiempo supuso la constitución de los conocidos como «jerónimos de la antigua observancia», una congregación que apenas tuvo difusión por España (el centro sería pronto el monasterio de San Isidoro del Campo, de Santiponce), pero sí en Italia²⁷.

En el proyecto reformador de Juan I de Castilla tuvo un lugar destacado la implantación de la orden de la Cartuja, ya arraigada en la Corona de Aragón desde el siglo XII. Cuando obtuvo la bula que le permitía fundar en sus reinos tres cartujas, Juan I se reunió en 1390 con dom Lope Martínez, monje cartujo profeso en la cartuja de Scala Dei, en la provincia de Tarragona, aunque él era castellano; también escribió al general de la orden, dom Guillermo Raynald, comunicándole que se habían iniciado las obras de construcción del monasterio en El Paular, en el valle de Lozoya; y, por ello, solicitaba el envío de monjes «de conducta irreprochable» para poner en marcha la fundación²⁸.

26. Esta relación y la evolución de este monasterio italiano, fundado en 1313, ha sido estudiado por Balbino Rano, «El monasterio de Santa María del Santo Sepulcro en Campora (Florencia) y la fundación de la Orden de San Jerónimo», en *Studia Hieronymiana. Colección de estudios dedicados al VI Centenario de la Orden de San Jerónimo*, I, Madrid, 1973, pp. 75-102.

27. Sobre este movimiento y su fundador, Lorenzo Alcina, «Fray Lope de Olmedo y su discutida obra monástica», *Yermo*, 2 (1964), pp. 29-57.

28. Para conocer la introducción de la orden de la Cartuja en Castilla: Ildefonso Gómez Gómez, *La Cartuja en España*, I, Salzburgo/Zamora, Analecta Cartusiana (114)/Ediciones Monte Casino, 1984-1985, pp. 86-93. Santiago Cantera Montenegro, *Los cartujos en la religiosidad y la sociedad españolas: 1390-1563*, I, Salzburg (Institut für Anglistik und Amerikanistik), Universität Salzburg-Analecta Cartusiana, 2000, pp. 12-14.

La primera comunidad llegó un año más tarde, en septiembre de 1391, cuando las obras estarían suficientemente avanzadas para que pudiesen vivir allí los monjes, aunque quizás no plenamente acabadas. El grupo lo formaban siete monjes procedentes de Scala Dei, y el primer prior fue el mencionado Lope Martínez. Por el *Libro becerro de El Paular*²⁹ se conoce el nombre de algunos de sus monjes, lo que resulta interesante también por aportarnos datos acerca de su procedencia, al menos de aquellos cuyos nombres constan en los primeros años de vida de esta cartuja: el primer vicario fue dom Juan Carrillo, el procurador o *conrer* era dom Juan de Medina y su primer sacristán dom Diego. Consta que dom Lope Martínez era de origen segoviano y del procurador conocemos su procedencia de Medina. En 1432 estaban en El Paular al menos los siguientes monjes: dom Pedro Jordán, dom Rodrigo de Quintana, dom Juan de Fuentes, dom Hernando de Cañizal, dom Juan de Sevilla, dom Pedro de Burgos, dom Juan de Portugal y dom Diego Calderón. Como podemos constatar a través de los nombres, todos eran de origen castellano, por lo que se puede concluir que los primeros monjes, aunque procedentes de una cartuja de fuera de Castilla, seguramente eran castellanos que habían profesado allí por su devoción a la orden.

La fundación de la cartuja de Santa María de Aniago, cerca de Valladolid, en 1442, fue gestionada especialmente por el prior de Scala Dei y el visitador de la provincia de Cataluña, aunque el papel principal en dicha fundación lo tuvo la cartuja de Las Cuevas de Sevilla y la mayoría de sus primeros monjes procedían de ella³⁰.

Finalmente, en los últimos años del siglo XV nació una nueva orden monástica femenina, aunque jurídicamente se constituyó en 1511; se trata de la orden concepcionista, cuya fundadora es una mujer de la nobleza portuguesa, santa Beatriz de Silva, y que tuvo en su primera comunidad un grupo destacado de mujeres de este mismo reino. Se trata de una

29. Este libro se encuentra en la biblioteca del monasterio de Santa María del Paular; fue redactado por el monje cartujo Bernardo de Castro. Agradezco a Santiago Cantera me haya facilitado los datos que sobre este particular él recogió de dicha fuente.

30. Santiago Cantera Montenegro, *La cartuja de Santa María de Aniago (1441-1835). La Orden de San Bruno en Valladolid*, I, Salzburg, (Institut für Anglistik und Amerikanistik) Universität Salzburg-Analecta Cartusiana, 1998, p. 16.

orden hispana de origen luso-castellano³¹ y que contó con el firme apoyo de la reina Isabel la Católica.

La fundación de esta orden está estrechamente vinculada a la veneración de la Inmaculada Concepción de María, fuertemente arraigada en todos los reinos hispánicos desde fecha muy temprana y especialmente defendida, impulsada y propagada por los franciscanos. Aunque de raíz patrística, la doctrina de la concepción de María sin pecado original como gracia especial por ser la madre de Dios fue objeto de fuertes controversias entre los teólogos, pues frente a la postura inmaculista de los franciscanos, que he señalado, los dominicos planteaban serias objeciones a este privilegio mariano, pues consideraban que aceptarlo suponía negar el carácter universal de la redención. Mientras, en el pueblo cristiano creció con fuerza la devoción inmaculista a lo largo del siglo XIV; y un reflejo de ello es la existencia de muchas cofradías que se acogían a esta advocación³², estando la mayoría establecidas, y no por casualidad,

31. Así la califica María del Mar Graña Cid, *Beatriz de Silva* (ca. 1426-ca. 1491), Madrid, Ediciones del Orto, 2004, p. 14.

La bibliografía sobre santa Beatriz de Silva y los orígenes de la orden concepcionista es relativamente abundante, aunque en algunos casos resulta reiterativa. Por no afectar directamente al tema tratado en este artículo no quiero dar una relación exhaustiva, sino centrarme en algunos de los trabajos más extensos o interesantes para el tema tratado (además de algunos que citaré en las páginas siguientes): Ignacio Omaechevarría, *Orígenes de la Concepción de Toledo: documentos primitivos sobre Santa Beatriz de Silva y la Orden de la Inmaculada*, Burgos, Aldecoa, 1976. Laura Canabal Rodríguez, «Dos reinados y dos cortes, una dama portuguesa en la corte castellana: Doña Beatriz de Silva y Meneses (1447-1491)», en Miguel García-Fernández y Silvia Cernadas Martínez (coord.), *Reinas e infantas en los reinos medievales ibéricos: Contribuciones para su estudio. Actas del Congreso Internacional. Santiago de Compostela, 21-23 de mayo de 2014*, Santiago de Compostela, 2018, pp. 389-414. Laura Canabal Rodríguez, «La reforma franciscana entre las monjas del siglo XV. La nueva Orden de la Inmaculada Concepción», en Manuel Peláez del Rosal (coord.), *El franciscanismo: identidad y poder. Libro homenaje al P. Enrique Chacón Cabello, ofm*, 2016, pp. 297-316. *La Orden Concepcionista: actas del I Congreso Internacional: León, 8 al 12 de mayo de 1989*, Monasterio de la Purísima Concepción, Universidad de León, Servicio de Publicaciones, 1990, 2 vols. José Félix Duque, *Doña Beatriz de Silva. Vida e obra de una mulher forte*, Maia, Labyrinthus, 2008.

Quiero destacar este último libro por ser más reciente e incluir una muy extensa bibliografía, además de haber sido escrito en Portugal, con un acercamiento significativo a la corte de ese reino, de la que procedía santa Beatriz.

32. Esta cuestión ha sido especialmente estudiada por Fermín Labarga, «El posicionamiento inmaculista de las cofradías españolas», *Anuario de Historia de la Iglesia*, 13 (2004),

en conventos franciscanos, como la fundada por el infante don Pedro de Aragón en 1333 en el convento de San Francisco de Zaragoza bajo la invocación de «la Sagrada e Pura Conçepció de Madona Sancta María, Verge é Mare gloriosa». En ese movimiento fundador de cofradías hay que incluir a los Reyes Católicos y al cardenal Cisneros, unos y otro muy cercanos a la orden concepcionista.

Y junto a las cofradías, el movimiento protagonizado por concejos y universidades de hacer voto de defensa de la Concepción Inmaculada de María; el municipio que se adelantó en este proceso fue el de Villalpando y su Tierra en 1466³³. En Portugal esta devoción también estaba fuertemente arraigada, como demuestra el hecho de que poco después de la conquista de Lisboa se fundó una capilla de la Concepción en el monasterio de San Vicente de Fora, en 1149³⁴.

En el Concilio de Basilea, celebrado entre 1431 y 1438, se aprobó una declaración doctrinal a modo de definición de la Inmaculada, e incluso se redactó un oficio litúrgico en su honor; y para ir uniendo piezas de la devoción inmaculista arraigada en el entorno de santa Beatriz de Silva, hay que señalar que un familiar suyo, Juan de Silva, fue embajador de Portugal en ese Concilio³⁵. Años más tarde, el papa Sixto IV, franciscano,

pp. 23-44. Señala cómo se suele hablar de la fundación por el rey Fernando III de una capilla y una cofradía en Úbeda en honor de la Concepción, aunque la expansión más significativa de esta advocación se produce en el siglo XIV y, más aún, en el XV (pp. 24-25).

Sobre la consolidación del culto inmaculista y su raíz patrística: Antonio Jesús Jiménez Sánchez, «Beatriz de Silva y la Inmaculada Concepción. Orígenes de una orden», en Francisco Javier Campos y Fernández de Sevilla (coord.), *La Inmaculada Concepción en España: religiosidad, historia y arte: actas del simposium, 1/4-IX-2005*, 1, San Lorenzo de El Escorial, 2005, pp. 691-709. Y Enrique Llamas, «La Orden concepcionista y el dogma de la Inmaculada Concepción», en *La Orden concepcionista. Actas del I Congreso Internacional*, 2, León, Universidad de León, 1990, pp. 381-397.

33. Félix Carmona Moreno, «Primer voto explícito en defensa de la Inmaculada. «Villalpando y su Tierra» (1466)», en Francisco Javier Campos y Fernández de Sevilla (coord.), *La Inmaculada Concepción en España: religiosidad, historia y arte: actas del simposium, 1/4-IX-2005*, 1, San Lorenzo de El Escorial, 2005, pp. 361-384.

34. Gregoria Caveró Domínguez, «Los Reyes Católicos dotan la celebración litúrgica de varias festividades en Toledo», en *Ysabel la Reina Católica. Una mirada desde la Catedral Primada*, Toledo, Arzobispado de Toledo, 2005, pp. 481-482.

35. Enrique Llamas, «La Orden concepcionista y el dogma de la Inmaculada Concepción», p. 386. También señala ese arraigo de la devoción a la Concepción de María

publicó dos bulas que promovieron la devoción inmaculista, recomendando e indulgenciando la festividad que se celebraba el 8 de diciembre, además de promulgar un oficio litúrgico para esa festividad.

También las cortes reales hispánicas se destacaron por su devoción a este privilegio mariano, en especial los castellanos Juan II³⁶ y los Reyes Católicos. De los últimos están documentadas numerosas manifestaciones de esa piedad: fundación de varias cofradías en su honor, como las de Almería, Granada y Valencia; fundación por Isabel de sendas capellanías en Guadalupe, Toledo y Sevilla; concesión al convento de Santo Domingo el Real de Toledo, en 1477, de una renta de veinte mil maravedíes en las alcabalas de la ciudad para la celebración de los oficios de «la fiesta de Santa María de diciembre»³⁷, así como la dotación de la misma cantidad tres años más tarde al deán y cabildo de Toledo para la celebración de varias fiestas, entre ellas esta de la Inmaculada³⁸. También la corte portuguesa era devota de este privilegio mariano, destacando de manera muy

en Portugal Joaquim Antonio de Aguiar, «O reformismo religioso no século XV», en *La Orden concepcionista. Actas del I Congreso Internacional*, 2, León, Universidad de León, 1990, pp. 55-71.

36. Enrique Llamas («La Orden concepcionista y el dogma de la Inmaculada Concepción», p.385), siguiendo a Nazario Pérez, señala la especial devoción de este monarca a la Inmaculada, mandando construir, en 1421, el primer templo dedicado a la Inmaculada Concepción en la villa de Madrid.

37. José Félix Duque (*Doña Beatriz de Silva*, pp. 76-77) resalta el hecho curioso de que esta donación se hiciese a favor de un monasterio de monjas dominicas, cuando la orden de los predicadores era contraria al privilegio de la Inmaculada, pese a su gran devoción mariana. Señala que quizás puede reflejar la influencia de santa Beatriz, que residía en este convento desde 1452.

38. Francisco Javier Fernández Conde, «Carta de privilegio de los Reyes Católicos para celebrar la fiesta de la Inmaculada», en *Ysabel la Reina Católica. Una mirada desde la Catedral Primada*, Toledo, Arzobispado de Toledo, 2005, pp. 478-479. Y Gregoria Caveró Domínguez, «Los Reyes Católicos dotan la celebración litúrgica de varias festividades en Toledo», pp. 481-482.

En 1480 el Papa Alejandro VI concedió diez años y diez cuarentenas de indulgencia a los que asistieran a las procesiones que se celebraban en las catedrales de Toledo, Sevilla, Valencia, Zaragoza, Burgos y Sigüenza en la festividad de la Concepción de María, concesión que refleja el arraigo de esta devoción (Gregoria Caveró Domínguez, «Alejandro VI concede indulgencias a los participantes en diversas procesiones», en *Ysabel la Reina Católica. Una mirada desde la Catedral Primada*, Toledo, Arzobispado de Toledo, 2005, pp. 479-480).

especial la reina Isabel, santa Isabel de Portugal, mujer del rey don Dionís, a principios del siglo XIV.

De esta forma, la devoción a la Inmaculada estaba plenamente arraigada tanto en Portugal, de donde procedía santa Beatriz, como en Castilla, donde se instalará desde 1447; y también ella desde su infancia tuvo una especial devoción a este misterio mariano, recogiendo la de su entorno familiar³⁹, y lo asumió de manera tan firme que hizo de esa veneración la forma de vida de la comunidad monástica a la que dio vida. También hay que insistir en la vinculación de esta devoción con los franciscanos, orden a la que la santa estuvo muy ligada desde la niñez por la especial devoción de su familia, y en concreto de sus padres⁴⁰; una cercanía a los franciscanos que se reforzó en la corte castellana. En este sentido hay que recordar que uno de sus hermanos, Amadeo Menéndez o Mendes de Silva, ingresó en la orden franciscana tras una primera experiencia como jerónimo en Guadalupe; instalado años más tarde en Italia, fue confesor del papa Sixto IV y promovió una reforma de su orden, dando origen al grupo de los llamados «amadeístas» en su honor⁴¹.

No voy a entrar en este trabajo en el debate sobre el lugar de nacimiento de Beatriz de Silva (Ceuta o Campo Mayor, donde su padre era alcalde), ni tampoco en los problemas que se produjeron en torno al inicio de la orden y su definitiva sujeción a la jurisdicción de los franciscanos. El objetivo es destacar la intervención de un grupo de mujeres portuguesas, encabezadas por santa Beatriz, en el proceso de reforma monástica en la Castilla bajomedieval por medio de la fundación de un monasterio, que dio vida posteriormente a una orden propia.

Beatriz de Silva y Meneses procedía, como he dicho, de una familia de la nobleza portuguesa, entroncada con la familia real y relacionada con los Meneses y Ayala de Toledo. Siguiendo la costumbre de las mujeres de su condición nobiliaria, fue introducida como doncella en la corte portuguesa, al igual que sus hermanas, tanto por los familiares y amigos de su padre como por la influencia de su tía Leonor de Meneses, que también prestaba

39. José Félix Duque, *Doña Beatriz de Silva*, p. 41.

40. José Félix Duque (*Doña Beatriz de Silva*, p. 37) recoge la tradición de que los padres de la santa encargaron a frailes franciscanos la educación de sus hijos.

41. Sobre la figura y obra de fray Amadeo Menéndez o Hispanus: José Félix Duque, *Doña Beatriz de Silva*, pp. 116-118.

servicio en la corte. Así, Beatriz acompañó a Isabel de Portugal⁴² a la corte de Castilla en 1447 para su matrimonio con Juan II; y permaneció en esta corte hasta 1452 cuando salió hacia Toledo, sin que se conozcan realmente los motivos de este alejamiento. Se baraja la enemistad de la reina debida a los celos ante la extraordinaria belleza de santa Beatriz, de la que hablan todas las fuentes; o también del deseo de consagrarse a la vida religiosa; o, incluso, el posible recelo de la reina hacia su dama temiendo que estuviera envuelta en alguna conjura política contra ella⁴³. Tampoco se conoce el motivo de elegir esta ciudad como lugar de retiro; pero cabe destacar la existencia allí de un grupo relativamente importante de exiliados portugueses, incluidos varios parientes suyos; asimismo, el monasterio de Santo Domingo el Real, de monjas dominicas, donde se estableció, estaba directamente relacionado con su familia materna, los Meneses⁴⁴.

Y en Toledo permaneció ya el resto de su vida, viviendo durante cerca de treinta años en el convento de Santo Domingo el Real. Pero Beatriz no profesó como monja en dicho monasterio, sino que residió como *monja de piso* o *pisadera*, forma de vida religiosa que asumían algunas mujeres de la nobleza, estando dedicada a la oración, penitencia y ejercicio de la caridad. En esta etapa estuvo acompañada por dos criadas, cuyos nombres se conocen: María Saavedra e Isabel Vázquez⁴⁵. Esta última, viuda en 1527, fue también criada de sor Felipa de Silva, sobrina de santa Beatriz

42. José Félix Duque (*Doña Beatriz de Silva*, pp. 41-46) habla de la «corte de mulheres sabias» que rodeaba a esta infanta portuguesa, luego convertida en reina de Castilla; y destaca este hecho por la importancia que ello indudablemente tuvo en la formación intelectual y espiritual de santa Beatriz de Silva. También analiza alguna de las obras que debieron contribuir a forjar su religiosidad (pp. 53-54).

43. Señala María del Mar Graña, siguiendo a Enrique Gutiérrez, el temor de una conspiración del conde de Cifuentes, su tío, en apoyo a don Álvaro de Luna (*Beatriz de Silva*, p. 19).

Afirma Laura Canabal («Dos reinados y dos cortes», p. 405) que posteriormente la reina Isabel de Portugal, siendo ya viuda, visitó a santa Beatriz en Toledo, acompañada de sus hijos Isabel la Católica y Alfonso; pero José Félix Duque (*Doña Beatriz de Silva*, p. 74 y nota 249) señala que estas visitas no fueron realizadas por la reina viuda, sino por su hija Isabel la Católica.

44. José Félix Duque, *Doña Beatriz de Silva*, pp. 61-62.

45. Sobre ellas han escrito sendos artículos Juan Meseguer, «María de Saavedra, sirvienta de la B. Beatriz de Silva», *Archivo-Iberoamericano*, XXXV (1975), pp. 349-353. Laura Canabal Rodríguez, «Isabel Vázquez: sirvienta de doña Beatriz de Silva», *Archivo Ibero-Americano*, LXIII/246 (2003), pp. 713-723.

y continuadora de su labor al frente de la nueva fundación, al menos durante unos años. Por su parte, María quedó en el convento de Santo Domingo tras la marcha de su señora en 1484; pero en el proceso de reforma que vivió la comunidad en los años finales del siglo XV tuvo que abandonarlo, encontrándose entonces, que ya había fallecido su antigua señora, sola y mayor, y «como yo sea extranjera e desamparada» y no tenía parientes en la ciudad, pidió ayuda a la reina Isabel para pagar una dote e ingresar de manera regular en dicho monasterio.

En 1484 Beatriz abandonó el monasterio de Santo Domingo para iniciar una nueva forma de vida consagrada, gracias al apoyo de la Reina Católica que le entregó sus palacios de Galiana en la ciudad para que pudiera vivir allí, acompañada por once mujeres más, posiblemente portuguesas y entre las que se encontraba su sobrina Felipa de Silva y Menezes⁴⁶. De aquí arranca el proceso de fundación del monasterio de la Concepción, solicitando las bulas pontificias necesarias para ello y contando siempre con la colaboración de la reina; la recepción de las bulas poco después y el inicio de la verdadera vida monástica tras el fallecimiento de la fundadora en 1492 abren paso a la definitiva constitución de la orden en 1511, tiempo en el que se produjeron cambios importantes respecto al proyecto inicial y que terminaron en la vinculación del monasterio y de la orden que nació de él a la orden franciscana, proceso ampliamente analizado y en el que no pretendo entrar por no ser de interés directo para el tema tratado. Sí hay que insistir en que el objetivo de la fundación, tanto del monasterio como de la orden, es venerar a la Virgen María en el misterio de su Inmaculada Concepción, reflejado externamente en el hábito de las monjas y en la liturgia propia concedida por el papa.

46. Afirma que eran portuguesas María del Mar Graña (*Beatriz de Silva*, p. 22).

José Félix Duque (*Doña Beatriz de Silva*, pp. 94-95) da el nombre de estas monjas en 1494; y efectivamente se puede constatar el apellido portugués de algunas, además de la citada Felipa de Silva: Eufrasia de Meneses, Catalina de Ervás e Isabel de Sosa; pero el apellido de otras indica su origen castellano: Catalina de Padilla, Francisca de Santurde, Teresa de Toledo, Juana Díaz de Toledo; y María de Tolosa. Este autor también considera que algunos otros apellidos podrían ser realmente portugueses, aunque castellanizados o, al menos, deformados. Asimismo señala, en apoyo al origen portugués de este primer grupo de monjas concepcionistas la representación en el antiguo monasterio de la Concepción de Toledo, en los Palacios de Galiana, de los escudos de cinco importantes linajes portugueses: Silva, Meneses, Sousa, Portocarrero y Abreu.

La influencia foránea a Castilla en la nueva orden se manifiesta en la presencia, ya señalada, en el núcleo inicial de una sobrina de santa Beatriz, sor Felipa de Silva, y de otras monjas portuguesas, aunque no se puede afirmar que solo fueran de este origen las que conformaron la primera comunidad. Pero pronto surgieron discordias, posiblemente por rechazar estas monjas la vinculación del monasterio a los franciscanos que promovían la reina y el cardenal Cisneros en el marco de la reforma de las órdenes religiosas de sus reinos; y se agravaron las tensiones con la fusión, promovida por Isabel la Católica, con las benedictinas de San Pedro de las Dueñas. Al aumentar los problemas, algunas monjas abandonaron el monasterio, entre ellas la abadesa, que era sor Felipa de Silva, acompañada por un grupo al parecer numeroso de monjas que se trasladaron al convento de dominicas de la Madre de Dios, llevándose el cuerpo de santa Beatriz; este monasterio de la Madre de Dios había sido fundado por María Gomes de Silva, también pariente de santa Beatriz y reformadora tanto de este monasterio como de los de Santo Domingo el Real de Toledo y Santo Domingo el Real de Madrid⁴⁷. En alguna de las primeras obras sobre la fundación se dice que el deseo de este grupo era «boluerse a Portugal su patria» y se da el número de ocho monjas que marcharon con la abadesa⁴⁸; su objetivo era conservar la obra de la fundadora, alejándose del proyecto reformador de Cisneros; posiblemente contaban con el apoyo de la familia de doña Felipa y pensando fundar en Portugal un nuevo

47. José Félix Duque, *Doña Beatriz de Silva*, p. 156. En la fundación del monasterio también intervino Leonor de Silva, hermana de María Gomes. Eran hijas del segundo conde de Cifuentes.

La oposición de sor Felipa a las reformas que se habían ido llevando a cabo se reflejan ya en su rechazo a firmar la solicitud dirigida al Papa en 1494, posiblemente por iniciativa de la reina, de instaurar en el convento la orden de Santa Clara, aunque finalmente la firmó (sor Inmaculada López de Lama, «Franciscanismo e influencia de la Orden franciscana en la Orden de la Inmaculada Concepción (1489-1989)», *La Orden concepcionista. Actas del I Congreso Internacional*, 2, p. 429). También se oponía al cambio de jurisdicción del monasterio, pues de la sujeción al ordinario establecida en la bula fundacional pontificia se pasaba a la dependencia de los franciscanos (María Damián Yáñez Neira, «Santa Beatriz de Silva y la Orden cisterciense», *La Orden concepcionista. Actas del I Congreso Internacional*, 1, pp. 176-177).

48. Así en la obra de fray Francisco Bivar, citado por María Damián Yáñez Neira, «Santa Beatriz de Silva y la Orden cisterciense», p. 177.

monasterio de la Concepción⁴⁹. Finalmente, y tras ser abadesa en San Pedro de las Dueñas al menos hasta 1498, parece que sor Felipa ingresó en la comunidad de Santa Isabel de los Reyes, de monjas clarisas, monasterio fundado pocos años antes por María Suárez de Toledo⁵⁰.

Si de sor Felipa no se vuelve a tener noticias, sí las hay de otras dos monjas de la primera comunidad de la Concepción de Toledo, Eufrasia de Meneses y María de Tolosa; las dos, residentes en Santa Isabel de los Reyes, solicitaron al papa en 1508 poder regresar a su primera comunidad de la Concepción para terminar sus días con el hábito con el que profesaron allí; y el permiso les fue concedido, de forma que poco después formaban parte de dicha comunidad, en la que también residía otra de las monjas del primer grupo, Juana de San Miguel (posiblemente la llamada Juana Díaz de Toledo en la relación de monjas de 1494)⁵¹.

Analizando el proceso de reforma monástica que se produjo en los últimos momentos de la Edad Media en la Corona de Castilla, comprobamos su carácter plenamente hispánico y, más aún, castellano, un proceso promovido en buena medida por los monarcas castellanos Juan I y, un siglo más tarde, los Reyes Católicos y desarrollado también por monjes en su mayoría naturales de esta Corona. Pero, de todas formas, se constata la intervención en casi todos los casos de algún elemento exterior a la Corona, con diversa intensidad según los casos y de distinto carácter, pues hay intervenciones que podríamos calificar de personales junto a otras institucionales, o ambas a la vez.

Este último caso es el que se produjo en la reforma de la orden del Císter, pues a la iniciativa de fray Martín de Vargas y un grupo de monjes profesos en el monasterio aragonés de Santa María de Piedra, se superpone la influencia de Luis Barbo y la Congregación de Santa Justina de

49. José Félix Duque, *Doña Beatriz de Silva*, pp. 151-152.

50. Laura Canabal Rodríguez, «La reforma franciscana entre las monjas del siglo XV. La nueva Orden de la Inmaculada Concepción», p. 312.

51. José Félix Duque, *Doña Beatriz de Silva*, pp. 157-160. Recoge este autor la tradición de que el grupo de monjas que acompañaron a sor Felipa en su abandono del convento de la Madre de Dios fueron dispersadas por Cisneros entre el monasterio de Santa Isabel de los Reyes y otros de la ciudad para evitar su regreso a Portugal, disolviendo así el grupo opuesto a la reforma franciscana. La petición de volver a vestir el hábito concepcionista y regresar a su primer monasterio indica el arraigo en dichas monjas de su vocación concepcionista.

Padua a la que él dio vida. Se trata, es cierto, de una intervención indirecta, de consejos acerca de la observancia monástica, lo mismo que hizo en respuesta a la consulta del prior de San Benito de Valladolid, germen de la congregación observante que emprendió a lo largo del siglo XV la reforma de los monasterios benedictinos de Castilla. Esta congregación también dirigió el proceso de desvinculación respecto a la orden de Cluny de sus prioratos castellanos, aunque en este caso hay que señalar también la connivencia de los propios monasterios que fueron dando pasos a favor de esa ruptura, para posteriormente integrarse en la congregación vallisoletana.

Influencia foránea también podemos ver en la fundación del primer monasterio cartujo castellano, pues sus monjes procedían de la Cartuja de Scala Dei, en Tarragona, aunque ellos eran de origen castellano.

Por último, cabe destacar la trascendencia de una actuación personal en el nacimiento de la orden concepcionista por obra de santa Beatriz de Silva; aunque a este impulso personal hay que unir el apoyo decisivo de Isabel la Católica (aunque con el tiempo también supuso la modificación del proyecto de la fundadora) y la existencia de un grupo de monjas de origen portugués, cuyas familias estaban establecidas en Toledo, y que formaron el primer grupo de monjas concepcionistas. Una orden que, por otra parte, se constituyó para rendir culto al privilegio mariano de la Inmaculada Concepción, cuya veneración estaba fuertemente arraigada en todos los reinos hispánicos, así como en las cortes reales de Portugal y de Castilla en las que vivió Beatriz de Silva.

PATRONAZGO ARTÍSTICO REGIO EN FEMENINO: LA VIRGEN DE TOBED Y EL PROTAGONISMO LEGITIMADOR DE DOÑA JUANA MANUEL DE VILLENA PARA LA DINASTÍA TRASTÁMARA

DAVID CHAO CASTRO

Universidad de Santiago de Compostela

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo pretende plantear una introspección de carácter artístico-histórico sobre la probable intencionalidad legitimadora que desarrolló doña Juana Manuel de Villena con respecto a la dinastía Trastámara en su ascenso al trono castellano. En el santuario zaragozano de la Virgen de Tobed la esposa de don Enrique II y el propio monarca llevaron a cabo un exvoto a partir del encargo del conjunto retablístico para su cabecera, cuya tabla central del desaparecido retablo mayor plasma convenientemente fórmulas de religiosidad devocional centradas en el culto mariano. Pero de especial relevancia es el propio retrato de los donantes —el matrimonio regio con los infantes don Juan y doña Leonor—, así como la heráldica y su disposición, lo que en conjunto nos permite presuponer un papel mucho más activo de doña Juana Manuel en la reivindicación propagandística de la nueva dinastía reinante a partir de la apología de su propio linaje Manuel. En todo caso, nuestra intención última es demostrar iconográficamente cómo el recurso a ciertos motivos visuales de intencionalidad genealógica pretendió un evidente refrendo dinástico, convertidos estos en instrumentos visuales al servicio del poder y la legitimación regias.

LA VIRGEN DE TOBED

Del santuario zaragozano de la Virgen de Tobed, iglesia-fortaleza de tradición gótico-mudéjar perteneciente al Priorato del Santo Sepulcro de Calatayud (como encomienda de esta orden militar), procede la famosa tabla central pintada al temple del que fue su retablo

mayor¹. Hace unos años (2013) fue donada al Museo del Prado por don José Luis Várez Fisa, su último propietario privado, y en la actualidad se conserva en dicho museo, donde permanece expuesta. En relación con la propia advocación de la iglesia de Tobed, dicha pintura está consagrada a la temática mariana, aunque a su vez integra a un coro angélico en la parte superior, y a cuatro donantes en la inferior.

Sobre un fondo dorado y entonces refulgente, alusivo al paraíso, y con los característicos ángeles, se figura a la Virgen con el niño, donde María adopta una postura en la que a modo de dosel semeja proteger a su hijo. Sugiere además, compositivamente, una simbólica mandorla, donde se inscriben ya ambas figuras, de tal manera que la propia Virgen se hace partícipe de la visión teofánica que se invoca. No falta la plasmación de la consabida tristeza de María, por cuanto se interpreta que sus ojos delatarían el temor ante la futura pasión y muerte redentora del Hijo.

En la mitad inferior de la pintura aparecen cuatro pequeñas figuras en actitud orante: de rodillas y con las manos juntas. Representan a los donantes, todos ellos ciñendo una corona en sus respectivas cabezas, que han de identificarse con don Enrique II de Trastámara (con la inscripción identificativa inferior: «Enrico rege»), su esposa doña Juana Manuel de Villena, y sus dos hijos los infantes don Juan (futuro monarca Juan I de Castilla) y doña Leonor (futura reina de Navarra por su matrimonio con Carlos III el Noble). Divididos en dos grupos por sexos y situados en los laterales de la pintura (el lugar de honor a la derecha de la Virgen lo ocupan las figuras masculinas, mientras las femeninas se disponen a su lado izquierdo), las miradas de los cuatro se dirigen, en súplica, hacia la figura de María con el niño. Se hace patente por tanto la tipología iconográfica del exvoto.

1. A partir de las referencias documentales que agradece a doña Victoria E. Trasobares Ruiz, el Dr. Gonzalo M. Borrás refiere *grosso modo* algunos pormenores del expolio o fraudulenta salida de dicha tabla pictórica de la iglesia parroquial de Tobed hacia 1900 (cuando ya los retablos estaban desmontados) y su paso por las manos de varios propietarios, hasta su donación al Museo del Prado por parte de don José Luis Várez Fisa formando parte de un conjunto artístico de gran valor. Gonzalo M. Borrás Gualis, «La Virgen de Tobed. Exvoto dinástico de los Trastámara», *Boletín del Museo del Prado*, XXXX (2014), pp. 169-175, espec. pp. 169-170.



Virgen de Tobed.

Tabla principal del retablo mayor de Santa María de Tobed.

Atrib. Jaume Serra. Ca. 1367-1369. © Museo Nacional del Prado.

Hemos de hacer hincapié, sobre todo, en la idea de «retrato de familia» que conlleva esta tabla de Tobed. Claro que dicha concepción retratística

se circunscribe a los consabidos rasgos físicos y fisonómicos genéricos —que no realistas y fidedignos—, propios de la época y del espacio geográfico peninsular, pero donde son los atributos, emblemas heráldicos, vestiduras o la mencionada inscripción los elementos que permiten identificar y personalizar a estos personajes. Así, en los manteletes de los dos yelmos que se figuran decorosamente apoyados en el suelo, al lado de las figuras masculinas, aparecen figuradas las armas de León y Castilla, armas que se repiten en el escudo heráldico ya cuartelado que se sitúa en el ángulo superior derecho de la pintura. Por su parte, en el ángulo contrario (el superior izquierdo) son ya las armas de los Manuel las que marcan el contrapunto simétrico: escudo cuartelado con la mano alada con espada en el primer y cuarto cuarteles, y el león rampante sobre campo de plata en el segundo y tercer cuarteles.

A pesar de que la documentación histórica de Tobed se ha perdido, disponemos de referencias a la misma que nos proporcionan información precisa, aunque desafortunadamente sin posibilidad de ser contrastada adecuadamente. Nos referimos, en concreto, al estudio del santuario llevado a cabo a fines del siglo XIX por Vicente Martínez Rico, *Historia del antiguo y célebre Santuario de Nuestra Señora de Tobed*², en el que dicho autor parafraseó e interpretó la documentación antigua que él todavía pudo llegar a ver y leer entonces. Textualmente afirmaba aquel historiador que «don Enrique II de Castilla, siendo conde de Trastámara, mandó construir tres retablos en la capilla mayor, haciéndose colocar él mismo en el principal de ellos, en actitud de orar a la Santísima Virgen»³. Sin dejar de insistir en la extrema cautela con la que se ha de procesar tal referencia textual, y sin esquivar asimismo la necesaria perspectiva crítica, no podemos sino asumir el riesgo de una exégesis como esta, en aras a poder clarificar en buena medida ciertos aspectos históricos que se presentan como determinantes a la hora de efectuar el estudio de este conjunto artístico de Tobed.

2. Vicente Martínez Rico, *Historia del antiguo y célebre Santuario de Nuestra Señora de Tobed*, Calatayud, Imprenta del Diario, 1882. En 2011 el Centro de Estudios de la Orden del Santo Sepulcro reeditó la obra en Zaragoza, figurando con el número 8 de la Biblioteca de la Orden del Santo Sepulcro.

3. Vicente Martínez Rico, *Historia del antiguo*, p. 46.

Aparte de la ratificación identificativa de Vicente Martínez Rico en cuanto al retrato de don Enrique de Trastámara (no menciona sin embargo a los restantes miembros de su regia familia), lo que nos interesa de manera especial es la afirmación relativa a que dicho encargo fue realizado por el propio don Enrique siendo todavía «conde de Trastámara». En este sentido, y aun cuando pudiéramos admitir que en efecto el acuerdo o contrato para la elaboración material de tal pieza pudiera haber sido con anterioridad a su entronización, verdaderamente la pintura en su conjunto —o por lo menos la fase final de la misma— hubo de ser necesariamente ejecutada por su artífice, como muy pronto, después del 5 de abril de 1366. El motivo es que en dicha fecha el conde don Enrique de Trastámara fue proclamado rey de Castilla en Calahorra, para, inmediatamente después, dirigirse hasta Burgos, donde se haría coronar en el significativo monasterio de las Huelgas Reales. Señala Faustino Menéndez Pidal que sería en aquella ceremonia de las Huelgas cuando don Enrique tomase las armas reales de León y Castilla con cuartelado, pasando a usarlas desde ese momento, y no antes⁴; armas estas que precisamente se corresponden con las que figuran en el ángulo superior derecho de la tabla pintada.

Se hace preciso insistir en los aspectos anteriores, así como en otros derivados de la aproximación histórica a este episodio de la solemne coronación burgalesa⁵, ceremonia con la que el Trastámara habría buscado legitimar propagandísticamente su comprometido acceso a la condición regia. Marcó entonces el inicio de un breve período (unos cuantos meses) durante el cual don Enrique continuó con su avance y campañas militares puntuales por todo el reino para hacerse reconocer como nuevo rey de Castilla, mientras don Pedro I permanecía huido en territorio aquitano, negociando con los anglonormandos la ayuda para su vuelta. No es casual que a partir de dicha ceremonia de coronación el cronista don Pero López de Ayala especificase en su crónica sobre don Pedro I

4. Faustino Menéndez Pidal de Navascués, *Heráldica medieval española*, tomo I: *La Casa real de León y Castilla*, Madrid, Hidalguía, 1982, pp. 166.

5. Para todos los aspectos históricos aquí referidos, además de las propias crónicas, se han seguido los estudios de Julio Valdeón Baroque, *Enrique II (1369-1379)*, Palencia, Diputación Provincial de Palencia/Editorial La Olmeda, 1996. Julio Valdeón Baroque, *Los Trastámara. El triunfo de una dinastía bastarda*, Barcelona, Temas de Hoy, 2001.

que al anteriormente citado como conde de Trastámara «de aquí adelante en esta Crónica se llama Rey»⁶; a su vez, a partir de entonces también se pone en marcha su cancillería real, y su sigilografía y numismática propias incorporan una imagen ya mayestática que publicita su condición⁷. Y es en relación con aquel mismo momento histórico por lo que debemos abundar en una primigenia interpretación de las coronas que se representaron ciñendo la cabeza tanto del propio don Enrique como también las de su esposa e hijos.

Bajo el reinado de Sancho IV cobraron un renovado auge los diferentes símbolos de la realeza de carácter mayestático, y entre ellos la corona,



Virgen de Tobed. Detalle del tercio inferior con los donantes:
los reyes don Enrique II de Trastámara y doña Juana Manuel de Villena, y los infantes
don Juan y doña Leonor. Atrib. Jume Serra. Ca. 1367-1369. © Museo Nacional del Prado.

6. *Crónicas de los reyes de Castilla, desde don Alfonso el Sabio hasta los católicos don Fernando y doña Isabel*, colección ordenada por don Cayetano Rosell, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1953, tomo I, «Año Décimoséptimo. 1366», capítulo VII, p. 541. Referencia al canciller Ayala en Cèsar Favà i Rafael Cornudella, «Estudis. Els retaules de Tobed i la primera etapa dels Serra», *Bulletí MNAC*, 11 (2010), pp. 63-89, espec. p. 84.

7. David Chao Castro, «Imágenes de poder de los reyes Trastámara de Castilla: el rey y la representación de su *imago maiestatis* en la sigilografía, la numismática y la miniatura», *e-Spania*, 3 (junio 2007), disponible en <http://journals.openedition.org/e-spania/15253> (consulta: 24/04/2021).

símbolo inequívoco de la dignidad real, auténtica «corona de honrra» de las que «trahen en las cabeças los reyes e los enperadores»⁸. Y durante toda la monarquía Trastámara parece mantener el valor significativo que detentaba desde las etapas anteriores, con aquel simbolismo muy concreto y especialmente orientado hacia el componente jurídico-político que se pretendía para la figura monárquica y la institución regia en general⁹. Por ello debe ser tenida en cuenta la absoluta precisión, regularización y seguimiento normativo legal en el uso y representación de los *regalia*, así como cualquier otro objeto, vestimenta o emblema de uso laico o eclesiástico que identificase cualquier condición especial por parte de su detentador en los siglos medievales (y aun con posterioridad). Lo que implica, por consiguiente, que no se contemplase ninguna posibilidad fuera de la realidad derivada de la consabida ceremonia o celebración ritual propiciatoria. Es decir, en la época no se concebiría como justificación inclusiva la simple aspiración por parte del protagonista, así como tampoco un afán adulador correspondiente en el caso, por ejemplo, del artista. Y por lo mismo, de ninguna manera podremos entonces atribuir a una práctica convencional o estereotipada, ni mucho menos casual, la presencia de la corona real ciñendo la cabeza de don Enrique, por cuanto el uso y representación de la misma únicamente podía estar justificado ante el alcance cierto de dicha condición regia. A su vez, el hecho de que los demás miembros de su familia se representen igualmente coronados podría ser interpretado, apriorísticamente, como un efecto reflejo del propio esposo y padre, en tanto que son entonces partícipes de la misma condición monárquica como reina e infantes respectivamente. No obstante, y como luego veremos, dicha explicación ha de ser depurada en función de otros aspectos históricos que pudieron haber sido determinantes.

En todo caso, no parece factible asimismo que las coronas pudieran haber sido figuradas con posterioridad al resto del conjunto pictórico, por cuanto un minucioso examen de la tabla parece ratificar una realización unitaria en sus distintos elementos conformantes de la escena votiva. Más dudosa se plantea, por contra, la inscripción que identifica al

8. *Castigos e documentos para bien vivir ordenados por el rey don Sancho IV*, ed. de Agapito Rey, Bloomington, Indiana University Publications, 1952, p. 174.

9. José Manuel Nieto Soria, *Ceremonias de la realeza: propaganda y legitimación en la Castilla de los Trastámara*, Madrid, Nerea, 1993, p. 185.

rey Enrique bajo su persona, puesto que sí ha de ser una incorporación posterior en mayor o menor medida: si bien los caracteres muestran un trazo aún tardogótico, su ejecución un tanto descuidada (sobre todo en su parte final) quizás pudo obedecer a la necesidad de una especificación tiempo después del remate y colocación de la obra en su lugar previsto.

Finalmente, el hecho de no aparecer representada en esta escena pictórica la infanta doña Juana, hija menor de don Enrique y doña Juana Manuel, ratifica una necesaria datación de la pintura con posterioridad a fines de 1365 o inicios de 1366, intervalo temporal durante el cual se debió de producir el óbito de aquella infanta (por cuanto es entonces cuando deja de aparecer mencionada en las crónicas regias, ausencia brusca que delataría dicha muerte por aquel entonces). Aunque desconocemos asimismo la fecha de su nacimiento, este habría sido posterior al de doña Leonor, por tanto quizás hacia 1363/1364.

Con todo ello deseamos remarcar como improbables las dataciones anteriores a 1367 que algunos historiadores han otorgado a esta pintura, apoyándose para ello en indicios de carácter estilístico, y también en otros documentales: dado que con toda probabilidad en 1359 ya estaría rematada la cabecera de la iglesia de Tobed iniciada tres años antes¹⁰, han observado factible que dicha pintura y las demás que conformaron el conjunto retablístico trecentista podría haberse realizado entre 1359 y 1363¹¹. Frente a ello, además de la mencionada cuestión de la corona como emblema específico de la condición regia asumida, otros datos biológicos de tipo familiar derivados del nacimiento de los infantes de este matrimonio (en ese momento los infantes serían todavía muy pequeños, pues don Juan había nacido el 24 de agosto de 1358, y en el caso de doña Leonor solo forzando al máximo dicho intervalo, por cuanto debió de

10. La cronología constructiva de dicho edificio en Gonzalo M. Borrás Gualis, *Arte mudéjar aragonés*, 3 tomos, Zaragoza, Colegio Oficial de Arquitectos Técnicos y Aparejadores, 1985, tomo II, pp. 410 y ss.

11. Esta datación ha sido defendida por Rosa Alcoy i Pedrós, «Pintura y debate dinástico: los retablos de Enrique de Trastámara y Juana Manuel en Santa María de Tobed», en Rosa Alcoy, Pere Beseran (eds.), *El romànic i el gòtic desplaçats. Estudis sobre l'exportació i migracions de l'art català medieval*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2007, pp. 153-246, sobre todo, pp. 183-186. Cèsar Favà i Rafael Cornudella, «Estudis. Els retaules de Tobed i la primera etapa dels Serra», *Butllet MNAC*, 11 (2010), pp. 63-89. Pilar Silva Maroto, *Donación Várez Fisa*, Madrid, Museo Nacional del Prado, 2013, pp. 16-19.

nacer en 1362 o 1363) o histórico-políticos sobre el control del territorio de Calatayud de manera temporal por parte del reino castellano de Pedro I, parecen ratificar lo forzado de una datación tan temprana.

El primer período plenamente regio de Enrique II, que había comenzado con su simbólica coronación en Burgos, remató en marzo de 1367 con su derrota en Nájera a manos de las tropas de don Pedro I, apoyadas estas últimas por las del Príncipe Negro. Don Enrique se vio obligado a huir, para no ser muerto o apresado, hacia el reino de Francia a través de Aragón; lo mismo aconteció con doña Juana Manuel y sus hijos, que tras haberse desplazado de Burgos a Zaragoza, finalmente también hubieron de marchar a Francia a reunirse con don Enrique y sortear la incomodidad del rey Pedro IV de Aragón hacia ellos después de la victoria de Pedro I y la paulatina recuperación del control de su reino que había comenzado a desarrollar el monarca castellano de inmediato. Tras las negociaciones en Francia, a la vuelta en 1368 don Enrique contaba ya con el apoyo de las Tropas Blancas de Beltrán Duguesclin, retomando los enfrentamientos militares contra su hermanastro a lo largo de varios meses, que terminarían definitivamente con la muerte de don Pedro ante el castillo de Montiel el 22 de marzo de 1369 y la consiguiente entronización —definitiva— de don Enrique II de Trastámara como rey de Castilla.

Es preciso por tanto ser prudente y plantear que dicha tabla pictórica de la Virgen de Tobed pudiera entonces haber sido encargada tras el regreso de Francia de don Enrique, doña Juana Manuel y el infante don Juan (la infanta doña Leonor permaneció en aquel reino por seguridad), aunque no fuese terminada su ejecución formal hasta después ya de la muerte de don Pedro I. Y que la referencia documental alusiva al encargo por parte de don Enrique de Trastámara *siendo todavía conde* pudiera proceder de un error histórico posterior de alguien que creyó que antes de Montiel aquél no había llegado a ser rey de Castilla. Incluso cabe la posibilidad de que en efecto el encargo inicial del conjunto retablístico fuese anterior a su coronación en Burgos, como exvoto propiciatorio, pero que la ejecución material fuese ya posterior y precisase por ello de los reajustes iconográficos correspondientes a la lograda condición regia (inclusión ya de las coronas). Incluso en este sentido es plausible plantear que la poco cuidada inscripción «Enrico rege» fuese el único añadido posterior al remate de la obra (aunque inmediato), buscando quizás no tanto precisar la identidad del representado —puesto que en dicho

caso parece lógico pensar en que se viese acompañado de la alusión al reino de Castilla—, sino más bien dejar constancia del asentamiento definitivo en el trono castellano del monarca Trastámara tras la muerte de Pedro I y la pacificación y control definitivos del reino.

Carecemos de unos datos documentales que nos permitan fijar una datación *ante quem* más o menos precisa para esta tabla. Suponemos no obstante que no habría transcurrido mucho tiempo entre el encargo y la consiguiente ejecución material (con todas las demás que conformaron el conjunto retabístico al que nos referiremos a continuación), y que, como hemos ya avanzado de manera implícita, quizás no superase la muerte de Pedro I. A lo que debe añadirse la evidente figuración de los infantes don Juan y doña Leonor remarcando en ellos una edad todavía infantil/juvenil; por tanto, nos atrevemos a plantear una realización entre 1367 y 1369¹².

Los rasgos estilísticos de la obra, y la similitud con otras pinturas marianas similares, aconsejan atribuir dicha pintura al artífice catalán Jaume

12. Esta datación ya fue avanzada en 2005: David Chao Castro, *Iconografía regia en la Castilla de los Trastámara*, tesis doctoral, Universidade de Santiago de Compostela, 2005, pp. 419-420. También Francesc Ruiz propone la fecha de 1366 como probable (Francesc Ruiz y Quesada, «Els primers Trastàmars. La legitimació mariana d'un llinatge», en R. Terés (ed.), *Capitula facta et firmata. Inquietuds artístiques en el Quatre-cents*, Barcelona, Cossetania Edicions, 2011, pp. espec. pp. 71-72. En su día Émile Bertaux ya tuvo en cuenta la coronación de Burgos de 1366 para defender una cronología para esta tabla de entre 1367 y 1379 (año este último de la muerte de don Enrique II): Émile Bertaux, «Los primitivos pintores españoles. Los italianistas del trecentos», *La España Moderna*, enero de 1909, pp. 19-33. Por su parte, Gonzalo M. Borrás Gualis, siguiendo en parte las tesis de Ch. R. Post (Chandler Rathfon Post, *A History of Spanish Painting*, vol. II, Cambridge, Harvard University Press, 1930, p. 270), se posiciona en cuanto a la asignación cronológicamente hacia 1375, al justificar la presencia de las coronas ciñendo las cabezas de los dos infantes como muestra fehaciente de la celebración en dicho año de los matrimonios de ambos: doña Leonor con el futuro Carlos III de Navarra, y don Juan con la infanta doña Leonor de Aragón, hija de don Pedro IV el ceremonioso (Gonzalo M. Borrás Gualis, «La Virgen de Tobed...», pp. 174-175). No obstante, si se tiene en cuenta que ya los acuerdos matrimoniales de los dos infantes habían sido acordados mucho tiempo atrás, y que en ese año de 1375 ninguno de ellos accede todavía a la corona de sus respectivos reinos, creemos por consiguiente que también parece improbable una datación tan tardía, máxime si además no aparecen representados los cónyuges de ambos infantes en caso de haber querido remarcar las celebraciones matrimoniales.

Serra¹³, influido por la tradición italiana que vio surgir y desarrollar este tipo de obras devocionales. A su vez, las cimera (con la parte anterior de un dragón sin alas o de una pantera en el caso de don Enrique, y de una garza o cisne blanco en el caso del infante don Juan) redundarían en la afirmación de una atribución catalanoaragonesa para dicha obra, puesto que no se constata documentalmente el uso de cimera por parte de la monarquía castellana con anterioridad a Juan II, y en cambio sí en la corte aragonesa ya en este siglo XIV¹⁴.

LA RETABLÍSTICA COMO EXVOTO PARA EL CAMBIO DINÁSTICO CASTELLANO EN EL SANTUARIO DE LA VIRGEN DE TOBED (ZARAGOZA). EL NECESARIO PATRONAZGO DE DOÑA JUANA MANUEL DE VILLENA

Hasta el momento solo se ha prestado atención a la tabla central del desmontado retablo mayor de Tobed, por cuanto constituye la pieza más interesante para nosotros, al incluir los retratos de los reyes Enrique II y doña Juana Manuel, así como los de sus hijos los infantes don Juan y doña Leonor. No obstante, debemos asimismo tener en cuenta los otros dos retablos que, flanqueando al central y en relación con él,

13. Aun cuando han sido varias las atribuciones de esta obra a distintos pintores, no obstante el círculo se cierra en torno a la escuela catalana de tercer cuarto del siglo XIV, con especial incidencia en Ramón Destorrents y la familia Serra. Sin embargo, se ha llegado a la unanimidad por parte de varios historiadores a la hora de asignarla en concreto a la mano de Jaume Serra. Así, y entre otros: Gertrud Richert, *La pintura medieval en España*, Barcelona, 1926, p. 48; José Gudiol Ricart, *Historia de la pintura gótica en Cataluña*, Barcelona, 1944, p. 28. Blanca Piquero López, «Virgen de Tobed. Jaime Serra (atribución)», en Isidro Gonzalo Bango Torviso (dir.), *Maravillas de la España medieval. Tesoro sagrado y monarquía. I. Estudios y Catálogo*, León, Junta de Castilla y León / Caja España, 2001, ficha catalográfica n° 187, pp. 443-445. David Chao Castro, *Iconografía regia...*, pp. 422-426. Rosa Alcoy i Pedrós, «Pintura y debate dinástico...», pp. 172-180. M^a Carmen Lacarra Ducay, «La Orden del Santo Sepulcro y la pintura gótica en Aragón (siglo XIV)», en *La Orden del Santo Sepulcro. Actas de las VI Jornadas de Estudio*, Zaragoza, Centro de Estudios de la Orden del Santo Sepulcro, 2011, pp. 167-192. Pilar Silva Maroto, *Donación Várez Fisa...*, pp. 16-19.

14. Se debe a Faustino Menéndez Pidal un clarificador análisis de las cimera de estos yelmos. Faustino Menéndez Pidal de Navascués, *Heráldica medieval española*, tomo I: *La Casa real de León y Castilla*, Madrid, Hidalguía, 1982, pp. 167-168.

conformaron un conjunto devocional de excepcional relevancia en lo que se refiere a la pintura gótica catalanoaragonesa de la segunda mitad del siglo XIV, aunque respondiendo a su vez a un encargo regio castellano. Como en el caso del retablo principal central, estos dos laterales fueron también desmontados, y separadas y diseminadas sus tablas pictóricas; varias de ellas, por fortuna, se han conservado al haber entrado a formar parte de los fondos de diversos museos y colecciones a lo largo de muchos años. A la historiadora Rosa Alcoy se debe un profundo y exhaustivo estudio de todas ellas, así como el trabajo de reconstrucción hipotética de tales retablos, con el complemento posterior de la investigación comparativa llevada a cabo por Cèsar Favà y Rafael Cornudella¹⁵. Todo ello permite disponer de un análisis de conjunto que facilita una percepción más objetiva y diversa de semejante empresa artística, superando en buena medida el hándicap de llegar hasta nuestros días como una suma incompleta de tablas dispersas.

En el caso que nos ocupa, nos vamos a centrar únicamente en una serie de aspectos puntuales del conjunto retablístico que, a nuestro parecer, constituyen las claves interpretativas para revisar la tradicional atribución del encargo de tales pinturas. Así, y en primer lugar, debemos tener en cuenta la elección temática: si el retablo central, como ya se ha podido intuir, estaba dedicado a la Virgen María como protagonista destacada en la Encarnación y Redención de Cristo, los laterales por su parte fueron dedicados a san Juan Bautista y a santa María Magdalena, en correspondencia con las advocaciones de las capillas de la cabecera. Cada uno de estos dos estaba presidido por una gran tabla central en la que destacaba la representación de cada uno de los dos santos, rodeándose de otras tablas pictóricas más pequeñas que incluían episodios destacados de sus respectivas hagiografías.

15. Rosa Alcoy i Pedrós, «Pintura y debate dinástico...», pp. 153-246. Remitimos a este estudio de la doctora R. Alcoy a quien desee ahondar en el magnífico conjunto retablístico trecentista que albergó la cabecera de la iglesia fortaleza de Santa María de Tobed. También debe ser mencionado el artículo de Cèsar Favà y Rafael Cornudella como complemento al estudio anterior: Cèsar Favà i Rafael Cornudella, «Estudis. Els retaules de Tobed...», pp. 63-89. Ambos trabajos permiten conocer que mientras sendas tablas laterales de los retablos dedicados a la Magdalena y a san Juan se hallan también el Museo del Prado, la otra tabla lateral (la izquierda) de san Juan se conserva mutilada y fragmentada entre el Museu Diocesà de Barcelona y una colección particular de la misma ciudad.

Desafortunadamente, la tabla de la Magdalena es una de las piezas que no han llegado hasta nosotros. Sí se conserva la del Bautista, perteneciente al Museu Maricel de Sitges, a la cual nos ceñiremos de manera específica, obviando aquí las demás tablas con las escenas hagiográficas. El motivo fundamental para ello es que dicha pintura con la imagen de san Juan, de gran tamaño por disponer de un espacio muy amplio (la tabla mide 280 x 81,4 cm¹⁶), aparece flanqueada a cada lado —en su sector central— por dos pares de escudos con las armas pintadas de los Manuel en cada uno de ellos. Asimismo, también en los ángulos superiores, en este caso en las enjutas que derivan del arco en mitra superior que cobija a la figura del Precursor, se han pintado sendos escudos que buscarían guardar cierto paralelismo con la tabla de la Virgen del retablo central en cuanto a disposición y tamaño, aunque en este caso ambos escudos muestran las mismas armas de los Manuel. Se ha de reparar por consiguiente en la diferencia de dimensiones entre los dos escudos superiores y los cuatro que flanquean la propia figura de san Juan en esta tabla, por cuanto estos últimos —iguales entre sí— son notablemente más grandes y alcanzan por



Tabla central del retablo lateral de Santa María de Tobed dedicado a san Juan Butista.
Atrib. Jaume Serra. Ca. 1367-1369.
Museo Maricel de Sitges.
© Amador Álvarez (Wikimedia Commons).

16. Medidas en Cèsar Favà i Rafael Cornudella, «Estudis. Els retaules de Tobed...», p. 66. Compárese incluso con las medidas de la tabla de la Virgen, el altura más reducidas: 161,4 x 117,8 cm (medidas en Pilar Silva Maroto, *Donación Várez Fisa*, p. 16).

consiguiente una mayor presencia visual (acrecentada por su propia ubicación a ambos lados del santo).

Es momento entonces de recordar las palabras de Vicente Martínez Rico con respecto al encargo: habría sido don Enrique de Trastámara quien, todavía como conde, mandara realizar los tres retablos. Sin embargo, y a la vista de la ya comentada tabla central del retablo mayor con la Virgen de Tobed, así como la tabla central del retablo lateral con la figuración pictórica de san Juan Bautista (la única conservada de las dos), creemos que ha de ser minimizada la tradicional consideración de don Enrique de Trastámara como comitente de dicho conjunto retablístico. Y en su lugar creemos firmemente que habrá de ser identificada su esposa doña Juana Manuel de Villena como la verdadera y principal mentora, por lo menos a la hora de definir y ajustar el resultado final del encargo, tanto en lo que se refiere a los retablos laterales como también al central en su conjunto, incluyendo, claro está, la famosa tabla de la Virgen de Tobed¹⁷.

Principalmente sostenemos esta aseveración a la vista de las armas de su linaje, esto es, la heráldica de los Manuel, que de manera reiterativa y muy destacada aparece en la tabla central del retablo lateral que estuvo dedicado a san Juan Bautista. También se aprecian todavía las armas de los Manuel en el reducido escudo superior de la tabla lateral de este mismo retablo que se conserva en el Museo del Prado. Claro está que en este sentido la pérdida de la tabla central del retablo opuesto, donde habría de estar figurada una María Magdalena de idéntico tamaño al del Precursor, nos impide saber si los cuatro escudos que a buen seguro también

17. Son muy pocos los estudios dedicados de manera específica a la figura histórica de doña Juana Manuel de Villena. Cabe mencionar entre ellos Cristina Moya García, «La reina Juana Manuel en el Cancionero de Baena», en J. L. Serrano Reyes (ed.), *Cancioneros en Baena. Actas del II Congreso Internacional Cancionero de Baena, In Memoriam Manuel Alvar*, Baena, M.I. Ayuntamiento de Baena, 2003, vol. I, pp. 283-392. Y sobre todo Diana Pelaz Flores, «La reina Juana Manuel de Villena (1339-1381). La legitimación de la Casa Trastámara», en *En la Europa Medieval. Mujeres con historia, mujeres de leyenda. Siglos XI-II-XVI*, coord. Manuel García Fernández, Granada/Sevilla, Editorial Universidad de Granada/Editorial Universidad de Sevilla, 2019, pp. 169-186. Ya de una manera más genérica al tener en cuenta a otras figuras femeninas de la dinastía Trastámara *vid.* Jean Pierre Jardin, «Le rôle politique des femmes dans la dynastie Trastamare», *e-Spania*, 1 (2006), disponible en <http://journals.openedition.org/e-spania/322> (consulta última: 17/04/2021).

la flanquearían y los dos reducidos superiores contendrían las mismas armas de los Manuel o, por el contrario, ya las del rey don Enrique, como parece más lógico¹⁸. Además, en la tabla lateral de este retablo conservado igualmente en el Museo del Prado las armas de su correspondiente escudo superior están completamente borradas, lo que impide saber si en efecto contendrían el cuartelado con castillos y leones.

En el caso de la tabla de la Virgen con el Niño, bien es cierto que la heráldica con las armas de los Manuel del ángulo superior izquierdo es más discreto en cuanto a tamaño que en el caso de los centrales de la pintura del Bautista, además de guardar plena simetría con las armas del reino asumidas por don Enrique II como rey de Castilla (dispuestas en el ángulo superior derecho). Sin embargo, y con respecto a esta misma pieza central del desaparecido retablo mayor, debe tenerse en cuenta que la mencionada ubicación del escudo con las armas de los Manuel ya implica por sí misma un principio de preeminencia en la lectura heráldica frente a las armas reales castellanas ubicadas en el ángulo opuesto¹⁹. Se nos sugiere, por tanto, una posible evidencia del protagonismo legitimador que venía aduciendo la propia doña Juana Manuel en el conflicto civil castellano a la hora de refrendar a su esposo don Enrique de Trastámara en su aspiración al trono castellano y luego en su consolidación en el mismo. Respaldo conyugal que no solo

18. En este caso entendemos que ambas posibilidades son factibles. No obstante, y si de nuevo tenemos en cuenta las palabras de Vicente Martínez Rico, nos parecería extraño entonces que solo se representasen de manera tan llamativa las armas de doña Juana Manuel en ambas tablas centrales de los retablos laterales, y que por consiguiente solo se incluyesen las armas del rey Trastámara en el escudo más reducido del ángulo superior derecho de la tabla de la Virgen. Precisamente el hecho de aparecer ambos escudos en dichas esquinas superiores de la tabla central del retablo mayor, remarcando así el principio de simetría que también se ha llevado a la figuración de los donantes con sus hijos, nos hace apostar por la heráldica del rey don Enrique en los escudos que a buen seguro debían acompañar a la imagen de santa María Magdalena en la tabla central de su retablo lateral. Solo de este modo se podría incidir de manera icónica en una empresa devocional que, por lo menos, equipararía apriorísticamente a ambos cónyuges en el patronazgo. Pero insistimos: no son más que conjeturas, pues carecemos de la mínima apoyatura documental o gráfica que pudiera aclararlo.

19. Esta particularidad, ya señalada en su día (David Chao Castro, *Iconografía regia...*, pp. 420-421), había sido asimismo objeto de atención y constatación por parte de Faustino Menéndez Pidal de Navascués, *Heráldica de la Casa Real...*, pp. 264-265.

sería aceptado o asumido, sino también reivindicado directamente por el primer monarca Trastámara.

Pero la cuestión que debemos plantearnos, para poder dar una respuesta que resulte satisfactoria, ha de orientarse a saber cuál ha sido ese papel legitimador de doña Juana Manuel de Villena que se hace presente iconográficamente a partir de sus armas —y devociones— en las tablas centrales del retablo mayor y del lateral de San Juan llegadas hasta nosotros de los desmontados retablos de Tobed. Claro está que la contestación no puede ser única, por cuanto se han de considerar factores diversos que, partiendo de presupuestos diferentes, sin embargo han debido necesariamente de confluir a la hora de articular un encargo como el del conjunto retablístico de Tobed, con una precisa carga simbólica de exaltación legitimadora de los nuevos monarcas de Castilla.

Se ha venido afirmando que doña Juana Manuel de Villena reivindicaría en la tabla de la Virgen de Tobed su propio derecho a la condición regia como decisivo refrendo legitimador para su esposo, dada la carencia o, cuando menos, el difícilmente sostenible derecho al trono castellano esgrimido por Enrique desde un punto de vista exclusivamente dinástico (hijo bastardo, fuera del matrimonio legítimo y sagrado de Alfonso XI; y con un sucesor legítimo, esto es, don Pedro I, ocupando dicho trono). En concreto la historiografía refiere el hecho de que al ser D^a Juana Manuel hija de doña Blanca de la Cerda (tercera esposa del infante don Juan Manuel), era partícipe entonces de los derechos dinásticos que habrían correspondido a su tío abuelo y a su abuelo (los infantes de la Cerda, hijos de don Fernando de la Cerda, primogénito de Alfonso X) de no haberse producido la fractura dinástica que llevó en su día a don Sancho IV a auparse en el trono castellano. Y que el propio don Juan Manuel servía a su vez de eslabón en la pretendida continuidad dinástica con el rey Fernando III²⁰.

Por tanto, y abundando en esta misma tesitura, doña Juana Manuel afirmaría igualmente la ilegitimidad de toda la sucesión dinástica de don Sancho, incluido por consiguiente su bisnieto don Pedro I. Bien es cierto que entonces el propio padre de don Enrique, Alfonso XI, pasaría a ser reconocido igualmente como ilegítimo. Pero en cualquier caso se podría

20. Vid. el análisis de algunas de las implicaciones ideológicas de don Juan Manuel en la dinastía Trastámara en Fernando Gómez Redondo, «Don Juan Manuel, Trastámara», *Cahiers de Linguistique et de Civilisation Hispaniques Medievales*, 25 (2002), pp. 163-181.

entender que la propia Juana Manuel habría sido entonces la depositaria de los derechos dinásticos por la vía de los infantes de la Cerda con los que «amparar» a su esposo y justificar así su ascenso al trono castellano.

Sin embargo, la propia pintura de la Virgen de Tobed con la inclusión de su retrato regio figurado y, especialmente, sus armas en el ángulo superior izquierdo, así como sobre todo los escudos heráldicos de los Manuel flanqueando la figura de san Juan de la tabla central de uno de los retablos laterales, nos aconseja plantear otra posibilidad interpretativa —o quizás complementaria— con respecto al papel protagonista de la hija menor del infante don Juan Manuel. Según esta nueva lectura, que al fin y al cabo parte de idéntica premisa en cuanto a la intención reivindicativa a partir de la condición legitimadora que implica su propia persona, doña Juana Manuel de Villena recurriría no al linaje de los de la Cerda de su madre (o por lo menos no prioritariamente), sino que esgrimiría verdaderamente el de los Manuel de su egregio padre. No en vano la heráldica escogida por doña Juana como propia es inequívoca: exclusivamente la de los Manuel.

En Tobed, doña Juana Manuel, con toda probabilidad, recurrió metonímicamente al recuerdo de su padre, así como de su abuelo paterno, entendiendo que el linaje de los Manuel era sublimado como bendito y, por tanto, legitimador por sí mismo. El artífice de esta exaltación de la línea dinástica de los Manuel fuera precisamente su propio padre, el infante don Juan Manuel. Bien es cierto que este había muerto en 1348, cuando doña Juana contaba solo con nueve años de edad. Pero dicha exaltación del linaje propio había sido volcada por escrito por el infante en varias de sus obras, específicamente a raíz del inicio de enemistades con su sobrino nieto Alfonso XI, del que incluso había llegado a ser tutor en el período final de la minoría de edad de aquel monarca.

Recordemos además que cuando Alfonso XI alcanzó la mayoría de edad en 1325, este llegó a solicitar a don Juan Manuel a su hija Constanza como esposa (hija del segundo matrimonio de don Juan Manuel, con Constanza de Aragón), aunque luego el rey castellano optó por deshacer el compromiso matrimonial, llegando incluso a encerrar a doña Constanza en el castillo de Toro en 1327 y provocando con ello la primera desnaturalización de don Juan Manuel del reino de Castilla. Cuando por fin consiguió la libertad de su hija mayor, don Juan Manuel orientó sus esfuerzos matrimoniales con respecto a esta hija en otra dirección,

logrando finalmente casarla con el infante portugués don Pedro, matrimonio que se materializó en 1340 (aunque doña Constanza murió ya en 1345, sobreviviéndola su padre), lo que conllevó la aparición de los Manuel en Portugal y su apologética reivindicación por parte del último rey de la primera dinastía, don Fernando I²¹.

Todo el malestar y enojo que don Juan Manuel fue acumulando contra su sobrino nieto don Alfonso XI (sin olvidar asimismo ciertos conflictos anteriores ya con su padre, Fernando IV) llevó al culto infante a desarrollar un pensamiento político muy negativo hacia la línea dinástica que representaban los Castilla en su fase reciente, a la que llegó a tachar de maldita. En contraposición, él exaltaba como bendita la suya propia de los Manuel, que además era igualmente de extracción regia. Dicha concepción sobrenatural y sagrada en cuanto a ambos linajes aparece plasmada en sus obras más tardías, en correspondencia cronológica con los avatares políticos y familiares anteriormente referidos. Así se observa por ejemplo en el *Libro de los estados* (1327-1332), pues en esta obra don Juan Manuel ya ubicaba a la realeza por encima de los otros tres estados sociales de la Europa de su tiempo (*bellatores, oratores y laboratores*), especificando que a dicho estado de la realeza pertenecían también los infantes y los hijos de los infantes: por consiguiente, él mismo y su linaje. También ha de citarse a su vez el *exemplo* 24 del *Libro del conde Lucanor* (rematado por don Juan Manuel en 1335), que trata «de lo que aconteció a un rey que quería provar a sus tres fijos», llegando a la conclusión de que el hijo menor era el mejor y más adecuado para el gobierno: ha de interpretarse igualmente como refrendo de su propio linaje, pues su padre, don Manuel, había sido el hijo menor de los reyes don Fernando III y doña Beatriz de Suabia, y además, el favorito de sus padres²².

En esta misma línea abundó y profundizó don Juan Manuel en el *Libro de las tres razones* o *Libro de las armas*, redactado durante los últimos años de su vida, donde interrelacionó la prosa histórica con la ficción para insistir en la idea del linaje bendito de los Manuel. Invoca así el mesianismo

21. Vid. César Olivera Serrano, «Juicio divino y reparación regia: Juan I de Castilla y Beatriz de Portugal», en Isabel Beceiro Pita (coord.), *La espiritualidad y la configuración de los reinos ibéricos (siglos XII-XV)*, Madrid, Dykinson, 2018, pp. 281-320.

22. Vid. Fátima Pavón Casar, «Semblanza del Infante Don Juan Manuel a través de las fuentes escritas», *Documenta & Instrumenta*, 9 (2011), pp. 41-59, espec. p. 57.

del propio anuncio del nacimiento del infante don Manuel a partir de un sueño revelador a su madre doña Beatriz de Suabia, ya de avanzada edad entonces: «por aquella criatura, et por su linaje, avía a ser vengada la muerte de Jhesu Christo». De ahí el nombre escogido —Manuel²³— y las armas otorgadas a este: el ala del ángel anunciador, y la espada del designio vengador divino. Con respecto a esta última, su inclusión heráldica vendría a recordar igualmente la entrega de la espada Lobera que le había hecho su padre, don Fernando III, quien, además, también lo había bendecido²⁴.

Si con ello don Juan Manuel explicaba y sublimaba el linaje bendito originado en su padre, don Manuel, a continuación en esta misma obra literaria presentaba por oposición el linaje de su tío Alfonso X como maldito, partiendo de un prodigio paralelo en doña Beatriz de Suabia relativo al anuncio del nacimiento de este primogénito Alfonso, pero de cariz totalmente negativo. A su vez la esposa de Alfonso X, doña Violante, era también presentada y descrita por don Juan Manuel como intricante y celosa, lo que según el autor conllevaba la maldición de la descendencia (puesto que doña Violante, al igual que el propio don Alfonso X, no habían obtenido la bendición de sus progenitores). Y especialmente condenada se presentaría dicha descendencia a partir de su hijo Sancho IV, por cuanto este rey fuera maldecido por su padre moribundo al no haber aceptado su deseo de que la corona pasase a ser ceñida por su nieto primogénito don Alfonso (hijo del infante don Fernando de la Cerda).

Pero fuera ya de los escritos de don Juan Manuel, ha de tenerse en cuenta la controvertida *Visión de Alfonso X* o *Crónica anónima de Silos*, con la que ha de haber una directa relación, ya sea como fuente de

23. Por ello el paralelismo que se puede rastrear con el otro ejemplo paradigmático peninsular: el del rey don Manuel I de Portugal. Los principios mesiánicos y la teología política general que ya en su época se esgrimieron y afianzaron en el corpus teórico legitimador de su ascenso al trono luso muestran una similitud más que notable con respecto al caso castellano de los Manuel. Claro está que semejante homonimia lo facilitaba, dada la inmediata identificación cristológica.

24. Vid. María Jesús Lacarra, *Don Juan Manuel*, Madrid, Síntesis, 2006, pp. 134-144. Fátima Pavón Casar, «Semblanza del Infante Don Juan Manuel...», p. 58. Marcelo Rosende, «Profecía, figura, consumación y providencia en el *Libro de las tres razones* de don Juan Manuel», *Revista de Literatura Medieval*, XVIII (2006), pp. 199-223. César Olivera Serrano, «Juicio divino y reparación regia», pp. 281-320, espec. pp. 291-292. Para los textos literarios: Don Juan Manuel, *Obras Completas*, ed. José Manuel Blecha, vol. I, Madrid, Gredos, 1982, p. 122.

inspiración para don Juan Manuel o, cuando menos, como muestra narrativa de un imaginario teológico-político ya enunciado previamente y por tanto compartido. Relata esta *Visión* la maldición que habría de padecer el propio Alfonso X tras afirmar soberbiamente que la creación hubiera resultado mejorada si previamente Dios le hubiera consultado al respecto. Pero lo destacado es que en dicha narración se hace intervenir nuevamente al infante don Manuel, quien en vano solicita y aconseja a su hermano mayor una arrepentida petición de perdón al Altísimo. Las terribles consecuencias para el Sabio se presentarían de inmediato: además de serle anunciada por un ángel su muerte en el plazo de un mes, tras lo cual su alma iría al purgatorio, también le avanza que sus descendientes le despojarían de la honra. Y aún a mayores está la profecía con la que culminaba esta peculiar *Visión* o *Crónica*: tras cuatro generaciones en decadencia, la descendencia del Rey Sabio se extinguiría entre el odio y desesperación de sus súbditos, tras lo cual Dios intercedería favorablemente en Castilla para elevar al trono a un rey idóneo y adecuado, justo, lleno de virtudes y noble²⁵. Ni que decir tiene que, en la fortuna de esta leyenda y sus nuevas versiones durante el desarrollo de la guerra civil castellana, y ya luego con los Trastámara en el trono, estos entendieron que la generación maldita había de acabar, pues, con Pedro I, y por tanto don Enrique tenía que ser necesariamente el identificado por la gracia divina para asumir de manera renovada tal condición monárquica²⁶.

Estas peculiares recreaciones teórico-políticas de índole sagrada sobre los linajes Castilla y Manuel hubieron de constituir un referente fundamental en la formación de doña Juana Manuel. Su padre murió cuando

25. César Olivera Serrano, «Mesianismo y profetismo en Portugal y Castilla (c. 1380-1430). Notas para su estudio», *SÊMATA, Ciências Sociais e Humanas*, 26 (2014), pp. 359-382, espec. p. 371. Véase también Isabel de Barros Dias «La blasfemia del rey Sabio: vicisitudes de una leyenda (nuevas hipótesis respecto a la datación y la posición relativa del texto portugués)», *Anuario de Estudios Medievales*, 45/2 (2015), pp. 733-752. Leonardo Funes, «La leyenda de la blasfemia del Rey Sabio: revisión de su itinerario narrativo», *e-Spania*, octubre 2016, disponible en <http://journals.openedition.org/e-spania/25873> (consulta última: 27/04/2021).

26. Don Enrique de Trastámara fue así identificado con el que, según la maldición, vendría de oriente para restablecer el orden. Fernando Arias Guillén, «El linaje maldito de Alfonso X. Conflictos en torno a la legitimidad regia en Castilla (c. 1275-1390)», *Vínculos de Historia*, 1 (2012), pp. 147-163, espec. p. 149.

doña Juana Manuel todavía no había cumplido los diez años de edad, y su hermano don Fernando Manuel (hijo igualmente de don Juan Manuel con doña Constanza de Aragón, su segunda esposa), al que principalmente irían dirigidos los escritos del infante a modo de literatura especular²⁷, falleció solo dos años después. Por consiguiente, muertos sus dos hermanos legítimos mayores, doña Juana se convirtió a partir de 1350 en la cabeza principal del linaje Manuel, en el mismo año en que se desposó con don Enrique de Trastámara, bastardo de Alfonso XI (con doña Leonor de Guzmán, atribuyéndose a esta dama la iniciativa en el acuerdo de dicho matrimonio).

Asistimos por tanto a una suma de coyunturas familiares en doña Juana Manuel que, siendo plenamente fortuitas, supusieron necesariamente en ella el encumbramiento a un protagonismo aristocrático al que en origen no estaba llamada (de manera paralela, por tanto, a lo acontecido con su esposo don Enrique de Trastámara). A buen seguro que los escritos del infante se convirtieron, con el paso del tiempo, en una herencia de importancia creciente según se iban desarrollando los convulsos acontecimientos que derivaron en el enfrentamiento civil fratricida entre don Pedro I y don Enrique. Ante semejante tesitura doña Juana Manuel no podía verse relegada a una mera posición secundaria (tan a menudo asumida y divulgada implícitamente por la historiografía), sino que desde el refrendo conyugal pasaría a adoptar un papel plenamente activo en el apuntalamiento legitimador de su esposo que, por extensión, redundaría en el del propio matrimonio regio en su consolidación en el trono castellano.

Y para ello la herencia de su padre en el terreno de la teoría política en relación con su propio linaje Manuel se demuestra decisiva. Al fin y al cabo ha sido esta unión marital con doña Juana Manuel la que ha otorgado a don Enrique II la exoneración de la culpa maldiciente del linaje paterno. Y en este verdadero exvoto a la Virgen de Tobed se invoca por tanto la bendición del nuevo linaje que ha sido engendrado: los infantes don Juan y doña Leonor como su bendito fruto, llamados a continuar además con el mantenimiento del linaje en la esfera monárquica. Todavía

27. Aparte de los ya mencionados, debemos referir el *Libro infinido* (ca. 1336-1337), conformado por un conjunto de consejos a la manera de un espejo de príncipes, que dedicó a su único hijo varón legítimo don Fernando. Vid. Fátima Pavón Casar, «Semblanza del Infante Don Juan Manuel...», pp. 55-56.

este mismo infante don Juan, ya convertido en rey Juan I de Castilla, reconocía en su retórico discurso ante las Cortes de Segovia de 1386 el protagonismo de doña Juana Manuel como salvaguarda de la legitimidad dinástica Trastámara —por su matrimonio con su padre don Enrique— en su asentamiento en el trono castellano y así continuidad de su gobierno:

E eso mismo devezes ver commo desçendemos de legítimamente de la lina derecha a que pertenesçe este regno de todas partes. Primeramente desçendemos legítimamente de la lina del dicho rey don Alfonso e de su fijo el infante don Fernando e de sus fijos que fueron deseredados por el infante don Sancho, e otrosý commo desçendemos legítimamente por la lina derecha del infante don Manuel [...] Otrosý por el rey don Enrique nuestro padre, que Dios perdone, el qual ovo muy grandes derechos en este regno por algunas razones, sennaladamente por estar casado con la reyna nuestra madre, e porque fue resçibido e tomado por Rey e por Sennor en este regno después que los del regno fueron contra el rey don Pedro por non aver derecho en el regno e por sus meresçimientos...²⁸

Llegados por tanto a este punto, tenemos cada vez más claro que en el encargo retablístico de Tobed en su conjunto hubo de tener el mayor protagonismo doña Juana Manuel. Solo entonces puede entenderse que las armas de los Manuel flanqueen enfáticamente la figuras de san Juan Bautista de la tabla principal del correspondiente retablo lateral, pero sobre todo que asimismo tengan una preeminencia frente a las armas del rey/reino en la mismísima tabla central de la Virgen de Tobed correspondiente al antiguo retablo de la capilla mayor. Y que en esta última tanto don Enrique II como doña Juana Manuel e incluso sus hijos aparezcan coronados. A su vez la propia elección del nombre de Juan para el infante primogénito parece conducirnos de nuevo hacia el posicionamiento dinástico de doña Juana Manuel: proclive por completo a la tradición

28. *Cortes de los antiguos reinos de León y de Castilla*, v. II, Madrid, Real Academia de la Historia, 1863, pp. 353-354. Sobre este discurso y sus implicaciones ideológico-políticas en relación con doña Juana Manuel *vid.* César Olivera Serrano, *Beatriz de Portugal...*, pp. 100-103; Diana Pelaz Flores, «Hacedoras de reyes. Influencia materna y conciencia regional sobre el príncipe heredero en la Castilla Trastámara», *De Medio Aevo*, 14 (2020), pp. 29-41, espec. pp. 38-39.

onomástica paterna; porque en este sentido la elección a su vez de un retablo dedicado a san Juan Bautista para incluir la panoplia heráldica de los Manuel no hace sino ratificar la devoción asimismo hacia el santo *familiar*. No obstante, cabe suponer que la triple advocación de la cabecera de Tobed ya estaría definida con anterioridad al patronazgo asumido por don Enrique y doña Juana Manuel para su retablística, y que por lo mismo acarrase un mayor interés espiritual si cabe en ellos dada su óptima adecuación (por lo menos en cuanto a la propia Virgen y san Juan).

Solo habría que preguntarse si el papel como comitente de doña Juana Manuel en Tobed fue absolutamente personal y exclusivo: la respuesta la desconocemos, aunque cabe la probabilidad —por la tradición documental referida por Vicente Martínez Rico— de que contase con la connivencia de su esposo don Enrique, que presuponemos. De otra manera no se entendería que el propio monarca Trastámara llegase a introducir la mano-ala del primer cuartel de los Manuel en algunos de sus sellos rodados, a modo de parlante refuerzo legitimador de su presencia en el trono castellano²⁹.

DOÑA JUANA MANUEL Y LA DEVOCIÓN MARIANA

Es ahora cuando podemos ya replantear la presencia de las coronas en la tabla de la Virgen de Tobed ciñendo no solo la cabeza de don Enrique II y de doña Juana Manuel, sino también las de los infantes: por la gracia de Dios, y a través de la mediación de la Virgen María, la condición regia castellana ha mudado finalmente para la nueva dinastía Trastámara. Y lo ha hecho a través de la línea Manuel: al recuperar la protección divina se demuestra bendita, lo que a su vez redundaría en su sucesión, llamada igualmente a mantener la continuidad. De ahí que las coronas se yerguen entonces en icónicos emblemas con los que evidenciar, dada su relevancia simbólica, la condición de linaje escogido para el trono castellano. Y

29. Faustino Menéndez Pidal de Navascués, *Heráldica medieval española...*, pp. 166-167. Uno de esos ejemplos es el de un privilegio rodado del 4 de diciembre de 1369 otorgado en Salamanca por el que el rey Enrique II confirma un privilegio al arzobispo y catedral primada sobre la percepción del diezmo de las monedas labradas en Toledo (AHN, Clero, carpeta 3029, n° 7). Véase esta referencia con su imagen en Fátima Pavón Casar, «Semblanza del Infante Don Juan Manuel...», pp. 52-53.

ante semejante ideología sagrado-política, abierta a cierta ambigüedad, no parece descabellado pensar en que doña Juana Manuel pudo haber asumido como intrínseca la legítima condición regia transmitida a su esposo, y a su vez a sus hijos. Al fin y al cabo un planteamiento ideológico como este nos permitiría poder analizar con nuevos matices la supuesta representación de la propia reina doña Juana Manuel en el políptico de la Virgen de la Leche de la catedral de Murcia, atribuido a Barnaba de Módena, y que se cree habría sido realizado hacia 1370 para la antigua capilla de los Manuel en el claustro de su catedral³⁰.

Una vez más toca volver a la tabla pictórica de la Virgen de Tobed, la misma que en su día presidió su retablo mayor en aquel santuario aragonés. Porque es ahora cuando deberemos centrar nuestra atención en el tipo iconográfico mariano allí plasmado por Jaume Serra: se trata específicamente de una Virgen de la Humildad, tema que parece surgir del deseo piadoso de hacer prevalecer el componente maternal y tierno de la Virgen María. Pero en concreto nos hallamos ante el tipo específico de Virgen de la Leche que acabamos de referir en Murcia: la madre que alimenta a Cristo pasa a adquirir una dimensión universal como referente nutricio de orden simbólico para todos los cristianos³¹. Hemos aquí de implementar un texto, en este caso correspondiente al Evangelio de san Lucas, en el que también se ve reflejada la humildad de la Virgen como virtud, pero

30. Frente a la figura identificada con la reina doña Juana Manuel, presentada por santa Clara, se representa una figura masculina y barbada, ya sin corona, presentada por santa Lucía, que tradicionalmente se ha venido considerando como retrato de don Juan Manuel (y por tanto unos veinte años después de su muerte). Si en cuanto a este donante no hay una unanimidad en su identificación con don Juan Manuel, en el caso de doña Juana Manuel sí parecen coincidir todos los historiadores, lo que se debe precisamente al hecho de ceñir corona en su cabeza y vestir un traje púrpura propio de la condición regia. Para las identificaciones tradicionales: Cristóbal Belda Navarro, Elías Hernández Albadejo, «Don Juan Manuel: retrato de un príncipe», *Imafronte*, 6-7 (1990-1991), pp. 19-36. Alfonso E. Pérez Sánchez, «Barnaba de Módena. Polípticos de la Virgen de la Leche y de Santa Lucía», en *Obras maestras restauradas. Barnaba de Módena. Polípticos de la Virgen de la Leche y de Santa Lucía. Catedral de Murcia. Rodrigo de Osona. Retablo del Calvario. Iglesia de San Nicolás. Valencia*, Madrid, Museo del Prado/Ministerio de Cultura, 1993, pp. 15-31.

31. El tema iconográfico de la Virgen de la Humildad y sus variantes fue estudiado de manera exhaustiva por Millard Meiss, *Pintura en Florencia y Siena después de la peste negra* (Alianza Forma, 70), Madrid, Alianza Editorial, 1988 (1ª ed., en inglés: Princeton University Press, 1951), pp. 157-181.

con unas connotaciones que para nosotros son especialmente sugerentes al narrar el momento de la Visitación: «[...] Mi alma engrandece al Señor / y exulta de júbilo mi espíritu en Dios, mi Salvador, / porque ha mirado la humildad de su sierva; / por eso todas las naciones me llamarán bienaventurada [...] El (Todo) Poderoso... desplegó el poder de su brazo y dispersó a los que se engríen con los pensamientos de su corazón. / Derribó a los potentados de sus tronos / y ensalzó a los humildes [...]» (Lc 1, 46-52).

El probable retrato de doña Juana Manuel como donante ante la Virgen de la Leche que preside el político murciano nos sirve asimismo para incidir en lo que implícitamente se ha podido observar a partir de la tabla de la Virgen de Tobed: la profunda religiosidad y sentido piadoso y devocional de doña Juana Manuel, de una manera especial hacia la Virgen María³². Desde luego que en ello se demostraría decisiva la tradición familiar que en la leyenda de su linaje remontaba hasta el infante don Manuel la protección especial de la Virgen, y que por consiguiente dicho culto mariano pudiera tener asimismo cierta intencionalidad legitimadora en la reina. En todo caso, dicha querencia mariana sería igualmente compartida por su esposo don Enrique, a la vista de su probable encargo de la tabla con la imagen de la Mare de Deu del convento de Gràcia de Valencia³³, o la elección como lugar de enterramiento de sus restos de un espacio inmediato al pilar de la Descensión de la catedral primada de Toledo. Claro está que en esta última decisión, igual que ocurre con el propio conjunto retabístico de Tobed, se nos antoja compartida entre ambos cónyuges, por cuando doña Juana Manuel también optaría por ser inhumada al lado de su esposo como muestra devocional hacia aquel lugar donde la tradición hagiográfica sostenía que la Virgen María se le apareciera a san Ildefonso para imponerle la casulla.

Después de todo lo señalado, es el momento de recordar que a un lado y otro de la frontera castellano-lusa se desarrolló una similar conceptualización legitimadora de los Manuel como linaje bendito —y por

32. César Olivera Serrano, «Felipa y Catalina de Lancaster: religiosidad y relato historiográfico», *Anuario de Estudios Medievales*, 46/1 (enero-junio de 2016), pp. 361-391, espec. p. 372.

33. Francesc Ruiz i Quesada, «Els primers Trastàmars. La legitimació mariana d'un llinatge», en M. Rosa Terés (dir.), *Capitula facta et firmata. Inquietuds artístiques en el quatre-cents*, Cossetània, Valls, 2011, pp. 71-106.

ello en la gracia de Dios—, si bien en el reino portugués se toparía con fisuras poco más tarde de la materialización pictórica de Tobed. Así, en el caso de Fernando I de Portugal, pese a reivindicar de manera patente su ascendiente Manuel por línea materna, como se observa monumentalmente en su extraordinario sepulcro³⁴, las crónicas posteriores a la muerte del monarca incidirían en que las maldades de su esposa Leonor Téllez de Meneses habían propiciado su descrédito, e incluso cierta



Sepulcro de don Fernando I de Portugal. Ca. 1380-1385. Lisboa, Museu Arqueológico do Carmo
© Hispalois (Wikimedia Commons).

34. Actualmente se halla expuesto en el Museu Arqueológico do Carmo (Lisboa), procedente de su original ubicación en la iglesia conventual de San Francisco de Santarem. Un destacado estudio histórico-artístico general de dicha obra en Carla Varela Fernandes, *A Imagem de um Rei. Análise do túmulo de D. Fernando I*, Lisboa, Museu Arqueológico do Carmo/Associação dos Arqueólogos Portugueses, 2009. Por consiguiente, y al igual que su hija doña Juana Manuel (con su esposo Enrique II de Castilla), también su nieto don Fernando I de Portugal hubo de recurrir de manera similar a la obra literaria de don Juan Manuel de índole político-mística como fórmula de amparo legitimador de sus respectivos reinados.

ignominia³⁵. Se nos presenta clarificadora tal consideración sobre el papel perjudicial atribuido a doña Leonor Téllez, pues permite comprender que en ámbitos muy parejos algunas reinas pudieron ser depositarias de un protagonismo legitimador o *deslegitimador* con respecto a sus esposos que, según los intereses y circunstancias, se demostró más o menos determinante. Pero también en lo que se refiere a sus descendientes, al entenderse que les podía llegar a transmitir su misma condición: es el caso de la ilegitimidad aducida contra la persona de doña Beatriz para evitar su ascenso al trono, desencadenándose el conflictivo relevo dinástico que dio pie al ascenso de la dinastía de Avis³⁶.

El mencionado monumento sepulcral mandado realizar por don Fernando I, además de otra rica decoración figurativa y vegetal, con alusiones devocionales franciscanas, destaca sobre todo por el protagonismo de la heráldica, ciertamente sobredimensionada³⁷. Así, en las cuatro vertientes inclinadas de la cubierta son los grandes escudos con las armas del reino los que sirven para identificar y sublimar la condición del finado como rey de Portugal. En cuanto a la yacija, y con unas dimensiones similares a los anteriores, son los escudos con las armas de los Manuel los que campean en sus cuatro frontales, igualmente agarrados cada uno de ellos por un par de ángeles, en lo que cabe interpretar toda una apologética reivindicación del carácter bendito de semejante ascendiente patronímico (en este caso no era precisa la legitimación de su persona, pero sí de su reinado). Desde luego que en un encargo de esta índole hubieron de pesar en don Fernando I los conflictos surgidos en su reinado por las aspiraciones de los vástagos habidos por su padre con doña Inés de Castro, y el hecho de haber pretendido exaltar y perpetuar la

35. Sobre Leonor Teles de Meneses *vid.* Isabel de Pina Baleiras, *Uma rainha inesperada. Leonor Teles*, Lisboa, Círculo de Leitores, 2012. Mariana Bonat Trevisán, «D. Pedro I & D. Inês de Castro, D. Fernando & D. Leonor Teles: os contra-modelos conjugais da cronística legitimadora de Avis (Portugal, Século XV)», *De Medio Aevo*, 5 (2014), pp. 43-66.

36. Sobre todas las implicaciones histórico-políticas en torno a doña Beatriz de Portugal *vid.* el profundo y exhaustivo estudio de César Olivera Serrano, *Beatriz de Portugal. La pugna dinástica Avís-Trastámara*, Santiago de Compostela, CSIC, 2005.

37. Se debe a César Olivera Serrano la interpretación místico-política que la línea dinástica Manuel también hubo de desempeñar en la concepción personal y monárquica de don Fernando I, relacionándola directamente con la solución icónica de los escudos de la yacija de su sepulcro. César Olivera Serrano, «Juicio divino...», pp. 290-292.

sacralidad de aquel supuesto matrimonio a partir del monumental conjunto sepulcral conformado por los dos soberbios túmulos funerarios que acogieron los restos de ambos en el monasterio de Alcobaça (por otro lado panteón por antonomasia de la primera dinastía, lo que a su vez parece que refrendaría la preeminencia de doña Inés de Castro frente a doña Constanza Manuel).

En estudios recientes, varios historiadores se hacen eco de que Filipa de Lancaster fue presentada en las crónicas (la de Fernão Lopes y luego la de Gomes Eanes de Zurara) como paradigma de esposa y madre ejemplar: modelo de mujer cristiana y extraordinariamente piadosa³⁸. Se hace preciso recordar el episodio donde, moribunda (1415), pretendió no obstante proporcionar ella misma las espadas a sus tres vástagos para la campaña de Ceuta, con el objetivo de poder entregárselas con su bendición y así poder todavía contemplar en vida a su esposo armándolos caballeros³⁹. Ante la imposibilidad de poder materializar tal intención, la alternativa escogida, igualmente plena de simbolismo, fue la entrega de los brazos de un *lignum crucis* a los cuatro, a modo de salvaguarda corporal y espiritual para la contienda contra los infieles.

38. La historiadora Manuela Santos Silva ha aportado una amplia bibliografía de estudio de la figura de Filipa de Lancaster. Así, y entre otros estudios, *vid.*: Manuela Santos Silva, «Práticas religiosas e hábitos culturais inovadores na Corte dos Reis de Portugal», em *Poder espiritual/poder temporal. As relações Igreja-Estado no tempo da Monarquia (1179-1909). Actas do Colóquio*, Lisboa, Academia Portuguesa da História, 2009, pp. 191-212. Id., *A rainha inglesa de Portugal. Filipa de Lencastre*, Porto, Círculo de Leitores, 2012. Id., «Filipa de Lancaster. La dama inglesa que fue modelo de reginalidad en Portugal (1387-1415)», *Anuario de Estudios Medievales*, 46/1 (enero-junio de 2016), pp. 203-230. Id., «Filipa de Lancaster en Portugal (1387-1415): ¿las raíces de una nueva religiosidad?», *Edad Media. Revista de Historia*, 18 (2017), pp. 101-117. Véase también María Helena da Cruz Coelho, *Filipa de Lencastre. A Inglesa Rainha 1360-1415*, Vila do Conde, QuidNovi/Academia Portuguesa da História, 2011. César Olivera Serrano, «Felipa y Catalina...», pp. 361-391. Isabel Beceiro Pita, «Poder regio y mecenazgo en el occidente peninsular: las reinas e infantas de las dinastías Trastámara y Avís», *Anuario de Estudios Medievales*, 46/1 (2016), pp. 329-360.

39. Con todo, se muestra a una doña Filipa consciente de lo infrecuente de que las armas fuesen dadas a los caballeros por mujeres, al creerse que ello les podía suponer un debilitamiento de su corazón en su uso. Gomes Eanes de Zurara, *Crónica da tomada de Ceuta*, introdução e notas de Reis Brasil, Mem Martins-Sintra, Publicações Europa-América, 2012, pp. 88, 91-92.

Observamos por tanto el rito pretendido de la bendición y la entrega de espadas, mostrándonos el empleo que del mismo se hace como *topos* ritual recurrente, de trasfondo caballeresco, en cuanto a un especial refrendo simbólico de la idea de dinastía bendita (similar por tanto al planteamiento de don Juan Manuel respecto a su linaje). Pero lo que hace especial a este metafórico episodio en Portugal es su apropiación por parte de una mujer, en este caso doña Filipa de Lancaster, en aras a cumplir hasta el final el papel asumido desde su matrimonio con don João I: dar continuidad a la nueva estirpe de los Avis que, ante la falta de una justificación dinástica consistente por parte masculina, recurrió asimismo a las demostraciones piadosas y a su propio linaje regio como puntal legitimador inmediato. Y así, en el uso habitual de tendenciosas comparaciones por parte de los cronistas, la virtuosa Filipa es presentada como figura antagónica con respecto a su antecesora Leonor Teles de Meneses⁴⁰, a la que se le habían atribuido todos los males e incluso buena parte de las culpas en una crisis dinástica que a punto estuviera de llevar a la incorporación de Portugal a la Corona castellana. Si Leonor Teles fue considerada como mala mujer en todos los sentidos, llevando al descrédito absoluto de su propio esposo don Fernando I, en el lado opuesto es presentada doña Filipa de Lancaster, como óptima garante de la continuidad de la dinastía y su mantenimiento en la gracia de Dios. En definitiva, la trasposición de la bíblica dicotomía Eva-María⁴¹.

CONCLUSIONES

Doña Juana Manuel de Villena se implicó directa y personalmente con la causa de la muda dinástica que se produce en Castilla con la pretensión —y final consecución— del ascenso al trono de su esposo don Enrique de Trastámara, así como en su difícil consolidación. Desde el punto de vista iconográfico ha resultado clarificadora la tabla pictórica del desaparecido

40. Vid. Amelia P. Hutchinson, «Encontro de horizontes: um estudo metahistórico das figuras de Leonor Teles e Filipa de Lencastre nas crônicas de Fernão Lopes», *Hispania*, 85/3 (2002), pp. 476-485. Mariana Bonat Trevisán, «D. Pedro I & D. Inês de Castro...», pp. 43-66.

41. Isabel de Pina Baleiras, *Uma rainha inesperada...*, pp. 357-359. César Olivera Serrano, «Felipa y Catalina...», p. 366.

retablo central de la iglesia de Santa María de Tobed, custodiada en el Museo del Prado, donde es posible entrever una verdadera vindicación de la nueva dinastía Trastámara en cuanto que habría sido sublimada por la unión marital con el linaje Manuel —por medio de doña Juana—, haciendo así partícipe al matrimonio y su descendencia de la condición bendita (reivindicada por su propio padre don Juan Manuel en parte de sus escritos literarios acerca del carácter político-místico de su ascendencia). Pintada con certeza por Jaume Serra hacia fines de la década de los sesenta del siglo XIV, la tabla de la Virgen de Tobed constituye un verdadero exvoto que buscaría favorecer el deseado cambio dinástico por parte de sus promotores. En primer lugar se observa una exaltación del culto mariano y la implementación de cuidadas fórmulas de religiosidad devocional; pero también se puede detectar la reivindicación propagandística de la nueva dinastía resultante de la unión marital de la línea Trastámara con la línea Manuel. En el encargo de Tobed el papel legitimador asumido por doña Juana Manuel de Villena se demuestra más amplio y trascendente de lo que a menudo se ha venido considerando, debiendo por ello de mudar hacia su esposa el protagonismo que hasta ahora se había atribuido casi en exclusiva a don Enrique II en semejante patronazgo artístico.

Si en el caso de la heráldica su preciso simbolismo no parece ofrecer dudas, el retrato en sí mismo de los donantes —los reyes don Enrique y doña Juana Manuel, con sus hijos los infantes don Juan y doña Leonor— sugiere interpretaciones más amplias en cuanto a su elaborada plasmación iconográfica. Así, y en última instancia, la hija menor del infante don Juan Manuel se presenta ante nuestros ojos como la depositaria y transmisora máxima de la legitimidad del nuevo linaje reinante en Castilla, primero hacia su propio esposo, pero también hacia sus descendientes. Es decir, a la vista de esta tabla de la Virgen de Tobed puede afirmarse que la reina doña Juana Manuel de Villena se erige como garante de una continuidad en la que está llamada a desempeñar igualmente un decisivo protagonismo, no solo por proceder y por ello aportar una línea dinástica plenamente legítima y bendita incluso, sino además por la fama de su gran religiosidad y honda devoción hacia la Virgen María de una manera especial. Claro que ambos aspectos convergen, de manera que semejante querencia mariana podía reenfocarse hacia la piadosa búsqueda de su sagrada intercesión de cara a la consecución y pervivencia dinásticas de los Trastámara-Manuel como linaje escogido por Dios para ceñir la corona del reino castellano.

INTENSIFICACIÓN DE LAS RELACIONES ENTRE LAS CORONAS DE CASTILLA Y ARAGÓN BAJO LA DINASTÍA TRASTÁMARA A LA LUZ DE LA TRAYECTORIA DE DIEGO GÓMEZ DE SANDOVAL¹

MÁXIMO DIAGO HERNANDO

Instituto de Historia (CSIC)

INTRODUCCIÓN

Establecer conexiones entre los reinos que surgieron en el solar ibérico en los siglos medievales, y los dos Estados que se consolidaron en este mismo espacio geo-histórico en las épocas moderna y contemporánea, que subsisten en la actualidad, con ciertas dificultades, integrados ambos en el nuevo marco político-institucional de la Unión Europea, es tarea compleja, cargada de dificultades². Al abordarla se corre, en efecto, el peligro de tender a interpretar los procesos como el resultado necesario de una evolución predeterminada por factores insoslayables. Desde esta perspectiva todos los esfuerzos interpretativos se orientarían a buscar precedentes en el pasado de los hechos que finalmente tuvieron lugar, llegando a presentarlos como inevitables. Por otra parte, sin embargo, también se corre el evidente peligro de presentar la reconstrucción de los procesos históricos con el objetivo conscientemente asumido de so-

1. Siglas utilizadas:

ACA: Archivo de la Corona de Aragón.

C: Cancillería.

Reg.: Registro (se indica número de registro, y del primer folio del documento)

AGS: Archivo General de Simancas.

AHN: Archivo Histórico Nacional.

2. Reflexiones de interés al respecto en Miguel Ángel Ladero Quesada, *Lecturas sobre la España histórica*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1998. *Idem*, *La formación medieval de España. Territorios. Regiones. Reinos*, Madrid, Alianza Editorial, 2004. *Idem*, «Unidad y diversidad en la España medieval. En torno a las ideas de nación, patria y estado», en *Fundamentos medievales de los particularismos hispánicos*, León-Ávila, Fundación Sánchez Albornoz, 2005.

cavar la legitimidad del *status quo* político-institucional del momento presente, efectuando una selección sesgada de los aspectos del pasado que más pueda interesar desde el punto de vista propagandístico, e incluso presentando una imagen deformada de los mismos, todo con el objetivo principal de deslegitimar las situaciones del presente.

No han sido pocos los que han sucumbido a la tentación de buscar en los reinos medievales los fundamentos de naciones que nunca han existido como Estados soberanos y autónomos, o la justificación de un modelo de organización política del territorio que confiera a determinadas comunidades autónomas un *status* que podría calificarse de «privilegiado».

En este contexto, profundizar en el análisis de las relaciones entre los distintos reinos ibéricos ofrece un indiscutible interés. Se trata no solo de prestar atención a los aspectos políticos y diplomáticos, con sus derivaciones bélicas, como la historiografía clásica hizo con más o menos fortuna. También hay que ocuparse del estudio de las bases sociales y económicas de esas relaciones. Desde esta perspectiva una cuestión fundamental a la que conviene prestar atención es la de la movilidad de las personas, que propició que los reinos no constituyesen departamentos estancos, al modo como los historiadores que otorgan prioridad al análisis de los factores configuradores de la «identidad» tratan de caracterizarlos.

PRECEDENTES DEL SIGLO XIV

El desembarco de la dinastía castellana de los Trastámara en los reinos de la Corona de Aragón contribuyó de forma determinante a intensificar los contactos y relaciones de dichos reinos con la Corona de Castilla. De hecho la historiografía nacionalista catalana que tomó notorio auge a partir del siglo XIX, que ha sido bautizada por algunos como «romántica», interpretó dicho suceso como el primer paso importante en el proceso de «castellanización» de la Corona de Aragón, y muy en especial del principado de Cataluña, que más adelante se traduciría en la imposición de un modelo de gobierno atentatorio contra sus instituciones y libertades, y aniquilador de su identidad, forjada durante el período medieval, desde la creación de la Marca Hispánica por los monarcas carolingios. No es este el lugar de entrar a reflexionar sobre lo acertado de esta visión de la historia peninsular que en determinados aspectos podría calificarse como «caricaturesca», y que se contradice en muchos otros con la realidad empírica que permi-

ten reconstruir los documentos. Por el momento nuestro propósito en el presente trabajo es más modesto, se reduce a realizar una aproximación parcial a la cuestión, centrándonos en el análisis de un caso singular de un linaje nobiliario que terminó arraigando tanto en la Corona de Castilla como en la Corona de Aragón gracias a sus conexiones con la dinastía Trastámara, presente en ambos territorios. La reconstrucción detallada de este caso singular nos brindará la ocasión para abordar el estudio de los cambios que la presencia de una misma dinastía en Castilla y Aragón propició durante el siglo XV, aunque desde una perspectiva bastante parcial, que necesariamente habrá de ser complementada por otras en otros trabajos.

Como paso previo, resulta necesario, sin embargo, dedicar cierta atención a dar cuenta de los precedentes que se sentaron durante el siglo XIV, que nos han de llevar a relativizar el carácter «novedoso» de la nueva realidad propiciada en el siglo XV por el cambio de dinastía en Aragón.

ALGUNOS EJEMPLOS DE NOBLES «A CABALLO» ENTRE REINOS EN EL SIGLO XIV

A lo largo del siglo XIV resulta posible identificar a diversos miembros de los grupos privilegiados nobles que se movieron con relativa facilidad de unos reinos a otros dentro de la península ibérica, sin que su posición sociopolítica sufriese merma significativa. Más bien al contrario, algunos de ellos encontraron en su nuevo reino de acogida evidentes facilidades para promoverse en la jerarquía sociopolítica y alcanzar posiciones de máxima influencia. La concertación de frecuentes matrimonios entre los miembros principales de las familias reales facilitó estos procesos. Pero hubo otros muchos factores que intervinieron en bastantes casos. Las fronteras entre reinos no representaron obstáculos importantes para la movilidad de nobles, porque aunque los monarcas les exigían que fuesen sus súbditos y naturales, en la práctica cambiaron de naturaleza con cierta frecuencia. Algunos, como Juan Ramírez de Arellano en la segunda mitad del siglo, llegaron a estar al servicio de hasta tres monarcas diferentes, que reinaron en tres reinos distintos, en su caso el de Navarra, del que era originario, el de Aragón, y el de Castilla, en el que terminó arraigando³.

3. Máximo Diago Hernando, «Un noble entre tres reinos en la España del siglo XIV: Juan Ramírez de Arellano», *Príncipe de Viana*, 230 (2003), pp. 523-556.

Otro interesante ejemplo ilustrativo, de fecha bastante anterior, nos lo proporciona un noble castellano de muy elevado rango, que estuvo al servicio tanto del rey de Castilla como del de Aragón, y precisamente en un momento inmediatamente posterior a la firma de la paz entre ambos en 1304. Se trata de Sancho Sánchez de Velasco, adelantado mayor del reino de Castilla, quien según información proporcionada por Jerónimo Zurita, correspondiente al año 1307, «era muy privado del rey don Hernando; y fue gran servidor del rey de Aragón, de quien llevaba en cada un año de merced cuatro mil torneses de plata»⁴. Es decir, que en su caso resultó posible estar simultáneamente al servicio de dos monarcas diferentes, que además habían estado en guerra durante muchos años.

Para fechas mucho más avanzadas del siglo también encontramos otra interesante figura que demuestra la relativa facilidad con que miembros de la alta nobleza podían desarrollar sus carreras políticas en más de uno de los reinos ibéricos, incluso de forma simultánea. Se trata de Alfonso de Aragón, el Viejo, conde de Denia y marqués de Villena, quien por nacimiento formaba parte de la familia real aragonesa. Esta circunstancia no impidió que el monarca castellano Enrique de Trastámara, en 1366, en vida aún del monarca legítimo Pedro I, le hiciese merced, en premio por la ayuda militar que le había prestado para su entrada en Castilla, del marquesado de Villena. Se trataba de un extenso territorio localizado junto a la línea fronteriza con el reino de Valencia, lo cual realizaba su valor estratégico para un individuo que aunaba intereses políticos en la Corona de Castilla y en la de Aragón. Lo mantuvo en su poder hasta el año 1391, cuando el monarca castellano Enrique III anuló la merced que se le había hecho del mencionado marquesado⁵, y además le retiró el oficio de condestable que le había concedido Juan I, quien creó para él este oficio hasta entonces inexistente en Castilla. Durante varias décadas este personaje gobernó, no obstante, un extenso estado señorial, en el que se integraban lugares tanto de la Corona de Castilla como de la Corona de Aragón. Pese a tratarse de un miembro de la familia real aragonesa, llama la atención, sin embargo, que entre quienes formaron parte de su clientela predominasen los súbditos del rey de Castilla, según ha demostrado

4. Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1980, vol. 2. p. 686.

5. Aurelio Pretel Marín y Miguel Rodríguez Llopis, *El señorío de Villena en el siglo XIV*, Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses, 1998.

en un detallado estudio Jorge Sáiz⁶. El examen de las nóminas de vasallos del marqués documentadas entre 1378 y 1386 permite a este autor cuantificar el potencial militar a su alcance. Consta en concreto que disponía de cerca de medio centenar de vasallos que mantenían unas ciento cincuenta y cinco lanzas de media, los cuales en su inmensa mayoría eran de origen castellano.

AVANCES DEL PROCESO DE ÓSMOSIS ENTRE ARAGÓN Y CASTILLA EN LAS COMARCAS FRONTERIZAS DURANTE EL SIGLO XIV

Los ejemplos ofrecidos vendrían, pues, a demostrar que, pese a constituir la Corona de Castilla y la de Aragón en el siglo XIV dos ámbitos políticos perfectamente diferenciados, gobernados por dinastías de muy diferente origen, aunque muy interrelacionadas por los frecuentes matrimonios concertados por las familias reales a lo largo de generaciones, existían terrenos en que estaba avanzando una evidente ósmosis entre ambos reinos, que preparó el terreno para los procesos que tuvieron lugar en las siguientes centurias, y que culminaron en la consolidación del Estado español.

Ciertamente el siglo XIV estuvo marcado por el signo de la conflictividad en las relaciones políticas entre las Coronas de Castilla y Aragón, pues cuando se inició la centuria ambas se encontraban enfrentadas por una guerra a la que puso fin en 1304 la llamada sentencia arbitral de Torrellas, que sancionó la división del reino de Murcia, con la incorporación de una parte del mismo a la Corona de Aragón. A esta primera guerra siguió varias décadas después otra mucho más prolongada y cruenta, conocida como de los dos Pedros, al darse la coincidencia de que los dos monarcas enfrentados, el de Castilla y el de Aragón, compartían el mismo nombre⁷.

6. Jorge Sáiz, «Una clientela militar entre la Corona de Aragón y Castilla a fines del siglo XIV: caballeros de casa y vasallos de Alfons d'Aragó, conde de Denia y marqués de Villena», *En la España Medieval*, 29 (2006), pp. 97-134, en particular pp. 119-123.

7. Sobre esta guerra existe una abundante bibliografía. Entre los trabajos más recientes destaca Mario Lafuente Gómez, *Dos coronas en guerra. Aragón y Castilla (1356-1366)*, Zaragoza, Universidad, 2012. Y *Un reino en armas. La guerra de los dos Pedros en Aragón (1356-1366)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2014. Un estudio monográfico sobre los efectos de la guerra en una comarca fronteriza, que valora la presencia de elementos de guerra civil, en Máximo Diago Hernando, «El final de la guerra de los dos Pedros y sus efectos sobre el escenario político regional soriano en la segunda mitad del siglo XIV», *Celtiberia*, 92 (1998), pp. 125-156.

Estas guerras del siglo XIV no pueden ser caracterizadas, sin embargo, como enfrentamientos de las sociedades políticas en bloque de cada uno de los reinos en liza. Por el contrario, tuvieron un importante componente de «guerras civiles» en el seno de cada reino, que favoreció la movilidad del personal político, en especial de los miembros de la nobleza, aunque también de individuos pertenecientes a otros grupos sociales, incluidos judíos⁸. De igual modo esta circunstancia favoreció que en determinadas comarcas de frontera tuviese lugar un proceso de ósmosis entre los reinos con importantes consecuencias que relativizaron el contraste existente entre las monarquías ibéricas, y a largo plazo favorecieron su fusión, con la exclusión de Portugal tras 1640.

En la primera guerra, que finalizó con la paz de Torrellas en 1304, combatían del lado del rey de Aragón los llamados infantes de la Cerda, Alfonso y Fernando, nietos del rey Alfonso X, que perseguían el objetivo de que se le reconociese al primero como legítimo rey de Castilla, por su condición de primogénito del infante Fernando, quien a su vez lo había sido de Alfonso X, si bien le había precedido a este en la muerte⁹.

En el marco de la guerra con Aragón el pretendiente al trono castellano, Alfonso de la Cerda, llamándose rey de Castilla, y con el apoyo de tropas aragonesas logró hacerse con el control de varias importantes plazas castellanas, localizadas cerca de la frontera con Aragón. Y eligió la villa soriana de Almazán como su capital, instalando allí su corte. Cuando se firmó la paz entre Castilla y Aragón en 1304, en la sentencia arbitral pronunciada por los reyes de Aragón y Portugal se le obligó a devolver todos estos lugares que había tenido ocupados, en concreto las villas de Almazán, Serón y Deza, con sus aldeas, y la fortaleza de Peñalcázar, en Tierra de Soria. A cambio, en compensación, se le hacía merced de un gran número de lugares dispersos por la geografía castellana, que se calculaba que podrían proporcionarle una renta anual de cuatrocientos mil maravedíes. Más en concreto se le conminaba a que evacuase todos estos lugares de la frontera soriana antes de la fiesta de Santa María de

8. Sobre la movilidad de judíos entre reinos *vid.* Máximo Diago Hernando, «La movilidad de los judíos a ambos lados de la frontera entre las Coronas de Castilla y Aragón durante el siglo XIV», *Sefarad*, 63 (2003), pp. 237-82.

9. Fernando Arias Guillén, «El linaje maldito de Alfonso X. Conflictos en torno a la legitimidad regia en Castilla (c. 1275-1390)», *Vínculos de Historia*, 1 (2012), pp. 147-163.

septiembre de 1304. En la práctica, sin embargo, varios de ellos tardaron un tiempo en volver a poder del rey de Castilla, Fernando IV. Cabe destacar el caso de Peñalcázar, una fortaleza de extraordinario valor estratégico, que estaba integrada en la jurisdicción de Tierra de Soria. Según las informaciones proporcionadas por las crónicas formaba parte del grupo de los lugares ocupados por Alfonso de la Cerda. Pero varios documentos cancillerescos aragoneses prueban que de hecho estuvo bajo dominio de un noble aragonés, Lope Jiménez de Urrea, quien continuó controlándola varios años más después de la firma de la paz en 1304, al frente de una guarnición de hombres de armas aragoneses. Por otro lado, tras la muerte de este noble aragonés pasó a ocupar su lugar en Peñalcázar otro caballero, probablemente pariente suyo, llamado Juan Jiménez de Urrea. Este continuó controlando esta plaza fortificada durante toda la segunda década del siglo XIV, y probablemente también gran parte de la tercera. Una situación parecida se vivió en otra importante plaza fronteriza situada más al sur, Monteagudo. Fue el mismo Juan Jiménez de Urrea el que estuvo apoderado de este enclave de notable valor estratégico hasta su muerte. Solo después su yerno Artal de Alagón, casado con su hija Toda Pérez de Urrea, accedió a abandonarlo tras largas negociaciones a cambio de recibir una compensación económica de cincuenta mil maravedíes.¹⁰

Por otro lado interesa hacer constar que la mayor parte de estos lugares próximos a la frontera que habían escapado al control del rey de Castilla durante los años de la guerra con Aragón, fueron concedidos después en señorío por el rey Fernando IV a su hermano el infante Pedro, que contrajo matrimonio con una hija del monarca aragonés, Jaime II, llamada María. Por ello estuvo a punto de consolidarse en esta comarca fronteriza un gran estado señorial, con ciertas similitudes con el marquesado de Villena de otros momentos del período bajomedieval. Pero el proceso se frustró debido a la imprevista y repentina muerte del infante en una acción de guerra contra los nazaríes en la vega de Granada. Solo dejó una hija, Blanca, que tras muchas vicisitudes no pudo mantener el control del legado paterno, por lo que todos los lugares de señorío que

10. Máximo Diago Hernando, «Las secuelas de la guerra en las comarcas fronterizas tras la firma de la paz de Torrellas», *La Mediterrània de la Corona d'Aragó, segles XIII-XVI. VII Centenari de la Sentència arbitral de Torrellas, 1304-2004*, Valencia, Universitat, 2005, vol. II, pp. 2077-2090, en particular pp. 2079-2080.

formaban parte del mismo fueron reincorporados al realengo castellano, en el que, no obstante, no permanecieron por mucho tiempo¹¹.

PEQUEÑOS SEÑORÍOS EN PODER DE NOBLES SÚBDITOS DE OTRO REINO

Aunque no se trató de casos muy numerosos, ni de extraordinario relieve político, a la hora de reconstruir los procesos de ósmosis entre Castilla y Aragón que ya se detectan en el siglo XIV, conviene prestar atención a un fenómeno sobre el que la documentación cancilleresca aragonesa nos proporciona ciertas informaciones. Nos referimos al hecho de que determinados enclaves próximos a la frontera, pertenecientes al reino de Castilla, llegaron a tener como señores jurisdiccionales a súbditos del rey de Aragón. De igual modo también cabe constatar el fenómeno inverso. Por lo que respecta a los primeros cabe hacer referencia a los casos de Albocabe, Almaluez, Barca y Magaña, todos lugares de la actual provincia de Soria. La información de la que disponemos sobre los mismos es muy fragmentaria, aunque suficiente para demostrar que a principios del siglo XIV pertenecieron a señores jurisdiccionales que eran vasallos del rey de Aragón. Barca, una villa que tras muchas vicisitudes terminó integrándose en el estado señorial de los Mendoza de Almazán, condes de Monteagudo, nos consta que en el tránsito del siglo XIII al XIV llegó a pertenecer a Bn. Guillem de Entença, vasallo del rey de Aragón. Nos informa de esta circunstancia una carta enviada al rey Fernando IV de Castilla desde Barcelona en mayo de 1305 por iniciativa de María Álvarez de Haro, por matrimonio vizcondesa de Cardona, e hija del noble castellano Juan Alfonso de Haro, señor de Cameros¹². En ella se sostenía que la villa de Barca, con su fortaleza, había pertenecido al mencionado Bn. Guillem de Entença, pero había sido ocupada por el rey de Castilla

11. Máximo Diago Hernando, «Vicisitudes de un gran estado señorial en la frontera de Castilla con Aragón durante la primera mitad del siglo XIV: Los señoríos sorianos del infante Don Pedro», *Anuario de Estudios Medievales*, 35/1 (2005), pp. 47-90.

12. Sobre la importancia del linaje castellano de los Haro como señores de Cameros, en la región fronteriza con Aragón y Navarra, Máximo Diago Hernando, «Los Haro de Cameros en los siglos XIII y XIV. Análisis del proceso de su afianzamiento político en el ámbito regional», *Anuario de Estudios Medievales*, 24 (1994), pp. 775-806.

durante la guerra contra Aragón. Después el monarca castellano habría vendido la villa con su castillo al noble castellano Felipe de Castro, que había sido el primer marido de María Álvarez de Haro, por cierta cantidad de dinero. Después de la firma de la paz entre Castilla y Aragón, en los acuerdos de paz se dispuso que los bienes que habían sido tomados durante la guerra fuesen restituidos a sus anteriores dueños. Por ello reclamaba que le fuese abonado el precio que su marido, Felipe de Castro, había pagado por Barca¹³. Nada hemos podido averiguar sobre la vía por la que Bn. Guillem de Entença llegó a hacerse con la propiedad de este enclave soriano, pero la reclamación de María Álvarez de Haro no deja lugar a dudas sobre el hecho de que llegó a ser su señor jurisdiccional.

Tampoco es mucho más precisa la información disponible sobre el lugar de Almaluez. Tenemos noticia, sin embargo, de que un tal Bernat Ricart, ciudadano de Barcelona, compró el señorío sobre esta aldea fronteriza, que había pertenecido originalmente a la jurisdicción de la villa de Medinaceli, a Diego García de Toledo, consejero del rey Fernando IV. En abril de 1319 Jaime II se dirigió por carta al infante Pedro, que era su yerno, solicitándole que prestase apoyo al procurador que iba a enviar el dicho Bernat para demandar el derecho que por virtud de la dicha compra le pertenecía¹⁴. Es probable, no obstante, que las gestiones de este procurador no diesen el fruto deseado por el barcelonés, pues no tenemos constancia de que efectivamente llegase a ser señor de este lugar próximo a la frontera con Aragón.

Otro enclave soriano que en la primera mitad del siglo XIV llegó a tener como señores a súbditos del rey de Aragón fue Albocabe, integrado en la jurisdicción de la ciudad de Soria. Lo confirma una provisión del monarca aragonés dirigida a los dos comisarios diputados para resolver las disputas pendientes entre castellanos y aragoneses, Pedro Rodríguez de Azagra y Juan Alfonso, abad de Salas. En ella se hace saber a dichos comisarios que María Alfonso, mujer de García de Vera, caballero vecino de la villa aragonesa de Ariza, le había hecho saber que Pedro de Vera d'Arbofat, «cuius erat dictus locus d'Arbofat» (Albocabe), y Elvira García, su mujer, le habían vendido a ella el dicho lugar, «in termino Sorie» por seiscientas doblas, según constaba por contrato ante notario. Por virtud de dicho contrato de venta ella había tomado posesión del lugar. Pero tras la muerte del Pedro de Vera que se lo

13. ACA, C, reg. 135-24v, Barcelona, 10-V-1305.

14. ACA, C, reg. 167-119, Barcelona, 15-IV-1319.

había vendido, un hermano de este, llamado Juan Pérez, se había apoderado por la fuerza del lugar, y todavía lo tenía ocupado, a pesar de que el rey de Castilla le había ordenado que lo devolviese a sus legítimos señores¹⁵.

De mucha más importancia estratégica era el lugar de Magaña, con su fortaleza, que lo convertía en la llave que proporcionaba el control del acceso tanto al reino de Navarra como al de Aragón. No podemos entrar aquí a detallar las vicisitudes por las que atravesó esta villa, a la que Martínez Díez, en su célebre monografía, incluye entre las que fueron cabecera de comunidad de villa y Tierra, diferenciada de la de Soria¹⁶. A principios del siglo XIV, hacia 1320, nos consta que esta villa pertenecía a al menos dos propietarios diferentes, y probablemente con ambos concertó su compra el concejo de Soria, que después la mantuvo bajo su jurisdicción hasta mediados del siglo XV. Uno de los propietarios era Pedro Sánchez de Fermosiella, quien en 1328 residía en el reino de Aragón, aunque no hay que descartar que fuese originario de Castilla. En esa fecha solicitó al monarca aragonés que requiriese a una larga serie de individuos vecinos de Soria, representantes del concejo de esta ciudad castellana, que les abonasen a él y a su mujer Sancha Rodríguez los treinta mil maravedís, que les debían por la mitad del castillo y villa de Magaña, que les habían comprado, y que se habían obligado a pagar en ciertos plazos. Como habían vencido dichos plazos, y los sorianos continuaban resistiéndose a pagar, el monarca aragonés le concedió licencia para pignorar bienes de vecinos de Soria hasta que hubiesen podido cobrar la cantidad que se les debía¹⁷.

Aunque el fenómeno de la posesión de señoríos en la Corona de Castilla por nobles súbditos del rey de Aragón, que estaban radicados en este reino, se dio sobre todo en comarcas fronterizas, y de forma más bien esporádica, también interesa dejar constancia de algunos otros ejemplos de nobles aragoneses que declararon pertenecerles señoríos en tierras castellanas bastante alejadas de la frontera, por ejemplo de las actuales provincias de Burgos y Palencia. Es el caso de Juan Jiménez de Urrea, quien en 1400 emprendió viaje a Castilla para tomar posesión de los lugares de Viliellas, Villamorón, la casa de Olmos, Hinestrosa, Pedrosa del Páramo y

15. ACA, C, reg. 644-90v, Valencia, 18-IV-1347.

16. Gonzalo Martínez Díez, *Las comunidades de villa y Tierra en la Extremadura castellana*, Madrid, Editora Nacional, 1983, pp. 67-70.

17. ACA, C, reg. 429-276v, Zaragoza, 25-IV-1328.

Villodre, los cuales, según él, le pertenecían. Con motivo de dicho viaje el rey Martín de Aragón escribió una carta al monarca castellano, rogándole que facilitase a dicho noble aragonés el éxito en su misión¹⁸.

El fenómeno inverso, pequeños enclaves en el reino de Aragón que tuvieron como señores jurisdiccionales a súbditos del rey de Castilla, también está constatado. Es el caso de Torrehermosa, en la actual provincia de Zaragoza, lugar del que fueron señores jurisdiccionales durante varios siglos el abad y monjes del monasterio cisterciense de Santa María de Huerta (Soria). Este lugar había formado parte inicialmente de la Tierra de Ariza y fue desmembrado por el rey Jaime I en 1256 para donarlo al noble Pedro de Narbona. Diez años después el heredero de este último, llamado Alonso Pérez de Ariza, acordó con el monasterio el trueque del lugar con su jurisdicción a cambio de toda la heredad que este poseía en Embid de Ariza. El monarca aragonés confirmó este trueque, y Torrehermosa permaneció bajo el señorío de los monjes cistercienses de Huerta hasta el año 1597, cuando vendieron el lugar a Juan Manuel Zapata, vecino de Calatayud, gentilhombre de la boca del rey, en precio de ocho mil escudos¹⁹.

Una vez analizados todos estos precedentes sentados durante el siglo XIV, podemos proceder a continuación a abordar el análisis del período del siglo XV, marcado por la novedad que representó la consolidación en el trono de la Corona de Aragón de la misma dinastía que gobernaba en la Corona de Castilla desde 1369, la de los Trastámara. Centraremos nuestra atención en concreto en el análisis de la trayectoria de un personaje singular, Diego Gómez de Sandoval, y de sus descendientes hasta comienzos del siglo XVII. Hemos seleccionado esta figura para este primer acercamiento porque proporciona una buena ilustración de las consecuencias novedosas que para la vida política de estos dos reinos ibéricos trajo la designación de Fernando de Antequera como rey de Aragón en 1412 por los compromisarios de Caspe²⁰.

18. ACA, C, reg. 2172-71v, Zaragoza, 6-IV-1400.

19. Máximo Diago Hernando, «El monasterio de Santa María de Huerta entre los siglos XII y XVI: relaciones con Aragón y con los poderes nobiliarios regionales», *Hispania Sacra*, 141 (2018), pp. 267-282.

20. Miguel Ángel Ladero Quesada, «Los Trastámara de Castilla a la Corona de Aragón», en Isabel Falcón (coord.), *El compromiso de Caspe (1412), cambios dinásticos y constitucionalismo en la Corona de Aragón*, Zaragoza, Obra Social de IberGaja, 2013, pp. 128-146.

ARRANQUE DEL PROCESO DE ASCENSO DE DIEGO GÓMEZ DE SANDOVAL CON FERNANDO DE ANTEQUERA

El de los Sandoval era un linaje de antigua raigambre castellana, que hundía sus orígenes en la llamada Castilla de las merindades, en tierras de la actual provincia de Burgos, aunque el cronista Fernán Pérez de Guzmán sostiene que el solar de su linaje se encontraba en Treviño. No resulta fácil profundizar en la identificación de los distintos personajes apellidados Sandoval que aparecen en los documentos del siglo XIV, y más en particular en el *Libro becerro de las behetrías*. En este documento encontramos, por ejemplo, abundantes referencias a un tal Juan Rodríguez de Sandoval, quien disfrutaba en 1352 de derechos en setenta y siete behetrías, siendo señor singular en cuarenta. Pero no resulta posible establecer conexiones seguras del mismo con el progenitor de nuestro protagonista, Diego Gómez de Sandoval²¹.

Fue este hijo de Fernán González de Sandoval, caballero que murió luchando en la batalla de Aljubarrota en 1385, y de su mujer Inés de Rojas. Franco Silva añade la información de que este último era hijo de un tal Diego de Sandoval, quien había recibido como merced de Pedro I en 1355 las martiniegas de Fuentes de Don Bermudo, Castro-mocho, Baquerín, Frechilla de Villaramiel y Bobadilla. Además precisa que en la batalla de Aljubarrota no solo murió él sino también su hermano Alvar²².

Mucha más información es la disponible sobre la familia de su madre, Inés de Rojas, por cuanto esta era hermana de uno de los prelados más influyentes en el escenario político castellano en las primeras décadas del siglo XV, que destacó por ser uno de los más estrechos colaboradores

21. Carlos Estepa Díez, *Las behetrías castellanas*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2003, 2 vols, vol. II, pp. 308-9. Sobre el linaje de los Sandoval aporta información, comprensiblemente laudatoria, uno de sus miembros más célebres en el siglo XVI, el cronista Prudencio de Sandoval, en su obra *Chronica el ínclito emperador de España, don Alfonso VII, Madrid, 1600*, pp. 187-252. Entre los tratados genealógicos clásicos también interesa Alonso López de Haro, *Discursos genealógicos de la nobilísima y antigua Casa de Sandobal, donde se escribe la sucesión della con los serbiçios y hechos que los caballeros de este famoso linaje han echo a la Corona Real*, Madrid, 1614.

22. Alfonso Franco Silva, «El linaje Sandoval y el señorío de Lerma en el siglo XV», *Anales de la Universidad de Cádiz*, 1 (1984), pp. 45-61, en particular p. 47.

de Fernando de Antequera, hasta el punto de que llegó a calificarse a sí mismo como «fechura» suya. Se trata de Sancho de Rojas, que comenzó su carrera eclesiástica como obispo de Palencia y la culminó como arzobispo de Toledo, por nombramiento de Benedicto XIII de 26 de junio de 1415. Este personaje desempeñó un papel diplomático fundamental en el proceso que llevó a la proclamación como rey de Fernando de Antequera en el llamado Compromiso de Caspe, al formar parte de una de las dos comitivas que desde Castilla se enviaron a las Cortes Generales de la Corona de Aragón para defender su candidatura²³. No cabe duda, por consiguiente, de que la intermediación de este tío materno resultó fundamental para que ya desde su niñez y edad adolescente Diego Gómez de Sandoval estableciese estrechos vínculos con Fernando de Antequera, tanto en la fase en que era regente de Castilla, como en la posterior, muy breve, como rey de Aragón. Gracias a esta privilegiada relación pudo iniciar una afortunada trayectoria de ascenso sociopolítico que le convertiría en un hacendado e influyente cortesano, pese a los escasos medios económicos con los que le dejó su padre, muerto en acción de guerra en Portugal. Pérez de Guzmán, al referirse a dicho ascenso, sostiene que propició su conversión en uno de los «mayores caballeros de Castilla».

Diego Gómez de Sandoval, en una carta que dirigió al rey Alfonso V, se identificó a sí mismo como «crianza y fechura de mi señor el rey, padre vuestro»²⁴. Al parecer fue su tío Sancho de Rojas, hermano de su madre, el que lo llevó, siendo muy joven y huérfano de padre, para que entrase a servir al infante Fernando, regente de Castilla junto con la reina Catalina de Lancaster tras la muerte de Enrique III. Fue doncel y paje de su casa, y le acompañó en su campaña contra el reino musulmán de Granada, durante la que tuvo lugar la conquista de la plaza de

23. Son muchas las obras dedicadas a la historia política del reinado de Juan II en que pueden encontrarse referencias a la figura histórica de Sancho de Rojas. Entre otras, Óscar Villarroel González, *Las relaciones entre la Monarquía y el Arzobispado de Toledo en época de Juan II de Castilla (1406-1454)*, Toledo, 2002, pp. 16-20. Y Santiago González Sánchez, «La participación de eclesiásticos castellanos en las empresas bélicas de la regencia y del reinado de Fernando I de Aragón», *Espacio. Tiempo y Forma. Historia Medieval*, 27 (2014), pp. 269-304, en particular en pp. 281-284.

24. Ismael García Rámila, *El gran burgalés Don Diego Gómez de Sandoval, primer conde de Castro*, Burgos, Imprenta Diputación Provincial, 1953, d. 5, pp. 89-90.

Antequera. Participó en primera fila en acciones militares, y como consecuencia resultó herido²⁵.

El primer jalón importante en el proceso de su ascenso político tuvo lugar en 1411 cuando su señor, el regente Fernando, le nombró adelantado mayor de Castilla, a raíz de la muerte del anterior titular, Gómez Manrique. Fue una decisión sorprendente dado que Diego no era en aquellos momentos más que un simple doncel de la casa del regente, que no tenía siquiera la condición de señor de vasallos, y que su nombramiento había desplazado a Pedro Manrique, quien como consecuencia hizo llegar su queja ante Fernando, apelando al hecho de que el oficio llevaba en manos de su linaje unos ochenta años²⁶. Pedro Manrique era además un noble emparentado con la propia familia real, aunque por vía bastarda, pues estaba casado con Leonor de Castilla, hija de Fadrique, duque de Benavente, que a su vez era hijo bastardo de Enrique II, habido con Beatriz Ponce de León. Con esta decisión Fernando de Antequera no dejó lugar a dudas sobre el elevado grado de confianza que tenía depositado en su joven doncel, y vino a demostrar su interés por rodearse de «hombres nuevos», «fechuras» suyas, que se lo debiesen todo en sus carreras políticas.

Conviene puntualizar aquí que, pese a que el nombramiento de Diego Gómez de Sandoval como adelantado mayor de Castilla provocó un choque con Pedro Manrique, que se consideró injustamente postergado, pronto las relaciones entre ambos personajes mejoraron de forma apreciable, hasta el punto de que llegaron a convertirse en estrechos aliados. Lo prueban los enlaces matrimoniales que se concertaron entre ambos linajes en 1428. En concreto el hijo primogénito de Pedro Manrique, Diego Manrique, futuro primer conde de Treviño, fue entregado en matrimonio a María de Sandoval, mientras que Juana Manrique, contrajo

25. *Ibid.*, pp. 17-18. En el privilegio de concesión por Juan II de Portillo a Diego Gómez de Sandoval que cita este autor se justifica la merced como premio a los «servicios prestados con ocasión del sitio de Antequera y las heridas allí sufridas, y haber desbaratado valientemente a los moros en la jornada de Jimena».

26. Sobre la relevancia del linaje Manrique en la historia medieval castellana trata el clásico Luis de Salazar y Castro, *Historia Genealógica de la Casa de Lara*, Madrid, 1694-7, 4 vols. Y la reciente monografía de Rosa Montero Tejada, *Nobleza y sociedad en Castilla: el linaje Manrique (siglos XIV-XV)*, Madrid, Caja Madrid, 1996.

nupcias con Fernando de Sandoval y Rojas, futuro segundo conde de Castro, quien recibió en dote con ella doce mil florines del cuño de Aragón, que, no obstante, no se terminaron de abonar hasta 1440²⁷.

Más adelante, convertido ya su señor en rey de Aragón, desempeñó un papel de primera fila en las operaciones militares que permitieron a este imponerse por la fuerza a su rival, Jaime de Urgel, que culminaron en el célebre sitio de Balaguer, que se prolongó durante tres meses. Santiago González Sánchez recoge la noticia de que la preferencia que Fernando mostraba hacia el que fuera su doncel se manifestó en el hecho de que fue a él a quien se le encomendó la delicada misión de estar al frente de las guardas nocturnas²⁸. En varios documentos encontramos también la noticia de que Diego Gómez de Sandoval participó en una acción militar en el reino de Valencia, en apoyo de su señor, Fernando, contra los sectores de la sociedad política valenciana que apoyaban a su rival, y habrían contado incluso con el refuerzo de mercenarios ingleses. Así, en concreto, en el privilegio de concesión del señorío de Portillo se hace mención expresa a los servicios prestados por Diego Gómez de Sandoval, y a los «peligros y afanes sufridos cuando el rey de Castilla le envió a Aragón en auxilio de Fernando, su tío, venciendo y desbaratando en desigual combate a los valencianos y a sus auxiliares los ingleses que habían acudido en ayuda del rebelde conde de Urgel²⁹.

Al margen de su participación en acciones militares, también asumió el desempeño de importantes misiones diplomáticas desde fecha muy temprana, en concreto en el reino de Navarra. La más destacada es la que afectó a la situación de un turbulento miembro de la familia real

27. Montero Tejada, *Nobleza y sociedad*, pp. 61 y 73.

28. Santiago González Sánchez, *Fernando I, regente de Castilla y rey de Aragón (1407-1416)*, Gijón, Trea, 2012, p. 137.

29. García Rámila, *El gran burgalés*, p. 96. También hace referencia a este episodio ocurrido en Valencia, sosteniendo que en la batalla participaron cuatro mil seiscientos castellanos en p. 16. Recoge además la información proporcionada por Pérez de Guzmán, según el cual «El conde con la capitania de su gente entró en el reyno de Valencia e con él otros caballeros de Aragón que seguían al dicho infante e ovo batalla con el Común de Valencia e venciolo» (p. 16). Cabe precisar que entonces no era por supuesto todavía conde. Sobre la entrada de tropas castellanas al reino de Valencia en apoyo de la candidatura de Fernando, aunque sin aludir al papel de Diego Gómez de Sandoval, trata González Sánchez, *Fernando I regente*, pp. 79-80.

castellana, Fadrique, hijo bastardo del rey Enrique II, al que se había concedido el título de duque de Benavente. Se daba la circunstancia de que, como hemos adelantado, era suegro de Pedro Manrique, a quien Diego Gómez de Sandoval había desplazado recientemente del Adelantamiento de Castilla. Este bullicioso personaje se había enemistado con el monarca castellano y había buscado refugio en el reino de Navarra, al amparo de su hermanastra, Leonor, casada con el rey Carlos III. Para reclamar al prófugo fueron enviados como embajadores a la Corte navarra Diego López de Estúñiga y el propio Diego Gómez de Sandoval, quienes lograron que finalmente Fadrique fuese entregado a las autoridades castellanas por orden del rey de Navarra en 1414³⁰.

La relación entre Fernando de Antequera y Diego Gómez de Sandoval, aunque fue muy estrecha, y estuvo basada en una inquebrantable fidelidad, no dejó de mostrar algún pequeño altibajo. Lo prueba la carta que el monarca aragonés le envió en 1415 en la que manifestaba haberse enterado de «que entre vos y nuestro tío el almirante de Castilla se han seguido algunos nuevos *alreculls*, lo cual nos desplace. Pues sabéis que tenéis de nos singular carga de la persona y fechos de nuestro caro hijo el infante Juan, los cuales no pueden ser bien tratados si entre vosotros no hay unidad y concordia». Por ello concluía suplicándole «que dejéis de lado todo odio y rencor»³¹.

MERCEDES RECIBIDAS DE FERNANDO DE ANTEQUERA POR DIEGO GÓMEZ DE SANDOVAL Y OTROS SÚBDITOS CASTELLANOS

La estrecha relación que Diego Gómez de Sandoval estableció con Fernando de Antequera cuando su tío, el obispo Sancho de Rojas, lo puso a su servicio como paje o doncel se tradujo en algunas importantes concesiones de mercedes. Siendo ya rey de Aragón, le hizo donación de una villa castellana que formaba parte de su propio patrimonio, la de Lerma. El pri-

30. Además de las noticias proporcionadas por la *Crónica de Juan II* de Fernán Pérez de Guzmán, interesa Santiago González Sánchez, *Las relaciones exteriores de Castilla a comienzos del siglo XV. La minoría de Juan II (1407-1420)*, Madrid, Comité Español de Ciencias Históricas, 2013, pp. 105-108.

31. Carta de Fernando I a Diego Gómez de Sandoval, en ACA, C, reg. 2405-131, Valencia, 11-III-1415. En los mismos términos dirigió otra carta al almirante.

vilegio de concesión fue otorgado en Cifuentes, el 18 de julio de 1412, es decir poco antes de que Fernando, que había actuado hasta entonces como regente de Castilla, traspasase la frontera para hacerse con el control de su herencia aragonesa, que todavía le era disputaba por su rival, Jaime de Urgel³². Esta merced puede ponerse en conexión con la que poco tiempo después se hizo a su tío Sancho de Rojas, que había sido promovido de la sede de Palencia a la mucho más importante de Toledo en junio de 1415, del lugar de Villota de la Bodega, en la merindad de Saldaña. Por el momento lo que sabemos sobre esta operación es que el 9 de julio de 1415 el rey Fernando, encontrándose en Valencia, autorizó a su mujer Leonor de Alburquerque a hacer merced de dicho lugar a Sancho de Rojas³³.

La nueva reina de Aragón le continuó haciendo mercedes al propio Diego Gómez de Sandoval de algunos de sus señoríos castellanos en los años siguientes. Así García Rámila informa de que, encontrándose en Medina del Campo el 30 de agosto de 1422, cuando ya era reina viuda, le hizo merced del lugar de Valdenebro, en Castilla la Vieja³⁴. Por su parte, años antes, en 1418, Alfonso V escribió una carta a su madre agradeciéndole por haber hecho merced a Diego de la tenencia de la fortaleza de Alba de Tormes, con su alguacilazgo, y de la tenencia de la villa de Urueña. Le transmitía que lo consideraba como una «singular merced», y aprovechaba para pedirle que le continuase ayudando y haciéndole mercedes, porque es «crianza y hechura del rey Fernando y caballero digno de grandes honores y bienes»³⁵. Leonor de Alburquerque, por otra parte, hizo merced de la villa de Saldaña al obispo Sancho de Rojas, tío de Diego, pero con la condición de que tras su muerte la villa fuese dejada en herencia a este último. De hecho el influyente prelado renunció ya en vida formalmente en favor de su sobrino Diego a esta importante villa castellana por escritura otorgada en Tordesillas, el 2 de septiembre de 1418³⁶. Se trata de un hecho digno de destacar, que prueba el interés de la viuda de Fernando

32. Alfonso Franco Silva, «El linaje Sandoval y el señorío de Lerma en el siglo XV», *Anales de la Universidad de Cádiz*, 1984, pp. 45-61.

33. Proporciona la noticia González Sánchez, «La participación de eclesiásticos...», p. 282.

34. García Rámila, *El gran burgalés*, p. 95.

35. ACA, C, reg. 2564-125v, Valencia, 30-I-1418.

36. García Rámila, *El gran burgalés*, p 94.

de Antequera por premiar los servicios prestados por Diego Gómez de Sandoval a su difunto marido, pues no debemos olvidar que el arzobispo Rojas tenía otro sobrino, Juan de Rojas, hijo de su hermano Martín, a quien también dejó otros bienes en herencia, entre los que figuraban varios señoríos de vasallos, como Serón de Nájima en la frontera soriana.

La remuneración por Fernando de Antequera y su mujer, siendo ya reyes de Aragón, a algunos de sus más fieles servidores con señoríos castellanos de su patrimonio personal benefició a algunos otros célebres personajes. Es el caso de Álvaro Dávila, mariscal de Aragón, que había sido camarero de Fernando cuando era infante, y pertenecía a un prestigioso linaje de caballeros de la ciudad de Ávila, el de los Dávila de Navamorcuende. En mayo de 1413 el nuevo rey de Aragón le hizo donación de la villa castellana de Fuentelso, cercana a Madrigal de las Altas Torres, en remuneración por «buenos, leales y señalados servicios» que le había prestado³⁷.

Pero a los señoríos castellanos se sumaron también otros ubicados en la Corona de Aragón. Así, el mismo Álvaro Dávila recibió en 1415 la merced de los castillos de Sieteaguas, Buñol, Ayacarent, Aytona y Alboralt, en el reino de Valencia, de los cuales, al menos Buñol había pertenecido a Jaime de Urgel, aunque al parecer los mantuvo poco tiempo en su poder, puesto que pronto procedió a desprenderse de ellos mediante venta³⁸.

Otro destacado servidor de Fernando de Antequera que se vio beneficiado por el reparto de los despojos del patrimonio que había pertenecido al pretendiente y principal rival de Fernando de Antequera, fue su escribano de cámara Diego Fernández de Vadillo. El 1 de julio de 1414 le hizo merced del señorío de una de las villas que había formado parte del condado de Urgel, Albesa, en remuneración por los servicios prestados durante el cerco de Balaguer. Además fue premiado con un oficio de veinticuatro de Sevilla, combinándose de este modo las mercedes en Castilla y en Aragón³⁹.

37. Isabel López Fernández, *La arquitectura del siglo XVI en Ávila: La casa de Bracamonte y el patrimonio abulense*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2011 (tesis doctoral), p. 75. Alfonso Franco Silva, «El mariscal Álvaro de Ávila y los orígenes del condado de Peñaranda», *Estudios de historia y arqueología medievales*, 5-6 (1985-6), pp. 215-238.

38. López Fernández, *La arquitectura*, p. 76.

39. Michel García, *Crónica del Rey Juan II de Castilla. Minoría y primeros años de reinado (1406-1420)*, Salamanca, Universidad, 2017, pp. 71-73.

Por lo que toca al propio Diego Gómez de Sandoval, una de las primeras mercedes de señorío que recibió en la Corona de Aragón, la de la villa de Liria, no se pudo llevar a efecto ante la resistencia ofrecida por sus vecinos a admitir su apartamiento del realengo. En concreto, según informa Carlos López Rodríguez, durante las Cortes del reino de Valencia de 1417-8 esta villa valenciana, con el apoyo del brazo real y en virtud de los privilegios de no enajenación de las villas reales otorgados por Pedro IV en 1336 y 1340, manifestó su disposición a resistir por la fuerza a que se llevase a efecto la donación efectuada al adelantado mayor de Castilla, por lo que el rey decidió revocarla⁴⁰.

Diego Gómez de Sandoval, por lo demás, no solo recibió señoríos de Fernando de Antequera en remuneración por sus servicios. Santiago González Sánchez también nos informa de algunas importantes mercedes en dinero. Destaca la de mil doblas de oro de Castilla en Laredo que Fernando había comprado al francés mosén Rubin de Bracamonte, y que luego traspasó a Diego, cediéndole primero seiscientas en 1408 y después las otras cuatrocientas en 1409⁴¹. Estas mercedes tuvieron, no obstante, una contrapartida económica en forma de préstamos, pues este mismo autor nos informa que nuestro protagonista prestó en una ocasión a Fernando en Montblanc quinientos florines, mientras que su tío Sancho de Rojas le prestó en otra en Zaragoza cuatro mil florines. Y el propio monarca aragonés reconoció en su testamento que estaba debiendo a este poderoso eclesiástico, firme sostén de su causa, la elevada cuantía de veintisiete mil florines⁴². En un balance final resultaría difícil afirmar con rotundidad quién salió más beneficiado de la relación establecida entre Fernando de Antequera y Diego Gómez de Sandoval, si el señor o el criado. No cabe duda de que fue una relación de mutuo provecho, que se prolongó después con los hijos del primer monarca aragonés de la dinastía Trastámara.

40. Carlos López Rodríguez, *Nobleza y poder político. El reino de Valencia (1416-1446)*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2005, p. 237. Michel García, *Crónica*, pp. 71-73.

López Rodríguez, *Nobleza y poder político*, p. 237, Habla de Diego Fernández de Sandoval, pero debe tratarse de Diego Gómez de Sandoval. *Vid.* también Eliseo Vidal Beltrán, «Política patrimonial de Fernando I y Alfonso V en el Reino de Valencia», *IV Congreso de Historia de la Corona de Aragón (Mallorca 1955)*, Barcelona, 1970, pp. 495-503.

41. González Sánchez, *Fernando I regente*, p. 218.

42. *Ibid.*, pp. 222-223.

LA ETAPA SICILIANA DE DIEGO GÓMEZ DE SANDOVAL AL SERVICIO DEL INFANTE JUAN

La ampliación de horizontes políticos para Diego Gómez de Sandoval se manifestó no solo en su implantación en territorios peninsulares de la Corona de Aragón. También se hizo extensiva a la isla de Sicilia, que había entrado en la órbita de dicha corona como consecuencia de la rebelión contra Carlos de Anjou de los sicilianos en 1282, en la célebre jornada de las Vísperas Sicilianas. Tras muchas vicisitudes la isla terminó integrándose en el patrimonio de los monarcas catalanoaragoneses, y gracias a ello Fernando de Antequera pudo convertirse en rey de Sicilia.

Cuando el infante Juan llegó a la isla para ejercer las funciones de virrey, se puso fin a una etapa de larga inestabilidad en la misma, durante la que curiosamente había tenido un notorio protagonismo la que, poco tiempo después, tras su regreso a la península, sería su primera esposa, Blanca de Navarra. Esta princesa, hija y heredera del rey Carlos III de Navarra, había estado casada con el heredero de la Corona de Aragón, Martín el Joven, hijo el rey Martín el Humano, quien al contraer matrimonio con él se encontraba en Sicilia, donde había enviudado de su primera esposa, María de Sicilia, hija del monarca siciliano Federico IV. La muerte de esta sin hijos que la sobreviviesen propició que su viudo, el príncipe Martín, heredero de la Corona de Aragón, quedase al cargo del gobierno de la isla. Este contrajo segundas nupcias con Blanca, la cual se trasladó a vivir a Sicilia, donde ejerció funciones de lugarteniente durante dos ausencias de su marido. Martín murió, sin embargo, en el transcurso de su segunda ausencia, en una campaña militar contra Cerdeña. Y poco tiempo después falleció también su padre, Martín el Humano, dejando a la Corona de Aragón sin monarca legítimo. Fue el motivo por el que Blanca permaneció en Sicilia hasta 1415, haciéndose cargo del ejercicio de funciones de gobierno, en una etapa de fuertes tensiones políticas. Blanca terminó finalmente abandonando la isla, tras producirse la muerte de su hermana mayor Juana, que hacía previsible que a la muerte de su padre Carlos III recayese en ella la sucesión al trono navarro⁴³.

43. Sobre la etapa siciliana de Blanca de Navarra trata Maria Rita Lo Forte Scirpo, *C'era una volta una regina... Due donne per un regno: Maria d'Aragona e Bianca di Navarra*, Nápoles, Liguori Editore, 2003.

Apenas pudo coincidir por ello en territorio siciliano con el que pronto sería su marido, el infante Juan, que acudió a ejercer funciones de virrey en nombre de su padre, Fernando de Antequera.

El viaje del infante Juan a Sicilia fue decidido a raíz de la muerte del rey de Nápoles Ladislao el 6 de agosto de 1414. La corona napolitana recayó entonces en una mujer, Juana, y Fernando de Antequera vislumbró la oportunidad de extender el poder de su dinastía en la zona concertando el matrimonio de uno de sus hijos con la nueva reina. Este fue el motivo principal del viaje del joven infante, pero el plan de la boda napolitana se frustró porque el conde de la Marca se adelantó en tomar como esposa a la reina Juana. Pese a ello el infante decidió quedarse un tiempo en Sicilia, rodeado de un amplio séquito en el que despuntaban varios nobles castellanos con los que había establecido una estrecha relación política. Entre ellos cabe destacar al almirante Alonso Enríquez y a Íñigo de Estúñiga, junto con Diego Gómez de Sandoval, que ejercía el oficio de su mayordomo⁴⁴. Según constata Carlos Sáez, durante la estancia del infante Juan en Sicilia, Diego Gómez de Sandoval fue el auténtico hombre fuerte, principal consejero del infante y su mayordomo mayor, y controló la mayor parte de los documentos que se expedían por la cancillería del infante⁴⁵. Llama la atención constatar que durante su estancia siciliana nuestro protagonista recibió varias cartas del hermano mayor de Juan, Alfonso, incluso antes de haber sucedido este en el trono a su padre, en las que le solicitaba que favoreciese con mercedes a determinados individuos por los que deseaba interceder. Así, desde Perpiñán, el 25 de enero de 1416, le escribió solicitándole que tuviese por recomendado al caballero Francisco de Vintimilla, quien tenía que resolver ciertos asuntos relativos a la heredad y bienes que fueron del conde Antoni de Vintimilla, su padre⁴⁶. Al mes siguiente, desde Gerona le hizo saber que había escrito a su hermano el infante Juan en favor de Stephano Blundo, escribano

44. González Sánchez, *Fernando I, regente*, p. 158.

45. Carlos Sáez, «Diego Gómez de Sandoval entre Sicilia, Aragón y Castilla (1415-1416)», *XIV Congresso di Storia della Corona d'Aragona. La Corona d'Aragona in Italia (secc. XIII-XVIII)*, vol. 5, Comunicaciones, Cagliari, 1997, pp. 555-564.

46. ACA, C, reg. 2560-12v, Perpiñán, 25-I-1416. Sobre el mismo asunto escribió otra carta al propio infante Juan.

del rey, razón por la cual le solicitaba que, junto con el infante, lo tuviese por recomendado⁴⁷.

La estancia en la isla del infante Juan y su séquito fue bastante breve, pero bastó para que Diego Gómez de Sandoval estableciese vínculos duraderos con estas lejanas tierras, gracias a las mercedes que le hicieron los hijos de Fernando de Antequera. Destaca por este motivo por haber sido uno de los primeros castellanos que llegó a tener intereses en Italia, y estableció así un precedente para otros de mayor relieve que vivieron en las siguientes centurias, bajo el gobierno de la dinastía Habsburgo. En concreto, según informa Zurita, Alfonso V, encontrándose en Valencia en 1417, le hizo donación de la ciudad siciliana de Agosta, en premio por la «prudencia» mostrada en todo lo concerniente a la situación de la isla⁴⁸. Aunque abandonó pronto Sicilia, el adelantado continuó siendo señor de esta ciudad hasta que en 1427 la permutó con su señor, el infante Juan, junto con la villa castellana de Maderuelo, que años antes le había donado el propio infante. En efecto, al morir Leonor de Castilla, reina de Navarra, en 1415 pasaron a ser de dominio de la Corona castellana los concejos de Arévalo, Madrigal, Roa y Sepúlveda, que le habían sido concedidos a esta en señorío. Pero no así la villa de Maderuelo y su castillo, que ella había comprado en 1389, y que dejó en su testamento a su hija Isabel, con la condición de que villa y castillo se vendiesen si Isabel no se casaba en Castilla. Dado que casó, sin embargo, con el conde de Armañac, a comienzos de 1419 legó esta parte de su herencia a su hermana Blanca, entonces viuda del rey de Sicilia, que poco después casó con el infante Juan⁴⁹. A pesar de tratarse de bienes que habían recaído en su mujer por herencia, el infante hizo donación en agosto de 1420 a Diego Gómez de Sandoval de la villa de Maderuelo, junto con los mil florines de oro y las cuatrocientas cargas de pan que habían pertenecido a la reina de Navarra⁵⁰. Sea como fuere, tanto Agosta, en Sicilia, como Maderuelo, en Castilla, terminaron siendo entregadas por Diego Gómez de Sandoval a su señor, el infante Juan, a cambio de que este le cediese el señorío de la plaza de Castrojeriz, heredada por el infante de su padre, Fernando de Antequera.

47. ACA, C, reg. 2560-15, Gerona, 18-II-1416.

48. Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1980, libro XII, cap. LXII, Vol. 5, p. 482.

49. Real Academia de la Historia, Salazar y Castro, M-45, fols. 181r-182v.

50. *Ibid.*, B-90, fols. 40v-53r.

Se trataba de una importante adquisición, porque de dicha villa castellana tomó el título nobiliario por el que se le identificaría habitualmente en la documentación y las crónicas del reinado de Juan II, el de conde de Castro. Esta operación de permuta fue confirmada por Alfonso V, y en virtud de la misma Rodrigo García de Villalpando, doctor en leyes, como procurador de Diego Gómez de Sandoval, tomó posesión de Castrojeriz en su nombre⁵¹. El título de conde de Castro le fue concedido por Juan II por privilegio expedido en Toro el 11 de abril de 1426⁵², y a partir de entonces fue el título que se utilizó de forma habitual para identificarle, desplazando a un segundo plano el de conde de Denia, que con frecuencia se omitió.

Además de con el señorío de Agosta, Diego Gómez de Sandoval fue premiado durante su estancia siciliana con otra sustanciosa merced que continuaba aprovechando a sus descendientes en el siglo XVI. Alfonso V y su hermano Juan le concedieron, en efecto, la renta de los cuatro granos, un impuesto que se cargaba sobre las exportaciones de trigo efectuadas desde todos los puertos del reino de Sicilia⁵³. Esta renta se fue transmitiendo entre sus descendientes, que llegaron a diversos acuerdos para repartírsela que dieron como resultado que en el siglo XVI una parte de la misma terminase formando parte del patrimonio de un modesto monasterio de monjas cistercienses fundado en la ciudad de Valladolid por la marquesa de Denia, Mencía de Guzmán, a la que se la había cedido su marido el marqués para hacerle efectivo el pago de su dote⁵⁴.

51. ACA, C, reg. 2615-41, Perpiñán. VI-1427.

52. Transcribe el documento García Rámila, *El gran burgalés*, pp. 80-85.

53. Entre la documentación conservada en el monasterio de Nuestra Señora de Belén, de Valladolid relativa a este derecho se mencionan un privilegio en latín concedido por Juan, rey de Navarra, a favor de Diego Gómez de Sandoval, conde de Castro, en que se incluye la licencia que Alfonso V otorgó a su hermano Juan para que lo pudiese donar, fechado en Tudela, 23-X-1432. Y otro privilegio del propio Alfonso V, fechado en Canal del Príncipe, 27-XI-1450. También un privilegio de Alfonso V a Fernando Gutiérrez de Vega de los cuatro granos sobre la extracción del trigo en los puertos del reino de Sicilia, a perpetuidad, fechado el 3-II-1417. Y otro privilegio confirmatorio del anterior de Valencia, 20-II-1418. Presumimos que Fernando Gutiérrez de Vega perdería sus derechos a esta renta, pero desconocemos las razones. Tomamos estas referencias de AHN, Clero, leg. 7766.

54. Sobre la fundación y posterior trayectoria de este monasterio cisterciense, Máximo Diago Hernando, «Monasterios cistercienses femeninos en la ciudad de Valladolid a fines de la Edad Media», *Cistercium*, 209 (1997), pp. 819-836.

La renta atravesó, en efecto, por muchas vicisitudes tras la muerte de Diego Gómez de Sandoval, quien al parecer la disfrutó sin problemas en vida, pese a que no volvió a poner sus pies en Sicilia. En 1463, su primogénito, Fernando, conde de Castro y Denia, que era entonces además mayordomo mayor del rey de Aragón, por carta otorgada en su villa de Cea, hizo concesión formal a su esposa doña Juana Manrique, «por los muchos trabajos que ha pasado en su servicio, y porque había trabajado para que una buena parte de sus bienes y heredamientos le fuesen retornados, y porque gastó algunas joyas suyas en la expedición de sus negocios», de la parte que a él le pertenecía en los cuatro granos de Sicilia, que él y sus hermanos habían recibido en herencia de su padre. Más en concreto le cedió todo lo que le pertenecía en la renta como uno de los herederos, y por virtud de las compras efectuadas a su hermano Pedro, a su hermana la condesa de Treviño y a su otra hermana doña Inés⁵⁵.

Más adelante, en 1486, el primer marqués de Denia cedió a su esposa Mencía de Guzmán, la renta de los cuatro granos que poseía en Sicilia, por precio de diez mil florines de oro, que ella había traído a su poder en dote⁵⁶. Pero no se trataba de una renta plenamente saneada, puesto que el marqués la había utilizado como garantía para la obtención de préstamos de elevadas cuantías de dinero, y los réditos de la renta no habían bastado para compensar dichas cuantías. Nos informa de esta circunstancia un documento que incorpora una sentencia arbitral de 14 de mayo de 1489, pronunciada por Fernando de Cobarrubias, escribano mayor de Burgos, y Alonso de Lerma, hijo de Francisco Martínez de Lerma, vecino de Burgos. Estos habían sido designados como jueces árbitros para averiguar una cuenta pendiente entre Luis de Arévalo, vecino de Segovia, procurador de la marquesa de Denia, doña Mencía de Guzmán, de una parte, y Juan de Bonilla, heredero de mosén Alonso de Bonilla, de otra. La marquesa había sucedido al marqués en la renta de los cuatro granos de Sicilia. Pero mosén Alonso de Bonilla había tenido cuentas con dicho marqués, a quien le iba adelantando dinero, con condición de recuperarlo luego mediante el ingreso del producto de la renta. El último ajuste de cuentas entre el marqués y mosén Alonso de Bonilla se había efectuado en 1484, y del mismo resultó que se le habían alcanzado

55. AHN, Clero, carpeta 3497-3, Cea, 6-V-1463.

56. AHN, Clero, leg. 7766, Gumiel de Mercado, 28-VI-1486.

al primero cinco mil cuatrocientos ocho florines, once sueldos y ocho dineros más 123.529 maravedíes, que equivalían a 466 florines. Todo sumaba 5.865 florines, de los que se descontaron algunas cuantías por varias razones. En resumen, después de examinadas las cuentas, se concluyó que la marquesa continuaba debiendo mil ciento cuatro florines y 3,5 sueldos, y estaba obligada a pagar esta cantidad con el primer dinero procedente del cobro de la renta de Sicilia. En el momento de pronunciarse la sentencia arbitral, Luis de Arévalo, en nombre de la marquesa, ya había cobrado lo que había rentado esta en el ejercicio de 1488. Pero, con consentimiento de las dos partes, se había acordado conceder un plazo de espera a la marquesa, que quedaba obligada a abonar la mitad de la cantidad adeudada para la feria de Medina del Campo de octubre del año 1489 y la otra mitad para feria de octubre del año 1490, ofreciendo fianzas llanas de mercaderes de Burgos⁵⁷.

Pese a sus problemas de liquidez, la marquesa quiso dejar su impronta en la ciudad de Valladolid fundando un monasterio de monjas cistercienses, bajo la advocación de Nuestra Señora de Belén, y decidió dotarlo, entre otros bienes, con la renta del trigo siciliano. No fue, sin embargo, una decisión bien acogida por los titulares del marquesado de Denia, que por ello iniciaron pleito contra el monasterio, que se terminó resolviendo por virtud de una sentencia de jueces árbitros, que adjudicaron a Fernando de Rojas y Sandoval, marqués de Denia, 2,5 granos, y al monasterio de Belén los 1,5 granos restantes⁵⁸.

PRIMEROS PASOS DE DIEGO GÓMEZ DE SANDOVAL EN CASTILLA EN EL ENTORNO DEL INFANTE JUAN TRAS EL REGRESO DE SICILIA

Tras su regreso a la Península en compañía de su señor, el infante Juan, Diego Gómez de Sandoval despuntó como una figura política de relieve y mediador influyente. Lo prueban las cartas que le dirigió el nuevo rey de

57. La sentencia arbitral, de 14-V-1489, en AHN, Clero, leg. 7766.

58. Noticia de esta sentencia arbitral, que no hemos localizado en su versión original, en AHN, Clero, leg. 7766. En este mismo legajo se conserva abundante documentación sobre esta renta de los cuatro granos. Más detalles sobre la fundación del monasterio, en Diago Hernando, «Monasterios cistercienses», pp. 832-3.

Aragón, Alfonso V, en 1418, para que acelerase la resolución de negocios de su interés en la Corte castellana. Así, en una carta de 6 de julio se quejó de que se encontraba «maravillado y acongojado por la dilación y tardanza dada a nuestros embajadores», por lo que le pidió que les prestase ayuda «para que logren el rápido despacho de sus negocios»⁵⁹. Meses después, el 3 de octubre, respondía el monarca a una carta que le había enviado nuestro protagonista, agradeciéndole la diligencia que había mostrado para que le fuesen pagados los cuarenta mil florines que le eran debidos por la marmesoria de su padre, el rey Fernando. Al mismo tiempo le urgía para que se llevase a ejecución todo lo que había sido acordado⁶⁰.

Poco tiempo después Diego Gómez de Sandoval desempeñó un papel principal en otra importante misión diplomática, la negociación del matrimonio del infante Juan con Blanca, hija del rey de Navarra Carlos III, que fue la que finalmente heredó el reino a la muerte de este. De ello queda constancia en una carta que Alfonso V le dirigió en noviembre de 1419, en respuesta a otra que le había enviado para notificarle que el día 4 de este mes de noviembre habían sido concordados los capítulos del matrimonio del infante Juan y la reina Blanca de Sicilia, y al día siguiente fueron solemnizadas las «sposallas». Le agradeció el trabajo y buena diligencia que había mostrado en servicio del infante, rogándole que continuase con dicha actitud⁶¹.

Esta importante tarea diplomática puso a su señor en la vía para llegar a convertirse en rey de Navarra, aunque de modo un tanto irregular pues, en principio, tan solo le correspondía la condición de rey consorte. Tal circunstancia no impidió, sin embargo, que tras la muerte de su mujer Blanca se siguiese titulando rey, por lo que su hija Leonor, que le sucedió en el trono navarro, tuvo que esperar a la muerte de su padre para poder ser proclamada reina de Navarra, título que ostentó por muy pocas semanas, pues en seguida le alcanzó la muerte.

Llevada a cabo esta misión, Diego Gómez de Sandoval continuó sirviendo en Castilla al infante Juan, asumiendo el desempeño de funciones que demuestran que lo estimaba como uno de sus servidores de mayor

59. ACA, C, reg. 2664-135v, Zaragoza, 6-VII-1418.

60. ACA, C, reg. 2664-158, Fraga, 3-X-1418.

61. ACA, C, reg. 2669-20, San Cugat, 18-XI-1419. Se refiere también al papel de Diego Gómez de Sandoval en los actos solemnes del desposorio, en representación del novio ausente, González Sánchez, *Las relaciones exteriores*, p. 119.

confianza. Así, en un episodio que tuvo lugar en 1421 en el contexto de los enfrentamientos nobiliarios que recorrieron todo el reinado de Juan II, el llamado «alarde de Arévalo», las tropas que se destinaron a la guarda del monarca, que sumaban mil combatientes, fueron puestas al mando del infante Juan, Álvaro de Luna, que ya despuntaba entonces como el privado del rey, y el propio Diego Gómez de Sandoval⁶². También Alfonso V dio muestras de plena confianza en la fidelidad y entrega a su causa de este último. Lo prueban algunas cartas que le dirigió, para solicitarle que favoreciese los intereses de algún cortesano a quien deseaba premiar. Así, en 1419 el monarca aragonés se dirigió al rey de Castilla con el ruego de que colocase en su casa como guarda, dándole «ración, quitación y tierra», a Juan de Hoz, a quien deseaba favorecer por los notables servicios que había prestado a su padre el rey Fernando. Y para lograr una más exitosa tramitación del negocio se dirigió también con idéntico ruego a algunos de los cortesanos con más influencia en Castilla en aquellos momentos, que fueron, además del propio Diego Gómez de Sandoval, Juan Hurtado de Mendoza, mayordomo de Juan II, el arcediano de Guadalajara, consejero y referendario, y Álvaro Dávila, también mayordomo⁶³. Al año siguiente fue a su hermana María, reina de Castilla, a la que se dirigió el monarca aragonés para interceder por Sancho Ezquerro de Angulo, guarda del rey de Castilla, al que la reina había quitado de la nómina de las raciones de su casa «por consejo de algunas personas que le tenían a este mala voluntad». Le recordaba a su hermana que dicho guarda había prestado notorios servicios a su padre, y por ello le pidió que lo volviese a poner en nómina, o, en caso contrario, le nombrase caballerizo de su casa. Y, para asegurar una más exitosa tramitación del negocio, se dirigió también por carta a su hermano, el infante Juan, a Diego Gómez de Sandoval, Álvaro de Luna, *cambrero* del rey, Juan de Mendoza, guarda mayor, Juan Carrillo, alcaide mayor de Toledo y mayordomo de la reina de Castilla, y Sancha Martínez, aya de esta misma reina⁶⁴.

62. Proporciona el dato, tomado de las crónicas, María del Pilar Garceller Cerviño, «El privado regio y su participación en la guerra: Ejército y propaganda en la Castilla bajomedieval», en Ana Arranz Guzmán, María del Pilar Rábade Obradó y Óscar Villarroel González (coords.), *Guerra y Paz en la Edad Media*, Madrid, Silex, 2013, pp. 243-274, en particular p. 251.

63. ACA, C, reg. 2567-50, San Cugat, 13-VII-1419.

64. ACA, C, reg. 2568-154, Tortosa, 6-III-1420.

ALTIBAJOS EN LA CARRERA DE DIEGO GÓMEZ
DE SANDOVAL AL COMPÁS DE LA EVOLUCIÓN DEL
ENFRENTAMIENTO ENTRE LOS INFANTES DE ARAGÓN
Y ÁLVARO DE LUNA

La historia política del reino de Castilla durante el reinado de Juan II fue una interminable sucesión de cambios bruscos en la identidad de quienes controlaban el poder en la Corte y otras instancias de gobierno central del reino. Son muchos los trabajos que se han dedicado al análisis de esta problemática desde los clásicos de Luis Suárez Fernández⁶⁵. Gracias a ellos ha podido quedar bien puesto de manifiesto que los miembros de la élite nobiliaria se caracterizaron por un comportamiento muy volátil. Aunque simplificando mucho, se han podido identificar dos grandes facciones que se disputaban el control de las instituciones de gobierno de la monarquía, una integrada por los hijos del rey Fernando I de Aragón, conocidos por el sobrenombre de «los infantes de Aragón», y la otra liderada por el favorito del rey Juan II, Álvaro de Luna. La adscripción de los principales miembros de la alta nobleza a estas facciones estuvo sometida a frecuentes vaivenes, traducidos en mudanzas de bando. La reconstrucción en detalle de las trayectorias de algunos linajes emblemáticos pone de relieve que no tuvieron inconveniente alguno en cambiar de bando cuando así estimaron que convenía a sus intereses. Como ejemplo ilustrativo cabe referirse al linaje de los Álvarez de Toledo, analizado desde esta perspectiva por José María Monsalvo Antón. Nos recuerda este autor que la alianza inicial de Fernando Álvarez de Toledo con Álvaro de Luna antes de 1430 le aportó Alba de Tormes, que había pertenecido a los infantes de Aragón, y les fue confiscada. Más adelante obtuvo nuevas compensaciones tras la victoria de Álvaro de Luna en la primera batalla de Olmedo de 1445, en la que los hijos de Fernando de Antequera resultaron de nuevo derrotados. Pero luego su suerte cambió, tras dejar de militar en el bando de Álvaro de Luna, quien llegó a ordenar su prisión entre 1448 y 1454. Por ello se terminó alineando con los que hicieron posible la caída del condestable. Pero, ade-

65. Luis Suárez Fernández, *Nobleza y Monarquía. Puntos de vista sobre la historia castellana del siglo XV*, Valladolid, Universidad, 1969. Entre las obras de síntesis más recientes, que aporta abundante información tomada de las crónicas, Pedro Antonio Porras Arboledas, *Juan II. 1406-1454*, Palencia, 1995.

más, a estas mudanzas de bando durante el reinado de Juan II, siguieron otras varias en el de su sucesor Enrique IV. De ahí que este autor termine concluyendo que el faccionalismo fue el principal recurso político de los nobles para forzar a los reyes a conceder mercedes y señoríos a los grandes linajes, permitiéndoles de este modo acumular poder e influencia⁶⁶.

Por contraste con estos nobles de tan volátil comportamiento, Diego Gómez de Sandoval se caracterizó por su constante militancia en el bando de los infantes de Aragón, y más en particular al lado del infante Juan, lo que a la larga le costó el tener que pagar un elevado precio, pues se vio arrastrado a concluir su carrera política exiliado en el reino de Aragón, en condiciones de notable precariedad.

Pérez de Guzmán, en la breve semblanza de este caballero que incluye en su célebre obra *Generaciones y Semblanzas*, nos recuerda que, «siguiendo a su señor el rey de Navarra», fue preso en la batalla de Olmedo, y «dos veces desterrado perdiendo todo su patrimonio, y en este estado murió a los setenta años». Como enseñanza de esta desafortunada trayectoria vital propone las siguientes consideraciones: «E no solamente este notable caballero se perdió en estos movimientos del Reyno de Castilla, mas muchos otros de grandes e medianos estados se perdieron, que Castilla mejor es para ganar de nuevo que para conservar lo ganado, que muchas veces los que ella hizo ella misma los deshace»⁶⁷.

En un primer momento Diego Gómez de Sandoval se benefició de su militancia en el bando del infante Juan, incluso en los momentos en que este estuvo enfrentado con su hermano Enrique. Así se contó entre los que obtuvieron provecho del reparto de los despojos del condestable Ruy López Dávalos, caído en desgracia y ejecutado en 1423, quien había militado en el bando del infante Enrique cuando este estuvo enfrentado con su hermano Juan. En efecto, gracias a la mediación de este último, logró que por privilegio fechado en Tordesillas el 14 de agosto de 1423 se le hiciese merced de la villa de Osorno⁶⁸. Según García Rámila, pocos días después, el 21 de septiembre de 1423, también desde Tordesillas, Juan II

66. José María Monsalvo Antón, «Relaciones entre nobleza y monarquía en el siglo XV: faccionalismo y acción política de los Álvarez de Toledo (Casa de Alba)», *Studia Historica. Historia Medieval*, 34 (2016), pp. 149-185. En particular p. 167.

67. Reproduce la cita García Rámila, *El gran burgalés*, p. 16.

68. *Ibid.*, p. 95.

le hizo merced de la villa de Portillo en premio a los servicios prestados⁶⁹. La obtención de estas mercedes hay que ponerla en relación con el hecho de que tras el triunfo del infante Juan frente a su hermano Enrique el gobierno del reino pasó a nueve personas, entre las que figuraban el propio Diego Gómez de Sandoval y su tío, el arzobispo Sancho de Rojas. Porras Arboledas añade otra interesante noticia sobre la identidad de quienes se beneficiaron de la derrota del infante Enrique frente a su hermano Juan. Se refiere a los novecientos marcos de plata en vajillas que se hallaron en Jódar, que fueron repartidos en diez partes entre los firmantes de la prisión de Enrique, en concreto Juan de Navarra, el arzobispo Sancho de Rojas, el Almirante, Estúñiga, Diego Gómez de Sandoval, el conde de Benavente, Álvaro de Luna y Fernán Alfonso de Robles⁷⁰.

De este modo, poco a poco, el patrimonio señorial en Castilla de nuestro protagonista, que al comienzo de su trayectoria como paje de Fernando de Antequera era inexistente, fue adquiriendo cierta consistencia, no solo gracias a las mercedes recibidas, sino también por las importantes inversiones realizadas en la adquisición de ciertos lugares. Así, en 1418 compró por el elevado precio de treinta mil florines la villa de Cea de Órbigo (León), que había estado en poder del linaje Núñez de Guzmán desde 1388. Se trataba, no obstante, de un lugar en que, además de los Núñez de Guzmán, tenían reconocidos derechos otras instancias, como la reina viuda de Aragón, Leonor de Alburquerque, que por ello autorizó la transacción, y el poderoso monasterio benedictino de Sahagún, con el que Diego Gómez de Sandoval tuvo que llegar a un acuerdo⁷¹.

García Rámila informa sobre otra importante compra efectuada por Diego Gómez de Sandoval, en este caso al propio rey. Se trata de Almansa, que le habría sido vendida por Juan II por 2.200.000 maravedíes en una confusa operación que contemplaba la indemnización al conde y sus hijos por haberles sido embargados sus bienes con anterioridad, y que dio lugar a la expedición de un privilegio en Castronuño el 12 de diciembre de 1439⁷².

69. *Ibid.*, p. 96. La merced le fue confirmada por privilegio rodado de Ocaña, 14-VI-1424.

70. Porras Arboledas, *Juan II*, p. 119.

71. Franco Silva, «El linaje Sandoval», p. 50

72. García Rámila, *El gran burgalés*, pp. 96-97.

A los lugares adquiridos por compra se sumaron otros aportados en dote por su primera esposa, Beatriz de Avellaneda, miembro de un linaje de cierta relevancia con implantación señorial en tierras burgalesas. Gracias a este matrimonio Diego Gómez de Sandoval se hizo con el dominio de los lugares de Gumiel de Mercado, Valdesgueva y Villovela de Esgueva, de los que había hecho merced Enrique II a Lope Ochoa de Avellaneda, abuelo de Beatriz. También obtuvo por la misma vía las martiniegas de la merindad de Santo Domingo de Silos, según se recoge en un privilegio de Juan II otorgado en Segovia el 14 de septiembre de 1419, por el que confirmaba a su adelantado mayor la posesión de todos estos bienes en remuneración por los servicios prestados en la conquista de Antequera⁷³.

Los buenos tiempos no duraron, sin embargo, mucho para nuestro protagonista, pues conforme la estrella política de Álvaro de Luna comenzó a brillar con cada vez más fuerza, la posición de los infantes de Aragón, a pesar de haberse reconciliado y unido fuerzas, se adentró por un proceso de irremediable declive, que le arrastró también a él. La breve guerra entre Castilla y Aragón del año 1429, de la que salieron bastante mal parados los hijos de Fernando de Antequera, marcó el inicio de las dificultades para Diego Gómez de Sandoval. Fue en 1429 cuando abandonó su puesto en el Consejo Real, y se encerró en la fortaleza de Peñafiel, dejando guarniciones en Portillo y Castrojeriz. A raíz de ello se inició la lucha armada contra Álvaro de Luna, cuyas tropas consiguieron la victoria, por lo que Peñafiel se rindió el 26 de junio de 1429⁷⁴. Más adelante el rey, siguiendo instrucciones de Álvaro de Luna, le obligó a desprenderse temporalmente del control de los castillos de Castrojeriz y Saldaña, para que los tuviese en guarda su hermano, el mariscal Pedro García de Herrera, por espacio de dos años. Por documentos otorgados en Burgos el 26 y 2 de abril de 1430 el rey le ofreció las garantías necesarias para su seguridad durante estos dos años, en que había de estar desposeído de ambos castillos⁷⁵.

73. El privilegio de Juan II, de Segovia, 14-IX-1419, se conserva en confirmación por Felipe III, de 31-I-1607, en Archivo de la Chancillería de Valladolid, Pergaminos, Caja 51-4.

74. Franco Silva, «El linaje Sandoval», p. 52.

75. AHN, Nobleza, Osuna, leg. 1965/1, n.º. 5. Publica el documento José Manuel Nieto Soria (dir.). *Orígenes de la monarquía hispánica: Propaganda y legitimación (ca. 1400-1520)*, Madrid, Dykinson, 1999. Doc. 60, pp. 489-94.

Según la reconstrucción de los hechos que ofrece Porras Arboledas, el 6 de diciembre de 1430 Juan II ordenó al conde de Castro, de quien sospechaba, que viniera a verle para aconsejarle sobre la guerra contra Granada. Sandoval, que desconfiaba de las verdaderas intenciones del rey, escapó el día 21 a Briones, lugar que estaba por el rey de Navarra, y dejó a merced del monarca castellano a sus vasallos de Castrojeriz, Saldaña, Lerma, Portillo, los dos Gumieles, Osorno y Villafrechós⁷⁶. Desde Briones, lugar muy próximo a la frontera con Navarra, el conde huyó de Castilla, por lo que Juan II en 1431 decidió tomar el castillo de Castrojeriz. Pero su alcaide solo accedió a entregarlo cuando el relator Díaz de Toledo le persuadió con amenazas. Luego se abrió proceso contra el conde de Castro, al que se condenó por desobediente, deservidor y rebelde al monarca⁷⁷. Así se inició el primer exilio de nuestro protagonista en la Corona de Aragón.

Durante este período en que vivió exiliado de Castilla tuvo oportunidad de seguir prestando valiosos servicios a los hijos de Fernando de Antequera. Cabe destacar en concreto su participación en 1435 en la guerra contra los genoveses, durante la que se produjo el célebre episodio de Ponza, que supuso una severa derrota para los hijos de Fernando de Antequera. Tanto Diego Gómez de Sandoval como sus hijos Fernando y Diego fueron hechos prisioneros en esta acción militar, y llevados a Génova, donde sufrieron encierro durante cierto tiempo⁷⁸.

La guerra iniciada en 1429 contra Castilla, aunque fue de muy corta duración al llegarse pronto al acuerdo de la firma de una tregua en la aldea soriana de Almajano, no finalizó formalmente hasta la firma de un tratado de paz en Toledo en septiembre de 1436. Este acuerdo no resultó, sin embargo, favorable para Diego Gómez de Sandoval, pues aunque entre los capítulos del mismo había uno que disponía que los caballeros que salieron de Castilla junto con Juan, rey de Navarra, fuesen perdonados, y se les devolviese lo suyo, fueron explícitamente excluidos de este perdón el conde de Castro y el maestre de Alcántara⁷⁹. No obstante, pocos años después, en 1438 puede constatarse de nuevo la presencia de Sandoval en territorio castellano, donde participó en diversas acciones,

76. Porras Arboledas, *Juan II*, p. 172.

77. *Ibid.*, pp. 175-176.

78. García Rámila, *El gran burgalés*, p. 33.

79. *Ibid.*, p. 34.

siempre al servicio del infante Juan. Esta etapa se prolongó hasta 1445, cuando tuvo lugar la célebre primera batalla de Olmedo, que marcó la estrepitosa derrota de los infantes de Aragón. En esta batalla el conde de Castro fue hecho prisionero, mientras que los infantes Juan y Enrique lograron huir de Castilla, aunque este último murió poco después como consecuencia de las heridas sufridas. En castigo al conde de Castro por el apoyo prestado a los infantes de Aragón, en contra de Álvaro de Luna, Juan II mandó revertir a la Corona todas sus tierras y fortalezas, así como las de otros dos poderosos nobles castellanos, el almirante y el conde de Benavente⁸⁰. Pero, según García Rámila, más adelante, en uno de los capítulos de la concordia firmada entre Juan II y su hijo, el príncipe Enrique, se incluyeron unas cláusulas por las que se concedía el perdón al mencionado conde y a sus dos hijos. Sandoval continuó siendo fiel al príncipe de Asturias, que había logrado su perdón, pero este último mostró un comportamiento muy voluble, porque la víspera de Pentecostés del año 1448 concertó con su padre que fuesen hechos prisioneros el almirante, el conde de Castro y otros nobles. Sandoval, no obstante, avisado a tiempo, logró huir a Navarra, para entrevistarse allí con don Juan, mientras que el Almirante escapó a Nápoles, para tratar con el rey Alfonso el Magnánimo⁸¹. Según García Rámila hubo intentos de negociación de Juan II tanto con el almirante como con el conde de Castro, para que regresasen a Castilla, ofreciéndoles el perdón, pero que no fructificaron.

MERCEDES DE SEÑORÍOS EN LA CORONA DE ARAGÓN EN COMPENSACIÓN POR LAS PÉRDIDAS EN CASTILLA

La utilización de la Corona de Aragón como reserva para ofrecer compensaciones a los miembros del partido de los infantes de Aragón, y a los propios infantes, por las pérdidas sufridas en Castilla, no ha sido puesta de relieve con el suficiente detalle por la historiografía. En primer lugar cabe recordar que el propio infante Enrique recibió sustanciosas mercedes de su hermano el rey Alfonso en momentos en que había tenido que sufrir pérdidas en su patrimonio castellano. Dado que al infante, muerto como consecuencia de las heridas sufridas en la batalla de Olmedo en 1445, le

80. *Ibid.*, p. 46.

81. *Ibid.*, p. 47.

sobrevivió un hijo llamado también Enrique, identificado con el sobrenombre de Infante Fortuna, importantes lugares de señorío y títulos de la Corona de Aragón terminaron formando parte del abultado patrimonio de linajes de alta nobleza castellana, descendientes de este nieto de Fernando de Antequera, entre los que figuran los duques de Medinaceli.

Cabe destacar el caso del condado de Ampurias, de larga y prestigiosa trayectoria en Cataluña. Dicho condado se incorporó a la corona catalanoaragonesa en tiempos de Martín el Humano, por lo que su esposa María de Luna pudo recibir el título de condesa de Ampurias. En 1409, sin embargo, el rey empeñó el condado a la Generalidad de Cataluña y a la ciudad de Barcelona. A pesar de ello Alfonso V concedió el título de conde de Ampurias a su hermano Enrique. Ya en 1418 le enviaba cartas intercediendo por individuos a los que por sus servicios deseaba premiar, para que Enrique, que era ya por entonces maestre de Santiago, los nombrase para el desempeño de oficios en el condado de Ampurias. Así, por un lado, le pidió que designase a su uxier de armas, mosén Pero Miro como procurador general en dicho condado catalán⁸². Y al día siguiente intercedió en favor del fiel de su tesorería, Johan de Gallach, para que fuese nombrado administrador del condado⁸³. Pero solo en 1456 la ciudad de Barcelona renunció a sus derechos adquiridos en el condado de Ampurias en tiempo del rey Martín⁸⁴. Gracias a ello, al año siguiente, en 1457, Alfonso V pudo ya por fin proceder a ceder el condado, sin ningún tipo de hipoteca, a su sobrino Enrique de Aragón y Pimentel⁸⁵.

Por lo que respecta al reino de Valencia, Alfonso V hizo merced a su hermano Enrique en 1436 de varios señoríos para que se pudiese mantener en tanto recuperaba las posesiones castellanas que había perdido como consecuencia de sus enfrentamientos con Álvaro de Luna. En concreto le concedió por privilegio el señorío de Segorbe, con Vall d'Uixó,

82. ACA, C, reg. 2564-15, Valencia, 14-V-1418.

83. ACA, C, reg. 2564-18, Valencia 15-V-1418.

84. Enrique Riera Fortiana, «Etapla barcelonesa del condado de Ampurias (1409-1456)», *Anal del Institut d'Estudis Empordanesos*, 11 (1976), pp. 259-285.

85. Cabe llamar la atención sobre un pequeño error que desliza en la identificación de la tercera línea de condes de Ampurias Miguel Ángel Ladero Quesada cuando afirma que se inició con un hijo bastardo de Juan II, Enrique, en tiempo de Fernando el Católico. «La consolidación de la nobleza en la Baja Edad Media», en *Poder político y sociedad en Castilla. Siglos XIII al XV. Selección de estudios*, Madrid, Dykinson, 2014, p. 387.

y sierra de Eslida, Benaguasil, Paterna y La Puebla de Vallbona. Con anterioridad, sin embargo, ya en 1430, este mismo monarca, crónicamente afectado por problemas financieros, había transferido la jurisdicción sobre las localidades de Paterna, Benaguasil y La Poble de Vallbona a la ciudad de Valencia para que la mantuviese hasta que le devolviese cierta cantidad de dinero que le había prestado entre 1427 y 1430. Como el dinero no fue devuelto, un largo proceso judicial se inició con posterioridad entre la corporación valenciana y los sucesores del infante Enrique, que no se resolvió de forma definitiva hasta el siglo XVII, cuando el duque de Segorbe, descendiente del infante Enrique y de su hijo el Infante Fortuna, pudo tomar posesión de estos lugares⁸⁶.

En una escala más modesta Diego Gómez de Sandoval también se benefició de la generosidad del monarca aragonés Alfonso V, que le hizo diversas mercedes de lugares de señorío, e incluso de títulos de nobleza, en reinos de la Corona de Aragón, para compensarle por las pérdidas patrimoniales que sufrió en tierras castellanas como consecuencia de su apoyo inquebrantable a la causa de los hijos de Fernando de Antequera.

Las mercedes de menor relevancia fueron las que obtuvo en el reino de Aragón, que además fueron más precarias, pues quedaron en la práctica anuladas poco después de haber sido efectuadas, con el argumento de que el motivo principal por el que se habían efectuado, compensar a Diego Gómez de Sandoval por las confiscaciones de su patrimonio decretadas por el rey Juan II de Castilla, desapareció tras serle restituidos sus bienes a raíz de su regreso a Castilla. Está bien documentado el caso de la baronía de Huesa y de la villa de Segura, con sus castillos y fortalezas, del condado de Luna, de las que le hizo merced Alfonso V en 1431. Este dirigió una provisión desde Barcelona el 30 de abril de ese año a mosén Johan de Sesse, comunicándole que había hecho donación a Diego Gómez de Sandoval de la baronía de Huesa y de la villa de Segura, con sus castillos y fortalezas. Johan de Sesse tenía, sin embargo, el castillo de Huesa en comanda de Alfonso V, por lo que este estimó necesario comunicarle formalmente

86. Francisco Javier Cervantes Peris, *La herencia de María de Luna. Una empresa feudal en el tardomedievo valenciano*, Segorbe, 1998, S. 256-8. Vid. También Máximo Diago Hernando, «The territorial politics of the Spanish towns from the middle ages to the beginning of the nineteenth century», en Michel Pauly y Martin Scheutz (eds.), *Cities and their spaces. Concepts and their use in Europe*, Colonia-Weimar-Viena, Böhlau-Verlag, 2014, pp. 217-234.

que estaba obligado a entregar al conde de Castro o a su procurador la posesión del mismo, al igual que la de las otras fortalezas, villas y lugares contenidos en la donación, cuando fuese requerido. Para que se llevase a efecto con más seguridad esta operación el rey había designado como procuradores con plenos poderes a mosén Martín Díez de Aux, baile general de Aragón, y a Antón Nogueras, su lugarteniente⁸⁷. En la misma fecha dirigió otra provisión al justicia, jurados, concejo y hombres buenos de Huesa, en la que proporcionaba más detalles sobre los motivos que justificaban la concesión de la referida merced. Aludió en concreto a los «grandes y señalados servicios» que el conde de Castro había prestado a su padre, el rey Fernando, y a él mismo, «en especial en tiempo de la guerra que tuvimos con Castilla». Por ello, para sustentación de su estado, y en recompensa del gran heredamiento y patrimonio que «por nuestro servicio ha dejado y desamparado en Castilla», le había donado Huesa y Segura⁸⁸. No hemos podido determinar en detalle la suerte que corrieron estos señoríos aragoneses, pero es probable que siguiesen en poder de Diego Gómez de Sandoval en 1436, pues Alfonso V escribió una carta a su hermano Juan desde el reino de Nápoles en la que le manifestaba que «hemos entendido que en las Cortes se promovería hacer novedades y enantamientos contra el conde de Castro por razón de las tierras y lugares que tiene y posee en el reino de Aragón y Valencia. De esto hemos tenido gran displacer, pues es servidor de todos nosotros, y los notables y agradables servicios que siempre nos ha hecho no merecen que le sea hecha novedad alguna, mayormente que por nuestro servicio hoy está en prisión». Por ello concluía solicitándole que proveyese «con todo afecto que no se haga ninguna novedad contra dicho conde»⁸⁹.

García Rámila sostiene que Alfonso V hizo merced en Lérida el 6 de marzo de 1431 a Diego Gomez de Sandoval de Borja y Malagón (sic)⁹⁰ por servicios prestados a su padre el rey Fernando, y a su hermano Juan. Y, aún

87. ACA, C, reg. 2582-39, Barcelona, 30-IV-1431. La provisión dirigida al baile general de Aragón, en ACA, C, reg. 2581-116v, Valdaura, 30-IV-1431.

88. ACA, C, reg. 2582-39v. Cartas con idéntico contenido se dirigieron al lugar de Munera y a Segura

89. ACA, C, reg. 2649-4, Gaeta, 28-II-1436.

90. Debe tratarse de un error, y que en lugar de «Malagón» quisiese decir «Magallón», que es un lugar de la provincia de Zaragoza próximo a Borja.

añade más, atribuyendo a este último la concesión, con licencia de su hermano el rey Alfonso V, de la ciudad de Balaguer, en Cataluña⁹¹. Cabe dudar mucho de la credibilidad de estas noticias, pues no hemos encontrado pruebas documentales que las confirmen. Sean o no ciertas estas informaciones proporcionadas por García Rámila, que paradójicamente no menciona, sin embargo, las mercedes de Huesa y Segura, mejor documentadas, interesa aquí sobre todo recalcar que el linaje Sandoval no pudo arraigar en el reino de Aragón, porque los lugares recibidos en señorío los perdió en un plazo bastante breve, porque el rey se los retiró, argumentando que con su regreso a Castilla había desaparecido el motivo principal de la donación. En concreto documentos del año 1438 demuestran que Huesa y Segura volvieron a incorporarse al real patrimonio, y Alfonso V pudo entregarlos a su secretario Juan de Olzina, al parecer a cambio del pago de treinta y cuatro mil florines. Por razones difíciles de precisar no ocurrió lo mismo, sin embargo, con los lugares obtenidos en merced en el reino de Valencia, como comprobaremos a continuación en el siguiente apartado.

SEÑORÍOS EN EL REINO DE VALENCIA

El condado de Denia fue el señorío de mayor relevancia obtenido por Diego Gómez de Sandoval de los hijos de Fernando de Antequera en la Corona de Aragón. Carlos López Rodríguez sostiene que en 1438 Alfonso V otorgó el título de conde de Denia a nuestro protagonista para compensarle por las represalias sufridas en su patrimonio de Castilla⁹². Pero debe tratarse de un error, pues en el Archivo de la Corona de Aragón se conservan documentos de fecha anterior a 1438 que van dirigidos a Diego Gómez de Sandoval, identificándole como conde de Castro y de Denia. Por ejemplo una carta de la reina María, esposa de Alfonso V, que le dirigió desde Tortosa, el 19 de mayo de 1434, solicitándole que tuviese por bien recomendar al consejero y promovedor de la Corte del rey Alfonso V y suya, mosén Francesc Martorell, y a sus hijos⁹³. Más acertados están García Rámila y Franco Silva, que coinciden en afirmar que fue el 3 de marzo de 1431 cuando Juan de Navarra hizo merced a Diego Gómez de Sandoval

91. García Rámila, *El gran burgalés*, p. 96.

92. López Rodríguez, *Nobleza y poder político*, p. 88.

93. ACA, C, reg. 2975-26.

del condado de Denia, que había sido creado por Pedro IV en favor de su pariente Alfonso de Aragón y había revertido a la Corona en 1425. También incluyó en la merced los lugares de Jávea y Ayora⁹⁴. Las noticias proporcionadas por estos autores son corroboradas por varios documentos de archivo. En concreto, por lo que toca a Ayora, los hay del año 1432 que prueban que este lugar pertenecía en esa fecha al señorío de Diego Gómez de Sandoval. Cabe destacar una carta dirigida a Juan, rey de Navarra, por Antón de Cardona, señor de un lugar ubicado en el Valle de Ayora llamado Zarra. En ella le hacía saber que los mudéjares residentes en dicho lugar durante la guerra contra Castilla que hacía poco se había librado, se refugiaron en la villa de Ayora, «que entonces era del rey de Navarra y ahora es del conde de Castro». Denunciaba que los oficiales del conde maltrataban a los dichos mudéjares, por lo que le pedía que encargase al conde que no consintiese que fuesen agraviados ni maltratados⁹⁵.

La villa de Denia fue el elemento más emblemático del patrimonio señorial obtenido por Diego Gómez de Sandoval en el reino de Valencia, aunque además de la misma obtuvo la de Jávea, localizada a escasa distancia. No hay constancia de que en ningún momento ni él ni sus sucesores perdiesen el control de estos dos lugares, pese a las numerosas vicisitudes por las que atravesó el patrimonio señorial del linaje Sandoval a lo largo del siglo XV, sobre todo en la Corona de Castilla, pero también en la de Aragón. Caso diferente fue el de Ayora, que en virtud de una serie de vicisitudes que analiza en detalle Franco Silva, terminó en poder del cardenal Mendoza, que compró el lugar por once mil libras y lo dejó en herencia a uno de sus hijos bastardos, el futuro marqués del Zenete. Pero en este caso conviene puntualizar que la pérdida de Ayora para los Sandoval no fue la consecuencia de ninguna confiscación, sino de transacciones en el seno de la propia familia⁹⁶.

94. García Rámila, *El gran burgalés*, p. 33. Franco Silva, «El linaje Sandoval y el señorío de Lerma» pp. 52-53. Añade que la merced de Ayora fue confirmada por el propio Juan en 20-XI-1441, y por su hijo el príncipe de Viana, Carlos, el 27-XI-1441, y de nuevo por este último en 3-VII-1448.

95. ACA, C, reg. 3172-96v, Barcelona, 17-X-1432. Sobre el mismo asunto de los mudéjares se escribió al conde de Castro para que no los maltratase, porque su señor, Antón de Cardona, era gran servidor del rey. ACA, C, reg. 3171-80v, Barcelona, 17-X-1432.

96. Alfonso Franco Silva, «La herencia patrimonial del gran cardenal de España Don Pedro González de Mendoza», *Historia. Instituciones. Documentos*, 9 (1982), pp.453-490. En particular pp. 458 y 474-475.

RECUPERACIÓN DE LA INFLUENCIA PERDIDA EN CASTILLA POR LOS SUCESOSES DE DIEGO GÓMEZ DE SANDOVAL Y LOS ORÍGENES DEL MARQUESADO DE DENIA

Diego Gómez de Sandoval murió en 1455 en Aragón, exiliado y con una parte importante del patrimonio que había logrado reunir en Castilla confiscado. En palabras de García Rámila, que reconoce que se sabe muy poco sobre sus últimos años de vida, se encontraba en el momento que le llegó la muerte «empobrecido, viejo y desamparado»⁹⁷. Su trayectoria proporciona, por consiguiente, una buena ilustración del cumplimiento del proverbio que reza: «Fortuna es inconstante y mudable, arrastrando tras de sí a los que antes había alzado».

Según García Rámila su cuerpo fue enterrado en un primer momento en la iglesia de San Francisco de Borja, pero poco después sus huesos fueron trasladados a Castilla, y se depositaron en el monasterio franciscano de Domus Dei, de La Aguilera (Burgos), junto con los restos mortales de su primera esposa, Beatriz de Avellaneda⁹⁸.

El proceso de recuperación de la influencia y patrimonio perdidos por parte de los sucesores de Diego Gómez de Sandoval fue largo, y no resulta fácil reconstruirlo en todos sus detalles, pues la documentación proporciona noticias muy fragmentarias, e incluso contradictorias al respecto. Las confiscaciones decretadas por el monarca castellano contra el que había sido su adelantado mayor de Castilla tuvieron a largo plazo unas consecuencias bastante desiguales. Lugares emblemáticos no llegaron a ser recuperados ni por él ni por sus descendientes. Destaca por su relevancia simbólica el caso del condado de Castrojeriz, que quedó en poder de la rama de los señores de Gormaz (Soria) del linaje Mendoza, a los que el rey hizo merced del título y la villa⁹⁹. Esta circunstancia nos permite, pues, tomar conciencia del verdadero alcance de la caída en desgracia con que culminó la trayectoria política de Diego Gómez de Sandoval en Castilla. Al mismo tiempo pone bien de relieve

97. García Rámila, *El gran burgalés*, pp. 48 y 75-6.

98. *Ibid.*, pp. 75-6.

99. *Ibid.*, pp. 104-6. Información detallada sobre las numerosas ramas del linaje de origen alavés de los Mendoza en D. Gutiérrez Coronel, *Historia genealógica de la casa de Mendoza*, Madrid, 1946, 2 vols.

la ferocidad de las luchas por el poder que se desataron en este reino durante el siglo XV.

Almansa, con su fortaleza, después de serle confiscada en castigo por su participación en la batalla de Olmedo, fue concedida en señorío por Juan II por privilegio de 3 de septiembre de 1445 a Alfonso Téllez Girón, padre de Juan Pacheco¹⁰⁰. Según se informa en otros documentos, esta donación fue consentida por los Sandoval. En concreto, por un documento otorgado en Cascante el 13 de agosto de 1456 por el hijo primogénito de Diego, Fernando, este reconoció que tanto su padre como su madre, Isabel Ladrón, habían consentido la dicha merced efectuada a Alfonso Téllez Girón por el rey. Y, en consecuencia, él procedió también a renunciar a cualquier derecho que le pudiera corresponder a dicho lugar por mayorazgo¹⁰¹.

También la villa de Cea de Órbigo (León) le fue confiscada por Juan II, y prometida acto seguido en señorío a Juan Pacheco¹⁰². Pero, según informa Franco Silva, volvió a poder de los Sandoval en 1456, fecha en que Juana Manrique, esposa de Fernando, tomó posesión de la villa¹⁰³. Pero el dominio de la misma por los Sandoval todavía tuvo que atravesar diversas vicisitudes, ligadas a los constantes vaivenes de la vida política castellana. En concreto Fernando de Sandoval y Rojas, por haber decidido apoyar a la facción nobiliaria que orquestó la deposición de Enrique IV en la llamada Farsa de Ávila, perdió el control de Cea en 1466, año en que se apoderaron de la villa dos caballeros al servicio de este monarca, Pedro de Guzmán y Juan de Hoces. Poco después, sin embargo, en marzo de 1467 el príncipe Alfonso, reconocido como rey por una parte importante de la alta nobleza, ordenó a los diputados de la Santa Hermandad de León que entregasen Cea a Fernando de Sandoval¹⁰⁴.

Diversas vicisitudes atravesó igualmente la posesión de Gumiel de Hizán, confiscada en 1445 en represalia por la participación en la batalla de Olmedo al lado de los infantes de Aragón. Más adelante en 1459

100. AHN, Nobleza, Frías, c. 129, d. 36-37.

101. *Ibid.*, c. 6, d. 4-5.

102. AGS, Patronato Real, 58-31. Documento otorgado en 20-X-1448.

103. Alfonso Franco Silva, «El linaje Sandoval y el señorío de Lerma», p. 54.

104. *Ibid.*, p. 54.

Enrique IV concedió en señorío la villa a Pedro Girón, pero parece que éste tropezó con dificultades para tomar posesión efectiva de la misma. Por otra parte, en la sección de Osuna del Archivo de la Nobleza se conservan dos escrituras otorgadas por miembros del linaje Sandoval, descendientes del primer conde de Castro, por las que vendieron a Alonso Téllez Girón, futuro conde de Ureña, las partes que les pertenecían por herencia en Gumiel de Hizán¹⁰⁵. Más adelante, sin embargo, los Girones perdieron la villa en represalia por haber militado del lado del rey de Portugal en la guerra de Sucesión. Y acto seguido, en 1475, los Reyes Católicos hicieron merced de la misma a Diego Gómez de Sandoval, nieto homónimo de nuestro protagonista, el cual llegó a ponerle cerco, fundamentando sus derechos en que había sido de su padre¹⁰⁶.

En cualquier caso, el decidido apoyo que Fernando el Católico prestó a los descendientes de Diego Gómez de Sandoval, dando así continuidad a la actitud mostrada por su padre, el rey Juan, se tradujo en la concesión de algunas importantes mercedes, que pudieron compensar en parte las pérdidas sufridas. Destaca la elevación del condado de Denia a la categoría de marquesado. Fue por privilegio del año 1484 a Diego de Sandoval y Rojas, nieto de nuestro protagonista, en premio a los servicios prestados durante las campañas contra el reino de Granada. Como consecuencia el título de marqués de Denia fue el principal título nobiliario que el linaje de Sandoval ostentó durante el siglo XVI, pese a tratarse de un título de la Corona de Aragón, y a que sus titulares desarrollaron su carrera política en Castilla. De hecho Diego, primer marqués de Denia, ostentó también otro título castellano, el de conde de Lerma, tomado de la villa que había sido concedida por Fernando de Antequera a su abuelo. Pero prefirió hacer uso del título valenciano. Tras su muerte en 1502 le sucedió como segundo marqués de Denia Bernardo de Sandoval y Rojas, quien se hizo célebre por haberle sido encargada la guarda de la reina titular de Castilla y de Aragón, doña Juana. Él y su esposa fueron los guardianes de la desdichada reina en Tordesillas cuando estalló la rebelión de las Comunidades, y los representantes de

105. AHN, Nobleza, Osuna, c. 80, d. 7-9 y c. 79, d. 31-32.

106. Ana Viña Brito, «Gumiel de Hizán, una villa en litigio entre el conde de Ureña y el de Castro», *Historia. Instituciones. Documentos*, 21 (1994), pp. 501-513,

las ciudades rebeldes se apoderaron de la persona de Juana para intentar utilizarla al servicio de su proyecto político¹⁰⁷.

LA VINDICACIÓN DE LA MEMORIA DE DIEGO GÓMEZ DE SANDOVAL POR SU DESCENDIENTE EL PRIMER DUQUE DE LERMA

El apoyo recibido de Fernando el Católico permitió, por consiguiente, a los descendientes de Diego Gómez de Sandoval recuperar gran parte de la influencia perdida por este en la Corona de Castilla. Pero hubo que esperar todavía bastante tiempo para que esta recuperación fuese llevada a su definitiva culminación. Fue en gran medida el resultado del empeño mostrado bastante tiempo después por su descendiente el primer duque de Lerma, Francisco de Sandoval y Rojas, por vindicar su memoria.

Cuando Fernando de Antequera, siendo ya rey de Aragón, hizo merced a su doncel y hombre de confianza, Diego Gómez de Sandoval, de la villa de Lerma, nada hacía prever que esta llegase a convertirse en un lugar tan célebre de la historia de España. La responsabilidad hay que atribuírsela al primer miembro del linaje Sandoval en ostentar el título ducal, el controvertido valido del rey Felipe III¹⁰⁸. No es este el lugar de entrar a hacer valoraciones sobre la significación de esta compleja figura histórica, a la que se han dedicado múltiples estudios. A nadie se le oculta que de no haber sido por él, la villa de Lerma no ofrecería hoy en día a los numerosos turistas que la visitan el extraordinario conjunto arquitectónico que emerge en medio de los campos de cereal de la árida meseta castellana.

107. Referencias sobre la actuación de los marqueses de Denia como guardianes de la reina Juana, y de su hija pequeña Catalina, futura reina de Portugal, en Bethany Aram, «Feminismo relacional y cultura material. La reina Juana, la infanta Catalina y el dinasticismo frente a las Comunidades», en István Szászdi León-Borja, y María Jesús Galende Ruiz (eds.), *Mujeres en armas. En homenaje a María Pacheco y a las Comuneras*, Centro de Estudios Camino de Santiago, Sahagún, 2020, pp. 399-411. Gilliam B. Fleming, «Holy Junta and Mystic Body», *Ibid.*, pp. 413-442.

108. Patrick Williams, *The great favourite. The Duke of Lerma and the court and government of Philip III of Spain, 1598-1621*, Manchester-New York, Manchester University Press, 2006.

Aquí nos interesa, sin embargo, centrarnos en el análisis de un aspecto en concreto de las actuaciones del primer duque de Lerma que guarda relación directa con la figura de Diego Gómez de Sandoval, en la que hemos centrado nuestra atención en el presente trabajo. Nos referimos a las que tuvieron como objetivo expreso vindicar su memoria, compensándole en cierta medida por el tratamiento injusto que le habría dispensado la monarquía castellana a mediados del siglo XV.

En primer lugar hay que referirse a su decisión de trasladar en el año 1602 sus restos mortales desde el convento franciscano de La Aguilera, a donde habían sido llevados desde Aragón, hasta la iglesia de San Pablo, del convento dominico de Valladolid, para que reposasen junto a los suyos cuando le alcanzase a él el momento de la muerte¹⁰⁹. El año anterior, en junio de 1601, el duque había adquirido por compra el patronato del monasterio cisterciense de Nuestra Señora de Belén en esta misma ciudad, pagando por dicho derecho la modesta cuantía de 9.329, pues se trataba de una fundación que albergaba muy pocas monjas, al parecer tan solo seis en aquel momento¹¹⁰. Este patronato tenía un evidente componente simbólico, puesto que el convento tenía por sede las casas en que había vivido Diego Gómez de Sandoval, y había sido fundado por la marquesa de Denia, casada con uno de sus descendientes¹¹¹.

En este proceso de vindicación de la memoria de Diego Gómez de Sandoval, se inscribe, por fin, la decisión tomada por Felipe III de compensar al duque de Lerma, por la confiscación de sus bienes en tiempos de Juan II. En efecto, en 1607 el monarca ratificó el fallo de un largo proceso judicial, por virtud del cual el Consejo Real reconoció al duque el derecho a percibir las rentas sobre los 44 lugares que habían formado parte de las

109. Patrick Williams, *The great favourite. The Duke of Lerma and the court and government of Philip III of Spain, 1598-1621*, Manchester-New York, Manchester University Press, 2006. p. 83. Por error este autor sostiene que los huesos fueron trasladados a Valladolid desde Aguilar, y, aunque no precisa más, da la impresión de que se refiere a Aguilar de Campoo.

110. *Ibid.*, p. 84. A título comparativo interesa hacer constar que el duque entre 1601 y 1606 invirtió 128.575 ducados para reedificar la iglesia de San Pablo, 6.116 ducados para hacer obras en el monasterio de Nuestra Señora de Belén y 15.825 ducados para edificar el monasterio de San Diego, dentro de los terrenos del palacio real de Valladolid. *Ibid.*, p. 83.

111. Diago Hernando, «Monasterios cistercienses».

llamadas «tierras de la recompensa», las cuales se calculó que importarían 7.694 ducados anuales¹¹². Con esta decisión judicial no solo se rehabilitaba el buen nombre de Diego Gómez de Sandoval, sino que de paso se proporcionaba una importante inyección de liquidez a su descendiente, el duque de Lerma, que le ayudase a cubrir sus faraónicos gastos.

CONCLUSIONES

En un siglo como el XV en que vivieron personajes como Álvaro de Luna, Juan Pacheco o Beltrán de la Cueva, no resultaría plenamente acertado calificar el ascenso de Diego Gómez de Sandoval de espectacular. Y ello a pesar de que su posición de partida era de extrema modestia, dada su condición de huérfano sin apenas patrimonio señorial. Solo la posición de influencia alcanzada por su tío materno, Sancho de Rojas, en la corte, pudo en cierta medida compensar tan humildes orígenes. Y sin duda resultó determinante para que Fernando de Antequera como regente de Castilla le nombrase, cuando todavía era muy joven, para el desempeño del oficio de adelantado mayor de Castilla, desplazando a un linaje de la más acrisolada nobleza, con larga trayectoria en el desempeño del mismo, el de los Manrique. En fases más avanzadas de su carrera, aunque logró reunir un importante patrimonio, este no admite comparación por sus dimensiones con el de cortesanos como los mencionados Álvaro de Luna, Juan Pacheco o Beltrán de la Cueva. Pero, a la hora de valorar la singularidad del perfil de nuestro protagonista, sí interesa destacar que dicho patrimonio se repartió entre la Corona de Castilla y la de Aragón, e incluso formó parte del mismo un derecho percibido por los monarcas aragoneses en el reino de Sicilia. Esta circunstancia hay que ponerla en relación con la estrechísima vinculación política que estableció con Fernando de Antequera y sus hijos. Gracias a la misma fue el primer noble castellano que logró irrumpir como señor de vasallos en el reino de Valencia, y pudo transmitir su condición de tal a sus descendientes, hasta el fin del Antiguo Régimen. Más adelante otros linajes de origen castellano continuaron por la misma senda, logrando reunir un importante patrimonio en este reino. Destaca desde este punto de vista el linaje Mendoza, que gracias al empeño del cardenal arzobispo de Toledo, Pedro González

112. Patrick Williams, *The great favourite*, pp. 140-1.

de Mendoza, se hizo con la posesión de numerosos señoríos valencianos que legó a uno de sus hijos bastardos, el que pronto se convertiría en primer marqués del Zenete, el cual estuvo presente en Valencia durante la conflictiva etapa de la rebelión de las Germanías, siendo virrey su hermano el conde de Mélito, otro de los hijos bastardos del cardenal. La penetración de los Mendoza en Valencia no resulta, sin embargo, equiparable por sus características a la de Diego Gómez de Sandoval, pues se logró en gran medida gracias a masivas inversiones en compras¹¹³. La de este último, por el contrario, fue resultado del favor que le dispensó la rama aragonesa de la dinastía Trastámara. Así hemos tratado de ponerlo de relieve en el presente trabajo, con el que hemos tratado de realizar una modesta contribución al análisis del proceso de intensificación durante el siglo XV de los contactos políticos y socioeconómicos entre los distintos reinos ibéricos que se terminaron agrupando bajo una misma monarquía a partir del reinado de Carlos I.

113. Analiza con sumo detalle el proceso Alfonso Franco Silva, «La herencia patrimonial del gran cardenal».

PEDRO AFONSO DE BARCELOS OBSERVADOR E VIAJANTE EM CASTELA E ARAGÃO: PERSPETIVAS CRUZADAS¹

ISABEL BARROS DIAS

Universidade Aberta e IELT | IEM (NOVA-FCSH)

Pedro Afonso de Barcelos (c. 1280-1354), efetuou diversas viagens peninsulares ao longo da sua vida², nomeadamente:

1. Ida a Castela e Aragão, no séquito do seu pai, o rei D. Dinis, quando este foi mediador entre Fernando IV, de Castela, e Jaime I, de Aragão (Sentença Arbitral de Torrellas, em 1304);

2. Exílio em Castela, na sequência dos confrontos que marcaram os últimos anos do reinado do seu pai, D. Dinis (morre em janeiro de 1325), resultado das dissensões que opuseram o infante herdeiro, D. Afonso, ao seu meio-irmão, Afonso Sanches, e a subsequente revolta do infante contra o próprio pai, que desembocou numa guerra civil³. Este exílio

1. Uma versão inicial deste trabalho foi apresentada no colóquio «Os intercâmbios peninsulares na baixa Idade Média: as elites e a cultura» (Porto, FLUL, 16-18 de outubro de 2019). Agradeço a todos os que, neste evento, debateram o estudo então apresentado, durante a respetiva sessão e fora dela, uma vez que o diálogo é o maior estímulo à reflexão e ao aperfeiçoamento de pesquisas em curso.

2. Estas deslocações são identificadas e listadas por Luís Filipe Lindley Cintra no seu estudo introdutório à edição da segunda redação da *Crónica de 1344*: vol. I de *Crónica Geral de Espanha de 1344* (ed. de Luís Filipe Lindley Cintra), Lisboa, IN-CM, 1954-1990, 4 vols. Para além deste estudo, foram também consideradas as seguintes biografias: José Augusto de Sotto Mayor Pizarro, *Linhagens Medievais Portuguesas: genealogias e estratégias 1279-1325*, Tese de Doutoramento em História da Idade Média, apresentada à Faculdade de Letras da Universidade do Porto em 1997, vol. I, pp. 185-189, disponível em: <https://repositorio-aberto.up.pt/handle/10216/18023> [consultado em março de 2021] e António Resende de Oliveira, «O genealogista e as suas linhagens: D. Pedro, Conde de Barcelos», *e-Spania*, 11, 2011, disponível em: <https://journals.openedition.org/e-spania/20374> (consultado em março de 2021).

3. A associação de D. Pedro Afonso com o infante D. Afonso está patente nas acusações que D. Dinis faz ao infante no seu manifesto de 1 de julho de 1320, publicado por Fernando Félix Lopes, «O primeiro manifesto de El-Rei D. Dinis contra o infante D. Afonso seu filho e herdeiro», *Itinerarium*, n.º 55, 1967, pp. 17-45 [separata: pp. 3-31]. Neste

terá tido início em meados de 1317 e durou quatro anos e meio (L.F.L. Cintra, *Crónica de 1344*, vol. I, pp. CXLV-CLI). Em 1322, o conde já se encontrava novamente em Portugal, tendo então assumido uma postura conciliatória, em colaboração com a sua madrastra, a rainha D. Isabel, sendo reintegrado⁴. Durante o seu exílio, Pedro Afonso de Barcelos terá vivido na corte de Maria de Molina, regente entre 1295 e 1301 (menoridade do filho, Fernando IV) e de 1312 até ao seu falecimento, em 1321 (menoridade do neto, Afonso XI). Entre 1317 e 1322, o conde terá viajado pela Península e talvez também para fora dela⁵.

3. Participação em confrontos contra Castela, em 1336, quando Afonso XI bloqueou a vinda para Portugal de D. Constança Manuel para casar com o infante Pedro, o que provavelmente terá sido penoso para

documento, o rei manifesta o seu desgosto por Pedro Afonso ter sido elemento de ligação entre o infante e João Nunes de Lara (então também desavindo com o rei de Portugal) (p. 14-15) e mina a aliança entre o seu filho mais velho e o seu herdeiro, declarando que este último odiava o irmão enquanto ele se tinha mantido fiel ao rei (p. 20). F. Félix Neto sublinha ainda as diferenças entre esta versão dos acontecimentos, relatada por D. Dinis, e a reportada por D. Pedro Afonso na *Crónica de 1344* (p. 15).

4. Sobre este assunto, ver F. Félix Lopes, «Santa Isabel na contenda entre D. Dinis e o filho 1321-1322», *Lusitania Sacra*, vol. 8, 1970, pp. 57-80, que refere um pedido de ajuda que o infante revoltoso D. Afonso envia, em dezembro de 1321, ao seu meio-irmão Pedro Afonso (p. 68) e a presença deste último na intervenção pacificadora de D. Isabel junto de D. Dinis, em março de 1322 (p. 75) e o subsequente perdão dos revoltosos (p. 80).

5. Infelizmente, é muito diminuta a informação sobre as deslocações e os relacionamentos do conde durante o seu exílio, tal como lamenta A. Resende de Oliveira, «O genealogista e as suas linhagens...», nota 42. Porém, o artigo de F. Félix Lopes, «Alguns documentos respeitantes a D. Pedro conde de Barcelos», *Colectânea de Estudos de História e Literatura*, Lisboa, Academia Portuguesa da História, 1997, vol. III, pp. 223-238 inclui a transcrição de duas cartas de Jaime II de Aragão, ambas de 1319, uma para D. Pedro Afonso (n.º XVIII – p. 237) e outra para a rainha D. Isabel (n.º XIX – p. 237-238), dando-lhe conta da resposta dada ao seu enteado. Da carta dirigida à rainha de Portugal depreende-se que esta escrevera ao irmão a perguntar se o conde estava em Aragão. O facto de a questão ter sido colocada implica, por um lado, que o conde provavelmente não estaria em Castela e, pelo outro lado, que havia a possibilidade de se ter dirigido a Aragão. Das duas respostas percebe-se que D. Pedro Afonso terá tido intenção de se dirigir, ou à corte do rei Roberto de Nápoles, ou à do rei Frederico da Sicília, uma vez que terá pedido conselho a Jaime II sobre qual seria a melhor opção a tomar, questão a que o rei de Aragão se escusou a responder.

o conde de Barcelos, dada a amizade que o unia a Afonso XI, seu sobrinho, desde os tempos da sua estadia em Castela (L.F.L. Cintra, *Crónica de 1344*, vol. I, pp. CLXII-CLXIII). Nesta ocasião, D. Pedro Afonso participou numa incursão na Galiza, com a finalidade de impedir uma invasão de Portugal.

4. Envolvimento nos preparativos da Batalha do Salado / Tarifa (1340), na qual Portugal ajudou Afonso XI contra uma aliança de forças muçulmanas. D. Pedro Afonso não participou nesta batalha, por motivo de doença⁶.

O presente estudo concentra-se na primeira destas viagens e no relato que dela terá feito o próprio conde de Barcelos. Uma vez que terá sido durante a sua segunda deslocação peninsular que D. Pedro Afonso se terá familiarizado mais amplamente com a historiografia castelhana da época (dada a extensão temporal e a localização predominante desta estadia), o período do seu exílio também será tido em conta.

A viagem de Pedro Afonso a Castela e Aragão, no verão de 1304, na companhia do seu pai e da sua madrastra, a rainha D. Isabel, deu-se no quadro do processo que culminou nos encontros de Agreda/Taraçona e subsequente Sentença Arbitral de Torrellas, a seguir ajustada no Tratado de Elche (1305). Muito resumidamente, esta decisão / sentença (da qual D. Dinis foi um dos juízes) pôs fim a uma guerra entre Aragão e Castela (1296-1304), pelo controle do reino de Múrcia, dividindo o território entre os dois soberanos. Nesta ocasião, foi também resolvida a questão que opunha o rei Fernando IV a Afonso de Lacerda, que reclamava os seus

6. A justificação encontra-se nos manuscritos castelhanos que traduziram a segunda redação da *Crónica de 1344*, editados por Maria do Rosário Ferreira (dir.), *De Afonso X a Afonso XI. Edição e estudo do texto castelhano dos reinados finais da 2ª redação da Crónica de 1344*, Paris, e-Spania Books, 2015 – disponível em <https://books.openedition.org/esb/698> [consultado em março de 2021]: «Ca el conde don Pedro, que era hermano del rey don Alfonso, luego que ovo su recabdo se partió de su tierra, non enbargando que era mucho enfermo e gelo defendieron los físicos. E yendo por el camino, acrescentóle el dolor, e ya tanto que non podía ir. E esto fue por quatro vezes. E quando esto vio, fízose levar en andas. Pero con todo esto fízose la vatalla entretanto, de la qual cosa, porque non legó a ella, le pesó muy mucho. E esto mesmo aconteció a otros ricos omnes e vasallos del rey, que quisieran con él estar en aquella vatalla e non pudieron porque eran mucho alongados.» (ms. U, § 135). A mesma passagem pode ser encontrada em *id.*, ms. Q2, § 151 e ms. S, § 177.

direitos ao trono de Castela⁷ e que acede a abandonar as suas reivindicações em troca de terras e rendas.

O episódio tem sido estudado, desde o ponto de vista da História, por vários autores e desde perspectivas diversas (importância para os diferentes reinos envolvidos; história das relações diplomáticas peninsulares ou ainda reflexões sobre a maior ou menor coerência do tratado em si e a sua posterior (des)valorização)⁸. Acresce o facto de a documentação existente relativa à ocasião se encontrar publicada, nomeadamente no que se refere aos preparativos e aos acordos alcançados⁹, bem como

7. Sobre os problemas sucessórios que se seguiram ao falecimento de Afonso X de Castela e as estratégias de legitimação a que os partidos em confronto recorreram, já muito foi escrito. Veja-se, por exemplo, os artigos de Jerry R. Craddock, «Dynasty in Dispute: Alfonso X el Sabio and the Succession to the Throne of Castile and Leon in History and Legend», *Viator*, 17, 1986, pp. 197-219; Georges Martin, «Alphonse X maudit son fils», *Atalaya*, 5 (L'invective au Moyen Âge), 1994, pp. 151-179 ou Fernando Arias Guillén, «El linaje maldito de Alfonso X. Conflictos en torno a la legitimidad regia en Castilla (c. 1275-1390)», *Vínculos de Historia*, 1, 2012, pp. 147-163.

8. Nomeadamente por José Augusto de Sotto Mayor Pizarro, *D. Dinis*, Rio de Mouro, Círculo de Leitores, 2005, pp. 115-124; César González Mínguez, «Fernando IV de Castilla (1295-1312): Perfil de un reinado», *Espacio, Tiempo y Forma*, serie III, 17, 2004, 223-244 e Stéphane Péquignot, *Au nom du roi. Pratique diplomatique et pouvoir durant le règne de Jacques II d'Aragon (1291-1327)*, Madrid, Casa de Velazquez, 2009, cap. X, disponível em: <https://books.openedition.org/cvz/576> [consultado em março de 2021]. Para dois estudos mais específicos, veja-se José Vicente Cabezuelo Pliego, «La proyección del Tratado de Torrellas. Entre el revisionismo político y la negación mental», *Medievalismo*, 20, 2010, pp. 203-237 que passa em revista as críticas que foram feitas à sentença de Torrellas e ao subsequente tratado de Elche por diversos historiadores, discutindo a sua fraca razoabilidade (pp. 210 e 226-227) e Bernardo de Sá Nogueira, «Why was it nearly forgotten? The 1304 Agreda Treaty between Fernando IV of Castile and Jaume II of Aragon», *e-Journal of Portuguese History*, vol. 10, n.º 2, 2012, pp. 1-22 que defende que a memória deste tratado não interessava, por um lado, nem à dinastia de Avis, nem à de Bragança por causa das referências aos laços de vassalagem relativamente a Castela (dizer que esses laços deixaram de existir era admitir que tinham existido); pelo outro lado, também não interessava a Castela, nem depois à Espanha por tratar-se de documentos onde um rei de Castela, Fernando IV, punha legalmente fim a direitos sobre Portugal (p. 19).

9. Veja-se o chamado *Livro das Lezírias*, da Chancelaria de D. Dinis, cujos primeiros sete documentos se referem a estes sucessos: *O Livro das Lezírias d'el Rei Dom Dinis* (ed. de Bernardo de Sá Nogueira), Lisboa, CHUL, 2003, pp. 43-57. O livro reúne «treslados» de documentação e já estaria formado em 1306 (p. 11). Veja-se também a edição da *Crónica de Fernando VI*, de A. Benavides, *Memorias del rey D. Fernando IV de Castilla*

informações relativas às ofertas trocadas¹⁰. O estudo que agora se apresenta opta por uma perspetiva diferente, uma vez que a área científica de abordagem é a dos Estudos Literários / Literatura Comparada. Assim, o objetivo deste artigo não consiste na verificação da maior ou menor coincidência entre a documentação existente e os relatos cronísticos, ainda que pontualmente e quando pertinente se verifique o recurso a informações históricas. A parcialidade das crónicas medievais é assumida como um dado adquirido, a seguir explorada graças ao contraste de testemunhos diversos sobre um mesmo acontecimento. Assim, partindo do relato de Pedro Afonso de Barcelos sobre o sucedido nos encontros de Agreda / Tarazona interessa-nos sobretudo: 1) inquirir da possibilidade de se terem verificado processos de leitura ativa e de diálogo entre crónicas produzidas em diferentes pontos da Península, e 2) perceber as estratégias textuais inerentes à expressão de entendimentos divergentes sobre um acontecimento específico e respetivo(s) protagonista(s), eventualmente decorrentes de perceções e de tensões efetivas do momento, e que assomam como diferentes olhares que se cruzam e que nem sempre veem o mesmo.

A SENTENÇA ARBITRAL DE TORRELLAS REPORTADA POR PEDRO AFONSO DE BARCELOS

Pedro Afonso de Barcelos refere-se ao episódio nas suas duas obras historiográficas. Uma primeira referência ao episódio surge no *Livro de Linhagens do Conde D. Pedro*, se bem que no título 7º, um dos títulos que terá sofrido intervenções. No entanto, esta passagem em concreto não deverá

(ed. de António Benavides), Madrid, Imprenta de José Rodriguez, 1860 (2 tomos), cujo 2º volume transcreve documentação relativa aos acontecimentos referidos na crónica (p. 413 ss.).

10. Um documento com a relação dos objetos oferecidos por Jaime II no encontro real de Tarazona (17 de agosto de 1304) foi publicado por J. Ernesto Martínez Ferrando, «La cámara real em el reinado de Jaime II (1291-1327). Relaciones de entradas y salidas de objetos artísticos», *Anales y boletín de los museos de arte de Barcelona*, vol. XI, 1953-1954 (documento 8 - pp. 13-16). Agradeço a Diana Martins, a informação sobre esta publicação. Em S. Péquignot, *Au nom du roi...*, cap. X, o quadro 20 sistematiza os vários presentes oferecidos pelo rei Aragão aquando da Sentença de Torrellas.

ter sido objeto de manipulações¹¹. O tom seco e objetivo da narrativa que aqui encontramos é compatível com a versão mais antiga desta obra, uma vez que as manipulações posteriores atualizaram informações, num caso e, no outro, ampliaram pontos específicos. O excerto diz o seguinte:

Este rei dom Denis foi a Castela e chegou a Aragom a ùa vila que dizem Taraçona com a rainha dona Isabel, sa mulher, a meter pazes antre el rei dom James d'Aragom, filho d'el rei dom Pedro, seu padre, e antre el rei dom Fernando de Castela, filho d'el rei dom Sancho; esto foi no mes d'Agosto da era de mil CCC XL II annos. E por quanto foi, tanto endereçou, e veo pera seu reino com grandes vitorias. (*Livro de Linhagens*, tit. 7D3 – vol. II/1, p. 130)

A segunda obra é a *Crónica de 1344*. Recorremos ao texto da segunda redação, que é uma versão reelaborada. No entanto, e graças a descobertas recentes, afigura-se possível confirmar que a passagem mais desenvolvida do episódio (contida na parte que conta a história dos reis de Portugal) já se encontraria na primeira versão da crónica¹². Aliás, o

11. Conforme diz José Mattoso na «Introdução» à sua edição do *Livro de Linhagens do Conde D. Pedro* (ed. de José Mattoso), Lisboa, Academia das Ciências (Portugaliae Monumenta Historica), 1980, vol. II/1, pp. 43-44.

12. Francisco Bautista e Filipe Alves Moreira, «Para a tradição textual da Crónica de 1344: dois manuscritos da versão original», *Zeitschrift für romanische Philologie*, 2021, 137 (1), pp. 183-216 noticiam a identificação de dois manuscritos miscelâneos (uma cópia de Florián de Ocampo e outro manuscrito, dependente deste) que, ao que tudo indica, transmitem a parte final da história de Pedro Afonso de Barcelos na sua versão primitiva. Entre os exemplos de comparação textual fornecidos no artigo, um refere-se aos eventos aqui em estudo, uma vez que o manuscrito de Ocampo inclui uma referência a uma vinda do infante D. João de Castela a Coimbra, como emissário do rei de Castela, que não consta da segunda redação da crónica portuguesa, mas que constaria da redação original. Esta notícia coincide com a documentação aduzida por F. Félix Neto, «Actividades Pacificadoras de S. Isabel de Portugal nos Dissídios entre Castela e Aragão, de 1300 a 1304», *Itinerarium*, 1967, n.º 57, pp. 288-339 [separata: pp. 5-56]. Neste artigo são publicados vários documentos, sobretudo cartas, que demonstram, não só que a guerra entre Castela e Aragão suscitou esforços de pacificação muito anteriores a 1304, mas também a intensa participação do infante D. João nestes processos (a vinda a Coimbra é referida em cartas transcritas nas pp. 48-49). Agradeço ainda a Filipe Alves Moreira a informação quanto à inexistência de diferenças de fundo entre estes manuscritos e o texto editado por L.F.L. Cintra, no que se refere ao episódio aqui em análise, à exceção da passagem acima refe-

tom vivido da narrativa existente nesta redação da *Crónica* foi um dos argumentos usados por Lindley Cintra para atribuir a redação inicial desta obra a Pedro Afonso de Barcelos, dada a sua integração nesta embaixada:

Esta viagem de D. Dinis a Aragão é narrada na *Crónica* com uma abundância de pormenores só igualada no trecho final do reinado, referente às sucessivas rebeliões do infante D. Afonso contra seu pai. Sob este aspecto, coincide a *Crónica* com o esquema do mesmo reinado que se lê no *Livro das Linhagens*. Esse esquema reduz-se a uma referência ao casamento e à descendência do Rei, a um rápido relato da expedição contra Fernando IV, à descrição, mais demorada, da intervenção do Rei português para restabelecer a paz entre os outros dois reinos cristãos da Península e a uma narração bastante pormenorizada das revoltas do infante. Observe-se que a maior demora e pormenorização coincidem com períodos de intervenção activa do conde de Barcelos nos acontecimentos: acompanhou seu pai a Aragão; participou nas trágicas lutas do fim do reinado.

O relato da mediação de D. Dinis que encontramos na *Crónica* é quase um diário de viagem; permite-nos traçar com todo o rigor o itinerário seguido pelo Rei, a Rainha e o séquito de ambos. (L.F.L. Cintra, *Crónica de 1344*, vol. I, pp. CXXXIV-CXXXV)

Com efeito, são vários os indícios que nos remetem para um testemunho direto dos acontecimentos, nomeadamente apontamentos como os seguintes:

ca elle avya outros filhos que non erã da reÿa, dos quaaes diremos adeante, que ficaram no regno cõ o iffante, senõ hũu que avya nome dõ Pedro, que

rida e de outra que se refere à pertença de algumas das terras em litígio a Afonso de Lacerda. No entanto, a questão das variações relativamente às zonas que ficaram para cada uma das partes não é aqui abordada, apesar do seu interesse, uma vez que este trabalho se centra no modo como as diferentes crónicas descrevem o acontecimento em si. Os restantes mss. da primeira redação da *Crónica de 1344* não são pertinentes para o presente estudo uma vez que o texto mais completo, do ms. 2656 da Universidade de Salamanca, está truncado no final e o fragmento existente na biblioteca do El Escorial (&-II-1) também não inclui este episódio (estes mss. são apresentados por L.F.L. Cintra, *Crónica de 1344*, vol. I, pp. CDXC-CDXCIII).

despois foi conde en Portugal, que entõ era mayor de dias que os outros. E este foy com seu padre esta vez. (*Crónica de 1344*, vol. IV, p. 248)

E este rey dom Denis mandou seu filho dõ Pedro a Almagã por dõ Fernãdo, irmão de dom Affonso [Afonso de Lacerda], e fezeo ficar cõ el rey de Castella e fazelhe fazer muyto bem. (*Crónica de 1344*, vol. IV, p. 251)

Tratar-se-á, porém, de acontecimentos recordados a 40 anos de distância, uma vez que a viagem teve lugar em 1304 e a primeira redação da *Crónica* data de 1344. Em todo o caso, em 1304, Pedro Afonso já era um jovem adulto, logo, um participante pleno dos acontecimentos.

Para além dos apontamentos de índole mais pessoal, é igualmente importante o facto de existirem alusões cruzadas, ecos que reiteram a informação (e a sublinham), como se verifica, primeiro, na história dos reis de Aragão (época de Jaime II):

E, per esta maneira, [Jaime II] cobrou o mais do reyno de Murça e teveo assy sempre ataa o tempo que el rey dom Denis de Portugal foy a Aragõ e pos paz e amor antre el rey dom Fernando de Castella e el rey dom James e fez entregar a el rey dom Fernando a vylla de Murça, com todallas outras villas e castellos que lhe el rey dom James tiinha tomados. (*Crónica de 1344*, vol. III, p. 290)

Seguidamente temos a versão mais desenvolvida, na história dos reis de Portugal. Posteriormente encontramos uma reiteração numa nota sobre a sucessão de Afonso X, reportada na sequência da história do casamento de Fernando III e das contendas entre França e Castela:

Mas depois, a cabo de gram tempo, el rey dom Denis de Portugal e neto del rey dom Afonso de Castela, filho da rainha dona Beatriz, sua filha, foy a Aragon partir a contenda que era antre el rey dom Fernando de Castella, seu genrro, e el rey dom James d'Aragon, seu cunhado, e aveoos muy bem. E entõ trouve preitesia con dom Afonso de Laçerda que se chamava rey de Castella e cõ el rey dom Fernando que o era. E a preitesia foy firmada en esta guisa: [...] E per el rey dom Denis recebeo muyto bem e muyta honrra a casa de Castella, segundo aquy contamos. (*Crónica de 1344*, vol. IV, p. 365)

E ainda outra referência breve que ocorre na história do rei Fernando IV, tal como reportada pelas traduções castelhanas da segunda redação da *Crónica de 1344*¹³:

E después a grand tienpo, el rey don Donís, a ruego del rey don Ferrando de Castilla e del rey don Jaimes de Aragón, ovo de ser juez entre ellos e partir la contienda sobre que eran desabenidos. E esto por otorgamiento del Papa, que le enbió rogar que partiese la contienda. E él avínolos muy bien e mucho a honra de cada uno d'ellos. E otrosí avino el rey don Ferrando con don Alfonso de Lacerda, que se llamaba rey de Castilla, en esta guisa que ese don Alfonso relinquiese todo el drecho que abía en Castilla, e que non traxiese sello nin pendón de las senales de Castilla, e que non se llamase rey en su casa nin fuera d'ella. E si por ventura se llamase rey en su casa e troxiese sello con las senales de Castilla, que perdiese todos los castillos e vilas qu'el rey don Ferrando le diera, e que quedase libremente Castilla a don Ferrando sin ninguna contienda. Mas por tienpo fue qu'el rey don Ferrando {f 188rb} fue cierto que traía don Alfonso pendón con las senales de Castilla. E por esta razón le tomó el todo quanto abía en Castilla, segund ya oístes en la istoria del rey don Donís. (*Crónica de 1344* – trad. cast., ms. S, § 140-141)

Os quatro capítulos (DCCXX- DCCXXIII, Vol. IV: pp. 246-252) que, na secção dedicada aos reis de Portugal da *Crónica de 1344*, relatam em detalhe a viagem a Aragão caracterizam-se pelo seu tom encomiástico relativamente a D. Dinis. Dois atributos marcam-no como governante perfeito: a sua capacidade para fazer justiça e a sua liberalidade. Aliás, o episódio é enquadrado, precisamente, por referências a D. Dinis como justiceiro no seu próprio território:

—no início do episódio: «andou per seu regno corregendo a terra e fazendo justiça» (*Crónica de 1344*, vol. IV, p. 246);

—no final do episódio: «Tornouse el rey dom Denis pera sua terra muy honrrado e bem andante e assy vyveo ã ella ã todos os seus dias, fazendo muyta justiça e ben aos seus naturaes». (*Crónica de 1344*, vol. IV, p. 252)

13. Maria do Rosário Ferreira (dir.), *De Afonso X a Afonso XI...* Cito a passagem do ms. S aleatoriamente, pois passagens equivalentes podem ser encontradas nos outros dois manuscritos transcritos: ms. U, § 92-93 e ms. Q2, § 115-116.

O encómio do rei é especialmente notório quando são apresentadas as razões que levaram os reis de Castela e de Aragão a escolhê-lo como juiz, quando instados a escolher um árbitro pelo próprio papa (o que imprime uma importância e uma dignidade acrescidas à incumbência):

E elles [reis Fernando IV e Jaime II], vëedo o mãdado do Papa, ouverõ acordo cada hũu cõ seus cõselheiros e acharom antre sy, en acordo d'ambas as partes, que en toda Espanha nõ era homẽ a que esto tanto pertẽcesse como a el rey dom Denis de Portugal. E esto por duas razõoes: a primeira, por que era muy boo rey e muy derecho; e a segũda, por que avyam ambos com elle grande divido, ca el rey dõ Fernando era seu genrro e el rey dõ James era seu cunhado, irmão da reya dona Isabel, sua molher. E cada hũu delles mandou dizer ao Papa que el rey dom Denis de Portugal era muy derecho e muy boo e que non avya ã Espanha outro tal como elle e que tevesse por bem de lhe ãvyar seu recado que o fizesse. (*Crónica de 1344*, vol. IV, pp. 247)

O estatuto de D. Dinis é transmitido também pela dimensão das honras que lhe são feitas:

chegou a elle Diego Garcia de Tolledo cõ recado del rey de Castella en que o mãdava cõvydar cõ toda sua cõpanha en quanto fosse per Castella tam bẽ de hyda como de viinda. E outrossi lhe tragia as chaves de todas as villas e castellos per honde elle mãdara dizer a el rey de Castella que queria hir por razõ dos mãtiimentos que avya mester pera suas cõpanhas. E Diego Garcia lhe disse como lhe el rey de Castella mandava entregar os alcaceres em que pousasse com a reya sua mulher. (*Crónica de 1344*, vol. IV, pp. 248-249)

Seguidamente, o rei mostra-se bastante cortês e modesto (também virtudes do perfeito cavaleiro) na sua resposta à oferta que lhe fora feita:

El rey dõ Denis lho agradeceo muyto, mas disse que esto nen seu cõvyte nõ queria, ca lhe nom era compridoiro por razom dos arroydos que se poderiã levãtar antre os portugueses e castellãaos, mas que elle pousaria fora das villas ã suas tendas que levava. (*Crónica de 1344*, vol. IV, p. 249)

Ao entrar em Castela, D. Dinis reúne-se com Fernando IV e com o tio deste, o infante D. João¹⁴, entre outros nobres, e dirigem-se a Aragão. O rei português e o infante D. João encontram-se com Jaime II de Aragão e debatem os conflitos até chegarem a um acordo. Voltam à fronteira e D. Dinis proclama a decisão de dividir a área em litígio, o que é aceite pelos dois reis.

É então introduzida a segunda questão em disputa, que é rapidamente solucionada:

A esta sazom andava fora da terra muy pobremẽte dõ Affonso, filho do iffante dõ Fernando Guedelha, por que se chamava rey de Castella, dizendo que era rey de derecho. Fallou el rey dom Denis cõ elle e fezelle leixar o nome e voz de rey de Castella e o pendom e as armas que tragia e fez a el rey que lhe desse villas e castellos e muy grandes herdades ã Castella e outrossi lhe fez dar muy grande cõtia en dinheiros. (*Crónica de 1344*, vol. IV, p. 250)

O relato faz também questão de sublinhar outra virtude de D. Dinis, já referida, a sua liberalidade. Antes de ser convocado como juiz, a crónica já tinha apresentado a generosidade de D. Dinis relativamente ao seu genro (note-se, na passagem a seguir transcrita, a reiteração de «deu»):

E despois outra vez veo el rey dom Fernando veer el rey dõ Denis a Elvas. E deulhe el rey dom Denis grande algo e muytas joyas, antre as quaaes lhe deu hũa copa d'esmeralda que era apreçada a setẽeta mil libras, e deulhe em dobras seseenta mil libras. E deu ao iffante dom Johã muy grande algo, que hy veera cõ el rey dom Fernãdo. E deu a dõ Johã Nunez de Lara; e a dom Fernam Roiz de Castro e a outros muytos fidalgos que hy veerom com el rey dom Fernando. (*Crónica de 1344*, vol. IV, p. 247)¹⁵

14. Trata-se do infante D. João, o de Tarifa (1262-1319), filho de Afonso X e Violante de Aragão, logo, tio tanto de Fernando IV, como dos infantes de Lacerda. Durante a menoridade de Fernando IV foi proclamado rei de Leão, Sevilha e Galiza. Em 1300 reconciliou-se com este sobrinho, que passou a servir, abandonando o título de rei de Leão.

15. A questão é reiterada na história de Fernando IV, nos manuscritos castelhanos que traduzem a segunda redação da *Crónica de 1344*, imediatamente antes da referência à Sentença Arbitral de Torrellas acima citada – veja-se a edição de Maria do Rosário Ferreira (dir.), *De Afonso X a Afonso XI...*, nomeadamente: ms. U, §92; ms. Q2, §115; ms. S, §140.

Mas é no momento final do episódio da arbitragem de Torrellas que esta característica é mais exaltada, verificando-se novamente uma marca da reiteração do termo «deu» (a palavra é repetida seis vezes no primeiro parágrafo). Igualmente importante é a indicação «E esto he posto em livro por averem memoria todos os que o leerem e ouvirem» que afirma inequivocamente os propósitos subjacentes ao relato:

Estando el rey dō Denis en Taraçona [...] el rey dom James d'Aragō demandoulhe que lhe fizesse emprestido de dez mil dobras e que lhe faria menagem a certos homens boos e cartas quaaes elle quisesse que a tres anos que lhe fizesse pagamento en sua terra. E el rey dō Denis nō lhas quis emprestar mas deulhe de graça viinte mil dobras e deulhe aalem muytas e nobres doas. E deu aa reya muy grande algo e muitas doas. E deu muy grande algo a todos seus ricos homens. E todas estas nobrezas que el rey dō Denis deu a el rey dom James, todas lhas deu en sua terra e nūca quis tomar do seu nēhũa cousa.

E esto meesmo fez a el rey de Castella en Valhadolide que lhe deu muy grande algo e outrossi aa reya dona Maria, sua madre, e aa reya dona Costança, sua molher, e ao iffante dom Johã, e ao iffante dom Pedro e a todos os outros ricos homens que hy veerō. E a algūus outros que nō veerom ēvioulhes algo a suas terras, assy como aquelle rey que era muy nobre e muy grandioso e descendia do nobre sangue del rey dom Affonso Anrriquez. E nūca delles quis nē hũa cousa em suas terras. E esto he posto em livro por averem memoria todos os que o leerem e ouvirem que el rey dom Denis de Portugal, seendo juiz antre el rey de Castella e el rey d'Aragom, lhes deu grandes algos e muitas doas em suas terras e outrossi a seus vassallos. E elles teveronsse por contentes de o tomar e elle nunca tomou delles nēhũa cousa. (*Crónica de 1344*, vol. IV, pp. 251-252)

Que o modo como o episódio da embaixada a Aragão é apresentado na *Crónica de 1344* é nitidamente encomiástico e parcial relativamente a D. Dinis, tal foi notado logo por Lindley Cintra:

Os acontecimentos parecem ter sido neste ponto [designação de D. Dinis pelo Papa como árbitro] idealizados a fim de enaltecer a figura de D. Dinis. Lembremos que os documentos também nos provam que foram escolhidos três árbitros para julgar as questões pendentes entre os reis de Aragão e de Castela

– D. Dinis, o infante D. João e o bispo de Saragoça –, dois, para tratar das que estavam na base das lutas de Afonso de la Cerda com Fernando IV – D. Dinis e D. Jaime. É assim que nos apresenta os factos a *Crónica Particular de Fernando IV. A Crónica de 1344* não fala senão de um mediador – D. Dinis – com a clara intenção de exaltar a acção do rei de Portugal. (L.F.L. Cintra, *Crónica de 1344*, vol. I, p. CXLI)

Sendo esta parcialidade inegável, é também justificável, tendo em conta que Pedro Afonso de Barcelos era filho natural do rei D. Dinis. Apesar das desavenças pontuais que levaram ao seu exílio, a vida do conde de Barcelos é marcada pelas boas relações mantidas, tanto com o pai, como com a madrastra, a rainha D. Isabel¹⁶. Sendo legítima a exaltação das boas qualidades de um pai, não deixa de ser notória a insistência com que esta se verifica. É esta veemência que nos leva a pôr a hipótese de estarmos perante uma reacção relativamente ao que poderia estar a ser dito ou escrito, particularmente em crónicas, em outros locais, nomeadamente em Castela e em Aragão, a respeito deste pleito e da sua solução. A ser assim, poderemos estar perante uma situação de disputa verbal entre crónicas, reflexo da memória que se pretendia preservar de factos e das atuações de determinadas figuras.

16. Veja-se o que os biógrafos do conde (indicados na nota 2) referem sobre o seu enriquecimento, oriundo, principalmente, de doações paternas e por via do primeiro casamento, com Branca Peres Portel, enquadrável numa estratégia matrimonial desenvolvida por alguns reis portugueses (entre os quais D. Dinis) que consistiu na promoção do casamento de bastardos reais com herdeiras de fortunas consideráveis (A. Resende de Oliveira, «O genealogista...», § 19-20). No que se refere às boas relações com D. Isabel, para além dos dados já apontados nas notas 4 e 5, que comprovam preocupação relativamente ao enteado, foi a rainha quem intermediou o segundo casamento do conde, com a aragonesa Maria Ximenes Cornet, ainda que o dote desta tenha tardado a ser pago (veja-se a correspondência transcrita por F. Félix Lopes, «Alguns documentos...», pp. 228-235 sobre o acordo de casamento e os insistentes pedidos de pagamento do dote dirigidos ao rei de Aragão, que assumira este compromisso).

DOIS RELATOS REDIGIDOS EM ÉPOCA MAIS PRÓXIMA
DA SENTENÇA ARBITRAL DE TORRELLAS
DO QUE A *CRÓNICA DE 1344*

Produzidas pelas mesmas épocas, se bem que em momentos mais próximos dos acontecimentos, existem duas crónicas que nos poderão trazer informações interessantes, uma produzida em Castela, outra em Aragão. A primeira é a *Cronica de los Reyes de Castilla*, de Jofré de Loaysa, um clérigo oriundo de uma família de ascendência francesa radicada em Aragão e posteriormente em Castela. De acordo com os dados fornecidos por Antonio García Martínez sobre a família Loaysa¹⁷, D. Jofré de Loaysa, que terá provavelmente sido o pai do autor da crónica, transitou para Castela no séquito de D. Violante de Aragão quando esta casou com Afonso X de Castela e Leão. Tornou-se homem de confiança do rei, a ponto de lhe ter sido confiada a educação do infante herdeiro, D. Fernando (pp. 29-30). Recebeu benesses de Afonso X, nomeadamente em Múrcia, tendo mantido a fidelidade a este rei mesmo aquando da guerra despoletada pelo seu filho, o futuro Sancho IV. No entanto, depois do falecimento do rei Sábio, apoiou Sancho IV. O seu filho Jofré, arqui-diácono de Toledo, redigiu, talvez a pedido do arcebispo D. Gonzalo García Gudiel (p. 58), uma continuação ao *De Rebus Hispanie* do anterior arcebispo de Toledo, Rodrigo Ximenes de Rada. A crónica, originalmente escrita em língua vulgar, foi seguidamente traduzida para o latim por Armando de Cremona, cónego de Córdoba e, posteriormente, de Toledo, sendo esta última a versão que chegou até nós. A obra cobre os anos de 1248 a 1305, tendo o seu autor falecido pouco depois (em 1308). Trata-se assim de uma obra escrita por alguém que viveu a época sobre a qual escreveu. Provavelmente, as guerras entre Castela e Aragão pelo reino de Múrcia e os acordos que puseram fim a este diferendo, bem como os acertos posteriores terão sido objeto de uma atenção especial por parte deste autor uma vez que a sua família tinha interesses na zona. Com efeito, estes acontecimentos ocupam a parte final da crónica e, ao contrário da maior parte dos sucessos reportados,

17. Na sua «Introducción» a Jofré de Loaysa, *Crónica de los Reyes de Castilla Fernando III, Alfonso X, Sancho IV y Fernando IV (1248-1305)*, (ed., trad., introd. e notas de Antonio García Martínez), Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1982, pp. 26ss.

são narrados com algum detalhe, especialmente no último capítulo da obra (cap. CCXXVIII).

Tratando-se de um relato que não foi resultado de uma encomenda régia, podemos entendê-lo, tal como referido no seu remate, como um «testemunho» (*testis*) (pp. 228-229). Com efeito, o seu sentido crítico, já notado na introdução à edição aqui usada (p. 66), é bastante evidente na preferência por alguns soberanos, patente no elogio que é feito ao infante Fernando de Lacerda¹⁸ e aos epítetos laudatórios a Maria de Molina que contrastam com a forma mais seca com que o seu marido, Sancho IV, é designado¹⁹. No que se refere a Fernando IV, Loaysa mostra-se-lhe favorável, apelidando-o de «rey niño» e considerando-o protegido por Deus contra aqueles que lhe pretendiam subtrair os reinos, nomeadamente o seu tio, o infante D. João e Afonso de Lacerda²⁰. No entanto, não deixa de o criticar quando este rei, uma vez maior de idade, se afasta dos conselhos da sua mãe, caindo sob a influência de alguns nobres, como o infante D. João (Jofré de Loaysa, *Cronica de los Reyes de Castilla*, p. 207)²¹.

No que se refere ao episódio de Torrellas, podemos identificar algumas semelhanças relativamente ao texto de D. Pedro Afonso, mas também

18. «Atacado por una enfermedad cayó en cama en Villarreal, cuya enfermedad ¡oh dolor! le costó la vida cuando aún era joven, puesto que no contaba entonces 26 años de edad: fue un príncipe de virtud, hermosura y gracia dignas de perpetua memoria» (*Cronica de los Reyes de Castilla*, p. 91).

19. Como exemplo, veja-se a seguinte frase: «permaneciendo el rey Sancho en Valladolid junto con su esposa la ilustrísima reina doña María» (*Cronica de los Reyes de Castilla*, p. 131).

20. «Entonces el infante don Juan que, como dijimos, se titulaba rey, don Alfonso que se hacía llamar rey de Castilla y de León, y don Juan Núñez celebraron una entrevista en el lugar de Dueñas en la que, entre otras cosas, acordaron y firmaron entre sí conforme a su potestad que el infante don Juan fuera rey de León y don Alfonso rey de Castilla, tomando cada uno las armas o insignias acostumbradas en su respectivo reino, no asignando parte alguna de esos reinos al mencionado rey niño. Pero el Señor en el cielo dividía de otro modo, como se verá más adelante.» (*Cronica de los Reyes de Castilla*, p. 175).

21. Patricia Rochwert-Zuili, «La chronique de Jofré de Loaysa et le *molinismo*», Jean Pierre Jardin, Patricia Rochwert-Zuili e Hélène Thieulin-Pardo (dir.), *Histoires, femmes, pouvoirs. Péninsule Ibérique (IX^e-XV^e siècle). Mélanges offerts au Professeur Georges Martin*, Paris, Garnier, 2018, pp. 141-158 considera que a crónica não faz uma defesa acrítica de Fernando IV (ou da sua legitimidade) uma vez que mostra os seus erros, apresentando-se, por isso, mais como um texto de alerta (pp. 157-158).

um bom conjunto de diferenças. A narrativa de Loaysa é circunstanciada, especialmente no que se refere aos territórios que ficaram para cada rei. Assume um tom factual, sem se mostrar encomiástico relativamente a ninguém. A escolha dos árbitros não decorre de nenhuma ordem papal. É o infante D. João que despoleta as conversações, sendo o tribunal arbitral formado por três elementos:

Tandem illustris infans dompnus Johannes ut guerra et desolacio predicta finem haberet locutus est cum regibus Aragonie et Portugalie supradictis super compositione tractanda inter predictos Castelle et Aragonie reges, in tantum quod ambo reges predicti compromiserunt et in arbitrio posuerunt eiusdem regis Portugalie ac dompni Johannis infantis predicti ac eciam episcopi cesaragustani omnem discordiam et contencionem quam simul habuissent hactenus et haberent, et cum predicti reges omnes tunc apud Tirasonam in vistis pariter convenissent, predicti arbitri talem inter eos sententiam protulerunt, videlicet [...].

Finalmente el ilustre infante don Juan para poner fin a la guerra y desolación citadas habló con los reyes de Aragón y de Portugal sobre un arreglo entre los reyes de Castilla y de Aragón, previo compromiso de estos dos reyes de poner al arbitrio del rey de Portugal, del infante don Juan y del obispo de Zaragoza toda discordia o lucha que hubieran tenido o hasta entonces tuvieren, y habiéndose reunido conjuntamente todos los reyes mencionados en Tarazona, dichos árbitros pronunciaron esta sentencia, a saber: [...] (Jofré de Loaysa, *Cronica de los Reyes de Castilla*, pp. 216 e 217)

Seguidamente, é referida a questão das reclamações de Afonso de Lacerda que resigna às suas pretensões e devolve alguns territórios que tomara em troca de outros bens e de rendas:

Predicti quoque iudices seu arbitri, preter infantem dompnum Johannem predictum, qui in hoc esse noluit, sententialiter eciam ordinarunt quod predictus dompnus Alfonsus qui se regem Castelle vocabat perderet seu dimitteret nomen regis et renunciaret omni iuri quod se in regno Castelle racione predicta habere dicebat et quod restitueret seu dimitteret prefato regi Fernando loca omnia que ceperat et tenebat de dominio regis predicti, videlicet: [...]. Et quod dictus rex Fernandus ponat seu det in terra domno Alfonso predicto loca inferius annotata, scilicet: [...]. Et si redditus locorum

predictorum non ascenderent seu valerent quadrigenta milia morabitinorum, quod ipse rex id quod deficeret de quantitate predicta sibi dare seu ponere alibi teneatur.

Dichos jueces o árbitros, excepto el infante don Juan que no quiso estar presente en este asunto, ordenaron también bajo sentencia que don Alfonso que se titulaba rey de Castilla, perdiera o dejara el nombre de rey y renunciara a todo pretendido derecho en el reino de Castilla, y que devolviera o dejara al rey Fernando todos los lugares que había tomado y poseía procedentes del rey Fernando, a saber: [...]. Este último tenía que pagar o abonar en tierra a don Alfonso los lugares que a continuación se señalan, o sea: [...]. Y si el importe de los lugares mencionados no ascendía a cuatrocientos mil maravedises, el rey quedaba obligado a abonar o ponerle en otra parte lo que faltara de dicha cantidad. (Jofré de Loaysa, *Cronica de los Reyes de Castilla*, pp. 218 e 29)

Em nenhum momento a ação de D. Dinis é destacada, nem ele é apresentado como um soberano ideal, contudo, também não se verifica qualquer sentimento de animosidade contra o rei português. Limita-se a ser brevemente referido como participante.

Não se sabe muito sobre a amplitude da divulgação desta crónica, porém, esta não deverá ter sido muito extensa. O facto de tratar-se de uma obra produzida em ambiente eclesiástico, a perda da versão original em língua vernácula e o facto de a tradução latina ter sobrevivido num único manuscrito apontam para a possibilidade de uma circulação relativamente restrita. No entanto, a centralidade da sede episcopal de Toledo, bem como a sua proximidade aos centros de poder e o posicionamento da crónica de Jofré de Loaysa em favor da rainha Maria de Molina poderão ter promovido alguma divulgação, nomeadamente na corte, o que parece confirmar-se graças à sua possível utilização como fonte da *Crónica de Fernando IV*, assunto que será retomado adiante. Em todo o caso, tendo em conta a data de redação da crónica (logo após a Sentença de Torrellas e o Tratado de Elche e antes de 1308), bem como o facto de Pedro Afonso de Barcelos ter estado em Castela cerca de dez anos depois (entre 1317 e 1322), onde frequentou precisamente a corte de Maria de Molina, não é impossível que o conde de Barcelos tenha conhecido esta crónica. Com efeito, é ao período que passou no reino de Castela, aquando do seu desterro, que habitualmente se atribui o despertar (ou

a consolidação) do interesse de D. Pedro Afonso pela historiografia e a sua familiarização com a produção afonsina e pós-afonsina, tendo posteriormente recorrido a algumas destas obras, como fontes, aquando da elaboração da sua *Crónica*. Porém, não temos notícia de que a crónica de Jofré de Loaysa tenha sido usada pelo conde. Tratando-se de um texto centrado em Castela, dedicando muito pouca atenção aos restantes reinos e que apresenta os acontecimentos com uma perspetiva bastante específica²², o seu eventual conhecimento mais facilmente teria constituído um incentivo à sua contradição do que à sua utilização. A antipatia que Loaysa mostra pelos Lara, de quem o conde era próximo, poderá ter sido um motivo adicional para a desconsideração desta crónica²³. Assim, a ter havido algum conhecimento quanto ao modo como este texto apresenta o episódio de Torrellas, tal poderia ter ajudado a estimular a vontade de sublinhar a participação de D. Dinis nestes acontecimentos, como resposta a um registo memorial onde esta figura é tratada com uma relativa indiferença.

Talvez menos provável, mas não impossível, será o conhecimento da *Crònica* de Ramon Muntaner (1265-1336)²⁴ por parte de Pedro Afonso de Barcelos. Esta crónica cobre o período que vai do nascimento de Jaime I à coroação de Afonso IV de Aragão (1328). Começou a ser escrita em 1325, tendo sido terminada em 1328, logo, 24 anos após os acontecimentos de Torrellas, e em momento posterior ao do exílio de D. Pedro.

Muntaner integrou o conselho do rei de Aragão e provavelmente foi testemunha do processo de integração do reino de Múrcia na Coroa de

22. Patricia Rochwert-Zuili, «La chronique de Jofré de Loaysa ...», considera que a obra reflete um «molinismo» moderado uma vez que, a par da admiração por Maria de Molina, existe uma agenda própria do autor que consiste na valorização de alguns dos seus familiares e de eclesiásticos (especialmente de Toledo).

23. «En effet, alors que Jofré de Loaysa souligne à plusieurs reprises la loyauté de Diego López, il décrit les nombreux actes de rébellion des Lara et achève sa chronique sur des propos qui révèlent en particulier sa méfiance envers Juan Núñez de Lara le Jeune, dont la réaction de mécontentement lors de la répartition des terres de Murcie augure de nouveaux troubles au sein du royaume», Patricia Rochwert-Zuili, «La chronique de Jofré de Loaysa ...», p. 156.

24. *Les quatre grans Cròniques – III. Crònica de Ramon Muntaner* (ed Ferran Soldevila, rev. fil. Jordi Bruguera, rev. hist. M. Teresa Ferrer i Mallo), Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2011.

Aragão²⁵. O texto desta crónica assemelha-se muito ao de um livro de memórias, uma vez que se apresenta como falado (ou ditado) e o autor afirma referir os factos que testemunhou enquanto participante nos acontecimentos, ou de que ouviu falar. Para além deste tom oralizante, Ramon Muntaner é um autor que se espraia por longas descrições, sobretudo de batalhas e de festas. No entanto, a passagem que se refere ao estabelecimento das fronteiras no reino de Múrcia apresenta-se bastante sintética:

Com lo senyor rei d'Aragó hac llevat lo regne de Múrcia al rei En Ferrando de Castella, fill qui fo del rei Don Sanxo, e li hac fet córrer gran res de tota Castella al senyor infant En Pere e a d'altres, aquells de Castella veeren que la guerra d'Aragon no els era bona (e especialment don Enric, qui era molt antic e savi), e tractaren pau ab lo senyor rei d'Aragon. Així que la pau se féu en aquesta manera: que el fill major del senyor rei d'Aragó, per nom l'infant Don Jacme, devia pendre per muller la filla del rei Don Ferrando tantost con fos d'edat, e tantost la lliuraren al senyor rei d'Aragó, qui la féu nodrir en Aragó; e lo senyor rei d'Aragó reté lo regne de Múrcia al rei Don Ferrando, salvant ço qui era de sa conquesta, que el senyor rei En Jacme, son avi, havia donat en dot, ab una sua filla [Constança], a don Manuel, frare del rei don Alfonso de Castella. E puis aquella dona morí sens infants, e la terra devia tornar al senyor rei d'Aragó; e per la gran amistat que el rei En Jacme havia ab lo rei Don Alfonso, son gendre, e ab l'infant En Manuel, qui així mateix era estat son gendre, lleixà-ho tenir a Don Manuel. E ara lo senyor rei d'Aragó volc-ho cobrar, e gran raon e dret que era; e així en aquestes paus recobrà-ho, ço és, Alacant, Elx, Asp, Petrer, la vall d'Etila e de Noetla, e la Mola, Crivileny, Favarella, Callosa, Oriola, Guardamar. (Ramon Muntaner, *Crònica*, pp. 404-405)

O que aqui temos é uma negociação direta entre Aragão e Castela, referindo-se só a opinião do infante Henrique, tio-avô de Fernando IV e que foi também regente durante a menoridade deste²⁶. Não é feita

25. José Vicente Cabezero Pliago, «La proyección del Tratado de Torrellas...», p. 229.

26. Henrique de Castela, o Senador (1230-1303), filho de Fernando III e Beatriz da Suábia. Depois de uma vida aventureira (que inclui uma revolta contra o seu irmão mais velho, o rei Afonso X, exílio, prisão, passagens por vários reinos e cortes...) regressou a Castela em 1295, vindo a ser nomeado tutor do rei Fernando IV (1295-1303).

qualquer referência, nem a D. Dinis, nem a árbitros, a ponto de termos dificuldade em reconhecer o episódio. Alguns anacronismos aprofundam as dificuldades. Por um lado, D. Henrique terá falecido em 1303, um ano antes de Torrellas; pelo outro lado, faz-se referência ao acordo de casamento entre o filho do rei de Aragão, também Jaime, e a filha do rei de Castela, a infanta D. Leonor, que nasce em 1307, 3 anos depois de Torrellas...

A passagem ganha sentido se considerarmos que a crónica se está a referir, não à Sentença Arbitral de Torrellas e ao subsequente Tratado de Elche, mas sim ao Tratado de Alcalá de Henares, de 1308²⁷, no qual foram combinados os casamentos dos primogénitos dos reis de Castela e Aragão e foram concluídos os compromissos que Fernando IV assume (em Torrellas) relativamente a Afonso de Lacerda, tendo-se ainda decidido o relançamento da reconquista contra o reino de Granada²⁸. A referência à opinião do infante D. Henrique pode ser entendida como um elemento prévio, cuja anterioridade no tempo não é especificada. Fica por explicar, então, o esquecimento a que a Sentença de Torrellas é votada. Com base no carácter memorialístico da *Crònica*, podemos imaginar, como explicação, o facto de Muntaner poder não ter participado nos encontros de Agreda / Tarazona. Tal poderia justificar uma descrição breve e vaga do acontecimento, porém não escusa a sua omissão. O facto de não ter participado, não implica que não tivesse tido conhecimento da sua ocorrência. Parece, no entanto, que o próprio excerto nos fornece uma justificação para o silêncio sobre Torrellas: a afirmação do direito do rei de Aragão a uma parte do reino de Múrcia, e a explicação deste direito. Assim, o que aqui se transmite é que esta posse

27. César González Mínguez, «Fernando IV de Castilla...», pp. 235-237. Na edição do texto, em nota de rodapé a esta passagem, salvaguarda-se que o acordo de casamento não teve lugar em 1304, mas sim em 1308 (p. 404 nota 948). Na *Crónica de 1344*, na parte dedicada à história dos reis de Aragão, também há uma referência a estes casamentos e à aliança contra Granada, logo a seguir à informação já citada, sobre Torrellas, porém, esta informação é introduzida com um «E, depois que esto assy foy feito,» (*Crónica de 1344*, vol. III, p. 290), que marca a diferença entre os dois momentos.

28. Esta última questão é referida no capítulo seguinte da *Crònica* de Muntaner (p. 405) como algo subsequente, fruto da iniciativa do rei Jaime II de Aragão que arrasta para a empresa o rei de Castela.

não é devida à decisão de ninguém²⁹, é sim, um direito que o rei decide recuperar³⁰.

No que se refere à questão dos infantes de Lacerda, Muntaner trata a questão separadamente. Conta a história de terem sido deserdados relativamente cedo, na crónica (cap. 40) e, em diversos pontos da narrativa, refere-se ao apoio que lhes deram os reis de Aragão anteriores a Jaime II (o seu pai, Pedro III, e o irmão deste, Afonso III), apoiando a sua causa contra Sancho IV (cap. 142 e 155). Este apoio é sublinhado em vários momentos. Como exemplo, veja-se a entrada do infante Pedro em Castela, com os infantes de Lacerda, confrontando Sancho IV:

Com lo senyor rei hac tot lo fet ordonat, de l'entrada del senyor infant En Pere, e tramesos sos missatgers al rei de Castella per desafiar-lo, ell se'n venc en el regne de València. E, con entrà en la ciutat, fo-li feta gran festa; [...] E, con la festa fo passada, ell se n'anà a Xàtiva, e tragué del castell de Xàtiva Don Alfonso e Don Ferrando, fills de l'infant En Ferrando de Castella, e féu aparellar moltes gents de cavall e de peu ab què pogués entrar ell, d'una part, en Castella ab Don Alfonso, e que d'altra part entràs l'infant En Pere [...].

29. Na *Crónica de 1344* a informação sobre a divisão das terras é muito mais vaga, o que é expectável, dado o menor interesse que isso teria para Portugal, mas apresenta inequivocamente D. Dinis a proferir uma sentença: «el rey dom Denis, despois que foy ã aquelle logar honde se partiam os termhos dos regnos, stando presentes ambos os reys deu sentença que a villa de Murça, que era cabeça do regno, cõ outras villas e castellos que erã da conquista de Castella, que fossen logo entregues a el rey de Castella. E as outras villas e castellos que erã en essa comarca do regno de Murça que el rey d'Aragõ cobrara despois da sua cõquista que ficassem cõ el rey d'Aragõ e mais o castello d'Elda e o de Novelda que foram do iffante dom Affonso de Portugal e ouvera por elles escãybo en Castella.» (*Crónica de 1344*, vol. IV, p. 250)

30. A este respeito, veja-se como Muntaner introduz a questão num momento relativamente inicial da *Crònica*: «E, estant ensems, lo rei de Castella parlà un jorn ab lo senyor rei d'Aragó e dix-li: –Pare, ben sabets que vós me prometés, con me donàs vostra filla per muller, que m'ajudariets a conquerir lo regne de Múrcia. E és veritat que en lo dit regne havets vós bona part en la conquesta; [...]» (Ramon Muntaner, *Crònica*, p. 41), o que é comentado em nota de rodapé: «No és aquesta la sola vegada que Muntaner sosté que la regió d'Alacant era de conquesta del rei d'Aragó. Cf. caps. XVII, CLXXXVIII i CCXLV. Muntaner busca justificar per un pacte previ la divisió del regne de Múrcia entre la Corona catalanoaragonesa i Castella que es produí a la fi de la guerra entre ambdós estats el 1304 mitjançant la sentència de Torrellas i la concòrdia d'Elx de 1305;» (p. 41, nota 68).

E ordonà que hagués la davantera Don Alfonso de Castella, e que sa senyera anàs primera; e açò féu ell per ço con tots los barons de Castella e ciutats e viles havien jurat per senyor l'infant En Ferrando, llur pare, après la mort de Don Alfonso rei de Castella. E per ço donà Felip, rei de França, sa germana per muller, madona Blanca, a l'infant En Ferrando; que d'altrament no la li haguera donada, si sabés que els fills qui n'eixirien no fossen reis de Castella.

E així, ordonadament, ells entraren en Castella set jornades, e anaren tot dret lla on saberen que el rei don Sanxo, llur avoncle, era. [...] E lo senyor rei d'Aragó sabé que ell era ab tanta cavalleria e que no havia mas una llegua de la una host a l'altra, tramès-li missatge que ell era aquí per venjar la falla que ell havia feta al bon rei, son pare, e per fer rei Don Alfonso son nebot, qui ésser-ho devia; per què, si era aquell que fill de rei deu ésser, que pensàs d'eixir a la batalla ab ell. (Ramon Muntaner, *Crònica*, pp. 272-273)

É significativo, neste excerto, o facto de Afonso de Lacerda ser chamado «Afonso de Castela» uma vez que se trata de um apodo habitualmente usado na designação de reis. Uma atitude idêntica é evidente na seguinte passagem:

Com lo senyor rei d'Aragó fo en Barcelona, fo-li feta gran festa, e anà-se'n visitant tots sos regnes. E, con fo en Aragon, veé's ab Don Alfonso de Castella e ab Don Ferrando, son frare; e donà-los molt del seu, e trobà que estaven molt ben e que menaven la guerra ab lo rei Don Xanxo, llur avoncle, e guanyaven tots dies terres sobre ell. (Ramon Muntaner, *Crònica*, p. 290)

Uma vez rei, Jaime II promete manter o apoio aos infantes de Lacerda (Ramon Muntaner, *Crònica*, cap. 177) e vemo-lo a conduzir as conversações que levaram ao acordo entre o rei de Castela – aqui ainda Sancho IV³¹ – e os infantes:

31. O episódio ocorre no cap. 177 e Sancho de Castela só morre no cap. 181. Uma nota de rodapé, na edição da obra (nota nº 685, p. 297), esclarece que a passagem se refere às entrevistas e negociações ocorridas entre Jaime II e Sancho IV que tiveram lugar em Monteagudo, perto de Sória, em 1291.

al senyor rei vengren missatges molt honrats del rei Don Sanxo de Castella, cosí germà seu, e saludaren molt devotament lo dit senyor rei En Jacme de part del rei Don Sanxo de Castella; e faïa-li saber que havia gran alegre de la sua venguda e que el pregava, així con a car cosín a qui ell molt amava, que li plagués que hagués pau ab ell [...].

—E dic-vos que d'aquell cor mateix nos n'érem nós; mas pus ell demana pau, a nós plau que l'haja.

E los missatges respongueren:

—Hoc, senyor, ab una cosa: que es profer que a coneguda vostra farà esmena a vós de tot ço que ell hagués fallit al senyor rei vostre pare; e l'esmena sia aquella que vós, senyor, vullats, vullats-vos que us en do ciutats o castells, o viles o llocs, e fer tota aquella honor que vós conegats que fer-vos-en deja.

E lo senyor rei respòs que, pus tan bé ho deïa, que ell se'n tenia per satisfet e que d'ell no volia ciutats ne castells ne viles ne altres llocs, que, la mercè de Déu, que ell havia tals realmes e tan bons, que no li faïen fretura sos llocs, mas bastava-li que ell se'n penedís d'açò que fet havia; emperò volia que ell faés e donàs part de la terra de Castella a aquells dos infants, sos nebots, ço és a Don Alfonso e a Don Ferrando, que ell per res no els desempararia [...].

Què us en diria? Que tantes vegades anaren missatges entre ells, que la pau fo atorgada de cascuna de les parts; que Don Alfonso e Don Ferrando de Castella volien haver pau ab llur avoncle lo rei Don Sanxo, e que es tenien per pagats d'açó que el senyor rei d'Aragon havia tractat que el rei de Castella los donàs, e que renunciarien al regne. (Ramon Muntaner, *Crònica*, pp. 296-297)

A existência de conversações prévias à sentença de Torrellas é referida também na *Crónica de Fernando IV*, a que nos referiremos a seguir, neste caso, sendo o infante D. João o mediador das conversações³². Po-

32. Carmen Benítez Guerrero, *La historia a través de la historiografía: estudio y edición de la Crónica de Fernando IV*, tese de Doutoramento apresentada à Universidad de Sevilla, 2015, disponível em: <https://idus.us.es/handle/11441/36509> [consultado em março de 2021]: «E estando en la çerca de Almazan, luego mouio pleyto que el e el infante don Juan que se fuesen ver con el rey de Aragon e por esta vista desbarataron la hueste e vinieronse todos a Berlanga. E ellos fueronse ver con el rey de Aragon a Hariza e en la vista trataron abenençia del rey con el rey de Aragon e con don Alfonso, que se llamaua rey de Castilla, e la abenençia era tratada en esta guisa: que fincase el rey de Aragon con todo lo que tenia e que diese a don Alfonso muy grand parte de las villas e de los castillos en el reyno.» (p. 325). A atividade mediadora do infante D. João, em diversas ocasiões, está

rém, a questão que aqui se coloca é o modo como o acordo é descrito: por um lado, verifica-se silêncio relativamente à sentença de Torrellas, por outro lado, dá-se a entender que o acordo foi alcançado mais cedo, com base em conversações pedidas por Castela e graças à generosidade de Jaime II.

Na versão de Muntaner, os dois reis encontram-se seguidamente em Calatayud (Aragão) e Soria (Castela), acompanhados dos respetivos séquitos, o que inclui o infante D. João, irmão de Sancho IV, que aqui tem o estatuto de mero acompanhante. Mais uma vez, não há qualquer referência a D. Dinis, nem aos acordos sobre as fronteiras, nomeadamente a de Múrcia (assunto que é relatado posteriormente, na crónica, como vimos).

Neste passo da *Crònica* é ainda descrito o comportamento cortês dos reis, rainhas e séquitos (cap. 177 – pp. 297-298), o que dá a Muntaner a oportunidade de sublinhar uma característica que atribui ao rei de Aragão: o seu desprendimento e a sua liberalidade, bem como a abundância de felicidade que provoca à sua volta:

de tot faïa donar ració a tothom lo senyor rei d'Aragon, tan bastant, que per res no ho pogren menjar negun; ans pògrets veer per les places donar dues dinades de pa per un diner e un porcell o un cabrit o un moltó o gallines o civada o peix fresc e salat, que ço que us costara en altra saó dos sous, haviéts per sis diners. [...] E un dia menjava lo senyor rei d'Aragon a la posada del rei de Castella ab lo rei e ab la reina, e altre dia menjaven ells ab ell a la sua posada. Sí que la festa era tan gran que a tots jorns se faïa, que açò era una gran meravella a veer. Sí que en Calataiú estegren tots ensems tretze jorns, e dins aquests dies fo feta la pau e refermada entre ells. E encara fo feta pau del rei de Castella ab sos nebots; e els donà en Castella tantes de terres, que ells se'n tengren per pagats e ho graïren (e ho pogren grair) al senyor rei d'Aragon, e que d'altrament, si no fos per ell, res no n'hagren haüt. (Ramon Muntaner, *Crònica*, pp. 297-298)

patente também nas cartas publicadas por F. Félix Neto, «Actividades Pacificadoras...», se bem que estas se refiram aos anos de 1300 a 1304. A documentação publicada neste artigo mostra também as dificuldades que as duas partes em confronto tiveram na gestão deste pleito (ver, nomeadamente, as pp. 22-23) e a consequente necessidade de mediadores.

É certo que os encontros diplomáticos sempre foram ocasiões de ostentação de magnificência³³. Tratar-se-á de teatros, cuja descrição é, por certo, ainda mais embelezada ou idealizada, sendo Muntaner um exímio relator deste tipo de eventos. Tendo em conta esta base, é expectável que as mesmas qualidades sejam convocadas em diferentes crónicas, caso da de Muntaner e da do conde de Barcelos. No entanto, as figuras modelares variam: na crónica portuguesa, D. Dinis é o herói; Muntaner não lhe faz qualquer referência... tudo acontece graças à ação do melhor de todos os soberanos, Jaime, rei de Aragão. Para além disto, na *Crònica* aragonesa as duas linhas do conflito são divididas por episódios distintos, dissolvendo-se assim a articulação entre os dois problemas, o que existia, uma vez que o apoio do rei de Aragão à causa de Afonso de Lacerda constituiu justificação para os seus ataques contra o território Castelhana, tal como referido da *Crónica de 1344* em duas ocasiões³⁴.

É impossível saber se D. Pedro Afonso terá conhecido a *Crònica* de Ramon Muntaner ou não. A obra foi redigida depois do período do exílio do conde, porém, tendo em conta que este, em algum momento entre 1317 e 1322, se poderá ter deslocado até Aragão (hipótese colocada pela rainha Isabel de Portugal em carta dirigida ao irmão, Jaime II de Aragão, acima referida, na nota nº5), e sendo Ramon Muntaner elemento da corte de Jaime II, a eventualidade de um encontro entre os dois não é uma impossibilidade. Tratar-se-ia de um encontro prévio à redação das

33. Stéphane Péquignot, *Au nom du roi...* aborda esta questão no cap. X, num ponto significativamente intitulado «Un théâtre de la munificence et de la grâce royales» § 62 ss, que inclui um subponto dedicado aos relatos que Ramon Muntaner faz de algumas entrevistas régias (§ 68 ss). O autor entende estes encontros como competições nas quais os participantes rivalizavam na exibição das suas qualidades cortesias, nomeadamente no que se refere a demonstrações de hospitalidade, de generosidade, de organização de festas.

34. Primeiro, e em mais detalhe, na história dos reis de Aragão (*Crónica de 1344*, vol. III, p. 290) e nos manuscritos das traduções castelhanas da segunda redação: «Agora sabed que, estando ese don Alfonso en Aragón, que otorgó al rey don Jaimes todos los lugares que pudiese tomar en el regno de Murcia para la casa de Aragón. E por esto les dio las cartas que tenía del omenaje que le fizieron, con su procuración que le fizo por que les entregasen, segund ya deximos. E los de la villa de Murcia veyendo, e los de las otras villas e castillos, el omenaje que tenían fecho a don Alfonso de la Cerda, diéronlas sin otra contienda ninguna.» (ms. U, § 87). Passagens equivalentes encontram-se nos ms. Q2, § 110 e ms. S, §135, todas em Maria do Rosário Ferreira (dir.), *De Afonso X a Afonso XI...*

obras de ambos, porém, seria o encontro de duas pessoas que tinham em comum o interesse pela historiografia, ainda que com perspetivas distintas sobre os acontecimentos, decorrentes das respetivas naturalidades e fidelidades.

Por outro lado, a proximidade entre as cortes portuguesa e aragonesa foi uma realidade nas épocas que aqui nos ocupam. A troca de correspondência ocorria com regularidade³⁵, o que implicava a movimentação de correios entre um reino e o outro. Concomitantemente, para além do casamento entre o rei D. Dinis e Isabel de Aragão, esta terá intermediado outras uniões, caso do segundo casamento do seu enteado, o conde de Barcelos com uma senhora aragonesa, Maria Ximemes Cornel. Esta aliança teve lugar em data anterior ao exílio do conde, e não terá corrido bem uma vez que o casal se terá separado tendo a condessa, posteriormente, voltado a Aragão, provavelmente no séquito de um outro casamento intermediado pela rainha Isabel, o da sua neta Leonor com Pedro IV de Aragão (em 1347)³⁶. Apesar de as duas cortes manterem contactos, a separação entre Pedro Afonso de Barcelos e a sua segunda mulher, ao que acresceu o seu afastamento da corte real após a morte do seu pai, em 1325 (curiosamente a data em que Ramon Muntaner terá dado início ao trabalho na redação das suas memórias) poderão implicar um maior afastamento de eventuais notícias que chegassem de Aragão ou da conversa com correios que de lá viessem. No entanto, apesar de se ter fixado nos

35. Como é possível verificar pelas datas das cartas publicadas por F. Félix Netos, nos seus diversos artigos.

36. F. Félix Lopes, «Alguns documentos...», transcreve cartas de 1316 que aludem a uma calúnia levantada contra a condessa (cartas XIV e XV, pp. 235-236) e de 1321 a interceder por ela junto de D. Dinis (cartas XVI e XVII, pp. 236-237). Sobre este casamento, ver ainda os artigos de José Carlos Ribeiro Miranda, «Maria Ximenez, Pedro de Barcelos e um cantar de escárnio de Estevam da Guarda» e Miguel Rodrigues, «Pedro de Barcelos e Maria Jiménez Cornell: O desenlace de um casamento conturbado», ambos em *Guarecer*, n.º 3, 2018, pp. 57-75 e 77-99 respetivamente. Especificamente no artigo de Miguel Rodrigues é editada uma carta na qual se faz referência ao incómodo da condessa que assume ter-se sentido constrangida a dar o seu aval a uma doação a uma barregã do conde (pp. 95-96). Sobre o retorno da condessa a Aragão, onde se terá fixado no mosteiro de Sijena, ver Julio P. Arribas Salaberri, «Doña Maria Ximenez Cornel condesa de Barcelhos. Pisadera en el Real Monasterio de Sijena a mediados del Siglo XIV», *Ilerda*, XXXII, 1971, pp. 231-264 (sobretudo pp. 260-261).

paços de Lalim, o conde não terá deixado completamente de frequentar a corte, agora do seu meio-irmão Afonso IV, ainda que esporadicamente. Assim, estamos numa situação semelhante à verificada no caso de Jofré de Loaysa. O conde português poderá ter-se cruzado com qualquer um destes autores em algum momento das suas deslocações; poderá ter conhecido (no caso de Jofré de Loaysa) ou ter tido notícia (no caso de Ramon Muntaner) das respetivas obras, porém, não temos conhecimento de quaisquer evidências documentais que nos deem indicações mais seguras. Apesar disto, coincidência ou não, a obra de Pedro de Barcelos, parece fazer um contraponto relativamente às versões cronísticas que circulavam nestes outros reinos e respetivas omissões. O recurso à justificação «E esto he posto em livro por averem memoria todos os que o leerem e ouvirem», na *Crónica de 1344* (vol. IV, p. 252), é interpretável neste sentido. Sob outra perspetiva, o encómio de D. Dinis, na linha das virtudes cavaleirescas, pode ser entendido simplesmente como um reflexo dos valores e ideais da época. A ser assim, as crónicas de Pedro Afonso de Barcelos e de Ramon Muntaner assemelham-se na medida em que ambas têm os mesmos referentes, que aplicam a figuras distintas. Porém, também podemos estar perante um processo dialógico de disputa entre crónicas pela posteridade da boa fama de soberanos de reinos distintos.

Com efeito, o cruzamento entre encómios e esquecimentos sugere a possibilidade de ter existido uma efetiva rivalidade entre D. Dinis e Jaime II pela respetiva predominância enquanto soberanos-modelo na Península Ibérica, disputa esta de que as crónicas em análise seriam um eco. Com efeito, em algumas cartas existentes no Arquivo da Coroa de Aragão, oportunamente publicadas por F. Félix Neto, é possível perceber algum desfavor por parte de Jaime II relativamente a D. Dinis³⁷. A ter efetivamente existido uma rivalidade entre os reis de Portugal e de Aragão, refletida nas crónicas coevas, tal poderá justificar a sobrevalorização do papel de cada um destes soberanos pelos cronistas dos respetivos reinos

37. F. Félix Lopes, «Santa Isabel na contenda...», publica cartas de Jaime II, redigidas na sequência de pedidos de ajuda por parte da rainha D. Isabel, nas quais este soberano assume uma postura de pacificador, lamentando as dissensões e exortando o infante revoltoso D. Afonso à obediência. No entanto, também acede ao pedido do sobrinho e intercede por ele junto do rei de Castela e dos seus tutores a fim de lhes solicitar que não se intrometam no conflito e impeçam eventuais ajudas a D. Dinis (pp. 69-70).

e a consequente desvalorização ou o silenciamento do papel do outro. Curiosamente, esta parcialidade parece ter prevalecido em historiadores mais recentes³⁸.

DOIS RELATOS DE ÉPOCA CONTEMPORÂNEA / POSTERIOR À PRIMEIRA REDAÇÃO DA *CRÓNICA DE 1344*

A passagem que, na *Crónica de 1344*, reporta os acontecimentos de Torrellas tanto poderá ser a expressão dos valores da época, como o resultado de estímulos externos que tenham motivado uma resposta narrativa que permanecesse para memória futura. Assim, e para aprofundarmos um pouco mais a pesquisa relativamente à possibilidade de estarmos perante uma situação de diálogo entre testemunhos cronísticos, consideramos a seguir mais duas obras, novamente, uma castelhana e outra aragonesa, a fim de percebermos como estas poderão ecoar, ou não, traços já existentes nas obras anteriormente analisadas no que aos acontecimentos de Torrellas se refere. A primeira destas crónicas, em virtude de algumas hesitações quanto à atribuição da sua autoria revela-se mais problemática. Trata-se da *Crónica de Fernando IV*³⁹, por vezes considerada como parte da denominada *Crónica de tres reyes*, comumente atribuída a Fernán Sánchez de Valladolid, tendo também sido aventado, recentemente, o nome de Nuño Pérez de Munroy, dado que também se adequa ao perfil de autor traçado por González Giménez, ou ainda a possibilidade de se tratar de uma obra a várias mãos⁴⁰. A ser Pérez de

38. Bernardo de Sá Nogueira, «Why was it nearly forgotten?...», p. 14, nota que há medievalistas que minorizam o papel de D. Dinis face às estratégias de Jaime II, porém, o rei português não deixou de ter objetivos e de os alcançar. Veja-se também Torquato de Sousa Tavares, «O pensamento político de el-Rei D. Diniz», *O Instituto*, vol. 127/1, 1965, pp. 229-243, que sublinha o facto de D. Dinis ter uma agenda própria; e César González Mínguez, «Fernando IV de Castilla...», que refere a grande habilidade política, tanto de D. Dinis, como de Jaime II (p. 226), porém, também afirma que em Torrellas foi Jaime II quem dominou a situação, sendo o papel de D. Dinis secundário (p. 230).

39. Usa-se aqui a edição de Carmen Benítez Guerrero, na tese apresentada na nota nº 32 (*La historia a través de la historiografía...*).

40. Carmen Benítez Guerrero, *La historia a través de la historiografía...*, pp. 28-32. Nesta tese, a autora discute a fragilidade de alguns dos argumentos usados para atribuir a Fernán Sánchez de Valladolid a autoria da *Cronica de Fernando IV*, questionando ainda o

Munroy o autor (ou um dos autores), trata-se de mais uma pessoa que terá acompanhado o desenrolar dos acontecimentos de Torrellas. Nasceu em meados do séc. XIII (f. em 1326), sendo um eclesiástico que viveu sobretudo na corte castelhana, desde jovem. Sob Maria de Molina, foi designado conselheiro e chanceler, tendo sido notário principal sob Afonso XI⁴¹. Fernán Sánchez de Valladolid, foi também notário e chanceler do rei Afonso XI. Viveu entre finais do séc. XIII (eventualmente c. 1290) e c.1364⁴². Se Fernán Sánchez de Valladolid for efetivamente o responsável pela *Crónica de Fernando IV*, estamos perante um autor que nasceu antes dos encontros de Agreda / Tarazona, mas que à época seria ainda muito jovem. A ser assim, neste ponto, deixamos de ter cronistas que poderão ter sido simultaneamente testemunhas, inclusivamente, testemunhas oculares e implicadas (como é o caso de Pedro Afonso de Barcelos), para passarmos a ter autores que se basearam, ou em testemunhos ouvidos a pessoas que viveram os acontecimentos, ou em tradições textuais.

Sendo a elaboração da *Crónica de Fernando IV* habitualmente situada nos anos 40 do séc. XIV, trata-se de uma obra relativamente contemporânea da *Crónica* de Pedro Afonso de Barcelos, o que faz com que as possibilidades de conhecimento destas obras de parte a parte possam oscilar, consoante a respetiva datação, questão que desenvolveremos adiante. Independentemente disso, a possibilidade de o conde de Barcelos ter conhecido qualquer um dos dois eventuais autores, é efetiva, uma vez que ambos foram funcionários da corte, no primeiro caso durante, no segundo caso em finais do reinado de Fernando IV (reinou entre 1295-1312),

conjunto conhecido como *Crónica de tres reyes* (Alfonso X, Sancho IV, Fernando IV) que também lhe tem sido atribuído. A questão da autoria da crónica é retomada no seguinte artigo: Carmen Benítez Guerrero, «Um cronista en la corte de Alfonso XI: Fernán Sánchez de Valladolid o el enigmático autor de *Tres Reyes*», Manuel García Fernández (coord.), *El siglo XIV en primera persona. Alfonso XI, rey de Castilla y León (1312-1350)*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2015, pp. 37-51.

41. De acordo com a biografia de Nuño Pérez de Munroy disponibilizada pela Real Academia de la Historia, disponível em: <http://dbe.rah.es/biografias/71089/nuno-perez-de-monroy> [consultada em abril de 2021].

42. De acordo com a biografia de Fernán Sánchez de Valladolid disponibilizada pela Real Academia de la Historia, disponível em: <http://dbe.rah.es/biografias/74873/fernán-sánchez-de-valladolid> [consultada em abril de 2021].

tendo-se mantido e progredido na corte durante o reinado subsequente, de Afonso XI. Assim, ambos se encontravam na corte castelhana durante o exílio de D. Pedro Afonso. Por conseguinte, o conhecimento entre si tem um grau de probabilidade superior ao sugerido relativamente aos dois autores anteriormente considerados. Podemos assim pressupor o conhecimento mútuo dos respetivos pontos de vista sobre figuras e acontecimentos da época.

Existe a possibilidade de o autor da *Crónica de Fernando IV* ter conhecido e usado a *Crónica* de Loaysa, ou recorrido às mesmas fontes, como Carmen Benítez Guerreiro notou (*La historia a través de la historiografía...*, ponto I.1.a.iv), dadas as semelhanças entre os dois textos, se bem que amplificando e explicando mais detalhadamente os acontecimentos. O relato que é feito do episódio que aqui nos ocupa, na *Crónica de Fernando IV*, é uma das passagens que poderá ter recolhido informações desta fonte, no entanto, verificam-se algumas diferenças. Na versão de Sánchez de Valladolid são o infante D. João e o rei Jaime II quem despoleta o acordo, e escolhe os árbitros:

E el rey e la reyna su madre fueron para Roa, e lleo y el infante don Juan e dixoles la pleitesia que queria el rey de Aragon, que era esta: Que el su pleyto e del rey que lo pornia en mano del rey de Portugal e del mismo el infante don Juan e del arçobispo de Çaragoça, e que el rey que lo ponie en poder destos mismos, e que estudiesen amos los reyes por quanto estos mandasen e que non valiese el mandado de los dos si todos tres non acordasen en vno. E otrosi el pleyto de don Alfonso, fijo del infante don Ferrando, que lo ponía en mano en poder del rey de Aragon e del rey de Portugal e del infante don Juan, e el rey que lo pusiese en poder destos mismos, e que estouiesen amos por quanto estos mandasen. E desto traxo los conpromisos fechos e firmados por el rey de Aragon e por don Alfonso, e el rey non pidio sobre esto consejo a la reyna, e otorgogelo luego. (*Crónica de Fernando IV*, p. 389)

À primeira vista, a atitude de Fernando IV parece revelar alguma autonomia, porém, logo a seguir, vemos que se trata de precipitação, dadas as considerações que se seguem e onde a rainha-mãe surge como detentora de uma maior clarividência, apesar de manietada em termos de possibilidades de atuação:

E despues que la reyna vio que lo otorgaua, callose, que non quiso dezir ninguna cosa en ello, porque entendia que non ternia pro ninguno en ello, pero que entendio muy bien que toda la pleitesia era en mano e en poder del rey de Aragon, que tenia deseredado al rey del reyno de Murçia commo lo tenia e que en su mano era de dar ende al rey lo que quisiese e fincar el seguro con todo lo al. E otrosi que el pleyto de don Alfonso que los arbitros que lo auian a librar, que muy pequenna fuerça les fazia a ellos en darle de lo del rey lo mas que ellos pudiesen, ca ellos non perdien y nada de lo suyo, e quanto el rey mas diese de lo suyo, tanto mas plazia a ellos, ca toda cosa porque el rey ouiese menos de lo que auia plazeria al rey de Aragon e al rey de Portugal. E commo quier que la reyna entendia estos pleytos desta guisa e eran dannosos para el rey, non quiso en ellos hablar, porque era çierta que non ternia y pro nin faria y ninguna cosa de quanto ella dixese. (*Crónica de Fernando IV*, pp. 389-390)

Só então o rei de Portugal é convocado (*Crónica de Fernando IV*, p. 390) e aceita a incumbência (*Crónica de Fernando IV*, p. 392). É ainda relatado o encontro da comitiva de D. Dinis com a dos reis de Castela, apesar de alguma resistência de Maria de Molina, e o subsequente encontro dos árbitros com o rei de Aragão, sendo sempre acentuada a hostilidade destes contra Castela e o seu rei:

E el [Fernando IV] rogo a la reyna su madre que fuese con el a estas vistas. E la reyna, porque entendio que non pleytearien a su pro ni a su honrra, escusauase quanto mas podia, pero tanto la afinco el rey que lo ouo de fazer, e fue alla. E desde que el rey sopó commo venia el rey de Portugal, salio a resçebirlo a Medina del Campo, e fueronse amos los reyes para Soria, e dende fuese el rey de Portugal para Taraçona al rey de Aragon, que era y. E la reyna donna Maria lleo a Soria e fallo y el rey su fijo, e salieron luego ende, e fueronse para Agreda, e moraron y tanto en quanto andudieron los pleytos e se trataron entre los reyes. (*Crónica de Fernando IV*, p. 392)

Este ponto termina sublinhando-se que o acordo foi o que o rei de Aragão queria: «E a la çima fueron puestos en esta guisa, asi commo quiso el rey de Aragon» (*Crónica de Fernando IV*, p. 393), apesar de ter obtido o acordo de todos: «E en esta manera dieron la sentençia el rey de Portugal e el ynfante don Juan e el arçobispo de Çaragoça, e asy lo firmaron e lo otorgaron despues amos los reyes.» (*Crónica de Fernando IV*, p. 393).

Em seguida passa-se à questão de Afonso de Lacerda, tratada com um pouco mais de brevidade do que na *Crónica* de Loaysa, o que poderá ser sinal de se pretender atribuir uma menor importância a este pleito, uma vez que, regra geral, a *Crónica de Fernando IV* amplifica o texto da sua fonte:

E el pleyto de don Alfonso, fijo del ynfante don Fernando, fue librado en esta guisa: que le diese el rey estas villas con sus terminos: Alua e Bejar e toda Valdecorneja e el Real de Mançanares e Monçon e Gaton e Ferrin e Moliellas e Gibraleon e el Algaua e Lemos, que es en Galizia, e otros lugares muchos que non son aqui escriptos. E que le cunpliesen en heredamiento de vasallos en pechos foreros quinientas vezes mill marauedis de renta cada anno. E don Alfonso que entregase al rey a Almaçan e Seron e Deça e Almenar, que le tenia, e que de alli adelante non se llamase rey de los sennorios de los reynos de Castilla e de Leon, nin troxiese armas derechas, nin fiziese moneda, nin fuese contra el rey en ninguna cosa. E en esta manera fue dada la sentençia por los arbitros e fue otorgada por amas las partes. (*Crónica de Fernando IV*, p. 393)

Esta *Crónica* também inclui referências à parte social do encontro, se bem que de modo não tão desenvolvido como na *Crónica de 1344* e na *Crònica* de Ramon Muntaner. Como seria de esperar, o relato centra-se na receção do rei de Castela e de sua mãe (Maria de Molina) e esposa, (Constança de Portugal) aos reis e rainhas de Portugal e de Aragão:

E despues desto vinieron y los reyes de Portugal e de Aragon a Taraçona, e traxeron y las reynas de Aragon e de Portugal, que eran y, e saliolas el rey a rescebir muy honrradamente. E luego vinieron los reyes e las reynas a la posada de la reyna donna Maria, e desque la ouieron vista, fueron comer con la reyna donna Constança, muger del rey don Fernando. E otro dia comieron las reynas con la reyna donna Maria, e al terçero dia salieron ende, e fueronse todos los reyes e las reynas a Taraçona con el rey de Aragon, e fueron sus ospedados otros dos dias. E al terçero dia despidieronse los reyes vnos de otros, e partieronse de alli, e finco el rey de Aragon en su reyno e vinieronse los reyes de Castilla e de Portugal e las reynas su camino para Valladolid, e moraron y çinco dias. E den-de fuese el rey de Portugal para su reyno. (*Crónica de Fernando IV*, pp. 393-394)

A *Crónica* prossegue, com outras questões, nomeadamente informações sobre alianças entre as casas reais de Castela e Aragão sob a forma de

casamentos, ocorridos depois dos encontros de Agreda / Taraçona, não se repetindo aqui as estratégias a que Muntaner recorre para silenciar a paz de Torrellas e o subsequente tratado de Elche⁴³.

Relativamente a ofertas por parte de D. Dinis, nada é dito. Aliás, o que a crónica refere, um pouco antes do episódio de Torrellas, a respeito de eventuais ofertas de D. Dinis, não é, de todo, lisonjeiro para com este rei:

E luego mouio ende el infante don Juan con la reyna donna Costança, e se fue para Badajoz. E el rey vinose para Valladolid a la reyna su madre, e fablo con ella de commo queria yr verse con el rey de Portugal e que era çierto que le daria muy grand algo. E la reyna, que entendia muy bien commo andauan todas las cosas e a que podria venir, dixole que bien çierta era ella que sy algo le diese el rey de Portugal, que mucho seria menos de quanto el cuydaua, e que si lo el tomase, que non faria enello muy grand su honrra nin le entraua en pro, e que muy caro le costaria. (*Crónica de Fernando IV*, pp. 367-368)

Esta passagem parece dialogar, em contraponto, com o veiculado na *Crónica de 1344*, em excerto acima citado, no qual é referido um encontro de D. Dinis com o genro, em Elvas, e onde o rei Português presenteia o genro com muitas ofertas (*Crónica de 1344*, vol. IV, p. 247). A ideia de que D. Dinis presenteou generosamente o genro antes da sentença de Torrellas é ainda reiterada na história do rei D. Fernando nas traduções da segunda redação da crónica portuguesa: «E después a poco tienpo, se vino a Yelves a su suegro, el rey don Donís de Portugal. E él fizole mucha honra, e diole muchas donas e grand algo. E desí tornóse el rey don Fernando para Sevilla.» (*Crónica de 1344* – trad. cast., ms. U, § 92)⁴⁴. Em

43. De acordo com Carmen Benitez Guerrero, *La historia a través de la historiografía...*, p. 225, este acordo e casamento têm lugar em 1311. A crónica refere o seguinte: «E estonce era tratado casamiento del ynfante don Pedro con la fija del rey de Aragon, e otrosi casamiento de don Jaymes, fijo primero heredero del rey de Aragon, con la ynfanta donna Leonor, fija deste rey don Fernando. E el rey mouio pleyto al rey de Aragon para fazer vistas luego estos casamientos, e fueronse luego para Calatayud e fizieron y las bodas. E desposaron a la infanta donna Leonor, que era de tres annos, con el ynfante don Jaymes, fijo primero heredero del rey de Aragon, caso el ynfante don Pedro con la infanta donna Maria, fija deste rey de Aragon.» (*Crónica de Fernando IV*, p. 505).

44. A passagem consta também do ms. Q2, § 115 e do ms. S, § 140, todas em Maria do Rosário Ferreira (dir.), *De Afonso X a Afonso XI...*

contraste, na *Crónica de Fernando IV*, temos um rei D. Dinis muito avesso a dar o que quer que seja⁴⁵:

E desde que estouieron algunos dias de so vno auiendo sus plazer e sus alegrias muy grandes, el rey don Fernando fablo con el ynfante don Juan e con don Juan Nunnez e preguntoles que pues en las vistas era el ya, que commo non le daua el rey de Portugal el auer que le dixeran que le daries. E ellos fablaronlo con el rey de Portugal e el estrannolo mucho e fue el pleyto llegado a lugar que se ouieran a desabenir amos los reyes por esta razon, mas la reyna donna Ysabel de Portugal, reçelando mucho la desabenencia de los reyes por lo de su fija, trauo tanto con el rey de Portugal, su marido, que ouo a fazer que prometiese al rey vn cuento e que le daria la meytad luego alli en Badajoz. E la reyna fablo luego con el rey, su yerno, que quisiese agora tomar este cuento en esta manera, [...], e el ouolo a fazer e fincaron asi amos los reyes asosegados. (*Crónica de Fernando IV*, p. 371)

Se o texto da *Crónica de Fernando IV* estimula a hipótese da existência de um diálogo / confronto historiográfico, a sua datação complexifica a reflexão sobre quem poderia estar a responder a quem. No ponto I.1.a.ii da sua tese, Carmen Benítez Guerrero reflete sobre várias propostas de datação que situam o trabalho entre 1340 e 1344 ou entre 1344 e 1350 (sendo 1344 a data em que termina o relato). Partindo do princípio que existiam comunicações relativamente constantes entre Portugal e Castela e que as notícias circulavam, inclusivamente até Lalim, consoante a data em que a *Crónica de Fernando IV* tenha efetivamente sido terminada, assim se poderá entender o sentido do diálogo (se a crónica portuguesa poderia ser um contraponto relativamente à castelhana, ou vice versa). Acresce o facto de a *Crónica de Afonso XI* nos dar notícia de um encontro entre este rei e o conde português, em 1340, no rescaldo batalha do Salado / Tarifa, informação

45. Veja-se ainda mais um apontamento da *Crónica de Fernando IV* a sublinhar a forre-tice do rei de Portugal: «E desde que paso la fiesta de Nauidad que touieron y, enbio el rey de Portugal y su mandado que se queria ver con el rey e con la reyna, e luego acordaron de yr a las vistas con el a Çibdad, e fueron y en el mes de febrero. E en estas vistas demandando el rey de Portugal que queria que le diesen recabdo para pagar en la corte de Roma lo que auia de costar la dispensacion de los casamientos del rey con la reyna donna Costança, su fija, e el casamiento del infante su fijo don Alfonso, primero heredero, con donna Beatriz, fija del rey don Sancho e desta reyna donna Maria.» (p. 322).

que não tem sido valorizada, mas que nos mostra a constância das comunicações e da amizade entre estas figuras destacadas de Castela e de Portugal:

Et estando el Rey en este ayuntamiento, veno y Don Pedro Conde de Barcelos, que es en Portugal: et porque este Conde amaba muy verdaderamente el servicio del Rey, et facia por ello lo que podia, el Rey fizole mucha honra, et envióle á Portugal.⁴⁶

O facto de a primeira redação da *Crónica de 1344* ter sido conhecida (e traduzida) em Castela pode constituir um argumento a favor de a resposta ser do texto castelhano, reflexo não só do incómodo causado pelo encómio de D. Dinis na crónica portuguesa, mas também de alguma antipatia existente contra este soberano na corte de Maria de Molina⁴⁷.

46. *Cronica de D. Alfonso el Onceno de este nombre...* (ed de Francisco Cerdà y Rico), Madrid, Imprenta de D. Antonio de Sancha, vol. I, 1787, p. 460.

47. Especialmente depois do Tratado de Alcanizes, bastante desfavorável a Castela. Sobre este assunto, ver J. A. de Sotto Mayor Pizarro, *D. Dinis*, pp. 108-115. Veja-se ainda o seguinte comentário de F. Félix Neto, «Actividades pacificadoras...»: «Em janeiro de 1302 Fernando IV celebrou seu casamento com a infanta D. Constança de Portugal na cidade de Valholido. A rainha D. Maria ainda teria serrazinado, a repisar, teimosa, que, antes da celebração, se exigisse a D. Dinis a devolução das terras por ele levadas quando do tratado de Alcanizes em 1297, mas o infante D. João e D. João Nunes de Lara impuseram o respeito pelos tratados e pelas conveniências políticas do momento.» (p. 21). Para um exemplo bastante flagrante da animosidade da *Crónica de Fernando IV* contra D. Dinis, veja-se a seguinte interpolação do ms. C (M-563, Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander): «E avn dize la estoria en este lugar que estando el rey don Donis de Portugal con su hueste en tierra de Canpos e con el el infante don Iohan e don Alfonso de la Çerda e don Iohan Nunnes de Lara e todos los otros castellanos que eran de su vando de estos sennores, que el rey de Portugal estando en su solas *sic* con ellos hablando de muchas cosas e quedixieras *sic* estas palabras: “Yo so el rey don Donis e entre en Castilla fasta donde yo quise e fize lo que quise”. E destas palabras que el rey don Donis de Portugal dixo peso mucho a los castellanos e a los mas de ellos, e respondio por ellos don Juan Nunnes de Lara en esta manera. E dixo: “En mal punto sea ello e en mala ora quise los castellanos non vos metieran en Castilla grant marauilla fuera si vos en ella vos atreuierades a entrar. E por mi vos digo que de aqui adelante non bos aqui dare nin por mi consejo yredes por Castilla adelante, especialmente onde el rey don Fernando estouiere”. E luego que el rey de Portugal oyo estas palabras a don Iohan Nunnes e otrosi lo que la reyna le embio dezir con su cauallero luego otro dia se partio e paso el rio de Duero e fuese para tierra de Medina del Canpo. E asi se partieron todos e torrnó el rey de Portugal yendose para su tierra (fol. CXr).» (*Crónica de Fernando IV*, p. 200).

Os manuscritos com traduções castelhanas da primeira versão da crónica portuguesa são bastante posteriores à data da elaboração desta crónica. A sua existência atesta o conhecimento desta obra a partir da data da sua realização, sem negar, com isso, o seu conhecimento anterior, se bem que não se saiba ao certo quão anterior⁴⁸. Se aceitarmos a hipótese de um conhecimento muito menos tardio, em texto, ou em notícia, podemos especular que a animosidade da *Crónica de Fernando IV* seja, em parte, resposta ao elogio das qualidades cortesias de D. Dinis, com destaque para a liberalidade, tal como esta surge na *Crónica de 1344*.

Por outro lado, o encómio que temos na crónica portuguesa é bastante acintoso. Consequentemente, pode ser entendido como demasiado acentuado para ser natural, o que pode apontar para que seja este texto a resposta aos registos historiográficos que diminuem (como a *Crónica da Loaysa*), ignoram (como a *Crónica de Muntaner*) ou inclusivamente atacam (caso da *Crónica de Fernando IV*) a atuação e a memória de D. Dinis.

O último texto aqui considerado é a *Crónica de San Juan de la Peña*⁴⁹, escrita para Pedro IV de Aragão, possivelmente pelo seu secretário Tomás de Canellas, primeiro em latim e, imediatamente a seguir, traduzida para aragonês e catalão, tudo no intervalo entre 1369 e 1372, portanto, mais de 60 anos após os acontecimentos de Torrellas, mas anterior à reformulação da *Crónica de 1344*. Encontramos aqui uma breve passagem sobre a decisão arbitral. Trata-se de uma referência sintética, provavelmente em virtude de um maior distanciamento dos acontecimentos. A obra é interessante porque partilha algumas características

48. No que se refere às traduções castelhanas da primeira redação da *Crónica de 1344*, de acordo com a base de dados Philobiblon, o ms. 2656 da Biblioteca da Universidade de Salamanca é uma cópia datada de ca. 1491-ca. 1510 (manid 1505), sendo a sua tradução, naturalmente, anterior a 1510; o ms de El Escorial (&II.1) tem como indicação para a data de cópia «1591-09-21 ad quem» (manid 1500). Ignora-se a data em que terá sido realizada a primeira tradução da obra do conde D. Pedro e que estará na origem destas cópias. Os manuscritos divulgados por Francisco Bautista e Filipe Alves Moreira, «Para a tradição textual da Crónica de 1344...» são igualmente tardios.

49. *Crónica de San Juan de la Peña (Versión aragonesa)*. Edición crítica (ed. de Carmen Orcastegui Gros), Zaragoza, Diputación Provincial, 1986. Alguns manuscritos desta obra integram adições de Martín de Larraya (séc. XVI). A crónica conta a história do condado de Barcelona e reino de Aragão, dando especial atenção ao mosteiro de San Juan de la Peña, e termina com a morte do rei Afonso IV (1336).

com a *Crònica* de Muntaner, nomeadamente a referência aos acordos de casamento entre filhos dos dois reis, mas já não ignora a intervenção de D. Dinis, que até exalta, como pacificador, se bem que, significativamente, não lhe seja atribuído o papel de juiz, mas simplesmente o de promotor do acordo:

Et después de algún tiempo, el rey de Portugal don Dionís, cobdiciando quel rey don Jayme et el rey don Ferrando de Castiella fuessen amigos et bien querientes et paz et amor fuesse entre ellos, et un dia todos los ditos III reyes se ajustoron en Taraçona et unión fizieron contra el rey de Granada. Et el dito rey don Jayme rendió la ciudat de Murcia al dito de Castiella, mas retuvose Orihuela, Guardamar, Alacant, Elche et Crivillén, la Muela, la Val d'Ella et de Nonovella et Fananiella et muytos de otros castiellos roqueros. Et el rey de Castiella dio su filla por muller al infant don Jayme, fillo primogénito del rey don Jayme, mas cada uno era en fuert chica edat constituydos. Et fue assí enpresso entre entramos los ditos reyes que el uno, es assaber el rey de Aragón, sitias la ciudat de Almaría et el otro, es assaber el rey de Castiella, sitiada Aliazira de Alfrada. Et aquesto fue fecho, cada uno de los ditos reyes sen tornoron en su tierra. (Cr. *San Juan de la Peña*, pp. 129-130)⁵⁰

A estratégia de Muntaner de ignorar a Sentença de Torrellas e o subsequente tratado de Elche talvez esteja na origem da fusão (ou confusão) que se verifica na *Crònica de San Juan de la Peña* entre estes acontecimentos e o estabelecido no Tratado de Alcalá de Henares. A maior parte da passagem refere dados reportáveis ao tratado de 1308, nomeadamente, o acordo de casamento e o projeto de atacar o reino de Granada. Nos encontros de 1304, o rei Muhammed III, sultão de Granada⁵¹, esteve presente enquanto vassalo do rei Fernando IV. Já a referência a D. Dinis

50. Seguidamente, o texto foca-se nas conquistas planeadas: «Et después de algunos días, cada uno fizo su pertreyto et aparellamiento por complir los enprendimientos desuso ditos, porque el dito rey don Jayme con grant et maravellosa armada, por mar et por tierra, sitió la dita ciudat de Almaría, et el dito rey de Castiella assí mismo sitió ad Aliazira de Alphadra; et levósen con sí el rey d'Aragón la reyna dona Blanca.» (Cr. *San Juan de la Peña*: p. 130).

51. Muhammed III (1257-1314), foi rei de Granada entre 1302 e 1309. Durante o seu reinado, tanto fez guerra como negociou a paz com os reinos vizinhos. O pacto de vassalagem com o rei Fernando IV foi realizado em 1303, por um período de três anos.

remete para os encontros de Agreda / Taraçona. No entanto, não lhe é atribuído qualquer estatuto oficial, nem são referidos os restantes árbitros, o arcebispo de Zaragoza e o infante D. João, eventualmente por se considerar que se tratava de assunto, «entre reis». A «intromissão» da figura de D. Dinis numa passagem que predominantemente se refere a uma ocasião na qual este soberano não participou dever-se-á, ou à memória, neste momento já longínqua, da sua intervenção nos acordos de paz entre Castela e Aragão, ou à consulta de alguma fonte que o referisse. A perspetiva favorável a Aragão é assegurada mediante a não atribuição da categoria de juiz a D. Dinis.

Afonso de Lacerda não é referido neste ponto da narrativa, pois esta crónica também separa a questão da sua reclamação do trono de Castela. O infante surge na *Crónica de San Juan de la Peña* em duas ocasiões, ambas antes do episódio de Torrellas. A primeira passagem explica a sua situação de deserdado e refere-se à sua amizade com o rei Afonso III de Aragão, que ataca Castela em defesa dos seus direitos ao trono (p. 117). A segunda passagem ocorre já durante o reinado de Jaime II, referindo-se a uma ofensiva contra Castela-Leão que não corre muito bem⁵²:

En aqueste tiempo, el infant don Pedro, hermano del rey don Jayme, muyt buen cavallero, contra el rey don Ferrando el de Castiella en ayuda de don Alfonso el deseredado que dixiemos en la crónica de don Alfonso d'Aragón mas propinquo dessuso dito, con don Eximén d'Urrea, don Pero Cornel, don Pero Ferrandez de Açagra et otros ricos hombres de Aragón; otrosí fueron con ellos el infant don Johan su tio del rey de Castiella et con ellos el rey de Portugal. Entroron por Castiella et prendiendo et andando por tierras de Leon, Dios enbió enfermedat sobre ellos et avieron muytos de morir, specialment murie de enfermedat el infant don Pedro de Aragón en el sitio de Ucer de Fumas; et en aquella ora los aragoneses con los fillos de don Ferrando tornaron pora Aragón [...]. Et el rey de Portugal fuesse pora su regno [...]. (Cr. *San Juan de la Peña*, p. 125-126)

52. No entanto, apesar dos desaires, Aragão toma o reino de Múrcia, o que constitui uma glória: «Et veyt si fue grant honor a la casa d'Aragón quel rey don Jayme tollies al rey de Castiella, mas poderoso rey que /él/, tal rego como es Murcia, et aquí vicarios et oficiales constituydos, en Catalunnya sen tornó pagadament et alegre.» (Cr. *San Juan de la Peña*, p. 126).

Nesta passagem da *Crónica de San Juan de Peña*, em que é também referido o rei de Portugal, há que notar que o «de Castela» já é Fernando IV e Afonso de Lacerda é apelidado de o «deserdado»...

Estas não são as únicas crónicas que se referem ao encontro /sentença / acordo de Torrellas. O assunto é retomado por cronistas mais tardios, como Pere Miquel Carbonell, Jerónimo Zurita ou os autores da *Monarchia Lusitana*, que já não são aqui considerados. Trata-se de historiadores que discutem com as suas fontes, mas não são menos envolvidos ou empenhados ou mesmo tendenciosos na visão que têm e transmitem do passado, porém, já refletem um quadro mental diferente. Para além disto, as versões que transmitem, de um modo geral, refletem memórias já sedimentadas nas fontes livrescas a que recorreram, saindo assim do âmbito previsto para o presente estudo.

Procurámos concentrar-nos em textos relativamente próximos no tempo, alguns privilegiados na medida em que os seus autores foram contemporâneos dos acontecimentos, e mesmo testemunhas oculares e implicados nos factos, como Pedro Afonso de Barcelos e, até certo ponto, Ramon Muntaner, enquanto elemento da corte de Aragão, que escrevem a uns meros 16 anos de distância um do outro, cada qual no seu extremo da Península Ibérica. Paradoxalmente, o modo como abordam a questão da paz entre Castela e Aragão no que se refere ao reino de Múrcia e às pretensões de Afonso de Lacerda é tão diferente que se torna difícil articular as duas descrições. É evidente que, para as crónicas castelhanas e aragonesas, o ponto principal a salvaguardar é o da posse territorial, questão que não foi aqui desenvolvida uma vez que se privilegiou a análise da descrição dos acontecimentos e respetivos protagonistas. No entanto, é importante notar que esta preocupação foi provavelmente o que levou Muntaner a registar uma memória tão seletiva dos acontecimentos que chega ao ponto de ignorar a Sentença de Torrellas e o subsequente Tratado de Elche para veicular uma versão muito própria de legitimação da posse de parte do reino de Múrcia por Aragão. Esta linha prossegue na *Crónica de San Juan de la Peña* que, apesar de recuperar a memória de D. Dinis, altera o estatuto da sua intervenção e funde acordos distintos.

Concomitantemente, coloca-se a questão dos encómios, para memória futura. A *Crónica de Fernando IV* inclui algumas alusões a encontros promovidos pelo setor de Castela, porém, esta vertente é sublimada sobretudo na *Crónica de 1344* e no relato de Ramon Muntaner, permitindo

intuir a existência de alguma rivalidade entre os dois cunhados, D. Dinis e Jaime II, por alguma predominância enquanto modelos de soberanos, na Península Ibérica. As Crónicas de Jaufré de Loaysa e de *San Juan de la Peña* não entram nesta competição. A primeira provavelmente em virtude de se tratar de um relato elaborado por um religioso que projeta no texto os seus valores próprios; a segunda, talvez porque a disputa já se encontrava ultrapassada, ou tinha deixado de fazer sentido, eventualmente dada a maior distância dos acontecimentos.

O facto de os encómios serem mais gloriosos e romanceados nas crónicas elaboradas por nobres que escreveram por opção e não por ordem ou solicitação de terceiros é uma dado que pode ser valorizado em termos literários. Tal como já foi demonstrado que cronistas monásticos recorrem aos *topoi* dos relatos religiosos e devocionais; acontecendo o mesmo com autores que trabalharam em chancelarias, e que importam para os seus relatos fórmulas deste tipo de documentação; também fará sentido contar com outro tipo de influência, a associar a autores laicos e com alguma experiência mundana de corte. Tal será o caso, sobretudo de Pedro Afonso de Barcelos e de Ramon Muntaner. Trata-se de pessoas que conheceram um estilo de vida que incluía a fruição literária, tanto lírica, como narrativa, o que poderá ter influenciado a idealização de alguns episódios, e a maneira de os descrever, especialmente no que se refere a técnicas de escrita e a motivos temáticos que configuram estratégias retóricas usadas para embelezar o relato, promovendo a sua maior e melhor aceitação junto do público leitor ou ouvinte.

A falta de precisão e a consequente pouca fiabilidade das crónicas medievais, dada a sua parcialidade, é sobejamente conhecida. No entanto, ao veicularem de modo particularmente cristalino os seus pontos de vista e os interesses que defendem remetem também, de forma muito clara, para os valores e ideais da época. Estes sobressaem especialmente quando atentamos na visão que cada crónica transmite dos seus soberanos, em contraposição com os «outros». Neste confronto, tornam-se especialmente claras e evidentes as qualidades esperadas de um soberano, e consideradas como mais nobres. O encómio de D. Dinis na *Crónica de 1344* é paradigmático deste tipo de situação, sublinhando as suas grandes qualidades como bom juiz, generoso, digno de honras por parte do papa e dos outros reis... São as mesmas qualidades que são atribuídas a Jaime II, com idêntica convicção, por Muntaner. Tal como nas pinturas,

as crónicas transmitem a imagem que o seu autor, ou um determinado centro de poder pretendem transmitir, tão encenadamente como numa pintura ou numa escultura. O mesmo acontece no que se refere às descrições, por certo embelezadas, do que seria uma boa hospedagem, uma receção, uma festa...

Finalmente, uma palavra sobre a questão dos diálogos historiográficos entre crónicas redigidas em momentos relativamente próximos no tempo, mas em regiões diferentes e procurando defender interesses distintos. Apesar de não existirem elementos que nos permitam afirmar categoricamente que uns textos respondem a outros ou que estimulam a abordagem de determinados assuntos, os relatos parecem, no entanto, contrapor-se uns aos outros. Este facto pode dever-se a um fenómeno de poligénese, decorrente da defesa dos interesses específicos de cada reino que procurava exaltar as qualidades dos respetivos soberanos, ou ser resposta a opiniões e rivalidades efetivas. Em todo o caso, parece-nos que as crónicas aqui estudadas deixam intuir a existência de uma disputa entre D. Dinis e Jaime II pela fama de modelos de virtudes cavaleirescas. A incontornável debilidade de Fernando IV⁵³ tê-lo-á afastado desta corrida por renome, sendo criticado até pelos cronistas do seu reino. Apesar disso, é interessante ver como os dois autores castelhanos lidam com a questão da fama dos dois soberanos dos reinos que ladeiam Castela-Leão. No que se refere ao episódio aqui estudado, Jofré de Loaysa aplica um tom sintético, factual, lacónico. Já a *Crónica de Fernando IV* parece optar pelo ataque, sublinhando o mau carácter dos reis não castelhanos face ao olhar experiente e estratega da rainha mãe, Maria de Molina, que, no entanto, tem uma amplitude de ação relativamente constrangida, que a impede de tomar ações de força relativamente ao que vê acontecer. Neste caso, tanto o rei de Portugal, como o de Aragão são apresentados de modo bastante negativo, como interesseiros e aproveitadores da debilidade alheia.

Se podemos pensar que dois protagonistas poderão ser em excesso para um único acontecimento, terminamos com mais uma versão do acontecimento que nos traz uma terceira personagem protagonista. Apesar de D.

53. Sobre a imagem deste rei, ver: César González Mínguez, «Fernando IV de Castilla (1295-1312): perfil de un reinado», *Espacio, Tiempo y Forma*, serie III, H^a Medieval, 17, 2004, pp. 223-244 e Carmen Benitez Guerrero, *La historia a través de la historiografía...*, pp. 106-109.

Dinis ser aqui visto sob uma perspetiva bastante favorável (é apresentado como único juiz), quem realmente é veiculada como a grande obreira da paz é a sua mulher, D. Isabel. Referida de passagem, ou mesmo silenciada nas crónicas, a rainha é exaltada nos textos que constroem a sua aura de santidade, nomeadamente, graças às suas virtudes de pacificadora⁵⁴:

Avendo descordia grande antre elrey D. Fernando de Castela, genro desta rainha, e elrey D. James de Aragom, irmão desta rainha, por razom de algũs logares que elrey de Aragom tiinha filhado[s], que foram dos mouros, os quais elrey de Castela dizia que erom de sa conquista, elrey de Aragom dizendo o contrario, e sobre estas cousas e demandas, que antre eles avia, esta rainha Dona Isabel, consiirando quanto dano e mal per esta guerra em Espanha av[er]ia e se seguiriam muitas mortes de muitos e (de) muitas sem merecimento em reyno de Castela, e de Aragom e doutros muitos senhorios, e logares que se amesturam, e entendendo e temendo-se que, se esta guerra e descordia antre eles muito durasse, que os mouros, ãmiigos da Fee Catholica, cobrariam poder contra os christãos, pera se escusar esta guerra e descordia, que antre os ditos reys avia e se recrecia, esta rainha tanto trabalhou per si e per outros que os ditos reys de Castela e de Aragom elegerom e comprometerom que elrey D. Dinis de Portugal fosse juiz sobre este feito, e prometerom so certas pães a estar a qualquer juizo que elrey de Portugal antre eles fizesse e a qualquer sentença que ele desse. E forom elrey D. Dinis e esta rainha Dona Isabel ensembra com el aa cidade de Tarraçona, em senhorio delrey de Aragom, passando por [l]os reynos de Castela e de Leom, e forom em [n]a dita ciidade juntos elrey D. Fernando de Castela e a rainha Dona Costança, sa molher, e a rainha madre delrey D. Fernando, Dona Maria, e ifantes e muitos ricos omães de Castela e de Leom e muitas nobres donas, e forom tam bem elrey D. James de Aragom, irmão desta rainha, e a rainha Dona Branca, sa molher, e muitos nobres omães e donas de Aragom e de Catalonha. E elrey D. Dinis seve antre eles pera livrar seus feitos e fazer sas pazes, segunto achasse de dereito. E

54. *Vida e Milagres de Dona Isabel, Rainha de Portugal. Texto do século XIV* (ed de José Joaquim Nunes), Coimbra, Imprensa da Universidade, 1921. Veja-se ainda a documentação transcrita por F. Félix Neto, «Actividades pacificadoras...» que demonstra o efetivo empenho da rainha D. Isabel na mediação das conversações de paz, entre 1300 e 1304, cujos esforços ficaram bem patentes na correspondência trocada com o irmão, o rei Jaime II de Aragão.

ouvio primeiramente razões delrey de Castella que trazia pera afirmar o que dizia. E depois ouvio as razões delrey de Aragon, que erom em contraíro, e, vistas as razões de ãa e de outra parte, deu juizo antre eles, segundo achou de dereito e aveo os ditos reyes de tal maneira que se partio todo mal e toda discordia que antre eles por esta razom avia e forom sempre depois amigos, partido todo odio e mal querença. E partirom-se daquel logar os reis por muito amigos e poserom antre si grandes firmezas pera se amarem e ajudarem, e cada ãu tornou-se a seus reynos (*Vida e Milagres de Dona Isabel*, pp. 31-33).

BAJO EL AMPARO DEL MONASTERIO: LOS BURÓCRATAS BIENHECHORES DE SAN BENITO EL REAL DE VALLADOLID DURANTE EL SIGLO XV

CÉSAR OLIVERA SERRANO

Instituto de Historia (CSIC)

INTRODUCCIÓN

La historia del monasterio de san Benito el Real de Valladolid, ya desde su misma fundación en 1390, estuvo estrechamente relacionada con dos aspectos internos que son complementarios: la evolución del cenobio como modelo observante y la expansión de la congregación de monasterios vinculados a su autoridad. Ambas líneas de acción se entrelazaron a su vez con otros procesos externos, como la protección dispensada por los reyes de la dinastía Trastámara, ya que el patronato regio fue determinante en su origen y desarrollo, o la colaboración de los numerosos bienhechores que aportaron sus bienes y servicios a la comunidad benedictina a cambio de la oración monástica. La abundante bibliografía que hoy existe en torno a todas estas facetas complementarias va en consonancia con la copiosa documentación que se conserva en diferentes archivos, sobre todo en el Archivo Histórico Nacional y en el monasterio de santo Domingo de Silos, entre otros¹. No vamos a detenernos en estas páginas a glosar o siquiera mencionar el amplio repertorio de estudios dedicados a este fenómeno histórico que incumbe a disciplinas y materias de lo más variopinto². Nos centraremos en

1. Sigue siendo útil la exposición del repertorio de fuentes que expuso en su momento Luis Rodríguez Martínez, *Historia del monasterio de san Benito el Real de Valladolid*, Valladolid, Caja de Ahorros Popular de Valladolid-Ateneo de Valladolid, 1981, donde además recoge otros aspectos históricos y artísticos del cenobio vallisoletano.

2. Para el contexto general de las reformas bajomedievales hispanas, especialmente de los benedictinos, es fundamental el reciente estudio de Carlos Manuel Reglero de la Fuente, *Monasterios y monacato en la España Medieval*, Madrid, Marcial Pons, 2021. Para el caso vallisoletano siguen siendo indispensables algunos estudios clásicos que mantienen hoy su utilidad; García M. Colombás y Mateo M. Gost, *Estudios sobre el primer siglo*

un aspecto concreto que tal vez ha sido menos estudiado hasta la fecha: la relación existente entre la comunidad benedictina y el entorno cortesano que colaboró e hizo posible su sostenimiento y, de un modo más concreto, aludiremos al conjunto de burócratas que intervinieron durante el siglo XV. En efecto, al hablar del éxito de san Benito de Valladolid casi siempre se pone el énfasis en el protagonismo desempeñado tanto por la realeza castellana³ como, sobre todo, por los priores que llevaron las riendas del gobierno interno del monasterio⁴, pero ha quedado algo desdibujado el lugar que ocuparon sus numerosos e influyentes bienhechores. Algunos son muy conocidos debido al protagonismo que alcanzaron en el seno de la corte o por sus fundaciones piadosas. Quizás el más célebre fue Sancho de Rojas, obispo de Palencia en el momento de la fundación de San Benito en 1390 (más tarde será arzobispo de

de San Benito de Valladolid, Montserrat, Publicaciones de la Abadía de Montserrat, 1954. Javier Rivera (ed.), *VI Centenario: Monasterio de san Benito el Real, 1390-1990*, Valladolid, Ediciones Ámbito, 1990; Javier Moreda Blanco *et alii*, *El Monasterio de San Benito el Real y Valladolid: arqueología e historia (catálogo de la exposición celebrada en junio-agosto de 1996)*, Valladolid, Ayuntamiento de Valladolid, 1998. Sobre la espiritualidad vivida en el interior de la clausura véanse los artículos de Ernesto Zaragoza Pascual, «La práctica de la contemplación entre los monjes benedictinos reformados españoles durante los siglos XIV y XV», *Nova et Vetera*, 2 (1976), pp. 183-199. *Id.*, «Libros que alimentaban la vida espiritual de los benedictinos vallisoletanos del siglo XV», *Nova et Vetera*, 3 (1977), pp. 267-279. *Id.*, «La práctica de la oración metódica entre los benedictinos españoles del siglo XVI», *Nova et Vetera*, 3 (1977), pp. 107-121; *Id.*, «Reglas y avisos para los que no están ejercitados en la oración», *Nova et Vetera*, 9 (1980), pp. 37-49.

3. Las conexiones entre la religiosidad de los monarcas Trastámara y su compromiso con el impulso reformista cuenta con una amplia bibliografía; José Manuel Nieto Soria, *Iglesia y génesis del Estado Moderno en Castilla (1369-1480)*, Madrid, Editorial Complutense, 1993. Jorge Díaz Ibáñez y José Manuel Nieto Soria (coords.), *Iglesia, nobleza y poderes urbanos en los reinos cristiano de la Península Ibérica durante la Edad Media*, Murcia, Sociedad Española de Estudios Medievales, 2019. Isabel Beceiro Pita (dir.), *Poder, piedad y devoción. Castilla y su entorno. Siglos XII-XV*, Madrid, Sílex, 2014. Isabel Beceiro Pita (coord.), *La espiritualidad y la configuración de los reinos ibéricos (siglos XII-XV)*, Madrid, Dykinson, 2018.

4. Entre las numerosas publicaciones de Ernesto Zaragoza Pascual destacan algunos estudios esenciales: *Los generales de la congregación de San Benito de Valladolid*, 6 vols., Zamora, Abadía de Silos, 1975-1976; del mismo autor, «Abadologio del monasterio de San Benito el Real de Valladolid», *Investigaciones Históricas: época Moderna y Contemporánea*, 23 (2003), 203-260.

Toledo); en sus años de esplendor se encargará de sufragar las obras de remodelación del antiguo alcázar real para hacerlo más adecuado para las necesidades de los monjes benedictinos⁵. Otra bienhechora importante fue Inés de Guzmán, viuda del contador mayor Alonso Pérez de Vivero, que levantó una importante capilla funeraria para su marido, como veremos pronto. Por su parte, el cronista Alvar García de Santamaría, fue un valedor destacado de la reforma benedictina en el monasterio de san Juan de Burgos. Es realmente impresionante el elenco de bienhechores de los monjes vallisoletanos, pero por cuestiones de espacio dejaremos al margen a los miembros de la nobleza titulada, a los prelados que participaron en la vida cortesana y a los miembros del patriciado urbano vallisoletano⁶.

En las páginas siguientes trataremos de avanzar un poco por este sendero, centrando la atención en un marco cronológico amplio, el de los reinados que se suceden a lo largo del siglo XV y, de modo especial, los de Juan II, Enrique IV y los Reyes Católicos, ya que fue el período más fructífero de toda su historia. En cuanto a la cuestión del patronazgo fijaremos nuestra atención en un grupo de bienhechores relativamente homogéneo, el de los grandes burócratas de la administración central castellana que protegieron al monasterio. Una parte del éxito de San Benito dependió en cierto modo de la variedad y calidad de sus donantes, algo que no llegaron a tener otros cenobios de la

5. Su participación en la política de su tiempo y, sobre todo, en los problemas relacionados con la solución del cisma pueden verse en Ansgar Frenken, «El trabajoso y difícil camino hacia la unión: Sancho Sánchez de Rojas, arzobispo de Toledo, y el papel clave que jugó en la extinción del cisma de Occidente en el reino de Castilla», *En la España Medieval*, 32 (2009), pp. 51-83. Sus iniciativas artísticas, algunas estrechamente relacionadas con san Benito de Valladolid, en María Victoria Herráez Ortega, «Castilla, el Concilio de Constanza y la promoción artística de Sancho de Rojas», *Goya*, 334 (2011), pp. 5-19. Algo semejante, aunque a menor escala, sucede con su sobrina Sancha de Rojas, casada con Gómez Manrique; María Jesús Gómez Bárcena, «El sepulcro de Gómez Manrique y Sancha de Rojas», *Reales Sitios*, 83 (1985), pp. 29-36.

6. El lugar ocupado por el monasterio en la vida local vallisoletana de la Baja Edad Media ha sido estudiado principalmente por Adeline Rucquoi, *Valladolid en la Edad Media. II. El mundo abreviado*, Valladolid, Ámbito, 1987. La autora destaca la creciente importancia de San Benito como lugar de enterramiento de las élites locales, en detrimento de la colegiata.

época. La relación de los monasterios con sus patronos ha sido siempre, y sigue siendo, un campo de estudio bien definido, ya que en este marco de contactos e influencias se plasma una realidad esencial del mecenazgo bajomedieval hispano de las élites sobre las instituciones eclesiásticas⁷. Es un hecho conocido que el impulso reformista de los monarcas de la dinastía fue compartido por los grupos cortesanos de su entorno más inmediato y en este contexto se explican las estrategias piadosas de numerosos linajes que fundaron o reformaron centros monásticos con el fin de perpetuar su memoria y de paso contribuir a la expansión de nuevas fórmulas observantes que crecieron con vigor a partir de entonces. Con frecuencia se asiste al binomio que asocia la trayectoria de un linaje con una fundación monástica. En el caso que vamos a contemplar en las próximas páginas no se trata tanto de linajes nobiliarios sino de grandes burócratas que se establecieron en la villa del Esgueva de forma temporal o definitiva para cumplir con sus funciones administrativas al servicio de la corona, para participar en las tareas judiciales de la Real Audiencia, o también para intervenir en ambas facetas a la vez.

Vamos conociendo cada vez mejor el entramado prosopográfico de los oficiales regios que gobernaron Castilla en la época Trastámara desde sus puestos en la corte, la cámara y la audiencia⁸. El servicio al rey, el ascenso

7. Un ejemplo reciente es el de Juan Antonio Prieto Sayagués, «La función sociopolítica de los monasterios y conventos en las ciudades de Castilla durante los reinados de Juan II y Enrique IV», *Roda da Fortuna. Revista Electrónica sobre Antigüedade e Medievo*, 4/1-1 (2015), pp. 411-437. *Idem*, «Prelados, nobleza y oligarquías urbanas. Una relación a través de los monasterios en la Castilla bajomedieval», *Jerónimo Zurita*, 97 (otoño 2020), pp. 97-115.

8. Dentro de la extensa obra del profesor Cañas Gálvez se pueden señalar, sobre todo, sus estudios sobre los oficios relacionados con la cancellería regia. Francisco de Paula Cañas Gálvez, «Los burócratas como grupo de poder: su influencia y participación en la vida urbana y en las luchas de bandos», en François Foronda y Ana Isabel Carrasco Manchado (dir), *El contrato político en la Corona de Castilla: cultura y sociedad política entre los siglos X y XVI*, Madrid, Dykinson, 2008, pp. 391-412. Del mismo, *Burocracia y cancellería en la corte d Juan II de Castilla (1406-1454). Estudio institucional y prosopográfico*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2012. Son asimismo valiosos los estudios de Jaime de Salazar y Acha, *La casa del Rey de Castilla y León en la Edad Media*, Madrid, 2000; Álvaro Fernández de Córdoba Miralles, *La casa de Isabel I. Ritos y ceremonias de una reina (1474-1504)*, Madrid, Dykinson, 2002.

en las escalas de la administración, la importancia de la formación académica, la intervención en los grupos de poder cortesano, los avatares de las luchas de bandos, las relaciones clientelares con los principales magnates de la corte, y un largo etcétera, son aspectos que se asocian de manera indefectible al *cursus honorum* de muchos de estos oficiales, pero hasta ahora no se ha prestado excesiva atención a los nexos que tuvieron muchos de ellos con las instituciones monásticas. El conjunto de ejemplos que nos brindan las fuentes del monasterio de San Benito de Valladolid cubre en gran medida este vacío.

EL LIBRO DE LOS BIENHECHORES

Para el caso vallisoletano contamos con una fuente de especial relevancia, el *Libro de los bienhechores* (en adelante *LB*) o, por utilizar el propio encabezamiento del texto original, *Libro de las memorias de los bienhechores*, que se conserva en el Museo Fitzwilliam de la Universidad de Cambridge⁹. Es un códice iluminado escasamente explorado, aunque al menos cuenta con una benemérita transcripción que en su día publicó García M. Colombás¹⁰. Algunos estudios han prestado algo de atención a su contenido, bien sea para entender el papel del monasterio en la sociedad de la villa del Esgueva¹¹, o para contextualizar la propuesta reformista vallisoletana en el panorama de las restantes

9. La signatura actual es Ms CFM 28, que alude a las iniciales del viajero, pintor y coleccionista Charles Fairfax Murray (1849-1919), que adquirió el códice a fines del siglo XIX para donarlo más adelante al museo. A lo largo de su vida, Murray suministró piezas de todo tipo a diversos museos británicos; Paul Tucker, «Responsible outsider: Charles Fairfax Murray at the South Kensington Museum», *Journal of the History of Collections*, 1 (2002), pp. 115-137. Robert Barrington, *Copyist, connoisseur, collector: Charles Fairfax Murray, 1849-1919*, London, Apollo, 1994.

10. García M. Colombás, «El Libro de los bienhechores de san Benito de Valladolid», *Studia Monástica*, 5 (1963), pp. 305-402. Este autor ofrece una breve e interesante introducción sobre el itinerario seguido por el códice tras su salida del monasterio en la época de la desamortización, pasando por una explicación de sus rasgos codicológicos y paleográficos, así como una somera descripción de los aspectos estéticos. Está en preparación una edición crítica del códice a cargo de César Olivera Serrano, Josefina Planas Badenas y Elisa Ruiz.

11. Básicamente la conocida obra de Adeline Rucquoi, *Valladolid en la Edad Media*, vol. II, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1997.

órdenes monásticas castellanas que atravesaron procesos similares de reforma observante¹².

Como es natural, el códice fue muy apreciado por la comunidad benedictina que lo confeccionó, pues en él se recogía su propia historia en relación con los deberes espirituales que contrajeron con sus donantes. Consta que en el siglo XVI se leía en capítulo dos veces al año y es posible, tal vez, que tal costumbre fuese muy anterior, incluso de los mismos tiempos fundacionales¹³. Su uso interno servía para recordar la cadena de beneficios —no solo materiales— que habían hecho posible la existencia del cenobio, y también para actualizar las obligaciones piadosas que se habían ido comprometiendo en favor de los donantes. Aquí existe, por tanto, una dimensión historiográfica que discurre en paralelo con la función oracional. Historia y oración formaban un sólido binomio inseparable dentro de la vida monástica. El beneficio espiritual obtenido por la comunidad orante se extendía en favor de un amplio abanico de personas, familias y grupos sociales, de tal modo que ese nexo contractual explica el aprecio que la sociedad coetánea mostró por la comunidad vallisoletana.

El contenido del *LB* también quedó recogido en las historias del propio monasterio y de la orden benedictina, y esta peculiaridad debe ser tenida en cuenta para apreciar su significado más profundo. El uso historiográfico más destacable es el que se aprecia en la obra de fray Mancio de Torres, un benedictino de comienzos del siglo XVII que escribió hacia 1622 una historia del monasterio a partir de sus fuentes internas, siendo el *LB* uno de sus elementos fundamentales¹⁴. La obra de fray Mancio tuvo a su

12. Juan Antonio Prieto Sayagués, «La profesión de las élites castellanas en los monasterios y conventos durante la Baja Edad Media», *Espacio, Tiempo y Forma. Serie III. Historia Medieval*, 33 (2020), pp. 521-556; Id., «La Santa Sede y los monasterios castellanos en la Baja Edad Media. Intervenciones y respuestas», *eHumanista*, 43 (2019), pp. 153-170. En los trabajos mencionados puede encontrarse un amplio elenco de estudios centrados en este tema.

13. En la parte final del códice (fol. 56r) se inserta un traslado del acta fundacional del monasterio escrito en letra gótica precortesana que cabría datar a comienzos del siglo XV, según asegura Elisa Ruiz. Una copia de esta acta se repite en la primera parte del códice.

14. La historia manuscrita que elaboró fray Mancio, de la que solo se conserva su primer libro, se titula *Libro primero de las historias de San Benito el Real de Valladolid*, y se conserva en la Biblioteca de Santa Cruz de Valladolid con la signatura Ms 195; disponible en <http://uvadoc.uva.es/handle/10324/353> (consulta 18.01.2012). Una explicación detallada de esta obra manuscrita a cargo de Francisco J. Molina de la Torre, «La llegada del

vez repercusión en los escritos de otros historiadores de la orden, tanto coetáneos como posteriores, de modo que su obra sintetiza bastante bien el hilo conductor de datos y argumentos que vienen recogidos en el códice¹⁵. Asimismo encontramos otras aplicaciones del contenido del *LB* en épocas posteriores. En el siglo XVIII todavía se seguía teniendo muy en cuenta para ajustar las obligaciones piadosas que cumplían los monjes¹⁶.

La estructura interna del libro, tal y como lo explica en detalle Elisa Ruiz, obedece a una serie de pautas compositivas que conviene mencionar brevemente antes de analizar el contenido que aquí nos interesa destacar¹⁷. Los monjes organizaron los sucesivos capítulos del *LB* a partir del rango de los donantes. En el primero figuran los reyes, ya que San Benito de Valladolid fue una fundación de Juan I de Castilla. Tanto este monarca como sus sucesores aparecen glosados con sus respectivas mercedes y confirmaciones de privilegios, entre otros detalles menudos que en ocasiones demuestran un cierto grado de familiaridad entre los monjes y el rey de turno¹⁸. La serie de monarcas arranca con Juan I y termina en

libro primero de la Historia del Monasterio de San Benito de Valladolid de fray Mancio de Torres a la biblioteca histórica de Santa Cruz: sus peripecias durante la Desamortización», en Ramón Baldaquí Escandell (ed.), *Lugares de la escritura: el monasterio*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2016, pp. 445-465. La condición de archivero que tuvo fray Mancio de Torres le sirvió para combinar la información vertida en el *Libro de los bienhechores* con las fuentes conservadas en el propio archivo monástico.

15. Ernesto Zaragoza Pascual, «Cronistas generales de la congregación de san Benito de Valladolid», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. 189, fasc. 1 (1992), pp. 89-126.

16. El Libro que contiene las fundaciones de misas del monasterio, elaborado en 1724, incorpora la información suministrada por el *LB*, así como la *Historia* escrita por fray Mancio de Torres, los libros antiguos de misas, los libros de depósitos y la «tabla vieja» de la sacristía; AHN, Clero, Lib. 16765.

17. Elisa Ruiz García, «Libro de los bienhechores: un modelo de “work in progress”», en César Olivera Serrano, Elisa Ruiz García y Josefina Planas Badenas, *El Libro de los bienhechores de San Benito el Real de Valladolid: estudio y edición*; en preparación.

18. Junto a Juan I aparecen sus esposas, Leonor de Aragón y Beatriz de Portugal: fol. 5v. A continuación se menciona a Enrique III y Catalina de Lancaster, fol. 5v. Los restantes monarcas son Juan II de Castilla, fol. 6r; Enrique IV, fol. 6v; Isabel I, fol. 7r-94. Es notable la ausencia de Carlos I. Siguen los primeros Habsburgo: Felipe II, fol. 10r, Felipe III, fol. 11v, Felipe IV, fol. 12r y finalmente Carlos II, aunque éste es mencionado en otro capítulo diferente al de los reyes, al insertarse una explicación (fol. 48r) sobre la recepción del Cristo de la Cepa en el monasterio.

Carlos II, aunque son los reyes del siglo XV los que más atención reciben. En el capítulo segundo se detallan los pontífices que beneficiaron al cenobio con sus correspondientes bulas, permitiendo así su despliegue canónico y disciplinar, volviendo a destacar los papas que se escalonan a lo largo de la época Trastámara¹⁹. Algo semejante sucede en los siguientes capítulos: en el tercero, muy breve, se sitúan los arzobispos²⁰, y en el cuarto los obispos²¹, ya que la protección de unos y otros hizo posible el desarrollo material y espiritual de la comunidad benedictina. En el quinto y último capítulo, el más extenso de todos, se fueron consignando los restantes donantes, en su mayoría laicos²², tanto varones como mujeres,

19. Clemente VII, fol. 15r; Benedicto XIII, fol. 15r; Martín V, fol. 15r; Eugenio IV, fol. 15r; Inocencio VIII, fol. 15r; Sixto IV, fol. 15v; y finalmente Alejandro VI, fol. 15v. Llama la atención la ausencia de referencias de Nicolás V, Calixto III, Pio II y Paulo II.

20. Sancho de Rojas, fol. 16r y Álvaro de Isorna, fol. 16r.

21. Guillermo (de Verdemonte) obispo de Oviedo, fol. 17r; Juan de Villalón, obispo de León, fol. 17r; Roberto de Moya, obispo de Osma, fol. 17r; Cristóforo Ariminensis, obispo de Sena, fol. 17r; el doctor Medina, obispo de Astorga, fol. 17r; Juan de Castilla, obispo de Astorga, fol. 17v; Alfonso Carrillo, obispo de Ávila.

22. Gonzalo Núñez de Guzmán, maestre de Calatrava, fol. 18r; Pedro Fernández de Velasco, conde de Haro, fol. 18r; Aldonza de Mendoza, duquesa de Arjona, fol. 18r; Inés Lasa, madre del conde Pero Niño, fol. 18r; Pero Niño, conde de Buelna, fol. 18r; Juan de Rojas, sobrino del arzobispo Sancho de Rojas, fol. 18r; María Enríquez, mujer de Juan de Rojas, fol. 18v; Juan de Avellaneda, caballero, fol. 18v; Fernán Alfonso de Robles, contador mayor de Juan II, y su hijo Juan de Robles, monje en San Benito, fol. 18v; Inés Alfonso de Abrio (Mendaña), fol. 19r; Inés Alfonso de Acevedo, fol. 19r; María Alfonso de Abrio, fol. 19r; Enrique de Acuña, señor de Villalba (de Alcor), fol. 19r; concejo de Villalba de Alcor, fol. 19v; concejo de Valladolid, fol. 19v; Juan Yáñez, caballero, fol. 19v; el arcediano de Campos y su hermano, fol. 19v; Gonzalo López, alcalde, fol. 19v; el licenciado Gonzalo Gómez, fol. 19v; Juan de Medina, fol. 19v; Juan Rodríguez de Bovadilla, fol. 19v; Fernán Alfonso, clérigo de San Julián de Valladolid, fol. 19v; Juan Fernández, sacristán de San Julián, fol. 19v; Ruy Martínez, de San Millán de la Cogolla, fol. 19v; la mujer (Inés de Mendoza) de mosén Rubín (de Bracamonte), fol. 19v; la mujer (Leonor Gómez) de Vasquíñez (Vasco Yáñez), fol. 19v; Urraca de Guzmán, señora de Villafrechós, fol. 19v; la mujer (Marina Fernández) de Alfonso Fernández de Villandella, fol. 19v; Inés Guillén, fol. 19v; Urraca Rodríguez, fol. 19v; Marina Álvarez, fol. 19v; la mujer de Diego del Corral, fol. 19v; Mayor Alfonso del Sanchón, fol. 19v; el bachiller Fernán Gómez [o González] de Tamariz y su mujer (María Fernández) la *bachillera*, fol. 19v; la criada (Marina Fernández) del anterior matrimonio, fol. 19v; Juan Manso, fol. 19v; el bachiller de Barreda, fol. 19v; Nicolás Alfonso, factor del monasterio, fol. 19v-20r; el doctor Diego Rodríguez, fol. 20r; Leonor Sánchez, mujer del anterior, fol. 20r;

que con sus respectivas donaciones y favores también hicieron viable el crecimiento sostenido del monasterio y la expansión de la congregación. Todos los donantes, fuese cual fuese su estado y condición, aparecen

los hermanos Juan Rodríguez y Alfonso Rodríguez, fol. 20r; Constanza López, fol. 20r; el doctor Fernando Díaz de Toledo, el relator, fol. 20r-20v; Alfonso Pérez de Vivero, contador mayor del rey, fol. 20v y 23r; su mujer Inés de Ávila (de Guzmán), fol. 20v, 23r-24r; Alfonso Álvarez de Toledo, contador mayor del rey, fol. 20v; Alfonso de Estúñiga, fol. 21r; el doctor Pero Alfonso de Valladolid, alcalde del rey y oidor, fol. 21r; Juan de Luzón, repostero de la plata del rey, fol. 21v; Alfonso de Valdivieso, camarero del arzobispo Sancho de Rojas, fol. 21v; Lope, Jerónimo y Alfonso de Valdivieso, hijos de Alfonso de Valdivieso, fol. 21v; Mencía Carrillo, mujer del adelantado de Cazorla (Rodrigo de Perea), fol. 21v; Fernán Gutiérrez de Sandoval y su mujer Catalina Vázquez (de Villandrando), fol. 22r; Alvar González de León, tesorero del rey, fol. 22r; Juan de Perea, señor de Vellosillo, fol. 22r y 24v; Martín López de Hinestrosa, fol. 22r; fray Rodrigo de san Esteban, fol. 22r; Alfonso de Torres, fol. 22v; Juan Rodríguez de Baeza, contador de los Reyes Católicos, fol. 22v; el licenciado de Illescas (Gonzalo González de Illescas), consejero de los Reyes Católicos, fol. 24r-24v; Juan Martínez Navarro, cura de Renedo, fol. 24r; Juan de Perea y su mujer Beatriz García de Villandrando, fol. 24v-25r; Lope de Valdivieso, hijo de Alonso de Valdivieso, fol. 25r; el licenciado Alonso de Orihuela, fol. 25r; Alvar García de Santamaría, fol. 25v-26r; Marina Jiménez, vecina de Torrelaguna, fol. 26r-26v; Catalina Vázquez de Villandrando, mujer de Fernán Gutiérrez de Sandoval, fol. 26v-27r; Leonor López de Curiel, mujer de Nicolás de Portillo, fol. 27r; Fernán González de León, fol. 27v; Jorge de León y su mujer Inés de Barros, fol. 27v; Inés de Zúñiga y Velasco, condesa de Olivares, mujer de Gaspar de Guzmán, conde de Olivares, fol. 28r; Luisa Enríquez Manrique, condesa de Paredes, fol. 28r; Mariana de Zúñiga y Velasco, condesa de Nieva, fol. 28r; Alfonso Sánchez de Logroño, canciller de los Reyes Católicos, fol. 29r; Juan Alfonso de Logroño, fol. 29v; Alonso de Ávila, secretario de los Reyes Católicos y de Enrique IV, fol. 304; Mariana de Guevara, marquesa de Viana, fol. 30v; Gutierre de Cárdenas, comendador mayor de Santiago, contador mayor de los Reyes Católicos, y su mujer, Teresa Enríquez, fol. 314; Mencía Fernández, mujer de Velasco Gómez de Portillo, y su hijo Pero Gómez, fol. 32r; Fernando de Estúñiga, hijo del conde de Trastámara, fol. 32v-33v; el doctor Rodrigo Maldonado de Talavera, fol. 33v-34r; 114. Alvar González de León, fol. 34v; Alonso González de León, sobrino del anterior, y su mujer Mayor Sanz de Virués, fol. 34v-35r; Jerónimo de Villanueva, fol. 35v; Luis Gudiel de Peralta, fol. 36r; Ventura de Onís y su hijo Ambrosio de Onís, fol. 36v-37v; Bernardino de Ledesma, predicador de la orden de San Benito, fol. 38r; José González, consejero de Felipe IV, fol. 38v; Alonso de Valdivieso, obispo de León, fol. 39v-41r; el doctor Antonio Cornejo, fol. 41v; Gonzalo Arias, escribano mayor de Valladolid y Garci González, escribano del concejo, fol. 42v; Gonzalo Portillo del Pulgar y su mujer Mencía Ortiz de Ribadeneira, fol. 43v; el licenciado Gregorio de Camargo, fol. 51r-51v; Mariana de Guevara, marquesa de Viana, fol. 51v-52r; Luis de Solórzano y su mujer, fol. 52r; María de Tovar, fol. 52v; Luis de Quirós, fol. 52v-53v.

como beneficiarios de la oración de los monjes. Aunque el listado de bienhechores llega hasta el reinado de Carlos II, vuelve a repetirse la primacía numérica de los donantes que intervinieron a lo largo del siglo XV. Desde comienzos del siglo XVI disminuyen los bienhechores hasta desaparecer por completo, lo cual no implica necesariamente que no existieran: simplemente se sustituye el procedimiento antiguo por uno nuevo, el de los encargos de misas y oraciones que se recogen en otros textos, como los libros de misas y aniversarios. En el siglo XVIII los benedictinos vallisoletanos revisaron a fondo las antiguas donaciones, algunas muy antiguas, con el fin de actualizar las obligaciones piadosas que aún seguían cumpliéndose. A esas alturas no parecía razonable mantener un enorme cúmulo de deberes espirituales en favor de unos bienhechores que ya casi nadie recordaba, ni siquiera sus descendientes²³.

El estatus económico, familiar y social de los donantes laicos del siglo XV es muy variado. Da la impresión de que los benedictinos quisieron incorporar a todo tipo de personas, con diferentes niveles estamentales y de patrimonio, desde reyes y pontífices hasta simples individuos de humilde condición que vivían en Valladolid —en ocasiones difíciles de identificar—, pasando por nobles de distinto rango y oficiales cortesanos que ocuparon diversas categorías dentro de la escala burocrática. En los comentarios que el *LB* asigna a cada bienhechor se aprecia una diversidad de matices asimismo muy variada, aunque lo habitual es que los donantes más generosos aparezcan con una glosa más extensa. Las donaciones que abren la puerta a la condición de bienhechor no son solo de naturaleza económica, aunque sean muy frecuentes las alusiones a limosnas y mandas testamentarias; también se mencionan asuntos de otra índole como, por ejemplo, favores administrativos en la resolución de pleitos ante la Audiencia, trámites ante la corte, expedición de documentos de la cancellería real necesarios para el cobro de juros y rentas, envío de embajadores a Roma para la obtención bulas papales, etc. En algunos casos tan solo se consigna el nombre del donante de forma escueta, sin mayores explicaciones; tales ejemplos parecen corresponder a una primitiva redacción del listado, cuando el monasterio aún no tenía demasiados bienhechores.

23. AHN, Clero, lib. 16765: Libro de fundaciones de misas del monasterio de san Benito. Incluye noticias desde 1427 hasta 1724, con indicación de lo que renta cada capellanía.

A lo largo del texto salen constantemente a colación las obligaciones asumidas por los monjes de rezar por todos ellos, en mayor o menor grado de intensidad, siendo frecuentes las menciones a los rezos *pro ánima* y por el descanso eterno de sus almas y de sus familiares. Suelen aparecer también obligaciones de misas cantadas o rezadas, que en ocasiones se han de realizar en determinados aniversarios, así como procesiones y funerales. Los donantes más generosos o más vinculados a la comunidad reciben un honor muy especial, el de ser enterrados en el interior de las dependencias monásticas, tanto en el claustro como en las diferentes capillas de la iglesia o en otras dependencias²⁴. Es evidente que este rasgo denota un grado de familiaridad especialmente estrecho que muy pocas personas llegan a tener. En ocasiones se señala que el acuerdo capitular de los monjes era el medio habitual de entrar en el selecto grupo de bienhechores, pero no siempre se dan mayores explicaciones; es de suponer, no obstante, que en algunos casos mediase la decisión personal del prior. Hay que tener en cuenta que la etapa de los priores vitalicios (1390-1465) cubre buena parte del reinado de Juan II y Enrique IV, siendo estos priores los que suelen tener una especial vinculación con los bienhechores registrados en el *LB*; para la etapa posterior, la de los priores trienales, es menor la relación entre los donantes y los priores.

Los artífices materiales del código dejaron suficiente espacio en blanco al final de cada capítulo para ir incorporando nuevos bienhechores, y por este motivo se aprecian diferentes manos en la composición —hasta veinte—, con los lógicos cambios en las tipologías de letra e iluminación de sus folios. En cuanto a la datación cronológica de las sucesivas adendas, Elisa Ruiz considera que, en términos generales, se aprecian para el siglo XV dos momentos principales de manufacturación (que no necesariamente de redacción): el primero se situaría en el curso del reinado de Enrique IV, tal vez hacia 1460, mientras que el segundo se localiza en diferentes momentos del reinado de los Reyes Católicos y de Juana I, en

24. Fray Mancio de Torres señala que en los primeros tiempos no se permitía la fundación de capillas para no cargar en exceso las obligaciones de los monjes, pero la situación cambió a partir del fallecimiento de Alvar González de León (†1432), un bienhechor especialmente generoso al que premiaron con este permiso. Los familiares del difunto fundaron y dotaron la capilla de Santa Ana. A partir de este momento se permitió la fundación y dotación de capillas funerarias. Mancio de Torres, *Historia*, fol. 160.

torno a los años 1500-1510. Para la primera fase es perfectamente posible la existencia de uno o varios borradores anteriores al año 1460, durante en el reinado de Juan II, en los que pudo estar elaborada la plantilla más antigua del listado de bienhechores²⁵. El carácter evolutivo que tuvo el código hace de él una pieza ciertamente única y original en el panorama de los códigos iluminados castellanos de la época²⁶.

En estas páginas no entraremos en las características tipológicas del código, sino en el estudio de los donantes que pertenecieron a la alta burocracia castellana, ya que son los más significativos del amplio conjunto de los laicos. En cierto modo, los años centrales del siglo suponen la época de esplendor del monasterio y del propio código, pues el número y la calidad de sus bienhechores son claramente superiores a otras etapas posteriores. Se da la extraña paradoja de que el descenso de los bienhechores se produce precisamente a partir de la constitución de la congregación benedictina a comienzos del siglo XVI.

SAN BENITO DE VALLADOLID: RESIDENCIA Y ARCHIVO REGIO

Hay una característica física del monasterio que se ha de tener en cuenta a la hora de valorar su función en el ámbito cortesano. El edificio del viejo alcázar que fue donado a los benedictinos en 1390 siempre tuvo en su interior unas estancias para uso del rey y su familia²⁷. No es posible saber con exactitud el estado de conservación del alcázar en el momento de la donación, aunque se suele afirmar, sin excesivo fundamento, que

25. Los dos últimos folios, escritos en una letra más antigua, fueron añadidos al final del código.

26. Fernando Villaseñor Sebastián, «Los *ylluminadores* en Castilla durante el siglo XV: consideración socioeconómica y particularidades del oficio», *De Arte*, 8 (2009), pp. 27-46. Alicia Migúelez Caverio y Fernando Villaseñor Sebastián (eds), *Medieval Europe in motion: la circulación de manuscritos iluminados en la Península Ibérica*, Madrid, CSIC, 2018.

27. Un estudio de la evolución arquitectónica del edificio a la luz de las excavaciones contemporáneas en Miguel Ángel Martín Montes, *El Alcázar Real de Valladolid*, Valladolid, Fundación municipal de Cultura, 1995. Javier Moreda Blanco y Manuel Martín Montes, «Los “Palacios” de San Benito el Real (Valladolid) y su ornamentación mudéjar», en *V Congreso de Arqueología Medieval Española. Actas.*, vol. 2, Valladolid, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 2001, pp. 931-938.

estaba en una situación ruinosas²⁸. Las primeras reformas constructivas se hicieron para dar una acogida adecuada a la comunidad benedictina, pero poco o nada se sabe sobre las características de las estancias regias que por aquel entonces se utilizaban. Las sucesivas reformas del edificio no suprimieron las estancias o palacios del rey, sino que se mantuvieron incluso después de la gran transformación del siglo XVII, cuando la antigua estructura fortificada del alcázar fue derribada por completo para ser sustituida por la que actualmente se puede contemplar. Esto supone que estaríamos ante un caso de clausura relativa, puesto que en su interior coexistieron desde el primer momento una comunidad religiosa observante y unos espacios utilizados por la familia real, por los cortesanos y oficiales que rodeaban al rey, así como por los miembros de la capilla real.

Algunas referencias antiguas demuestran que ya desde comienzos del siglo XV esas estancias palatinas fueron utilizadas por miembros de la realeza. Es muy posible que la viuda de Juan I, Beatriz de Portugal, habitase en ellas a comienzos del siglo XV, habida cuenta del apreciable número de servidores suyos que vivían en el cercano barrio de Reoyo y que se relacionaron estrechamente con la comunidad benedictina²⁹. Catalina de Lancaster, por su parte, también las utilizó en compañía de sus hijos: sabemos que en el año 1408 estaba viviendo en el interior de San Benito cuando en un arrebato de desesperación amenazó con tirarse con ellos al vacío desde el adarve³⁰. Las importantes obras de reforma que acometió

28. En el momento del traspaso a los monjes no se habla de un posible deterioro; de hecho se utilizaba alguna de sus dependencias para la corona. Tenía dos patios grandes llamados corrales «que se dividían con la bodega y graneros entinajados que el rey allí tenía para coger sus tercias»; Mancio de Torres, *Historia*, fol. 13. Fray Mancio habla asimismo de la sala o palacio que él llegó a conocer, que tenía las armas reales en la parte más alta; *ibid.*, fol. 15.

29. César Olivera Serrano, «Devociones regias y proyectos políticos: los comienzos del monasterio de San Benito el Real de Valladolid (1390-1430)», *Anuario de Estudios Medievales*, 43/2 (2013), pp. 799-832, 820.

30. Para cortar nuevas tentativas de suicidio, el infante Fernando (de Antequera) y Sancho de Rojas decidieron hacer obras en el adarve para evitar la amenaza; *Crónica de Don Álvaro de Luna: condestable de Castilla, Maestre de Santiago*, edición de Juan de Mata Carriazo, Madrid, Espasa Calpe, 1940, cap. III; véase al respecto Ana Echevarría Arsuaga, *Catalina de Lancaster. Reina regente de Castilla (1372-1418)*, Hondarribia, Nerea, 2002, p. 133.

Sancho de Rojas por aquellos años se centraron en los espacios utilizados por los monjes y tal vez afectaron a las estancias palaciegas.

Juan II acudió con asiduidad al monasterio a lo largo de su reinado, donde siempre se encontró a sus anchas. Según fray Mancio de Torres, el rey nunca salía de San Benito cuando estaba en Valladolid y *tenía* [en el monasterio] «todo su entretenimiento y allí acudía a desenfadarse y muchas noches dormía en el monasterio, como aparece en los libros de cuenta»³¹. Afirma igualmente este cronista que a comienzos del siglo XVII todavía podían verse las estancias que había usado el rey; incluso se conservaban algunos enseres personales de sus aposentos, así como su sala y cocina en la hospedería. Por otra parte, el rey reguló en 1432 el funcionamiento de la capilla real que ya existía desde la época de la regencia con el fin de evitar en lo posible las molestias que padecían los monjes con el ir y venir de cortesanos en compañía del monarca; desde aquel año quedó bien delimitado el régimen de entradas y salidas así como la separación de espacios en la iglesia a través de una reja³².

Esta familiaridad de Juan II con los monjes explica los elogios que le dedica el *LB*: además de ensalzar su piedad personal, el amanuense señala su afecto por los benedictinos de aquella casa, hasta el punto de que «non parecía amarnos como a siervos e oradores suyos, mas como a hermanos o espeçiales amigos». En este contexto de relación estrecha y afectuosa se enmarcan las confirmaciones de privilegios y, sobre todo, sus generosas donaciones y limosnas³³.

31. Mancio de Torres, *Historia de san Benito el Real*, fol. 106. En los libros de cuentas había al parecer algunas partidas destinadas a la compra de ropa de cama del rey.

32. Mancio de Torres, *Historia*, fol. 134.

33. *LB*, fol. 16r. El listado de mercedes, limosnas y regalos de Juan II es igualmente sobresaliente, aunque el excesivo entusiasmo del amanuense pasa por alto que algunos de esos presentes procedían en realidad de otros donantes. Según el *LB*, las donaciones fueron las siguientes: las tercias reales de Simancas, Geria y Ciuguñuela, un juro de diez mil maravedíes, una imagen de piedra de la Virgen (denominada de la quinta angustia), la huerta y fuente de Argales, el lavadero de metal de Miraflores (en el valle de Carranza), un «retablillo muy devoto de la salutación de Nuestra Señora», trescientos florines para ornamentos, un ensanche de la huerta hacia la parte del convento de san Agustín, limosnas diversas, facilidades a la hora de obtener cartas y provisiones, concesión de cuatro escusados, franquicia para las casas del monasterio en la villa (las casas nuevas, el mesón de San Francisco, la casa del torno) y expedición de cartas al papa que «escribía de su mano

Todas estas características hacían del monasterio un lugar adecuado para que los servidores de la corona guardasen en su interior papeles, dinero y objetos de valor³⁴. Esta función era compartida por otros monasterios de la época que eran frecuentados por la corte, aunque en el caso de los benedictinos vallisoletanos incidían con fuerza algunas circunstancias específicas. A la seguridad que ofrecían los muros del antiguo alcázar real se añadía la clausura estricta de los monjes —que impedía la entrada de extraños— y la existencia de unas dependencias exclusivas del monarca que incluía una capilla dotada al efecto para el culto litúrgico del rey y su familia. Todo esto permitió que tanto el rey como algunos de sus parientes, prelados, cortesanos y oficiales de alto rango utilizasen el interior de sus muros para guardar de forma segura papeles y cajas de caudales. Nos han llegado noticias sueltas que ilustran las peripecias sufridas por algunos de estos depósitos tan sensibles para los intereses de la corona.

Tal vez el episodio más conocido es el que tuvo lugar en septiembre de 1427, cuando Juan II ordenó detener a su contador mayor Fernán Alfonso de Robles³⁵ y acto seguido «secrestó» todo lo que este tenía en el interior del monasterio³⁶. El antecedente inmediato de esta detención

e las mandava sellar con su anillo porque ante oviessen effecto». Un listado semejante en Mancio de Torres, *Historia*, fols. 20, 80-83, 105-106, 122, 134-135, 144, 171-173.

34. Fray Mancio señala con orgullo el prestigio del archivo de San Benito a mediados del siglo XV, bajo el priorato de García de Frías. Algunos instrumentos originales de la corona, como el acuerdo de 1432 entre el conde de Haro y Álvaro de Luna, o la sentencia de destierro contra el condestable en 1442, se conservaban en su archivo; Mancio de Torres, *Historia*, fol. 205-206.

35. Un estudio detallado de la caída en desgracia del contador mayor en Máximo Diago Hernando, «El contador Fernán Alonso de Robles: nuevos datos para su biografía», *Cuadernos de Historia de España*, 75 (1998-1999), pp. 117-134. Apuntes biográficos del personaje en Francisco de Paula Cañas Gálvez, *Burocracia y cancellería en la corte de Juan II de Castilla*, pp. 274-275. Otra reseña biográfica de interés, a cargo de Isabel Pastor Bodmer, en RAH, *Diccionario Biográfico Español*, disponible en <http://dbe.rah.es/biografias/43988/fernando-alonso-de-robles> (01.04.2020). La *Crónica de Juan II* dedica al episodio bastante atención.

36. El 28 de marzo de 1428, desde Zaratán, Juan II ordenó el secuestro de todos los bienes allí depositados, levantándose acta de lo incautado. El prior, fray Juan de Acevedo, recibió en ese mismo acto una carta de seguro del rey junto con una copia del inventario de los objetos requisados; AHN, Clero, carp. 3453, n° 11. Un inventario de los

se explica por la pugna política entre el antiguo protector del contador mayor, Álvaro de Luna, y el infante Juan de Aragón, tal y como lo relata la *Crónica de Juan II*³⁷. Poco tiempo antes se había formado una comisión paritaria para dictaminar el destino del condestable, en la que el prior de San Benito, fray Juan de Acevedo, intervino como quinto miembro de la comisión judicial a petición del contador Robles. La sentencia estableció finalmente el destierro temporal del valido del rey. La tensión sufrida en la corte se terminó decantando en perjuicio del contador, que fue apresado por orden del soberano. Fernán López de Saldaña acabará recibiendo las sumas incautadas. Veremos más adelante otros pormenores de la relación mantenida entre el contador caído en desgracia y la comunidad benedictina.

Un segundo episodio muy cercano en el tiempo e igualmente relacionado con el caso anterior tuvo lugar en septiembre de 1429, cuando Juan II ordenó hacer pesquisa acerca de los oficiales y servidores suyos que guardaban caudales en el interior del monasterio. El resultado final se saldó con una segunda oleada de confiscaciones³⁸ que afectó a Alfonso de Torres³⁹, Diego López de Toledo, el obispo de Bonavola (Juan de

objetos depositados en el monasterio por Fernán Alfonso de Robles, fechado en Valladolid el 23 de septiembre de 1427, en AHN, Clero, leg. 7729, s.f. La relación de los bienes incautados era bastante suculenta: 15.402 florines, 567 doblas castellanas, 3.000 coronas de oro y 3.992 reales, en piezas amonedadas, junto con objetos suntuarios de plata y oro (450 marcos), a lo que se añadía alfombras, paramentos, paños franceses y guarniciones. Dos años después, en 1429, el rey ordenó que los bienes sequestados fuesen finalmente incautados para la corona.

37. Fernán Pérez de Guzmán, «Crónica del Rey don Juan el segundo», en *Crónicas de los Reyes de Castilla*, ed. de Gayetano Rosell, vol. II, Madrid, Rivadeneyra, 1877, cap. VI de 1427.

38. Acta de la entrega de la plata a Juan de Morillo, fechada en el monasterio de san Benito el 4 de septiembre de 1429, AHN, Clero, leg. 7704; Máximo Diago Hernando, «El contador Fernán Alfonso de Robles», pp. 125-126.

39. Alfonso de Torres era camarero del almirante viejo de Castilla, Alfonso Enríquez (†1429); Mancio de Torres, *Historia*, fol. 184. Alfonso de Torres fue otro de los bienhechores del monasterio. Los monjes le agradecieron su habitual generosidad: «nos acorrió con su fazienda en muchas neçessidades, e sin prenda alguna nin recaudo nos prestava lo que avíamos menester e nos esperava fasta que Nuestro Señor Dios nos dava de que lo pagássemos» (*LB*, fol. 22v). Las noticias de préstamos recibidos o gestionados por los monjes empiezan a ser frecuentes desde este momento.

San Pablo⁴⁰), el maestrescuela del obispo de Cuenca⁴¹, Alfonso de Valdivieso⁴² y el contador de cuentas Alfonso Fernández⁴³.

El caso de Diego López de Toledo, que tuvo probablemente funciones de recaudador o de tesorero, es bastante ilustrativo del *modus operandi* seguido por los oficiales reales que depositaban caudales en San Benito⁴⁴. No hubo en este caso una denuncia o una detención, sino una investigación *post mortem*, ya que este oficial regio falleció en dicho año dejando algunas cantidades de dinero en el interior del antiguo alcázar. Nuevamente encontramos al rey ordenando hacer una pesquisa sobre los depósitos del difunto, para lo cual ordenó llamar al prior Juan de Acevedo y al mayordomo del monasterio, fray Alfonso, para averiguar si tanto el fallecido como otros oficiales reales guardaban papeles y objetos de valor relacionados con la corona. Ante la respuesta afirmativa de ambos monjes, el rey se personó en el monasterio acompañado por algunos de sus servidores para comprobarlo. Bien provistos de tenazas y martillos, procedieron a abrir

40. En 1435 aparece mencionado como prior del convento de Santo Domingo de Caleruega; Carmen González, *Real Monasterio de Santo Domingo de Caleruega. Fundación de Alfonso X el Sabio*, Salamanca, Editorial San Esteban, 1993, p. 156. En 1437 asiste a la fundación del monasterio de Frómista por delegación del obispo de Palencia en compañía de los fundadores, Gómez de Benavides (señor de Frómista) y su mujer, María Manrique: Ernesto Zaragoza Pascual, «Abadologio del Monasterio de Ntra. Sra. de la Misericordia de Frómista», *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 71 (2000), pp. 135-158, 136.

41. Podría tratarse, tal vez, del maestrescuela de Cuenca Pedro Fernández, que ya ejercía este cargo en 1417; Óscar Villarroel González, «El reflejo léxico de las posturas políticas: vaivenes políticos de un prelado de sangre regia», *Espacio, Tiempo, Forma, Serie III: Historia Medieval*, 20 (2007), p. 270.

42. Obispo de León (1485-1500). Es uno de los grandes bienhechores de San Benito en la época de los Reyes Católicos (*LB*, fol. 39v). Dejará buena parte de sus bienes al monasterio; véase Ernesto Zaragoza Pascual, «Testamentaria inédita de don Alonso de Valdivieso, obispo de León (+1500)», *Archivos Leoneses*, 97-98 (1995), pp. 193-244.

43. Podría tratarse de Alfonso Fernández de León, del que sabemos que actuaba como contador de cuentas en compañía de Gómez de Castro en 1434; falleció en 1454; Francisco de Paula Cañas Gálvez, *Burocracia y cancellería*, pp. 126 y 129.

44. Su identificación no es del todo segura. Podría tratarse del marido de María Díaz de Toledo, hija del relator, ya que este lo cita en su testamento; María Josefa Sanz Fuentes, «El testamento de Fernán Díaz de Toledo, el Relator (1455)», *Historia. Instituciones. Documentos*, 41 (2014), pp. 381-406, 389. Fray Mancio de Torres lo sitúa entre los benefactores de la época de fray Juan de Acevedo, y añade que les dejó en su testamento de 1429 un coral guarnecido con un pie de plata; Mancio de Torres, *Historia*, fol. 128.

unas arcas cerradas y selladas, de las que extrajeron dinero y joyas que fueron entregadas al contador mayor Fernán López de Saldaña⁴⁵.

Este segundo episodio de registro, algo menos traumático que el caso anterior, pone de manifiesto que en aquel momento había diversos oficiales reales que habitualmente aprovechaban la seguridad de los muros de San Benito para tener a buen recaudo dinero y papeles, de tal modo que los benedictinos venían a ser los custodios de unos depósitos que en ocasiones deparaban algunos sobresaltos a la comunidad. Un detalle llamativo es que el rey ordenase hacer una pesquisa para averiguar con todo detalle la identidad de los servidores suyos que estaban utilizando el monasterio como caja de depósitos. Podría deducirse que Juan II no estaba demasiado al tanto del movimiento de papeles y caudales. Sea como fuere, lo cierto es que para compensar las molestias de la custodia algunos oficiales adoptaron la costumbre de mostrarse generosos con los monjes, aunque no todos acabasen incluidos en el *LB*.

En años posteriores vuelven a aparecer más ejemplos de este tipo de depósitos. En 1442 encontramos nada menos que al relator del rey, Fernando Díaz de Toledo. De dicho año se conserva una carta suya dirigida al prior García de Frías pidiéndole, de parte del monarca, que del caudal de florines que estaban guardados en San Benito entregase algunas sumas a determinadas personas para cumplir con ciertos encargos. Este ejemplo demuestra que el prior no solo era un mero depositario del dinero de la corona, sino que también se comportaba como pagador que actuaba a las órdenes del ilustre consejero real. La carta también revela que el dinero procedía de un préstamo de Alfonso de Torres⁴⁶, un personaje que acabará siendo incluido entre los bienhechores oficiales por su

45. El hecho tuvo lugar el 23 de abril de 1429, aunque el acta se elaboró el 12 de mayo, estando Juan II en el monasterio de Santa María de Prado; AHN, Clero, leg. 7731, s.f.

46. La carta del relator está fechada en Valladolid el 14 de mayo de 1442. Los destinatarios de los pagos que debía hacer el prior eran los siguientes: a Juan de Francia, guarda del rey, mil florines para que comprase algunas cosas para la cámara del monarca; a Pedro de Madrid, tenedor de la despensa, cuatrocientos florines para gastos de la despensa regia; a Gonzalo Pérez de la Vega, limosnero real, doscientos florines para limosnas. Asimismo le indica al prior que tome cuatrocientos florines para el monasterio, ya que el rey lo concede en limosna para hacer ornamentos. También le promete al prior que hará lo posible para que se le devuelvan las cantidades del pedido y monedas del infantado de Valladolid. AHN, Clero, leg. 7716, s.f.

devoción al cenobio⁴⁷. Su condición de prestamista no se censura en absoluto en el *LB*, sino que se adorna con un cúmulo de cualidades morales: «nos acorrió [Alfonso de Torres] con su fazienda en muchas neçessidades, e sin prenda alguna nin recaudo nos prestava lo que avíamos menester e nos esperava fasta que Nuestro Señor Dios nos dava de qué lo pagássemos». Asimismo le agradecieron su ayuda para la traída de aguas desde la finca de Argales, una obra costosa en la que intervinieron numerosas personas, incluyendo al propio rey. El amanuense del código se detiene a resaltar un detalle especialmente revelador: que la comunidad de monjes decidió en capítulo admitirlo como hermano y bienhechor⁴⁸.

Juan II también hizo otro tipo de encargos relacionados con sus rentas a través del prior de San Benito. En 1447, en tiempos de García de Frías, solicitó una pesquisa para averiguar el valor de las monedas que corrían en sus reinos para el período comprendido entre 1442 y 1446, para lo cual fueron llamados algunos cambiadores de la villa del Esgueva⁴⁹. Parecidas pautas se advierten durante el reinado de Enrique IV, aunque en menor medida. A pesar de la tibia relación de este monarca con los benedictinos vallisoletanos, los priores mantuvieron sus funciones de depositarios o gestores de algunas cantidades de dinero relacionadas con la corona. Se conservan, por ejemplo, cuentas relacionadas con la expedición de cartas de hidalguías⁵⁰, así como noticias de bienes depositados por algunos oficiales reales, como Fernán González de Toledo, fallecido en 1468⁵¹.

47. El *LB* lo identifica como servidor del almirante viejo de Castilla, Alfonso Enríquez (1354-1429), quien ostentó dicho cargo entre 1405 y 1426; *LB*, fol. 22v.

48. Dejó establecido en su testamento del año 1455 que se empleasen diez mil maravedíes para un treintanario cerrado y para diez mil misas; Mancio de Torres, *Historia*, fol. 212.

49. Carta fechada el 13 de marzo de 1447; el rey deseaba conocer la evolución del valor de las doblas y florines de oro; AHN, Clero, leg. 7731, s.f. Sobre la cuestión monetaria de 1442 y el ordenamiento de precios y salarios véase Tomás Puñal Fernández, «El ordenamiento de precios y salarios de Juan II en 1442: estudio histórico-diplomático», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Historia Medieval*, 14 (2001), pp. 241-355.

50. AHN, Clero, leg. 7716, s.f. El contenido de este legado se extiende también a los reinados de los Reyes Católicos y Carlos V. Fray Mancio de Torres alude a esta documentación que fue trasladada a Simancas en la época de Felipe II; Mancio de Torres, *Historia*, fol. 206.

51. Se trata de bienes dejados en depósito en el interior del monasterio; AHN, Clero, leg. 7704.

No solo la corona mantuvo este tipo de vínculos con San Benito de Valladolid. Algunos miembros de la alta nobleza castellana que frecuentaban la corte durante las estancias del rey en Valladolid, o que pleiteaban ante la Audiencia por asuntos propios, también recurrieron a la intervención de los benedictinos con mayor o menor grado de intensidad para gestionar diversos asuntos administrativos, económicos o jurídicos de sus respectivos linajes, así como para dejar depósitos de caudales o bienes de diversa naturaleza.

En este sentido una de las referencias más antiguas se refiere a Aldonza de Mendoza, mujer de Fadrique Enríquez, conde de Trastámara (más tarde duque de Arjona), con el que había contraído matrimonio en 1405⁵². Las desavenencias conyugales y los problemas del cobro de la dote están en la base del episodio que aparece recogido en un documento de 1414. La condesa utilizó en dicho año los servicios del prior Juan de Madrigal para dejar constancia de los bienes (básicamente monedas de oro y plata) que había tomado a su tía Leonor de Navarra, que habían sido depositados en el monasterio, con el compromiso de restituirlo en su momento a sus herederos. La intervención del prior consistía en avalar con su firma el compromiso contraído por la condesa de devolver las cantidades tomadas⁵³. El agradecimiento de doña Aldonza aparecerá plasmado en su testamento del año 1435, aunque esta ilustre dama no llegó a formar parte de los bienhechores oficiales⁵⁴.

El arzobispo de Toledo, Sancho de Rojas, que fue el gran benefactor del monasterio en su primera andadura, también aprovechó en 1416 los servicios del prior Juan de Madrigal para preparar el enlace de su sobrino, Juan de Rojas, con Juana Manrique, hija del adelantado Pedro Manrique. Se recurrió a los buenos oficios financieros de Abraham

52. La turbulenta vida de Aldonza de Mendoza ha sido tratada por diferentes autores, dada la importancia de su familia y de la biblioteca que llegó a poseer; una actualización reciente es la que aporta Isabel Beceiro Pita, «Doña Aldonza de Mendoza y sus libros», en Eduardo Pardo de Guevara y Valdés (ed.), *Mujeres con poder en la Galicia medieval (siglos XIII-XV)*, Santiago de Compostela, Instituto de Estudios Gallegos Padre Sarmiento, 2017, pp. 293-322.

53. Carta fechada en Valladolid el 16 de marzo de 1414. Firmas autógrafas de la condesa de Trastámara y del prior Juan de Madrigal; AHN, Clero, leg. 7730, s.f.

54. Testamento de la condesa publicado por Francisco Layna y Serrano, *Historia de Guadalajara y sus Mendozas en los siglos XV y XVI*, I, Madrid, Aldus, 1942, pp. 310-314, 311.

Bienveniste, que adelantó la cifra de veintidós mil florines que dejó depositada en San Benito⁵⁵. Incluso después de la muerte del arzobispo en 1423, los monjes se ocuparon de otro enlace familiar, el de su sobrina Isabel de Herrera, que encomendó a los monjes en 1430 la custodia de ciertas sumas depositadas para su matrimonio con Rodrigo de Mendoza⁵⁶. Como es natural, Sancho de Rojas figura en el *LB* entre los grandes bienhechores del monasterio y además se le dedica un amplio apartado que ensalza su generosidad con los monjes⁵⁷, pero se omite la ayuda prestada por el prior en la negociación de las bodas de sus sobrinos. Juan de Rojas aparecerá en el listado oficial de bienhechores como beneficiario de las oraciones litúrgicas de los monjes en beneficio de tan gran protector.

Encontramos otros ejemplos del mismo estilo entre la documentación monástica. El conde de Castro recurrió en 1428 al monasterio para dejar depositados a buen recaudo algunos de sus bienes⁵⁸. Por su parte, en 1431 Ferrán Gutiérrez de Sandoval, alcalde mayor entre cristianos y moros en Sevilla y Cádiz, se comprometió a entregar ciertas sumas de las albaquías y dejarlas depositadas en el monasterio; algo más adelante, en 1434, Abraham Bienveniste, tesorero de las deudas y albaquías hasta finales de 1427,

55. AHN, Clero, leg. 7731, s.f.

56. AHN, Clero, leg. 7732, s.f. Isabel de Herrera era hija del mariscal de Castilla, Fernán García de Herrera, y sobrina del arzobispo Sancho de Rojas. El matrimonio de Isabel con Rodrigo de Mendoza, hijo de Juan Hurtado de Mendoza, mayordomo mayor de Juan II, fue pactado en septiembre de 1419 por el propio arzobispo; AHN, Clero, leg. 7731, s.f. Isabel de Herrera fue una generosa benefactora aunque su nombre no figura en la lista principal de los bienhechores de San Benito. Mantuvo la costumbre familiar de favorecer a los monjes y de hecho les donó en su testamento (Zaratán, 17 de septiembre de 1426) una heredad en Santovenia, con sus casas, palomar y huerta; esta dama fue sepultada en medio del coro y la capilla de la iglesia vieja, «que es ahora en medio de la sacristía»; Mancio de Torres, *Historia*, f. 123.

57. Las obras de reforma que realizó en el interior del monasterio, pagadas a sus expensas, son claramente superiores a las que financió la corona, y lo mismo cabe decir de sus regalos, limosnas, obras de arte para el culto, etc; *LB*, fol. 16r.

58. Carta del conde de Castro, Diego Gómez de Sandoval, al prior de san Benito, Juan de Acevedo, fechada en Tordesillas, el 30 de junio de 1428; AHN, Clero, leg. 7731, s.f. Sobre este personaje (†1455) véase Alfonso Franco Silva, «El linaje Sandoval y el señorío de Lerma en el siglo XV», *Anales de la Universidad de Cádiz*, 1 (1984), pp. 45-62.

declaraba haber recibido del mencionado alcalde una suma de dos mil quinientos maravedíes⁵⁹. Algunos caballeros también dejaron depositadas sus armas en el interior del monasterio, como Juan Carrillo de Huete, hijo de Pedro Carrillo el viejo, con la orden de venderlas si era necesario para cumplir con las mandas de su testamento⁶⁰. Hay que incluir en este apartado de bienes depositados, al convento dominico de San Pablo de Valladolid, cuyo reformador principal, Juan de Torquemada, cardenal de San Sixto, tenía elevadas sumas de dinero guardadas en San Benito para pagar las obras conventuales⁶¹.

Este tipo de referencias que mencionan depósitos documentales y pecuniarios son mucho más escasas para el reinado de Enrique IV. Es posible, tal vez, que esta disminución de noticias estuviese relacionada con el enfriamiento de relaciones entre este monarca y los benedictinos, en contraste con la amistad estrecha que manifestó su medio hermano, el infante Alfonso. El propio *LB* es muy elocuente al respecto, ya que muestra una clara benevolencia en favor del joven Alfonso, al que dedica encendidos elogios como continuador de la línea paterna, en contraste con su hermano Enrique IV, que aparece descrito con unos rasgos genéricos que no manifiestan un especial aprecio⁶².

Las funciones de archivo y depósito se prolongaron durante mucho tiempo, hasta bien entrado el siglo XVI, y por esta razón San Benito de Valladolid figura en la lista de lugares rastreados por los oficiales de Carlos V en busca de papeles pertenecientes a los derechos de la corona cuyo destino final será el Archivo de Simancas, recién construido y organizado para centralizar toda la documentación de la corona. Desde 1544 se

59. AHN, Clero, leg. 7716, s.f.

60. Codicilo de Juan Carrillo de Huete, fechado en Valladolid el 9 de octubre de 1444; AHN, Clero, leg. 7716, s.f. Sobre este hijo de Pedro Carrillo de Huete véase Francisco de Paula Cañas Gálvez, *Burocracia y cancellería en la corte de Juan II*, p. 439.

61. Fajo de papeles correspondientes a los gastos realizados entre 1450 y 1468; AHN, Clero, leg. 7706, s.f.

62. El amanuense indica que don Alfonso «estuvo en este nuestro monasterio de San Benito muchas veses en las rebbueltas del reyno, y tomó tanta affición con esta casa que non se hallava, estando aquí en Valladolid, sinón este monasterio e bien se parecía que llevaba las pisadas en devoción y en todas las otras cosas del glorioso rey don Juan, su padre»; *LB*, fol. 6v. De Enrique IV solo se afirma que se limitó a confirmar los privilegios y a conceder alguna limosna; *ibid.*

envían remesas desde San Benito que serían incorporadas a diferentes secciones del archivo⁶³.

LOS BURÓCRATAS DE JUAN II Y ENRIQUE IV

Los casos de los servidores del rey ya mencionados, como Fernán Alonso de Robles, Diego López de Toledo o Fernán Díaz de Toledo, inducen a pensar con cierto fundamento que otros bienhechores y donantes del monasterio también participaron de los mismos o parecidos modos de relación con la comunidad benedictina. Un repaso apresurado de sus nombres y trayectorias profesionales permite entender el nivel de importancia que tuvo San Benito de Valladolid para todos aquellos oficiales que en diferentes puestos de la administración castellana servían al rey, procuraban encontrar un medio de promoción social y familiar y, cómo no, trataban de relacionarse con una orden reformada que estaba en plena expansión por todo el reino. En algunos casos singulares es posible advertir una estrecha relación basada en la espiritualidad que también interesaba a determinados laicos que se movían en el entorno regio.

El conjunto de burócratas que mencionamos a continuación tiene, en algunos casos, una clara relación con los grupos de poder que administraron los asuntos de Estado en el curso del siglo XV, aunque en otros no es tan sencillo encontrar tales nexos de unión. Los más numerosos corresponden, como decíamos, al largo reinado de Juan II, empezando por la etapa de la regencia, entre 1406 y 1419, siendo la reina Catalina de Lancaster el principal polo de atracción, y siguiendo después por los años del reinado pleno del rey. La época de Enrique IV cuenta, como ya hemos dicho, con un menor número de protagonistas, mientras que el reinado de los Reyes Católicos vuelve a ser otro momento de especial importancia, por el impulso

63. Véase la introducción de Ángel de la Plaza Bores, *Archivo General de Simancas. Guía del investigador*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1992, p. 27 y 93. También se obtuvieron de otros palacios, alcázares y monasterios donde se habían dejado conjuntos documentales de la corona o de algunos de sus grandes oficiales. Una relación del año 1568 de los documentos enviados a Simancas desde diferentes monasterios y residencias regias, como San Benito de Valladolid o San Francisco de Burgos, entre otros puede verse en Marqués de la Fuensanta del Valle, José Sancho Rayón y Francisco de Zabálburu, *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, vol. 81, Madrid, Imprenta de Miguel Ginesta, 1883, pp. 45-153.

dado por la corona a la expansión de la observancia benedictina en todos sus reinos. Expondremos a continuación el itinerario de los burócratas que alcanzaron una especial notoriedad en el curso del siglo XV, tratando de ordenarlos por orden cronológico, aunque algunos son coetáneos.

FERNÁN ALFONSO DE ROBLES

De los tiempos de la regencia de Juan II y de los primeros años de su mayoría de edad contamos con tres ejemplos especialmente ilustrativos de bienhechores burócratas que fueron incorporados al *LB*. El que está mejor documentado es el caso del contador mayor Fernán Alfonso de Robles (†1430), que ya ha sido mencionado al hablar de la confiscación de sus caudales custodiados en el interior del monasterio. Es bien conocida su trayectoria profesional al servicio de Juan II de Castilla⁶⁴ así como los vericuetos que se sucedieron a raíz de su detención, secuestro de bienes y posterior confiscación por orden regia⁶⁵. Las pinceladas biográficas que le dedica Fernán Pérez de Guzmán en el capítulo XXX de sus *Generaciones y semblanzas*⁶⁶ no son precisamente laudatorias: hombre de «escuro e baxo linage [...], inclinado a aspereza e malicia más que a nobleza ni dulzura [...] osado e presumptuoso a mandar, que es propio viçio de los hombres baxos», debía su fulgurante ascenso cortesano a Leonor López de Córdoba «liviana e pobre muger», la célebre consejera de Catalina de Lancaster. Leonor lo catapultó desde su humilde condición de simple escribano a consejero de la reina regente, para continuar su ascenso bajo el amparo de Álvaro de Luna, al que acabará traicionando en 1427 con ocasión de la comisión cortesana que ya hemos mencionado. Los despectivos epítetos que le dirige el señor de Batres no le niegan, sin embargo, sus cualidades intelectuales, así como su capacidad organizativa en los asuntos de hacienda, pero esa misma habilidad la orientó

64. Francisco de Paula Cañas Gálvez, *Burocracia y cancillería en la corte de Juan II de Castilla*, pp. 274-275. Reseña biográfica a cargo de Isabel Pastor Bodmer en RAH, *Diccionario Biográfico Español*, disponible en <http://dbe.rah.es/biografias/43988/fernando-alonso-de-robles> (01.04.2020).

65. Una excelente exposición del problema se encuentra en el mencionado trabajo de Máximo Diago Hernando, «El contador Fernán Alonso de Robles», a partir de la documentación monástica del AHN.

66. Fernán Pérez de Guzmán, *Generaciones y semblanzas*, ed. de J. Domínguez Bordona, Madrid, Espasa-Calpe, 1961.

en perjuicio de los grandes y en provecho propio. Su caída en desgracia vendría a ser, en definitiva, el justo pago de su alevoso proceder en vida.

Sin embargo el breve comentario que ofrece el *LB* del contador mayor «cavallero muy discreto e leal servidor de nuestro señor el rey»⁶⁷ se sitúa en las antípodas del duro juicio anterior, y la razón que exhibe el amanuense del código no parece desdeñable: fue «muy amigo especial de aquesta casa e procuró todas las cosas que nos cumplían con mucha diligencia». Es decir, facilitó los trámites administrativos del monasterio en materia de rentas bajo los priores Juan de Madrigal, Martín de Rivas y, sobre todo, de Juan de Acevedo. Este punto era de especial importancia en una época llena de complejidades burocráticas que retrasaban con frecuencia la puntual percepción de los dineros que sostenían la vida cotidiana de una comunidad en constante crecimiento. No conviene olvidar que San Benito de Valladolid no había recibido en su fundación bienes territoriales ni señoríos jurisdiccionales, sino juro basados en las rentas reales.

La caída en desgracia del contador fue especialmente dolorosa para la comunidad benedictina, teniendo en cuenta que el detenido figuraba entre los bienhechores más queridos del monasterio tras haber colaborado en 1417 en la proyectada reforma del monasterio benedictino de San Claudio de León bajo el prior Juan de Madrigal⁶⁸. También había impulsado en 1426 la formación de una pequeña comunidad observante de ermitaños en Urueña, organizada en torno a Juan de Guimarães⁶⁹. La generosa contribución de Robles consistió en un traspaso de tres mil maravedís de un juro que él poseía en las alcabalas de Toro, segregados de los 12.363 maravedís que percibía anualmente para su mantenimiento⁷⁰. Robles había sido, por tanto, el primer impulsor laico de la expansión observante vallisoletana.

67. *LB*, fol. 18v.

68. Sobre la reforma de San Claudio véase Ernesto Zaragoza Pascual, «Abadologio del monasterio de San Claudio de León (1417-1835)», *Archivos Leoneses*, 78 (1985), pp. 355-370. Raquel Martínez Peñín, «El monasterio de San Claudio de León en la Edad Media: estudio arqueológico y documental», *Studia Monástica*, 61 (2019), pp. 27-45.

69. Ernesto Zaragoza Pascual, *Los generales de la Congregación de San Benito*, I, p. 61. Máximo Diago Hernando, «El contador mayor Fernán Alfonso de Robles», p. 121.

70. Juan II autorizó el traspaso por carta de privilegio (Toro, 10 de abril de 1426); AHN, Clero, carp. 3460, n° 11; cfr. Máximo Diago Hernando, «El contador Fernán Alfonso de Robles», p. 122.

El preso fue tratado con gran severidad. Tras ser encarcelado en el alcázar de Segovia, fue conducido al castillo de Uceda, donde consumió sus últimos años de vida bajo la estricta vigilancia de Juan de Luján, maestresala de Juan II, sin tener ningún tipo de consuelo, ni siquiera espiritual⁷¹. Su último deseo, parece que incumplido, fue que su hija Leonor de Robles conservase una suma de veinte mil florines que el preso había dejado depositada en el monasterio para pagar su dote. No sabemos con certeza si la joven llegó a percibir algo de lo que le tenía reservado su padre, aunque parece poco probable: de hecho Leonor tuvo que ser sostenida durante años por el monasterio y por esta razón la agradecida dama acabará testando en 1474 en favor los monjes⁷².

Sabemos, no obstante, que Juan II inició poco después de la muerte de su antiguo contador una rectificación parcial, ya que reservó una parte de los bienes incautados para sufragar los gastos fúnebres en el interior del monasterio⁷³. Algo más adelante, en 1442, el rey volvió a reconsiderar su dureza anterior y preparó una restitución de los bienes confiscados, aunque el proceso se retardó hasta prolongarse al reinado de su hijo, Enrique IV, y más tarde al de los Reyes Católicos. La reivindicación de la memoria de este oficial de la corona fue defendida por sus hijos y descendientes a lo largo de las décadas siguientes, siempre con la vista puesta en lograr algún tipo de reparación⁷⁴. Por este motivo

71. Se conserva una carta del contador firmada desde la prisión del castillo de Uceda el 4 de agosto de 1430, donde se queja amargamente al prior Juan de Acevedo de que no le dejan tener confesor ni ordenar su alma y sus asuntos terrenales. AHN, Clero, leg. 7716, s.f.

72. El testamento de Leonor está fechado en Valladolid, en donde es vecina, el 4 de junio de 1474. En agradecimiento deja todos sus bienes al monasterio y pide ser enterrada en él. Designa como testamentarios a dos monjes de San Benito, García de Valladolid y Juan de Gallegos. AHN, Clero, leg. 7716, s.f.

73. Relación de bienes que Juan II desembargó en 1428 para pagar la sepultura de Fernán Alfonso de Robles; AHN, Clero, leg. 7729, s.f.

74. En 1442 se hizo por orden del rey una pesquisa sobre el valor de los bienes del antiguo contador; AHN, Clero, leg. 7729, s.f. El hijo mayor del contador, Gutierre de Robles, pudo por lo menos recibir hacia 1445 el señorío de las aldeas de Almuña y Villacidres junto con las de Trigueros y Castroponce que Juan II había concedido a su padre; Miguel Ángel Ladero Quesada y César Olivera Serrano, *Documentos sobre Enrique IV de Castilla*, d. 25, 95, 130. En 1450 Juan II confirmó el mayorazgo que había fundado el difunto contador; *ibid.*, n° 450.

la relación del linaje de los Robles con San Benito seguirá siendo muy estrecha a lo largo del siglo XV.

El *LB* contribuyó a su manera en esta tarea de restauración de la memoria de Robles a través del ensalzamiento de uno de sus hijos, Juan de Robles, que profesó como monje en San Benito de Valladolid poco después de la muerte de su padre⁷⁵. La alabanza que se le dedica se apoya en varias virtudes que el monje profesó en grado sumo. En primer lugar, su desprendimiento, puesto que renunció al derecho que le correspondía como único hijo varón legítimo del contador mayor⁷⁶. También destacó de forma sobresaliente en la justicia, ya que ordenó saldar todas las deudas contraídas por su padre, dejando un plazo de tres años para que se pudiesen presentar todas las reclamaciones pendientes de pago: afirman en este punto los monjes que «en nuestros días en el regno de Castilla non dexó cavallero fijo que assí descargasse el ánima de su padre e la suya. Este pagó realmente e con effecto todos los cargos del padre e suyos mucho más largamente que eran obligados»⁷⁷. Por último ejerció la caridad de manera espléndida: «fizo muchas limosnas a muchos monesterios, e casó muchas mozas e biudas, vestió muchos pobres, ffizo dezir muchas missas e treyntenarios por sus finados»⁷⁸.

75. *LB*, fol. 18v-19r. Antes de profesar en San Benito, Juan de Robles recibió una cuidada formación jurídica probablemente con la meta puesta en preparar una carrera cortesana. En la pesquisa realizada en 1442 el bachiller en decretos Gonzalo Alonso de Villaquirán declaraba que hacía veinte años conocía a Juan de Robles «por quanto el dicho Ferrando Alonso [de Robles] dio encargo a este testigo al dicho fray Iohan de Robres su fijo para le mostrar gramática e lógica, e que desde el dicho tiempo acá lo conosçió e conosçe». Todos los testigos llamados a declarar manifestaron su convencimiento de la inocencia del contador mayor; AHN, Clero, leg. 7727, s.f.

76. El sucesor del mayorazgo fundado por el contador fue otro hijo legitimado de Gutierre de Robles, que al menos logró conservar parte de los señoríos fundados por su progenitor; Máximo Diago Hernando, «El contador mayor Fernán Alfonso de Robles», pp. 127-132.

77. *LB*, fol. 18v. Además autorizó a sus testamentarios para atender y gastar lo necesario en las reclamaciones. En la práctica, las sumas quedaron depositadas durante diez años para cumplir este deseo. Al término de este largo plazo, el monasterio heredó los bienes restantes.

78. El último apunte que le dedica el *LB* (fol. 19r) afirma que se pueden ver otros detalles de su vida heroica en el libro «donde se escriben los nombres de los monges», un texto que ya estaba perdido en la época de fray Mancio de Torres, a comienzos del siglo XVII. Este libro extraviado habría servido, al parecer, para completar la memoria de la comunidad monástica junto al *LB*.

La abundante documentación conservada en el monasterio sobre Fernán Alfonso de Robles y sus hijos nos muestra esa relación familiar que salva el paso del tiempo a través de las sucesivas generaciones, aunque en este caso había además otro motivo de interés para los monjes, ya que San Benito de Valladolid fue el principal heredero del hijo del contador mayor. Era preciso acumular suficientes pruebas documentales para reclamar en su momento lo que la corona pudiese devolver de todo lo expropiado.

MARTÍN LÓPEZ HINESTROSA

La huella de los servidores y oficiales de Catalina de Lancaster se advierte en otro de los bienhechores, Martín López de Hínestrosa (o Fenestrosa), que aparece mencionado de forma breve en el *LB* por las limosnas⁷⁹ que hizo al monasterio y por un legado importante, el libro que llaman *Tabula utriusque iuris*⁸⁰. Fray Mancio de Torres afirma que el monasterio recibió el 28 de julio de 1446 su librería de cánones, que fueron «noventa cuerpos en pergamino y papel, y una casulla de damasco colorada con una cenefa rica y sus armas, y dos almáticas»⁸¹.

La identificación de este personaje no es del todo clara, pero parece corresponder al hijo y heredero principal de la célebre Leonor López de Córdoba, la consejera de la reina Catalina de Lancaster⁸². Tuvo primero condición clerical pero acabó casándose con Beatriz de Quesada hacia 1430, de la que tuvo varios hijos. A lo largo de su vida desarrolló una carrera política de cierto nivel, tanto en la ciudad de Córdoba (donde fue veinticuatro y alcalde mayor en 1433 y 1435), como en la misma corte,

79. *LB*, fol. 22r. Las limosnas fueron empleadas en la compra de una buena viña en Madrigal.

80. Podría tratarse de la obra más conocida y difundida de Juan de Erfurt, teólogo y jurista franciscano alemán de finales del siglo XIII y comienzos del siglo XIV; véase al respecto la entrada dedicada a Juan de Erfurt en R. Aubert (dir), *Dictionnaire d'Histoire et de Géographie Ecclésiastiques*, XXVI, París, Letouzey et Ané, 1997, p. 1504.

81. Mancio de Torres, *Historia*, fol. 174. La iconografía de sus armas en la casulla apunta a la condición ilustre del donante y la inclusión de este personaje entre los bienhechores del prior García de Frías (1436-1451) parece indicar una especial relación entre ambos.

82. Margarita Cabrera Sánchez, «El destino de la nobleza petrística: La familia del maestro Martín López de Córdoba», *En la España Medieval*, 24 (2001), pp. 195-238, 215-216.

donde tuvo el cargo de canciller mayor al menos desde 1428⁸³. Murió en la primavera de 1446, una fecha que concuerda al menos con el año en que el monasterio recibe el legado que menciona fray Mancio de Torres. Aunque la mayor parte de su vida se desarrolló en la ciudad de Córdoba, donde su familia tenía una posición relevante, podría plantearse la posibilidad de que sus estancias en la corte como canciller le facilitasen el contacto con los benedictinos vallisoletanos, teniendo en cuenta además que la reina Catalina de Lancaster utilizó las estancias palaciegas del monasterio en compañía de sus hijos y que algunos de sus consejeros beneficiaron a los monjes del alcázar.

EL DOCTOR DIEGO RODRÍGUEZ

Otro de los grandes burócratas de la corte de Juan II que mantiene estrechos vínculos con San Benito es el doctor Diego Rodríguez de Valladolid, que aparece como bienhechor en compañía de su mujer, Leonor Sánchez, y de sus hermanos, Juan Rodríguez y Alfonso Rodríguez, así como su prima Constanza López⁸⁴. Estamos por tanto ante otra familia que mantiene una larga relación con los benedictinos con el curso de los años, desde la época de la regencia de Juan II.

La trayectoria burocrática del doctor Diego Rodríguez es bien conocida⁸⁵: fue notario mayor de los privilegios rodados (1408), escribano de los privilegios (1409), oidor de la Audiencia (d. 1409), consejero real (1418) y refrendario del rey. Está presente en el testamento de Catalina de Lancaster (1418). Participa en diversos encargos regios hasta su muerte. Ya habría fallecido en febrero de 1438⁸⁶.

El *LB* destaca con claridad la solvencia de su labor en aquellos asuntos cancellerescos en los que el monasterio necesitaba una ayuda eficaz:

83. Francisco de Paula Cañas Gálvez, *Burocracia y cancellería en la corte de Juan II de Castilla*, p. 232.

84. *LB*, fol. 20r.

85. Francisco de Paula Cañas Gálvez, *Burocracia y cancellería en la corte de Juan II de Castilla*, pp. 140, 250-251.

86. La generosidad de este cortesano benefició a otras instituciones vallisoletanas, como el hospital y cofradía del Esgueva, a los que dejó tras su muerte en 1438 un juro de tres mil maravedís asentado en las alcabalas del pescado de Valladolid; AGS, EMR, MyP, leg. 4, fol. 37.

[...] fué mucho singularíssimo amigo desta casa en todas las cosas que fueron complideras a ella, trabajó quanto buenamente pudo con el señor rey don Juan el segundo. En sus días la casa de Sant Benito non avía menester rogar nin encargar a señores algunos por las cosas complideras a la casa, más él mesmo se ofrecía con palabras e mucho más con obras que él faría por la casa quanto él podiesse, e que por aquesto nos le diessen gracias⁸⁷.

Junto a esta valiosa ayuda en tiempos de Juan II, el doctor Diego Rodríguez fue además generoso en limosnas y otros presentes, como el ornamento de aceituní verde que donó al monasterio. Por todo ello fue sepultado en el capítulo, a pesar de no haberlo solicitado. Fray Mancio de Torres le dedica un comentario elogioso en el capítulo dedicado a los bienhechores del monasterio bajo el prior de fray Juan de Gumiel, corroborando todos estos datos⁸⁸. Añade, además, otros detalles personales, mostrando la vinculación familiar que tuvieron con los monjes tanto su mujer, Leonor Sánchez, como sus hermanos, Juan Rodríguez y Alfonso Rodríguez, ambos bachilleres y alcaldes de Juan II; otro tanto sucede con su prima Constanza López. Fray Mancio aclara además la cuantía de la donación recibida en marzo de 1438, consistente en seis mil maravedís de juro, entre otras limosnas que no identifica. Asimismo confirma que tanto el doctor Rodríguez como su mujer fueron sepultados en el capítulo sin haberlo solicitado previamente, algo verdaderamente inusual. Fue una muestra de agradecimiento con quien tanto había trabajado en favor de la casa.

ALVAR GONZÁLEZ DE LEÓN

Alvar González de León fue recaudador mayor y tesorero de Juan II (1428) y regidor de Valladolid durante el primer tercio del siglo XV⁸⁹. De procedencia leonesa, logró desarrollar una brillante carrera en la corte.

87. *LB*, fol. 20r.

88. Mancio de Torres, *Historia*, fol. 295.

89. Francisco de Paula Cañas Gálvez, *Burocracia y cancellería en la corte de Juan II*, p. 374. Adeline Rucquoi, *Valladolid en la Edad Media*, II, p. 75. Véase nota biográfica de Alonso González de León, con algunas noticias de su tío Alvar, a cargo de M^a Dolores Carmen Morales Muñiz en RAH, *Diccionario Biográfico Español*, disponible en <http://dbe.rah.es/biografias/72900/alonso-gonzalez-de-leon> (consulta 14.04.2020).

A comienzos del siglo XV ya tenía casa en la villa del Esgueva, cerca del convento de San Pablo. En 1432 es uno de los arrendadores de la masa de las alcabalas, pero falleció ese mismo año sin descendencia. Un sobrino suyo, Alonso González de León, también tuvo una carrera que cursó al amparo de su tío y alcanzó a ser señor de Brazuelo (León). Este último aparece mencionado en la *Crónica de Juan II*⁹⁰ como vecino de Valladolid y alguacil del condestable Álvaro de Luna, siendo el responsable de la custodia del conde de Luna en los castillos de Urueña y *Branzuelos*. La *Crónica de don Álvaro de Luna*⁹¹ también menciona a Alonso como alcaide de la fortaleza de Portillo por el condestable en el momento de la prisión de este último en 1453.

Alvar González de León fue un bienhechor importante del monasterio, hasta el punto de que los benedictinos iniciaron con él una práctica totalmente novedosa: la de conceder capillas particulares⁹². Su caso tiene una especial relevancia para los artífices del *LB*, ya que le dedican dos entradas diferentes. En la primera⁹³, muy breve, se señala simplemente que fue enterrado inicialmente en la capilla de San Ildefonso y que dejó mil florines para dotar una capilla, mientras que en la segunda entrada⁹⁴, más prolija en detalles, se completa la información sobre su estrecha relación con los monjes. Por ejemplo, se indica que la capilla funeraria en la que finalmente descansaron sus restos fue la de Santa Ana, ya que sus testamentarios no aportaron la suma inicialmente pactada sino que se quedaron en sesenta mil maravedíes. Sus herederos también fueron incluidos entre los bienhechores oficiales: se trata de su sobrino Alonso González de León (†1459), señor de Brazuelas y regidor de Valladolid, que quiso sepultarse al lado de su tío, y su mujer, Mayor Sanz de Virués (†1465), «muy devota e honesta dueña», que corrió con buena parte de los gastos y donó algunos

90. Fernán Pérez de Guzmán, «Crónica de Juan II», año 1434, cap. I.

91. *Crónica de D. Álvaro de Luna*, edición de Juan de Mata Carriazo, Madrid, Espasa-Calpe, 1940, cap. CXXV-CXXVI.

92. En el espíritu fundacional no estaba prevista la fundación de capillas familiares ni los compromisos de ofrecer misas y sufragios particulares debido a la escasez de monjes con órdenes sagradas. Fray Mancio de Torres lo explica con cierto detenimiento: «hallándose muy obligada la casa a Alvar González de León, tesorero de Juan II, que murió en 1432, le dio la capilla de santa Ana»; Mancio de Torres, *Historia*, fol. 160.

93. *LB*, f. 22r.

94. *LB*, f. 34v.

presentes de gran valor⁹⁵. Otro sobrino del tesorero, Fernán González de León (†1450) también fue sepultado en la capilla de su tío⁹⁶.

ALFONSO PÉREZ DE VIVERO

Alonso o Alfonso Pérez de Vivero (†1453) es otro de los grandes burócratas de la corte de Juan II, sucesor de Fernán Alfonso de Robles en la contaduría mayor gracias a la especial protección dispensada por Álvaro de Luna, condestable de Castilla y maestre de Santiago⁹⁷. Robles y Vivero compartieron, por tanto, una difícil y peligrosa relación con el válido regio. La traición de Vivero a su mentor precipitará su asesinato, como es bien sabido, en la ciudad de Burgos. El contador mayor, que ya había decidido abandonar a su señor, participó en la conjura de algunos grandes para apartar al condestable del poder. La reacción airada de don Álvaro ante la traición de su antiguo protegido tuvo su desenlace trágico durante la semana santa, cuando el propio condestable organizó el asesinato el 1 de abril de 1453. Aquel hecho tan dramático provocó una sacudida muy honda en la corte y precipitó la inmediata caída del propio condestable, que fue detenido, juzgado y ejecutado por orden del rey en Valladolid el 17 de julio del mismo año. Un suceso tan traumático tuvo su lógico impacto en el seno de la comunidad benedictina.

El *LB* dedica dos entradas diferentes y complementarias al contador mayor, algo explicable por las sucesivas manos que intervienen en la confección del código. La del folio 19v es más breve que la del folio 23r, y lo mismo sucede con su mujer, Inés de Guzmán, que también figura como bienhechora a continuación de su marido, gracias a la cual se levantó la capilla funeraria que recogió los restos mortales de Vivero. El amanuense omite en la primera referencia los detalles del crimen, aunque la

95. Mayor Sánchez de Virués «hizo el arco de piedra que había en medio de la capilla y la imagen de santa Ana con nuestra Señora y su hijo en los brazos» en 1460; Mancio de Torres, *Historia*, fol. 161.

96. Dando al monasterio dos casas en la acera de San Francisco que rentaban cuatro mil cuatrocientos maravedís para una misa cantada los viernes; Mancio de Torres, *Historia*, fol. 161.

97. Nota biográfica a cargo de Alfonso Franco Silva en RAH, *Diccionario Biográfico*, disponible en <http://dbe.rah.es/biografias/38878/alonso-perez-de-vivero> (consulta 07.04.2020). Un detallado recorrido de sus cargos en Francisco de Paula Cañas Gálvez, *Burocracia y cancillería en la corte de Juan II de Castilla*, pp. 421-423.

velada alusión a su muerte reciente «Nuestro Señor Dios por su sancta misericordia aya en su gloria» sirve para datar la elaboración del texto base del propio *LB*. El amanuense concluye diciendo que fue devoto del monasterio y que donó sus casas en el barrio de Reoyo, sin mayores detalles. La segunda entrada (fol. 23r-24r) es mucho más extensa y recoge un interesante retrato moral: «cavallero muy discreto, e de ingenio, e peso e madurez muy singular, muy leal servidor del dicho señor rey, por cuyo amor e fee perdió la vida, ffue en su oficio e estado muy famoso, de conversación e tracto amigable»⁹⁸. Asimismo se incluye un relato detallado del asesinato en la ciudad de Burgos el día de Viernes Santo, censurando con dureza el alevoso comportamiento del condestable, al que descalifican con los más recios comentarios:

Finó en la cibdad de Burgos, año del nascimiento de Nuestro Señor Ihesu-christo de mill e quatroçientos e cinquenta e tres años, en la semana santa, el viernes sancto, en el qual el glorioso Fijo de Dios derramó su sangre por nos pecadores. Él fue muerto a mano de algunas personas, cuya sangre pareció pedir vengança al soberano Nuestro Señor Dios; la qual syn tardança el miércoles syguiente fue mostrada maravillosamente fazer del maestre de Santiago, cuyo señorío en los rreynos era tanto que solo a la permisyón divinal pertenesçia el poder. Por todas las cosas, bendito el nombre de Dios⁹⁹.

La equiparación entre la pasión de Cristo y la del contador mayor evidencia la alta estima que tenían los monjes por el difunto servidor del rey, mientras que el maestre aparece retratado como un usurpador que mereció el triste final que le deparó la justicia divina a través de la justicia humana. El antilunismo del *LB* en este pasaje encaja con el que se dedica al otro contador anterior, Fernán Alfonso de Robles, aunque con unos tonos mucho más contundentes, sin que aparezca por ninguna

98. En esta segunda entrada se detallan con mayor precisión las limosnas y donaciones que hizo el contador en favor de San Benito, especialmente sus casas en el barrio de Reoyo, cerca de San Agustín, valoradas en más de quince mil maravedíes; *LB*, fol. 23r.

99. *LB*, fol. 23r. La elección de una fecha tan significativa como la de Viernes Santo también aparece recogida por Fernán Pérez de Guzmán, *Generaciones y semblanzas*, cap. XXXIII. Otro tanto sucede con el relato de la inmediata reacción de Juan II al ordenar la detención, juicio y ejecución del condestable.

parte ni la más mínima crítica al propio Juan II, responsable en definitiva del encumbramiento excesivo del válido.

En otro orden de cosas, el *LB* destaca las generosas donaciones del difunto y las facilidades administrativas que les proporcionó en vida: «fue muy especial amigo desta casa, e a todas cosas que nos conplían, nos fue syempre favorable, assy en sacar privilegios como en otras provisiones e merçedes que del dicho / [f. 23rb] señor rrey nos fuessen neçessarios». Tales ayudas tenían una gran utilidad para una comunidad de clausura que, como hemos dicho, dependía de los juros y rentas que habían ido donando los bienhechores. Como en otros casos anteriores ya citados, Vivero también había dejado depositados en el monasterio una parte de sus bienes¹⁰⁰.

Con ser muy destacables las ayudas recibidas por el monasterio en vida del contador mayor, sobresalen mucho más las generosas disposiciones de su viuda, deseosa de mantener la memoria de su difunto esposo: «Desta señora esta casa ha rescebido más syngulares benefiçios que de otra persona so el çielo, afuera de los rreyes que esta casa fundaron e del señor arçobispo don Sancho de Rrojas». En efecto, los comentarios centrados en Inés de Guzmán (o en ocasiones Inés de Ávila¹⁰¹) resaltan su espléndida liberalidad en la construcción y dotación de la capilla funeraria, fiel reflejo de sus cualidades morales y religiosas: «muy noble dueña e generosa de linaje e non menos en fee e en amor de Dios, fue muy espeçial amiga e protectora e defensora desta casa». El amanuense no termina aquí sino que se deshace en elogios de todo tipo. Por un lado señala una larga cadena de limosnas y donaciones a favor de San Benito, bien fuesen de tipo económico¹⁰² o de presentes relacionados con el esplendor del culto¹⁰³, sin olvidar las limosnas que dio para casar doncellas

100. Así lo asegura Mancio de Torres, *Historia*, fol. 142.

101. La dama utiliza el nombre de su linaje, Inés de Ávila, mientras duró su matrimonio con Alonso Pérez de Vivero; por ejemplo, en AGS, Mercedes y Privilegios, leg. 5-1, fol. 10. En este documento se indica claramente que Inés de Ávila es la mujer del contador mayor Alonso Pérez de Vivero. Años más tarde utilizará el nombre de Inés de Guzmán, sobre todo tras su matrimonio con el conde de Trastámara.

102. Seis escusados para los «fazedores» del monasterio y otros diez escusados «para syempre jamás», frecuentes envío de pescado, frutas, etc.

103. Unas andas para el Corpus Cristi valoradas en diez mil maravedíes, una custodia de viril, un paño para la cruz «a fuer de Toledo» valorado en tres mil maravedíes, un año

huérfanas y vestir a los pobres de la villa, terminando por las gestiones administrativas que realizó a favor de los monjes. En este último punto se señalan algunos detalles sumamente interesantes. Según el *LB*, doña Inés hacía posible que la comunidad cobrase sus rentas, «ca por ella cobrava esta casa las rrentas que avíamos en esta villa, que muchos tiempos non oviéramos nada con las bueltas de los rreynos sy por su favor non fuera». Como se puede comprobar, hizo valer su condición de esposa del contador mayor para agilizar los oportunos libramientos de las rentas. Esta afirmación se completa con otra igualmente significativa: «Ella fue causa que fiziésemos una aceña que tenemos a la puente, e la sacó de poder de Garçi Sánchez, contador del rey, e, non obstante todos embargos, por ella sola se ovo de acabar»¹⁰⁴.

FERNANDO DÍAZ DE TOLEDO, EL RELATOR

Ya hemos mencionado páginas atrás las estrechas relaciones que mantuvieron el relator y el prior García de Frías en lo tocante al uso del dinero prestado por Alfonso de Torres en 1442, cuando el prior actuaba a las órdenes del consejero real. Es probable que hubiese más contactos de este tipo. No hace falta recordar aquí que Fernando Díaz de Toledo (†1457) es una de las grandes figuras de la burocracia castellana del siglo XV¹⁰⁵. La presencia de este célebre oficial real de origen converso en los hechos de gobierno y en la convulsa política de su tiempo aparece de manera constante en las

de vestir para los monjes, paño para cogullas, paños franceses y alfombras para la capilla funeraria, «unos ornamentos muy rricos, el uno de un brocado cermesí muy rico que vale cient mill maravedís e otro de damasco blanco todo brocado de argentería muy fina bien puesta, con su frontal», otro frontal de brocado para la capilla y una cenefa rica.

104. El nombre del contador mayor Garçi Sánchez es mencionado con relativa frecuencia a finales de los años cincuenta, entre 1457 y 1460; algunos ejemplos en Miguel Ángel Ladero Quesada y César Olivera Serrano, *Documentos sobre Enrique IV de Castilla*, d. 1208, 1258, 1278, 1279, 1367, 1368, 1369, 1416, 1438, 1455 y 1477.

105. Noticias biográficas de este gran oficial (secretario del rey, miembro del Consejo Real, oidor de la Real Audiencia, referendario) en Francisco de Paula Cañas Gálvez, *Burocracia y cancillería en la corte de Juan II de Castilla*, pp. 297-301. La edición y estudio de su testamento en María Josefa Sanz Fuentes, «El testamento de Fernán Díaz de Toledo, el relator (1455)», *Historia. Instituciones. Documentos*, 41 (2014), pp. 381-406.

crónicas y documentos de la época. Sabemos que tuvo sus casas principales en Valladolid, donde actuaba como oidor de la Audiencia y participaba en los asuntos de Estado, dada la frecuente presencia de la corte en la villa. Esta circunstancia explica que una hija suya profesase en el convento vallisoletano de San Quirce. Sin embargo no dejó en sus mandas testamentarias ninguna indicación relativa al monasterio de San Benito de Valladolid, sino que fundó una capilla funeraria en la iglesia mayor de Santa María, en su villa natal de Alcalá de Henares. El dato es llamativo, teniendo en cuenta su condición de bienhechor y de los encendidos elogios del *LB*.

En efecto, la alabanza dedicada al relator se centra ante todo en sus cualidades morales, que incluso son glosadas con algunas citas bíblicas. Según el amanuense, se portó como un leal servidor del rey, fue respetado en la corte y tuvo un comportamiento recto y honrado, incompatible con el soborno o la prevaricación, algo que extendía a los subordinados que trabajaban a sus órdenes. Como es natural, no podían faltar alusiones a los trámites burocráticos que llevó a cabo en favor del monasterio:

En aqueste se verifica lo que es escripto: que *sacudió sus manos de todo don*¹⁰⁶. El qual non solamente // [f. 20v] non rescibía presentes nin dones, más, si sabía que alguno suyo los rescibía, luego lo echava de sí. Este pudo dezir lo que leemos de Job: *Ojo fui al ciego e pie al coxo. Padre era de los pobres. Quebrantava las ruedas del malo e quitávale la prea de los dientes*¹⁰⁷. Parecía que de sí entendía lo que es escrito: *A ti es dexado e encomendado el pobre, al pueblo tú serás ayudador*¹⁰⁸. A este amava el rey nuestro señor, e onrravan los grandes del regno e todos los estados. Especialmente los religiosos fallavan en él mucho reparo, e ayuda e consejo; e entre todos, el prior e convento de Sant Benito. Muchos privilegios nos libró. Muchas provisiones non ovo para diversas cosas. Cada que alguna cosa nos era menester de librar, parecía que más cuydado avía él de la expedir que nos.

La cariñosa alabanza dedicada al relator se cierra con un compromiso de oración que se extiende también al resto de los monasterios observantes que dependían de San Benito de Valladolid.

106. Is. 33, 15.

107. Iob. 29, 15.

108. Ps. 10, 14.

ALFONSO ÁLVAREZ DE TOLEDO

Alfonso Álvarez de Toledo (†1457) fue contador mayor de Juan II y del príncipe de Asturias, futuro Enrique IV¹⁰⁹. Estamos, por tanto, ante otro burócrata cortesano de primer nivel. El *LB* lo menciona como vivo en el momento de la primera redacción, aunque su generosidad se refiere más bien al pasado: «Fue mucho singular amigo nuestro. Nos prestava grande quantia de maravedís»¹¹⁰. De posible origen converso, el contador tuvo una estrecha vinculación con la ciudad de Toledo, de la que fue regidor entre 1444 y 1456, de modo que su trato con los benedictinos vallisoletanos debe entenderse probablemente en virtud de sus actividades cortesanas. Según su biógrafo, fundó dos capellanías, una en la parroquia de Santiago de Madrid, en donde tenía sus casas principales, y otra en el monasterio cisterciense de San Bernardo de Toledo, conocido como de Monte Sión, en donde al final fue enterrado. También edificó el claustro del convento de Santo Domingo el Real de Madrid. El *LB* consigna una donación de mil maravedís, al margen de otras cantidades que había prestado a los monjes en el pasado.

ALFONSO DE ESTÚÑIGA

Alfonso de Estúñiga no perteneció al escalafón de los contadores, a diferencia de los casos anteriores, sino que tuvo un perfil estamental y una carrera cortesana bastante diferente¹¹¹. El amanuense lo describe como «muy noble cavallero así en linage como en costumbres e virtudes», sin hacer ninguna alusión al desarrollo de su carrera en la corte de Juan II. El principal mérito que le atribuyen los benedictinos se centra en la ayuda que prestó para obtener la granja y fuente de Argales, en las proximidades de la villa del Esgueva, y también en el traspaso del lavadero de metal en Mira-

109. Nota biográfica a cargo de Tomás Puñal Fernández en RAH, *Diccionario Biográfico Español*, disponible en <http://dbe.rah.es/biografias/75940/alfonso-alvarez-de-toledo> (consulta 08.04.2020).

110. *LB*, fol. 20v.

111. *LB*, fol. 21r. No obstante, fue yerno de Juan García de Soria, tesorero de Catalina de Lancaster y despensero mayor de las raciones de Juan II; Francisco de Paula Cañas Gálvez, *Burocracia y cancellería en la corte de Juan II de Castilla*, pp. 346-347.

flores, en el valle de Carranza¹¹². El amanuense destaca la sincera amistad que profesó a los monjes: «doquiera que estava, así en el regimiento como en otras partes, zelava el honor e provecho desta casa; en cuya presencia los que algo querían dezir della cessavan o se attentavan». Por otras fuentes sabemos que fue en sus primeros años partidario de Álvaro de Luna¹¹³. En 1432 colaboró con Gómez de Ribera en el intento de apoyar al emir nazarita Yusb ibn al-Mawl, vasallo de Juan II, cayendo prisionero de los granadinos en abril de 1435, permaneciendo en prisión hasta 1439¹¹⁴. Entre los cargos que tuvo a lo largo de su vida puede señalarse el de guarda mayor de Juan II en los años cuarenta, llegando a tener una estrecha relación con el príncipe de Asturias. También fue corregidor de Zamora en 1452¹¹⁵ y algo más adelante (1458) de Córdoba y Toledo. Al llegar la guerra civil en 1465 figura como enriqueño, perdiendo por ello parte de sus ingresos¹¹⁶. Estamos ante uno de los escasos bienhechores del entorno de Enrique IV.

PEDRO ALFONSO DE VALLADOLID

El doctor Pedro (o Pero) Alfonso de Valladolid (+1451) fue alcalde del rey y oidor de la Audiencia¹¹⁷. Los datos biográficos que se han conservado se escalonan entre los años veinte y cincuenta. Su nombre aparece mencionado por Juan II en las Cortes de Palenzuela de 1425, cuando compromete ante los procuradores de la organización de los turnos semestrales de oidores y alcaldes en la Audiencia con el fin de no retrasar los procedi-

112. Fray Mancio de Torres confirma estos datos señalando que ello tuvo lugar a partir de 1441; Mancio de Torres, *Historia*, fol. 184.

113. Fue miembro de la casa del condestable y participó en la batalla de La Higuera, el 1 de julio de 1431, llevando el pendón de la cruzada; *Crónica de D. Álvaro de Luna*, p. 137.

114. José Enrique López de Coca Castañer, «Fernando Álvarez de Toledo, capitán de la frontera de Jaén (1434-1437)», *Anuario de Estudios Medievales*, 33/2 (2003), pp. 643-666, 648-650.

115. Manuel Fernando Ladero Quesada, «El concejo de Zamora en el siglo XV: monopolio y oligarquización del poder municipal. Aproximación al proceso», *Espacio. Tiempo. Forma. Serie III, Historia Medieval*, 3 (1990), pp. 83-93, 87.

116. Miguel Ángel Ladero Quesada y César Olivera Serrano (dir), *Documentos sobre Enrique IV de Castilla*, d. 305 (año 1447), d. 1229 (año 1458) y d. 2412 (año 1467).

117. *LB*, fol. 21r.

mientos judiciales; otro tanto vuelve a suceder en las Cortes de Madrid de 1433¹¹⁸. En ambas ocasiones figura como alcalde en la corte y chancillería. El mismo cargo ostenta en 1440 cuando es enviado a Jaén por el rey para apoyar al alcaide Juan de Mendoza, que se defendía del hostigamiento del obispo Gonzalo de Zúñiga, partidario de los infantes de Aragón¹¹⁹.

El *LB* califica de «singularísimo amigo» al doctor Pero Alfonso de Valladolid. La eficacia de su labor personal en favor del monasterio, tanto en la Audiencia como en la corte, es calificada como «quasi muro inexpugnable». Tanto él como su mujer (Beatriz Alfonso) hicieron innumerables limosnas y arreglos en el monasterio. Como murieron sin hijos, dejaron como herederos a los benedictinos. El testimonio de fray Mancio de Torres es plenamente coincidente y añade algún que otro detalle de interés, como el deseo de ser enterrados en la claustra de los monjes junto al prior Juan de Acevedo, con el que debieron de tener una especial relación de amistad. Añade finalmente que dejaron en su testamento (21 de octubre de 1451) encargos de misas en Calabazanos, Frómista y San Juan de Burgos, es decir, en los monasterios reformados por San Benito el Real, y designaron como testamentarios al prior García de Frías y a otro monje¹²⁰. En otro pasaje¹²¹ afirma que el monasterio recibió los bienes de este matrimonio el 18 de marzo de 1461; es probable que estemos ante la fecha del fallecimiento de su viuda.

JUAN DE LUZÓN

La relación con San Benito de Juan de Luzón¹²², repostero de la plata de Juan II, no se basa en limosnas o bienes materiales, sino en la larga relación que tuvo desde niño con los benedictinos y en el constante empeño que mantuvo por trabajar en favor del monasterio ante el rey y sus cortesanos. Tal vez por estas razones no se encuentran referencias a este personaje en la obra de fray Mancio, que consigna las entregas de bienes o servicios tangibles.

118. Manuel Colmeiro, *Cortes de los antiguos reinos de León y Castilla*, III, Madrid, Rivadeneyra, 1866, p. 52 y 162.

119. Pedro A. Porras Arboledas, «El príncipe don Enrique, señor del obispado de Jaén (1444-1454)», *Boletín del Instituto de Estudios Gienenses*, 142 (1990), pp. 81-125, 87.

120. Mancio de Torres, *Historia*, fol. 176.

121. Mancio de Torres, *Historia*, fol. 214.

122. *LB*, fol. 21v.

La familia hidalga de los Luzón aparece mencionada en las fuentes de la época en el entorno de la villa de Madrid, y también en el ámbito cortesano ocupando cargos domésticos de la casa del rey. El más conocido es Pedro de Luzón, aunque no está clara su relación con nuestro Juan de Luzón¹²³. En Valladolid aparece mencionado un Juan de Luzón en 1468, fiel a la causa enriqueña en el curso de la guerra civil, pero no es posible saber con certeza si se trata del personaje mencionado en el *LB*¹²⁴.

LOS BURÓCRATAS DE LOS REYES CATÓLICOS

JUAN RODRÍGUEZ DE BAEZA

Juan Rodríguez de Baeza, vecino de Valladolid, fue contador de los Reyes Católicos y mereció figurar entre los bienhechores del monasterio tanto por sus limosnas como por haber hecho posible toda una serie de gestiones ante la hacienda regia¹²⁵. Los monjes señalan especialmente «el privileio de los veynte mill maravedís de juro que en esta villa tenemos de los reyes nuestros señores, y otros beneficios muchos que hizo a esta casa». Las facilidades burocráticas vuelven a reaparecer con este importante oficial regio. A comienzos del reinado de los Reyes Católicos ya aparece como lugarteniente del contador mayor Gutierre de Cárdenas, en compañía de Francisco González de Sevilla y Juan López de Lazarraga¹²⁶. Cárdenas también fue uno de los bienhechores ilustres del monasterio¹²⁷.

123. Jaime de Salazar y Acha, *La Casa del Rey de Castilla y León en la Edad Media*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2000, p. 520. José Ignacio Ortega Cervigón, «Prestigio político y oficios reales: la nobleza conquense bajomedieval en el entorno cortesano», *Anuario de Estudios Medievales*, 37/ 2 (2007), pp. 563-595, 580.

124. Miguel Ángel Ladero Quesada y César Olivera (dir), *Documentos sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo*, d. 2572.

125. *LB*, f. 22v.

126. María Concepción Quintanilla Raso, «Consejeros encumbrados. El consejo real y la promoción de la nobleza castellana en el siglo XV», *e-Spania*, 12 (2011), n. 36. <https://doi.org/10.4000/e-spania.20680>.

127. *LB*, fol. 31r. Los monjes le agradecen de modo muy especial sus diligentes gestiones en la cobranza de la renta asentada en la alcabala del vino de Valladolid.

Baeza figura en 1482 y 1483 como contador de los reyes¹²⁸. Por último, un Juan Rodríguez de Baeza es citado como regidor de Valladolid en 1517, y tal vez podría corresponder con nuestro personaje¹²⁹.

GONZALO GONZÁLEZ DE ILLESCAS

El licenciado de Illescas (o Hyescas), Gonzalo González de Illescas, es uno de los consejeros más conocidos de los Reyes Católicos. El amanuense del *LB* no recuerda su nombre auténtico, sino el apodo común, licenciado de Hiescas (i.e. Illescas). También afirma que fue temporalmente vecino de Valladolid y letrado del monasterio, aunque el servicio a los Reyes Católicos le obligó a suspender tal ocupación. La admirada glosa a su devoto comportamiento durante la Semana Santa y la convivencia retirada con los monjes no encuentra equivalente en el *LB*:

Siempre quando estava en Valladolid, mayormente las fiestas, oya las missas y officios divinales muy acabadamente y con mucha devoción en esta casa. Otrosí cada un año, en la quaresma, la semana santa, adoquier que estava fuera de la villa o en ella, se retraya aquí, en casa, mayormente los quatro días postrimeros, y cessava de todas negociaciones temporales, y se confesava con mucha diligencia, y recibía el sancto sacramento del cuerpo y sangre de nuestro Salvador el día de Pascua con mucha devoción y reverencia al altar mayor con los monjes y con licencia de su cura parrochial; y así aquel día de Pascua como los otros precedentes de la semana sancta oya

128. Pablo Ortego Rico, *Poder financiero y gestión tributaria en Castilla: los agentes fiscales en Toledo y su reino (1429-1504)*. *Apéndices*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 2015, p. 262. En 1492 entrega los libros de la Hacienda regia a Juan Díaz de Alcocer, Alfonso de Quintanilla y a Alfonso de Valladolid, cumpliendo las órdenes de Gutierre de Cárdenas; Juan Manuel Bello León, «Las fuentes contables y fiscales para el estudio de la frontera marítima castellana a finales de la Edad Media», *Vegueta. Anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, 18 (2018), pp. 55-77, 72. Más adelante Juan Rodríguez de Baeza interviene igualmente en la gestión de las rentas de las Asturias de Oviedo en 1494; María Álvarez Fernández, «De alcabalas y arrendadores. La contribución de concejos y parroquias asturianas a la Hacienda regia en 1494», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 129 (2016), pp. 205-242.

129. Beatriz Majó Tomé, «Quadrilleros e sesmeros que miran por el bien público: lucha y aspiraciones sociopolíticas del común vallisoletano a fines de la Edad Media», *Medievalismo*, 27 (2017), pp. 207-232, 227.

muy devotamente y cuidadosamente todos los oficios divinos y missas muy acabadamente¹³⁰.

El licenciado de Illescas fue un leal isabelino desde que en diciembre de 1474 la reina entró en Valladolid¹³¹. Fue oidor de la Audiencia y consejero de los Reyes Católicos. Las noticias sobre este licenciado se relacionan principalmente con la gestión administrativa y contable de la Hermandad, desde su implantación hasta comienzos de los años noventa del siglo XV, así como con la recaudación de la bula de cruzada¹³². En 1499 fue asimismo testamentario del obispo Alonso de Burgos, el fundador del colegio de San Gregorio de Valladolid, un prelado que estuvo estrechamente vinculado a la familia de los Cartagena; además desempeñó en Roma un papel relevante en el proceso de reforma del monasterio benedictino de San Juan de Burgos¹³³.

El licenciado Illescas y su mujer, Marina de Estrada y Setién, tenían su casa en Valladolid a finales del siglo XV y fundaron una capilla en la iglesia de san Salvador¹³⁴, en la calle de la Galera, donde plasmaron sus respectivos emblemas heráldicos¹³⁵. El hijo de ambos, Pedro de Illescas, aparece igualmente en negocios contables de la real hacienda a fines del siglo XV.

130. *LB*, fol. 24r.

131. Pedro Sainz de Baranda (ed), *Cronicón de Valladolid*, Madrid, Imprenta de la viuda de Galero, 1848, p. 89.

132. José María Sánchez Benito, «La organización de la Hermandad General (1476-1498)», *Revista de Estudios de la Administración Local y Autonómica*, 239 (1988), pp. 1509-1528. Miguel Ángel Ladero Quesada, «La receptoría y pagaduría general de la Hacienda regia castellana entre 1491 y 1494. (De Rabí Meír Melamed a Fernán Núñez Coronel)», *En la España Medieval*, 25 (2002), pp. 425-506, 429. Federico Gálvez Gambero, «Reforma y consolidación de un activo financiero. Los juros al quitar en la tesorería de los extraordinario de Juan y Alonso de Morales (1495-1504)», *En la España Medieval*, 38 (2015), pp. 99-134, 105.

133. Jorge Díaz Ibáñez, «El testamento del obispo Alonso de Burgos: religiosidad, construcción de la memoria y preeminencia eclesiástica en Castilla a fines del siglo XV», *Estudios de Historia de España*, 19 (2017), pp. 103-168. Algunos de los criados de Gonzalo González de Illescas comparecen como testigos del testamento.

134. Sobre la capilla de San Juan Bautista en la iglesia del Salvador véase Antonio del Bosque, «El retablo flamenco de la iglesia del Salvador de Valladolid», *Archivo Español de Arte*, 185 (1974), pp. 1-11.

135. José Agapito y Revilla, «Heráldica en las calles de Valladolid», *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 11 (1944), pp. 119-144, 142-144.

EL LICENCIADO ALONSO DE ORIHUELA

Por las escasas notas sobre su vida parece más bien que este licenciado fue oidor de la Audiencia¹³⁶. Entre 1494 y 1497 interviene como juez de términos de Segovia y su tierra. Se conserva en el archivo monástico el testamento que otorgó en 1499 por el que dejó como heredero a San Benito¹³⁷.

ALFONSO SÁNCHEZ DE LOGROÑO

El licenciado Alfonso Sánchez de Logroño tuvo una larga carrera a lo largo de los reinados de Juan II, Enrique IV y Reyes Católicos. Desde 1453 aparece como canciller del rey y oidor de la Audiencia¹³⁸. Asiste en 1462 como testigo a la protesta formulada por el marqués de Villena, Juan Pacheco, ante la obligación de prestar juramento a la infanta Juana como heredera del rey¹³⁹. Entre 1465 y 1468 es además canciller real y miembro del Consejo¹⁴⁰, y en 1469 forma parte del consejo de la princesa de Asturias¹⁴¹. En 1480 sigue figurando como canciller de los Reyes Católicos¹⁴². Ya había fallecido antes de 1485¹⁴³, probablemente en 1481.

136. *LB*, fol. 25r.

137. AHN, Clero, leg. 7716, s.f.

138. María de la Soterraña Martín Postigo, *La Cancillería castellana de los Reyes Católicos*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1959, p. 154. Miguel Ángel Crespo Rico, José Ramón Cruz Mendet y José Manuel Gómez Lago, «Catálogo documental del Archivo Municipal de Rentería: 1237-1500», *Vasconia*, 8 (2018), pp. 136-165, 150-151; Francisco de Paula Cañas Gálvez, *Burocracia y cancillería en la corte de Juan II de Castilla*, p. 452.

139. La protesta del marqués está fechada en Madrid el 9 de mayo de 1462; M^a Dolores Carmen Morales Muñiz, «El difícil camino de la princesa Isabel de Castilla hacia el trono: 1468-1474», 93. Este detalle demuestra la afinidad política de nuestro personaje con Juan Pacheco a esas alturas del reinado de Enrique IV.

140. Miguel Ángel Ladero Quesada y César Olivera Serrano, *Documentos sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo*, d. 1.952.

141. *Ibid.*, d. 2.640.

142. Javier Enríquez Fernández, Concepción Hidalgo de Cisneros y Adela Martínez Lahidalga, *Fuentes documentales medievales del País Vasco*. 95. *Colección documental del Archivo Histórico de Bilbao (1473-1500)*, Donostia, Eusko Ikaskuntza, 1999, p. 469.

143. El 30 de abril de 1485 el Consejo Real emite provisión a la Chancillería y justicias de la villa de Valladolid para que amparen a Juan Sánchez de Ceinos, escribano del Consejo, en la posesión de unas casas en que mora, situadas en la calle de Herreros de dicha

Tanto él como su mujer, la portuguesa Isabel Sedre, se enterraron en el claustro de San Benito en compañía del hijo de ambos¹⁴⁴.

Los benedictinos le dedican un comentario inusualmente extenso, elogiando varios elementos complementarios. Ante todo destacan sus virtudes cristianas «varón cathólico e noble e devoto a esta sancta religión» y su estrecha relación de amistad con los monjes, con los que compartía determinados momentos del culto en compañía de otros colegas de profesión:

Todos los días que estava en esta villa solenes e cotidianos oya los officios divinos acabadamente con gran devoción e reverencia. Avía singular consolación de venir acompañado de nobles letrados señores e amigos para oyr los officios e visitación de la casa e padres della.¹⁴⁵

La familiaridad con los benedictinos también se observa en otros detalles que afectaban a la vida interna de la comunidad. En un apartado muy significativo le agradecen su intervención en el conflicto suscitado en tiempos de Enrique IV por fray Adán de Villalón, que trató de convocar en Frómista un capítulo general en 1474 frente al prior Martín de Villahalcón, sin que al final tuviera éxito¹⁴⁶.

Otros favores administrativos de este importante bienhechor se concretan en dos gestiones especialmente valiosas. La primera, en tiempos de Enrique IV, consistió en recuperar para el monasterio un juro situado

villa, las cuales fueron primeramente de mosén Pedro de Bobadilla y después de Alfonso Sánchez de Logroño, chanciller, ya difunto. AGS, RGS, leg. 1485-04, n° 76.

144. La portuguesa Isabel Sedre, afirma el *LB*, llegó a Castilla siendo muy niña en el séquito de Isabel de Portugal, segunda esposa de Juan II, pero falleció muy pronto, en 1463, dejando un hijo (Alfonso) que también murió pronto. Tal vez por su temprana muerte no aparece recogida en el reciente estudio de la casa de la reina Isabel de Portugal de Francisco de Paula Cañas Gálvez, «Las casas de Isabel y Juana de Portugal, reinas de Castilla. Organización, dinámica institucional y prosopografía (1447-1496)», en José Martínez Millán y María Paula Marçal Lourenço (eds), *Las relaciones discretas entre las Monarquías Hispana y Portuguesa: las Casas de las Reinas (siglos XV-XIX)*, Madrid, Polifemo, 2009, pp. 9-231.

145. *LB*, fol. 28v.

146. Ernesto Zaragoza Pascual, «Abadologio del Monasterio de Ntra. Sra. De la Misericordia de Frómista (1437-1835)», *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 71 (2000), pp. 135-158, 140.

en Sevilla que había donado en su momento Catalina Vázquez de Villandrando y que estaba siendo retenido por su sobrino Juan de Herrera. El segundo trámite, ya en el reinado de los Reyes Católicos (se indica con exactitud que fue en 1476), dio como resultado la obtención de una confirmación de todos los privilegios anteriores en un único privilegio general, sin tener que pagar la elevada cantidad de sesenta mil maravedíes por derechos y aranceles de escribanos y notarios¹⁴⁷. Se deja entrever en el texto que además hubo otros favores que facilitaban las cosas a los factores del monasterio: «Essomesmo trabajava con todas sus fuerças en todos los fechos de la casa e padres do quier que veyá que era necesario sin selo dezir e quando de nuestra parte e de nuestros factores era requerido trayéndolos a conclusión provechosa». La relación de los familiares del donante con los monjes se mantuvo con el paso de los años. Este sería el caso de su hermano, Juan Alfonso de Logroño, que también pasará a formar parte de los bienhechores oficiales de San Benito, aunque no formaba parte del grupo de los oficiales reales que estudiamos aquí¹⁴⁸.

ALONSO DE ÁVILA

Alonso o en ocasiones Alfonso de Ávila aparece siempre como secretario real¹⁴⁹. En noviembre de 1469 es secretario de Fernando el Católico, «príncipe heredero de Castilla y León»¹⁵⁰, y desde febrero de 1470 lo es de la princesa de Asturias, Isabel¹⁵¹. Durante el reinado de los Reyes Católicos sigue figurando como secretario real al menos hasta 1487¹⁵². Consta

147. *LB*, fol. 28v.

148. *LB*, fol. 29v. El bachiller en decretos Juan Alfonso de Logroño era hermano y testamentario del canciller Alfonso Sánchez de Logroño, y fue canónigo en la iglesia de Sevilla a fines del siglo XV. Las tablas que encargó en Flandes para un tríptico-retablo de la capilla funeraria de su hermano se encuentran hoy día en la colección Aldus C. Higgins (Worcester, Massachusetts); María José Martínez Ruiz, «Patrimonio de Valladolid emigrado», en *Conocer Valladolid. X Curso de patrimonio cultural 2016/17*, Valladolid, Diputación Provincial, 2018, pp. 255-285, 258.

149. *LB*, fol. 30r.

150. Miguel Ángel Ladero Quesada y César Olivera Serrano, *Documentos sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo*, d. 2723.

151. *Ibid.*, d. 2768.

152. *Ibid.*, d. 3630.

que en septiembre de 1490 ya había fallecido¹⁵³. Estuvo casado con Isabel Díaz, con la que tuvo tres hijas¹⁵⁴, cuyos nombres no conocemos, y un hijo, llamado Francisco de Ávila¹⁵⁵.

El afectuoso recuerdo que le dedican los benedictinos se debe en parte a su espíritu devoto: «varón católico, noble e de gran devoción a esta sancta casa» y a los favores innumerables que hizo a lo largo de su vida, destacando la ayuda que prestó en el espinoso asunto («disturbios», dice el *LB*) de fray Adán de Villalón, ya mencionado en el conflicto de Frómista. También le agradecen su docilidad a la hora de cumplir los ruegos del prior, eximiendo al monasterio de cargas onerosas: «fue muy gran solicitador e diligente en ganar de los señores reyes e espedir por su mano muchas provisiones e cartas syn algún dinero para nuestras necesidades», bien se tratase de la corte regia, la pontificia o de las ciudades y villas donde el monasterio tenía intereses que salvaguardar. El código incluso reproduce algunas expresiones que solía decir este bienhechor, algo verdaderamente inusual: «Aunque no tengo el hábito de San Benito corporalmente, en el espíritu soy monge», o bien, dirigiéndose al prior de San Benito: «Padre, procurad la paz e sosiego de vuestros fijos con la graciosa ynnocencia e bien ordenado bevir, que esto es la mayor excelencia e perfección que en los mortales puede ser segund vuestro mortificado bevir».

GUTIERRE DE CÁRDENAS

Gutierre de Cárdenas (c. 1440-1503), comendador mayor de Santiago, señor de Torrijos y de Maqueda, fue consejero y contador mayor de los Reyes Católicos¹⁵⁶. No hace falta señalar que estamos ante otro de los

153. El 14 de septiembre de 1490 su hijo Francisco de Ávila es aún menor de edad aunque es el titular del cargo de guarda mayor de la saca de pan del arzobispado de Sevilla. Su tutor es Sebastián de Olano. AGS, RGS, leg. 1490-09, n° 21.

154. Su viuda recibe el 20 de marzo de 1501 una ayuda de casamiento con la merced que tuvo el difunto de 25.150 maravedís situados en las alcabalas y tercias de Ocaña; AGS, CED, 5, 75, 7.

155. El 10 de julio de 1503 los reyes ordenan a Gonzalo de Baeza, tesorero de los príncipes, que entreguen cierta cantidad como ayuda de estudios a Francisco de Ávila, hijo del secretario Alonso de Ávila, difunto; AGS, CCA, CED, 6, 132, 7.

156. *LB*, fol. 31r. En el mismo folio se incluye un comentario sobre su mujer, que también ostenta la condición de bienhechora.

grandes oficiales de los reyes¹⁵⁷. Contrajo matrimonio hacia 1471 con Teresa Enríquez, una de las damas del séquito de la princesa Isabel, hija del almirante Alfonso Enríquez, que asimismo figura como bienhechora de San Benito¹⁵⁸. Pese a ser unos benefactores importantes, no fueron enterrados en San Benito sino en el convento de San Francisco de Torrijos, donde habían instituido una capilla funeraria familiar.

El *LB* dedica un largo y sentido homenaje al contador mayor. Además de ponderar «su santo amor», le agradecen su predisposición a favorecer en todo momento los intereses del monasterio ante los monarcas como si las gestiones fuesen cosa suya. Señalan un ejemplo concreto que revela su valiosa ayuda al tratar del cobro del juro asentado sobre la alcabala del vino de Valladolid:

E en espeçial que, commo los monjes deste monesterio fuesen muy mal tratados e fatigados de los arrendadores del alcavala del vino desta villa de Valladolid por respecto del vino que continuamente se vende en él, ca como en los tienpos pasados soliésemos pagar del alcavala çinco o seys, o quando más syete mill maravedís, avíanlo sobido los arrendadores en veynte e dos mill maravedís, e cada año la pujavan, en manera que en muy pocos años, sy asy fuera, llevaran de alcavala todos los çinquenta e çinco mill e quinientos maravedís que en la renta del vino este monasterio tiene¹⁵⁹.

La reina Isabel —prosigue diciendo el *LB*— concedió audiencia al enviado del monasterio, fray Juan de Burgos, gracias al buen hacer de Gutierre de Cárdenas, «quantas vezes él [fray Juan de Burgos] quiso, e él mismo en persona negoçió con la reyna nuestra señora». Asimismo intervino en la solución del conflicto planteado por fray Adán de Villalón, en el que también habían participado otros bienhechores destacados que ya hemos mencionado, como Alfonso Sánchez de Logroño y Alonso de Ávila.

157. Véase el apunte biográfico de Vicente Ángel Álvarez Palenzuela, RAH, *Diccionario Biográfico Español*, disponible en <http://dbe.rah.es/biografias/14355/gutierre-de-cardenas> (consulta 06.05.2020).

158. También serán bienhechores los hijos del matrimonio: Rodrigo, Diego (después I duque de Maqueda), Alfonso, María y Fernando; *LB*, fol. 31r-31v.

159. *LB*, fol. 31r.

EL DOCTOR RODRIGO MALDONADO DE TALAVERA

Cerramos la serie de los grandes consejeros y burócratas del siglo XV con el doctor Rodrigo Maldonado de Talavera (c.1456-1517), otro de los grandes consejeros reales del siglo XV que mantuvo una intensa relación con San Benito, tal y como lo atestigua el *LB*¹⁶⁰. Volvemos a encontrar aquí un relato bastante prolijo y detallado donde los monjes quieren dejar constancia escrita de los innumerables favores recibidos de tan influyente consejero:

por su noble consejo se guiavan todos los negoçios de los reynos, porque era muy prudente en sus consejos e de muy grand providençia, muy fiel e cathólico en la religión xristiana e muy fiel a los reyes, muy convenible a los negoçiantes e a los pobres e religiosos muy favorable. Por lo qual no solamente de los reyes nuestros señores era muy amado, mas aún de todos, grandes e pequeños¹⁶¹.

La relación de beneficios y ayudas obtenidas por el monasterio gracias al doctor Maldonado de Talavera es verdaderamente sobresaliente. Se podrían agrupar en dos tipos las gestiones realizadas a favor de los benedictinos: las del propio cenobio y las de la congregación observante que se estaba formando a fines de siglo. Entre las primeras, el *LB* destaca la gestión encaminada a reducir el monto (de treinta mil a ocho mil maravedís) que pagaban por la alcabala, la permuta de los derechos por el lavadero de metal Miraflores, en el valle de Carranza¹⁶², por un juro de veinte mil maravedís asentado en Valladolid, el acuerdo con la iglesia mayor de Sevilla por el reparto de la

160. *LB*, fol. 33v-34r. Fue doctor en leyes, catedrático de Salamanca, regidor, miembro del Consejo Real y embajador regio, además de señor de Babilafuente, Ayedillo y Bezuela. Para un reciente perfil biográfico del *doctor Talavera*, tal y como dice el código, véase María Isabel del Val Valdivieso, RAH, *Diccionario Biográfico Español*, disponible en <http://dbe.rah.es/biografias/54076/rodrigo-arias-maldonado-de-talavera> (consulta 07.05.2020).

161. *LB*, fol. 33v.

162. Se hace mención del lavadero (o a veces venero) de metal de Miraflores, en el valle de Carranza, gracias a la donación que hizo el caballero Alfonso de Stúñiga, guarda mayor de Juan II, por lo cual fue incluido entre los bienhechores de San Benito (*LB*, fol. 21r).

herencia de Fernando de Stúñiga¹⁶³, y la devolución de veinte mil maravedíes que el nuncio pontificio había cobrado por la media anata de cámara. Por lo que se refiere a la congregación observante, el *LB* destaca las gestiones encaminadas a lograr la incorporación del monasterio de San Román de Hornija y, sobre todo, a impulsar la difusión de la observancia en los monasterios benedictinos de Galicia y en el de Montserrat, entre otros¹⁶⁴. En suma, estamos ante el bienhechor más destacado —junto con los monarcas— de la expansión observante que cuaja definitivamente en 1501.

CONCLUSIÓN

La selección de bienhechores burócratas que hemos tenido ocasión de repasar brevemente en las páginas anteriores revela algunas pautas interesantes, tanto desde el punto de vista de la comunidad benedictina que acogía en sus oraciones a los donantes, como de estos últimos, que recibían el consuelo de su intercesión. La figura del bienhechor era usual en la vida monástica castellana, aunque en la época aquí analizada era mucho más habitual la conflictiva presencia de patronos laicos o de abades comendatarios en muchos monasterios benedictinos. Juan I, que había legislado en contra de los abusos generados por esta práctica, prescindió deliberadamente de este modelo antiguo, tan perjudicial para sus propósitos, y fundó San Benito de Valladolid conforme a un patrón totalmente diferente. El rey quería un cenobio de clausura estricta, semejante al de las clarisas, libre de compromisos onerosos, y proporcionó los primeros medios materiales para su sostenimiento. Pero el mismo crecimiento de la comunidad, célebre desde muy pronto por su ascetismo, obligó a buscar nuevos recursos. En este delicado punto resultaba imprescindible la

163. Fernando de Stúñiga (†c. 1497) era hijo Pedro Álvarez Osorio, I conde de Trastámara, y de su segunda esposa, Elvira de Estúñiga (†1448). Fue arcediano de Sevilla y se propuso levantar en esta ciudad un monasterio benedictino que finalmente no se construyó por falta de recursos. El dinero remanente se acabó destinando en parte al monasterio vallisoletano y se empleó en la construcción del nuevo templo. Ernesto Zaragoza Pascual, «Abadologio del Monasterio de San Benito el Real», p. 212.

164. Bajo el priorato de fray Juan de San Juan de Luz; una reciente revisión de la expansión de la observancia en Francisco J. Pérez Rodríguez, *Los monasterios del reino de Galicia entre 1075 y 1540: de la Reforma Gregoriana a la observante*, vol. I, Santiago de Compostela, Instituto de Estudios Gallegos Padre Sarmiento, 2019, pp. 357 y ss.

ayuda de los bienhechores. Los criterios seguidos por los priores perpetuos fueron variando progresivamente hasta permitir la fundación de capillas propias a partir de los años treinta, como se ve en el caso de la familia de Alvar González de León. Desde entonces algunos burócratas optaron por esta vía de consolidación de la memoria familiar. Sin embargo la mayor parte de los oficiales regios prescindieron de esta alternativa, bien sea porque ya tenían previstas otras fundaciones en sus lugares de origen, porque no disponían de medios suficientes como para sufragar algo tan costoso, o porque su interés se limitaba a figurar como bienhechores de un cenobio prestigioso, muy vinculado a la corona, que cumplía una estricta norma observante. Colaborar en el sostenimiento y engrandecimiento de San Benito equivalía a entrar en los asuntos de palacio.

Al calor de las relaciones creadas entre monjes y donantes se fue creando una concepción de la historia del cenobio dentro de un marco temporal de larga duración jalonado por personas y familias concretas, con sus respectivas historias, que interesaba preservar del olvido. Por esta vía se fueron anudando relaciones duraderas de familiaridad entre los herederos de los bienhechores con los monjes. El uso continuado del *LB*, con su liturgia anual, suponía actualizar la memoria común que compartían monjes y donantes a través de las generaciones. Los breves apuntes biográficos que se escalonan a lo largo del código presentan algunos rasgos de especial interés. Junto a los bienes económicos que permiten el sostenimiento de la comunidad, bien sea por donaciones, limosnas o mandas testamentarias, sobresalen las gestiones judiciales, burocráticas y administrativas que cada uno de ellos realizó aprovechando la elevada posición alcanzada en la corte. Aunque el *LB* señala en algunas ocasiones en qué consistían tales servicios prestados por los donantes laicos, en otros casos no hay indicaciones precisas, aunque las noticias que nos han llegado de depósitos de papeles y caudales permiten sospechar que buena parte de los burócratas que aquí hemos mencionado aprovecharon las facilidades dadas por los priores. Más allá de la prestación de servicios, con el subsiguiente agradecimiento de los monjes, se aprecia en determinados ejemplos el ensalzamiento de las vidas ejemplares de algunos burócratas que sobresalieron por sus virtudes humanas y cristianas. Estos modelos encomiables quedaron plasmados por escrito para justificar la influencia que los monjes habían logrado promover a través de su vida austera y orante, a modo de canal difusor del espíritu cristiano entre los diferentes estratos de la sociedad de su tiempo.

San Benito de Valladolid supo combinar el patronazgo de los monarcas castellanos con el de pontífices, prelados y otros muchos cortesanos que se sirvieron de la seguridad ofrecida por los muros del antiguo alcázar real para conservar papeles y objetos de valor. Asimismo llama la atención la presencia frecuente de bienhechores de origen converso, con reiteradas alusiones a los préstamos que gestionan los priores o que benefician a la comunidad. En algunas ocasiones, como sucede con los contadores mayores Fernán Alfonso de Robles y Alonso Pérez de Vivero, las alteraciones políticas de la corte perturbaron seriamente la apacible y ordenada vida monástica. No es la única huella de la política cortesana entre los muros del antiguo alcázar. Una muy notoria se refiere a la hostilidad manifestada hacia el principal valido de Juan II, Álvaro de Luna. No solo no fue incluido en *LB*, como es obvio, sino que su memoria fue duramente tratada al relatar el trágico final de Alonso Pérez de Vivero en 1453.

Es evidente que no todos los monarcas mantuvieron el mismo grado de cercanía con los benedictinos. Juan II y su hijo el infante Alfonso manifestaron un grado elevado de familiaridad, manifestado en las prolongadas estancias en el interior de sus muros, mientras que Enrique IV casi no tuvo relación con ellos. Los Reyes Católicos apenas pisaron el interior del monasterio debido a su constante itinerancia, pero fueron absolutamente decisivos a la hora de impulsar la observancia en el conjunto de sus reinos. Estas oscilaciones se plasman con claridad en el curso del relato del *LB*: junto a las cálidas palabras que se dedican a Juan II y los hijos de su segunda mujer (Alfonso e Isabel), llama la atención la fría alusión a Enrique IV. Estas diferencias en los niveles de trato se proyectan entre los burócratas que trabajaron en la corte. Los bienhechores que sirvieron a Juan II son mucho más numerosos que los de su hijo Enrique IV. La cifra volvió de nuevo a subir cuando los Reyes alcanzaron el poder. En definitiva, la proyección cortesana de este gran monasterio hizo posible su crecimiento interno y la expansión de la observancia bajo una dinastía que tuvo desde sus orígenes una clara vocación reformista en el campo de la espiritualidad, tanto de las órdenes religiosas como de la sociedad en su conjunto. Una parte de esta colaboración entre la monarquía y el monasterio de San Benito corresponde a los burócratas, aunque aún queda bastante por saber de los restantes grupos de poder que poblaron la corte castellana.

CENSURA Y AUTOCENSURA EN LA TEMPRANA
IMPRESA HISPÁNICA:
EL LINAJE VILLANDRANDO, CONDES DE RIBADEO, Y
LOS *CLAROS VARONES DE CASTILLA*,
DE FERNANDO DE PULGAR¹

ÓSCAR PEREA RODRÍGUEZ

University of San Francisco

El lugar de importancia en la historia de la cultura hispánica medieval que ocupan los *Claros varones de Castilla* (BETA texid 1714) es absolutamente indiscutible. Su autor, Fernando de Pulgar, desde su evidente y marcado «pensamiento literario forjado en el tránsito de la Castilla enriqueña a la isabelina»², es considerado por muchos como el más interesante escritor de temas historiográficos de todo el reinado de los Reyes Católicos³. Este madrileño de raíces toledanas⁴, calificado de «inquieto y prudente, cazarro y serio, capaz de una respuesta astuta tanto como de un discurso retórico»⁵, alcanzó la cúspide de su carrera de hombre de letras sirviendo

1. Todos los datos de esta investigación se encuentran en Internet a libre disposición de los usuarios a través de la base de datos PhiloBiblon: <http://bancroft.berkeley.edu/philobiblon/>. Me sirvo de los identificadores de PhiloBiblon BETA (Bibliografía Española de Textos Antiguos), tanto de manuscritos e impresos (manid) como obras (texid), para localizar los textos que menciono.

2. Fernando Gómez Redondo, *Historia de la prosa de los Reyes Católicos: el umbral del Renacimiento*, Madrid, Cátedra, 2012, I, p. 388.

3. María Camilla Bianchini, «Fernando del Pulgar: una testimonianza della formazione del concetto di monarchia nello stato moderno», *Rassegna Iberistica*, 15 (1982), pp. 25-32.

4. Para la biografía de Pulgar, todavía es punto de partida necesario el prólogo de Juan de Mata Carriazo a la *Crónica de los Reyes Católicos por su secretario, Fernando del Pulgar*, Madrid, Espasa-Calpe, 1943, I, pp. XX-LXIX. Cito por la reimpresión de los dos volúmenes en Granada-Madrid, Universidad de Granada-Marcial Pons, 2008, con presentación de Manuel González Jiménez y estudio de Gonzalo Pontón. También es de obligatoria consulta el extenso «Estudio preliminar» de Robert B. Tate a su edición de Fernando de Pulgar, *Claros varones de Castilla*, Madrid, Taurus, 1985, pp. 7-68.

5. José Luis Romero, *Sobre la biografía y la historia*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1945, p. 157.

como cronista oficial de la corona de Castilla⁶. Es asimismo bien conocida la influencia que los trabajos de Fernán Pérez de Guzmán tuvieron en los suyos, pues ambos diseñaron sus galerías de personajes de alcurnia como un proyecto literario y sociopolítico⁷, con el propósito de hacer justicia a los principales protagonistas de la época y unificar los objetivos de la monarquía con los de una elite caballeresca a la que se pretendía atraer a ese mismo proyecto político mediante la alabanza literaria⁸. Los escritos del judeoconverso madrileño, concebidos desde su «alma sutil y extraña»⁹, se apartan bastante del «severo espíritu catoniano» de las *Generaciones y semblanzas*¹⁰, apostando por una compensada mezcla entre modernidad prerrenacentista y resabio medievalizante¹¹, cuyo resultado es «un estilo más fluido y ordenado, más elegante, imaginativo y pormenorizado y, en suma, más cortesano»¹². Si el auge de los temas de contenido histórico preparó el terreno para la amplia difusión de su obra en los siglos XV y XVI¹³, son todos estos atractivos literarios e historiográficos los responsables de que el interés por analizar sus escritos haya perdurado hasta nuestros días.

Uno de los notables caballeros castellanos escogido por Pulgar para figurar en su nómina de ilustres fue Rodrigo de Villandrando, nombrado conde de Ribadeo el 22 de diciembre de 1431¹⁴, posesión confirmada

6. Robert B. Tate, «Los trabajos del cronista cuatrocentista», *Studia Historica. Historia Moderna*, 13 (1995), pp. 27-46, especialmente pp. 43-45.

7. Béatrice Leroy, *Histoire et politique en Castille au XV^e siècle. Biographies et portraits de Fernán Pérez de Guzmán (1380-1460)*, Limoges, Pulim, 2000, pp. 15-22.

8. José Luis Bermejo Cabrero, «La biografía como género historiográfico en *Claros varones de Castilla*», *Cuadernos de Historia. Anexos de la Revista Hispania*, 35 n.º ext. 6 (1975), pp. 441-459, especialmente p. 442.

9. Américo Castro, *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*, Buenos Aires, Lozada, 1948, p. 546.

10. Nicolás del Castillo Mathieu, «Breve análisis de las *Generaciones y semblanzas* de Fernán Pérez de Guzmán», *Thesaurus. Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, 48.2 (1993), pp. 422-445. El texto citado, en p. 424.

11. Ignacio Navarrete, «Rhetorical and Narrative Paradigms in Fernando del Pulgar's *Crónica de los Reyes Católicos*», *Hispanic Review*, 72.2 (2004), pp. 261-285.

12. Castillo Mathieu, «Breve análisis», p. 424.

13. Robert B. Tate, *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV*, Madrid, Gredos, 1970, pp. 280-282.

14. Antonio María Fabié, *Don Rodrigo de Villandrando, Conde de Ribadeo*, Madrid, Imprenta y Fundición de M. Tello, 1882, pp. 215-219.

en 1435¹⁵. Se trata de una prebenda titulada que se caracterizó por un elemento muy significativo, que incluso parece haber servido de justificación para la elección final de Rodrigo como ocupante del condado¹⁶: tanto Ribadeo como sus rentas aparejadas fueron utilizadas por los reyes castellanos con frecuencia a modo de incentivo para tejer alianzas con notables caballeros franceses, especialmente durante los episodios peninsulares que se dejan enmarcar en la guerra de los Cien Años, como el conflicto bélico civil entre petristas y trastamaristas¹⁷. Así, el primer titular del condado situado en la comarca de la Mariña Oriental fue Pierre le Bègue de Villaines¹⁸, conocido en la península ibérica como «mosén Pere de Villans»¹⁹. Destacado *routier* en las Compañías Blancas del bretón Bertrand DuGuesclin²⁰, Villaines recibió el condado como una de las afamadas «mercedes enriqueñas»²¹, tal como reza su nombramiento en 1371: «por gracia de Don Henrique II en atención a sus méritos y a los grandes consejos que dio al Rey para conseguir la Corona de Castilla y León»²². El conde regresó a su Francia natal poco más tarde, en 1373, y durante bastante tiempo los dominios señoriales estuvieron controlados *de facto* por Fernán Pérez de Andrade el Bueno, verdadero noble hegemónico gallego de la época²³. En la década de los 80, el conde Pierre decidió enviar a su hijo homónimo para que se hiciera cargo de

15. José Manuel Calderón Ortega, «La formación del señorío castellano y el mayoralazgo de Rodrigo de Villandrando, conde de Ribadeo (1439-1448)», *Anuario de Estudios Medievales*, 16 (1986), pp. 421-447, especialmente p. 422.

16. Pedro Salazar de Mendoza, *Origen de las dignidades seglares de Castilla y León*, Madrid, Oficina de Don Benito Cano, 1794, p. 252.

17. Calderón Ortega, «La formación del señorío», pp. 431-433.

18. Alberto Paraje Méndez, «El condado de Ribadeo en la reorganización del orden nobiliario trastamarista de Galicia», *Nalgures*, 12 (2016), pp. 427-450, especialmente pp. 430-440.

19. Salazar de Mendoza, *Origen de las dignidades*, p. 250.

20. Luis Suárez Fernández, *Nobleza y monarquía. Entendimiento y rivalidad. El proceso de la construcción de la corona española*. Madrid: La Esfera de los Libros, pp. 36-46.

21. Julio Valdeón Barunque, *Los Trastámaras. El triunfo de una dinastía bastarda*, Madrid, Temas de Hoy, 2001, pp. 31-35.

22. Joseph Berní y Catalá, *Creación, antigüedad y privilegios de los títulos de Castilla*, Valencia, Imprenta del autor, 1762, pp. 130-131.

23. José Francisco Correa Arias, *Fernán Pérez de Andrade, o Bóo: mentalidad e realidade social*, Noia, Toxosoutos, 2004, pp. 86-64.

la administración del patrimonio gallego²⁴. Más tarde, en el reinado de Enrique III, el título pasó de forma muy breve a la corona, entre 1399 y 1401, año este en que lo compró Ruy López Dávalos²⁵, condestable de Castilla y hombre fuerte del gobierno de los Trastámara durante las dos décadas iniciales del cuatrocientos²⁶. A partir de 1420, la pérdida de ascendente político del *condestable viejo* corrió paralela a la pujanza de quien habría de ocupar su puesto de preponderancia en la escena política castellana, Álvaro de Luna, por lo que, tras el destierro de López Dávalos en 1423²⁷, el título condal ribadense retornó otra vez a la corona hasta que Juan II se lo concedió a Rodrigo ocho años más tarde, como ya se ha mencionado.

En la «apasionante biografía» del conde de Ribadeo pergeñada por Pulgar²⁸, es necesario destacar el relato de las hazañas militares en tierras francesas del guerrero castellano, que es el motivo principal por el que es elevado a las más altas cumbres de la lealtad caballeresca²⁹. El discurso se enmarca con absoluta facilidad en el patrón de representación moral de la nobleza de la época³⁰, si bien cuenta con una novedosa tipología literaria como es el elogio al *condottiere*, un esquema narrativo procedente del Renacimiento italiano³¹. Por ello, aunque es factible que el regreso de don Rodrigo a su reino natal se debiera a que los contendientes en Francia estaban «deseosos [...] de desembarazarse de un incómodo auxiliar»³², el cronista madrileño tiró de su sabiduría con la

24. Paraje Méndez, «El condado de Ribadeo», pp. 440-443.

25. *Ibid.*, p. 444.

26. Óscar Perea Rodríguez, «El *Cancionero de Baena* como fuente historiográfica de la Baja Edad Media castellana: el ejemplo de Ruy López Dávalos», en Jesús L. Serrano Reyes (ed.), *Cancioneros en Baena: Actas del II Congreso Internacional Cancionero de Baena*. In Memoriam Manuel Alvar, Baena, Ayuntamiento de Baena, 2003, I, pp. 293-333, especialmente 323-329.

27. Paraje Méndez, «El condado de Ribadeo», p. 447.

28. Martín de Riquer, *Vida caballeresca en la España del siglo XV*, Madrid, Real Academia Española, 1963, p. 66.

29. Bermejo Cabrero, «La biografía», p. 459.

30. Josué Villa Prieto, «Las actitudes cotidianas en la mentalidad medieval: análisis de las crónicas y los tratados morales de la Península Ibérica (siglos XIII-XV)», *Lemir*, 22 (2018), pp. 285-330, especialmente p. 326.

31. Romero, *Sobre la biografía*, p. 80.

32. Calderón Ortega, «La formación del señorío», p. 422.

pluma para edulcorar un escenario en el que «hacer historia» también invitaba a la «reflexión política»³³, de forma que el retorno triunfal del militar pucelano se cinceló a modo de acontecimiento extraordinario, sobre todo para un rey tan necesitado de lealtad en sus filas como fue Juan II de Castilla³⁴.

Teniendo como norte este «propósito principal de agradar»³⁵, Pulgar no tuvo reparo en concretarlo a través de la sabia combinación de realidad historiográfica y diseño literario de un conjunto de valores caballerescos y marciales. Su pericia y talento para la narrativa posibilitaron el enorme éxito en la incipiente imprenta castellana cuatrocentista de los *Claros varones*, como se desprende de sus cuatro ediciones incunables entre 1486 y 1500³⁶, más otra media docena de impresiones en los primeros cuarenta y cinco años del siglo XVI³⁷. A todas ellas hay que sumar un manuscrito muy reivindicado últimamente por la crítica debido a su enorme importancia en la transmisión textual de la obra: es el códice que antaño perteneció al toledano Museo de Santa Cruz y que hoy reposa en la Biblioteca Nacional de España (en adelante, BNE) con la signatura MSS/20272/12 (BETA manid 4602). Se trata de una valiosísima piedra de toque por tratarse de un «manuscrito de autor»³⁸, es

33. Bermejo Cabrero, «La biografía», p. 459.

34. Para la actuación militar del conde en las revueltas irmandiñas de Galicia, véase Paraje Méndez, «El condado de Ribadeo», pp. 448-450.

35. Castillo Mathieu, «Breve análisis», p. 424.

36. Seis, si consideramos las dos de las *Letras* —sin los *Claros varones*— junto con la *Glosa a las Coplas de Mingo Revulgo*, la primera en Burgos, por Fadrique Alemán de Basilea en 1485 (BETA manid 2094) y la segunda en Salamanca, por Juan de Porras, de hacia 1498 (BETA manid 2095).

37. Que serían siete contando la impresa en Granada por Andrés de Burgos para Juan Lorencio en 1518 (BETA manid 2087), de la cual no hemos conservado ningún ejemplar, pero que se ha transmitido a través de una copia manuscrita conservada en la Real Academia Española, ms. 150-2 (BETA manid 5506). Además de los ID de PhiloBiblon, véase María Isabel Hernández González, «Fernando de Pulgar», en Carlos Alvar y José Manuel Lucía Megías (eds.), *Diccionario filológico de literatura medieval española. Textos y transmisión*, Madrid, Castalia, 2002, pp. 521-557.

38. Inés Fernández Ordóñez, «Manuscritos historiográficos «de autor»», en Pedro M. Cátedra (dir.), *Interpretación, historia, técnicas y catalogación. Actas del Congreso Internacional «Códices Literarios Españoles (Edad Media)»*, San Millán de la Cogolla, Cilengua-Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, 2009, pp. 91-125, especialmente p. 116.

decir, el código —o uno de ellos— que sirvió como base de la edición impresa³⁹. Aunque no posee las típicas marcas de los originales de imprenta para localizar la situación del texto en cada una de las planas del impreso⁴⁰, no cabe duda de que estamos ante el texto en que descansa la *editio princeps*⁴¹.

Un análisis comparativo de la semblanza del conde de Ribadeo que se lee en este manuscrito (ff. 28v-33v) con el texto de la misma biografía impreso en el incunable de 1486 (ff. b7r-c1v)⁴², ha revelado sorprendentes modificaciones textuales, incluyendo algunas muy alejadas del lógico «deseo de reproducir textos correctos, sin erratas, bien puntuados y organizados»⁴³. A desgranarlas dedicaremos las siguientes páginas, además de usar algunas de ellas para examinar el papel que el hijo del conde don Rodrigo podría haber desempeñado en tales modificaciones. El resultado final nos servirá para cuestionar un tanto la habitualmente alta estima y fiabilidad con que la historiografía de todas las épocas ha tomado la información contenida en los *Claros varones de Castilla*.

39. María Isabel Hernández González, «El texto de *Claros varones de Castilla*», en Andrew M. Beresford (ed.), *Quien hubiese tal ventura: Medieval Hispanic Studies in Honour of Alan Deyermond*, London, Department of Hispanic Studies–Queen Mary and Westfield College, 1997, pp. 135-147, especialmente p. 136.

40. María Isabel de Páiz, «La corrección editorial en la imprenta incunable», en Manuel José Pedraza García et al. (dir.), *Doce siglos de materialidad del libro. Estudios sobre manuscritos e impresos entre los siglos VIII y XIX*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2017, pp. 281-307, especialmente p. 291.

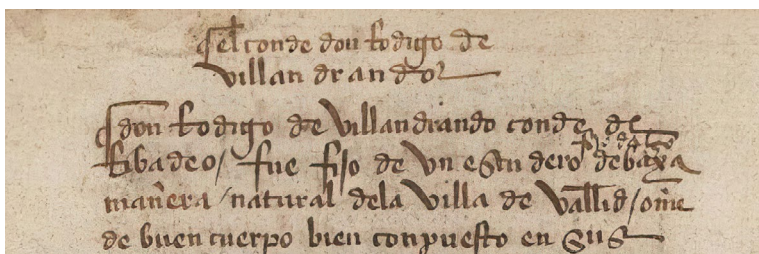
41. María Isabel Hernández González, «De la tradición impresa a la tradición manuscrita. Consideraciones sobre el *Libro de los claros varones de Castilla* de Fernando de Pulgar a la luz de un nuevo testimonio manuscrito del siglo XV», en Margarita Freixas et al. (coord.), *Actas del VIII Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Santander, Año Jubilar Lebaniego-AHLM, 2000, II, pp. 945-974, especialmente pp. 947-948.

42. *Libro de los claros varones de Castilla, dirigido a la Reina, nuestra señora*, Toledo, Juan Vázquez, 1486 (BETA manid 2081). He utilizado el ejemplar albergado en la Hunterian Library de la Universidad de Glasgow (Sp Coll Hunterian Bx. 3. 43; BETA copid 1696).

43. De Páiz, «La corrección editorial», p. 292.

UNA DUDA FUNDAMENTAL: LA HIDALGUÍA DEL LINAJE VILLANDRANDO

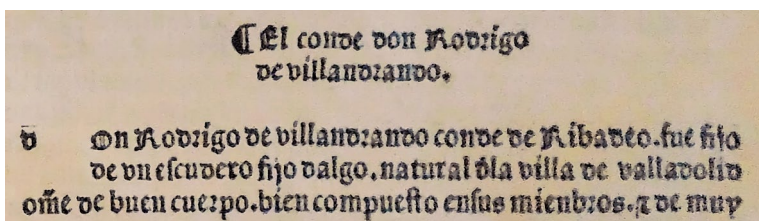
El problema más grave de la semblanza, en términos de crítica textual, surge en las líneas iniciales de la misma, pues el texto del manuscrito (f. 28v) presenta al caballero vallisoletano de la siguiente forma:



¶ El conde don Rodrigo de
Villandrando

¶ don Rodrigo de Villandrando conde de | Ribadeo/ fue fijo de
Vn escudero ¶ fijodalgo/ debaxa | maera/ natural dela Villa de Vaid/ oe |
de buen cuerpo bien conpuecto en sus

La lectura del incunable de 1486 varía bastante, pues, junto al sustantivo «escudero», se incorpora el adjetivo «fijodalgo», reconstruido entre líneas en el manuscrito, tal como se puede ver en la imagen anterior. Por lo tanto, la expresión «escudero de baxa manera» ha sido desplazada por la de «escudero fijodalgo», que es lo que se lee en la edición príncipe (f. b7r):



¶ El conde don Rodrigo |
de villandrando.

[d]On Rodrigo de villandrando conde de Ribadeo .fue fijo |
de vn escudero fijo dalgo .natural d~la villa de valladolid | oe de buen cuerpo.
bien compuecto en sus mienbros. & de muy

La modificación no es menor o de poca entidad, sino muy importante, en tanto que la redacción primigenia de Pulgar certificaba la baja extracción social del conde de Ribadeo. Sin embargo, el texto del impreso, el básico de todas las ediciones posteriores de los *Claros varones de Castilla*, inclusive las efectuadas en los siglos XX y XXI, dice otra cosa muy distinta. Enfatizamos aquí que la frase no se tachó en el manuscrito, como en aquellas ocasiones en las que se añade entre líneas algo para sustituir una parte del texto desechada, recurriéndose a la tachadura para certificar que esa parte no ha de pasar al impreso. En este caso, la modificación no estaba en el espíritu original del texto, pese a lo cual la tradición impresa ha transmitido la idea de que Rodrigo «fue fijo de un escudero fijoalgo»⁴⁴.

La frase resultante es terriblemente contradictoria. El problema no afecta demasiado al oficio de escudero, propio del «doncel o paje que hacía el aprendizaje de la guerra y cuidaba del escudo y armas del caballero a quien servía»⁴⁵. Aunque a finales de la Edad Media sus funciones iban a sufrir una transformación progresiva hacia lo áulico y abandonar su esencia militar, todavía en los años en que Pulgar redactó su obra cualquier tipo de servicio prestado en el campo de batalla se contemplaba como susceptible de permitir el ascenso social. La prueba la encontramos en el más importante tratado sobre nobleza de la Baja Edad Media castellana: el *Nobiliario vero*, de Hernán Mexía (BETA manid 2011), cuyo éxito en la imprenta a raíz de su impresión sevillana en 1492 demuestra lo arraigadas que estaban —o, al menos, pretendían estar— sus ideas. Así, el regidor giennense se valió del bíblico ejemplo del rey David, que había sido escudero de Saúl, monarca cuyos logros acabaría por superar, para bendecir las posibilidades de ascenso social de los escuderos⁴⁶. De esta forma, al menos como punto de partida, no había ningún impedimento en el siglo XV para que alguien nacido escudero, pero con una intachable hoja de servicios en el campo de batalla como la que firmó Rodrigo de Villandrando, pudiera haber accedido a las dignidades tituladas.

44. Todas las citas a página y línea remiten a Fernando de Pulgar, *Claros varones de Castilla*, ed. Miguel Ángel Pérez Priego, Madrid, Cátedra, 2007, en este caso, p. 128, lín. 4.

45. Francisco Gago Jover, *Vocabulario militar castellano (siglos XIII-XV)*, Granada, Universidad de Granada, 2002, p. 168.

46. Todas las citas al *Nobiliario vero* de Mexía se hacen por la edición de José Julio Martín Romero, *El Nobiliario vero y el pensamiento aristocrático del siglo XV*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2019, pp. 279-282.

Es la conjunción de «fijodalgo» y «de baxa manera» introducida en el texto del impreso por la enmienda al texto del manuscrito de los *Claros varones* la que presenta numerosos problemas, puesto que son dos conceptos absolutamente antitéticos. Proceda de una estructura sintáctica de origen semítico con influencias latinas⁴⁷, o bien se trate de una evolución del *fidaticum* latino⁴⁸, la voz «hidalgo» designaba con toda certeza en la Castilla medieval a la «nobleza que viene a los omes por linaje», tal como especificaba Alfonso X el Sabio en sus *Siete partidas* (2, 21, 3). Creo que es innecesario ahondar en por qué motivo los hidalgos ocupaban una categoría social al margen del resto⁴⁹; recurramos otra vez al citado *Nobiliario vero* para concretar que «los cavalleros o fijodalgos no son en el cuento del pueblo, nin el pueblo conprehende a los fijodalgo»⁵⁰. Y no olvidemos que todavía más adelante, en el capítulo III de la *II conclusión*, el tratadista giennense insistirá en la definición alfonsí para establecer que solo es hidalgo aquel «que es o viene de linaje o generación de onbres de buenas costumbres e virtudes»⁵¹. Este razonamiento no se expone solo en las *Siete partidas* y en el *Nobiliario vero*⁵², sino que es seguido por casi todos los demás tratadistas medievales, como Diego de Valera⁵³.

Todo lo dicho hasta aquí contradice de forma categórica el que alguien pudiera ser calificado a la vez como hidalgo y «de baxa manera»,

47. La teoría original de Castro (*España en su historia*, pp. 73-76) fue matizada acertadamente por Joan Corominas, «Hijodalgo: un injerto semítico en la vida española», *Papeles de Son Armadans*, 58 (1961), pp. 9-21. La versión más elaborada de este origen, aceptando las modificaciones de Corominas, fue de nuevo expuesta por Américo Castro, *La realidad histórica de España*, México, Porrúa, 1962, pp. 219-229.

48. La polémica entre Carlé, Menéndez Pidal, Lacarra y Lázaro Carreter la ha explicado recientemente Pascual Martínez Sopena, «Hidalgo y otras distinciones. Voces y usos sociales en León durante los siglos XII y XIII», en Arsenio Dacosta et al. (eds.), *Hidalgos e hidalguía en la península ibérica (siglos XII-XV)*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2018, pp. 15-46.

49. Para el debate sobre caballería, nobleza y monarquía, remito a Jesús Rodríguez Velasco, *Ciudadanía, soberanía monárquica y caballería: poética del orden de caballería*, Madrid, Akal, 2009.

50. Mexía, *Nobiliario vero*, ed. cit., p. 110.

51. *Ibid.*, p. 181.

52. José Julio Martín Romero, «El origen de la nobleza según el *Nobiliario vero* de Hernán Mexía», *Bulletin of Spanish Studies*, 92.1 (2014), pp. 1-23.

53. Federica Accorsi, *Estudio del Espejo de verdadera nobleza de Diego de Valera, con edición crítica de la obra*, tesis de doctorado inédita, dirigida por Giuseppe Di Stefano, Pisa, Università di Pisa, 2011, pp. 15-21.

pues esta última expresión, en la Castilla del siglo XV, no solo remite a alguien de orígenes plebeyos, sino que se documenta en textos de la época como absolutamente contraria a la condición de hidalguía, la cual no siempre —conviene recordarlo— equivale a nobleza⁵⁴, pero difícilmente puede considerarse virtuosa si es calificada como «de baxa manera». Un ejemplo evidente lo encontramos en un texto de mediados del cuatrocientos y atribuido en una parte del códice a Fernán Pérez de Guzmán (f. 2) y en otra a un desconocido autor llamado Damián de Torres (f. 142v): un florilegio de máximas moralizantes titulado *Floresta de philosophos Vita Beata*, conservado en el manuscrito BNE Mss/4515 (BETA manid 2067). Allí, el aserto 325 es muy claro al respecto: «Los hombres de grand señorío non tienen tan larga licencia de herrar como los otros *de baxa manera*»⁵⁵. Asimismo, en la exitosa traducción del célebre tratado *De Officiis* de Cicerón⁵⁶, transmitida por el Mss/7815 de la BNE (BETA manid 1679), también se ofrece similar lectura (ff. 105r-105v):

Et es de parar miente si algún rico o poderoso defendieres, si queda la gracia en él solo, o por ventura en sus fijos; mas si al pobre defendieres, que sea bueno e tenprado, todos los que non fueren malos e son *de baxa manera*, de los quales hay gran munchedunbre en el pueblo: piensan que les está aparejada ayuda para quando la ovieren menester. Por lo qual, entiendo que mejor se asienta el beneficio çerca de los buenos que çerca de los poderosos.

Otros testimonios inciden en esta misma idea. Es el caso de las obras de Juan Flores, el poco conocido cronista de los Reyes Católicos⁵⁷, que

54. Véanse las consideraciones de José Ramón Díaz de Durana, «La otra nobleza, la hidalguía», en *Discurso, memoria y representación. La nobleza peninsular en la Baja Edad Media. XLIII Semana de Estudios Medievales de Estella-Lizarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2016, pp. 333-376.

55. Raymond Foulché-Delbosc, «*Floresta de philosophos*», *Revue Hispanique*, 37 (1904), pp. 5-154. El texto citado, en p. 22.

56. Gemma Avenoz, «Traducciones, público y mecenazgo en Castilla (siglo XV)», *Romania*, 128 (2010), pp. 452-500, especialmente p. 489.

57. Carmen Parrila García, «Un cronista olvidado: Juan de Flores, autor de la *Crónica incompleta de los Reyes Católicos*», en Alan Deyermond y Ian Macpherson (eds.), *The Age of the Catholic Monarchs, 1474-1516. Literary Studies in Memory of Keith Whinnom*, Liverpool, University Press, 1989, pp. 123-133.

fue autor asimismo de relatos de ficción sentimental inclinados a la defensa de las mujeres⁵⁸. En uno de ellos, el *Triunfo de amor* (BETA manid 2319, fol. 65r), Flores nos transmite similar valor semántico al que antes vimos, asociándolo además con el concepto de pobreza. Esto sucede en uno de los discursos en los que el dios de Amor refuerza el papel sufriente de las damas en tales lides:

¡Ó, cuántas mugeres en esta vida, unas por feas y otras por ser *de baxa manera* y pobres, pasan los días de la juventud sin hallar apenas hombre que las requéstase; o si alguno por dicha viniese, sería tal que más pena que gloria sus requestas le diesen⁵⁹!

Siguiendo con el género literario novelesco, esta vez de caballerías, en el *Amadís de Gaula* de Garci Rodríguez Montalvo la expresión «de baxa manera» es utilizada como contraposición comparativa con el propósito de enfatizar el carácter caballeresco de dos personajes⁶⁰, los guerreros Angriote y Branfil. Para alabar su valía, se narra cómo se enfrentaron a una veintena de hombres armados:

En los cuales dieron tan bravamente ellos y su compañía que luego fueron desbaratados y passaron adelante tras ellos. Y algunos quedaron muertos y otros feridos, que como fuesen gente *de baxa manera* y estos cavalleros tan escogidos, muy presto fueron tollidos y destrozados todos⁶¹.

La oposición más radical y rotunda al concepto «de baxa manera» que he podido encontrar en textos castellanos medievales la ofrece precisamente uno de los autores que mayor afinidad mostró con los intereses

58. María Eugenia Lacarra, «Juan de Flores y la ficción sentimental», *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Frankfurt, Vervuert, 1989, I, pp. 223-233. Véase también la colección de ensayos editada por Joseph J. Gwara, *Juan de Flores. Four studies*, London, Queen Mary University of London, 2005.

59. Juan de Flores, *Triunfo de amor*, ed. Antonio Cargano, Pisa, Giardini, 1981, p. 170.

60. José Julio Martín Romero, «Biografía heroica y concepto de nobleza en *Amadís de Gaula* y otros libros de caballerías», *La Corónica*, 40.2 (2012), pp. 231-257.

61. Garci Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, ed. Juan Manuel Cacho Bleuca, Madrid, Cátedra, 1991, p. 1593.

del estamento nobiliario: Lope García de Salazar⁶². En sus *Bienandanzas y fortunas* (BETA texid 1524), se narra una anécdota sobre Julio César, que tuvo que ocultarse bajo un disfraz para huir de las tropas de su enemigo Pompeyo, en la cual el historiador vizcaíno deja traslucir toda esta carga social de la cualidad de hidalguía que venimos comentando. Así, el relato se centra en un humilde pescador que dialoga con César, quien, al intercambiar palabras con el general romano, enseguida se dio cuenta de que su interlocutor era alguien de importancia social: «catolo e vídolo mal vestido, pero entendió que las palabras eran de enperador, e non de omne de *baxa manera*»⁶³.

Por si todo lo dicho hasta aquí no fuera suficiente, hay dos pruebas más para atestiguar con rotundidad el significado de esta expresión que cuentan con un peso específico mayor: las escribió el propio Pulgar en su *Crónica de los Reyes Católicos* (BETA texid 1715). El primer caso tiene como actor secundario al famoso Pedro de Mendaña o de Avendaño, el belicoso alcaide de Castronuño que se convirtió en el principal quebradero de cabeza de los Reyes Católicos durante sus primeros años en el trono castellano⁶⁴. Estamos, no obstante, ante un personaje muy maltratado por la historiografía, puesto que su lealtad y valentía defendiendo la legalidad de Enrique IV como monarca y, por extensión, los legítimos derechos al trono de la princesa Juana, deberían de haberlo aupado a un lugar de privilegio en la Edad Media castellana. Pero como finalmente fueron Isabel y Fernando quienes se impusieron en el conflicto civil, al mentado Mendaña o Avendaño le cupo la triste suerte de los perdedores y ha pasado a la historia caracterizado como la quintaesencia del traidor, tal como le describió el cronista Palencia: «tirano [...], facineroso capitán de tantos bandidos, azote de los pueblos

62. José Ramón Díaz de Durana, «Sobre la justificación del poder nobiliario e hidalgo en la obra cronística del canciller Pedro López de Ayala y Lope García de Salazar», en Ernesto García Fernández (coord.), *El poder en Europa y América: mitos, tópicos y realidades*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2002, pp. 69-94.

63. Cito por Lope García de Salazar, *Bienandanzas e Fortunas*, ed. Ana María Marín Sánchez, Valencia, Lemir, 1995, libro VIII, f. 143. Disponible en línea: <http://parnaseo.uv.es/Lemir/Textos/bienandanzas/Menu.htm> (consulta 16-02-2021).

64. José Fernández-Domínguez Valencia, José, *La guerra civil a la muerte de Enrique IV. Zamora-Toro-Castronuño*, Zamora, Imprenta Provincial, 1929, pp. 95-100.

de la provincia»⁶⁵. Con el fin de retratarlo de igual y despectiva forma, Pulgar utiliza en su *Crónica* precisamente la expresión que analizamos, calificando al mentado alcaide de Castronuño como «onbre de *baxa manera*»⁶⁶. Además, idéntico juicio a la figura de este díscolo caballero zamorano figura en una de las *Letras*, la que Pulgar dirigió a Francisco de Toledo, obispo de Coria⁶⁷, y que se escribió de forma paralela al conflicto civil que asolaba Castilla por aquel entonces:

Medina, Valladolid, Toro, Çamora, Salamanca y eso por aí está debaxo de la cobdicia del alcaide de Castronuño. Hase levantado contra él el señor duque de Alva para lo cercar, e no creo que podrá por la ruin disposición del reino, y también porque aquel alcaide está ya criado gusano del rey don Alfonso, tan grueso que allega cada vez que quiere quinientas e seiscientas lanças. Andan agora en tratos con él por que dé seguridad para que no robe ni mate. En campos naturales son las asonadas e no mengua nada su costumbre por la indisposición del reino⁶⁸.

Que Pulgar reservó esta expresión a personas totalmente ajenas a los valores que se le presupone a la hidalguía se observa con claridad también en su narración de otro episodio de la guerra entre Isabel y Fernando contra Alfonso de Portugal y Juana: el de la batalla de La Albuera, el 24 de febrero de 1479⁶⁹. Al narrar cómo las tropas afines a los Reyes Católicos, encabezadas por el maestre de Santiago, Alfonso de Cárdenas, se enfrentaron a las del bando luso-castellano, se da noticia de uno de los prisioneros capturados, García de Meneses, obispo de Évora y comandante de las tropas rivales. En concreto, Pulgar nos informa acerca de que el de Meneses quedó «en poder de un *escudero de baxa manera*, a quien el obispo prometió tanta suma de oro que le soltó

65. Alonso de Palencia, *Crónica de Enrique IV*, trad. y ed. Antonio Paz y Melia, Madrid, Atlas, 1973-75, II, p. 125.

66. Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos*, I, p. 299.

67. Para el contexto de la *Letra*, la XXV en la edición citada en la nota siguiente, véase Gómez Redondo, *Historia de la prosa de los Reyes Católicos*, I, pp. 561-563.

68. Fernando de Pulgar, *II. Letras; Glosa a las Coplas de Mingo Revulgo*, ed. Jesús Domínguez Bordona, Madrid, Espasa-Calpe, 1949, p. 121.

69. Analizada con detalle por Luis Suárez Fernández, *Los Reyes Católicos. La conquista del trono*. Madrid: Rialp, 1989, p. 319.

e se vino con él para Mérida»⁷⁰. Es relevante para nuestro propósito notar cómo estamos ante la exacta y misma frase, «escudero de baxa manera», con la que Pulgar describió al padre de Rodrigo de Villandrando en los *Claros varones*. A través de la anécdota de la captura del obispo eborense nos vuelve a quedar claro el significado de la expresión: si su captor es «de baxa manera» es porque carece de la cualidad de hidalguía, es decir, porque no se corresponde con el «ánimo generoso y noble» con que todavía hoy el DRAE define el uso del adjetivo «hidalgo» (s.v., 3). La ausencia de principios morales de este «escudero de baxa manera» que hizo prisionero a García de Meneses es tan evidente que no duda en trocar el honor militar de la captura en la guerra de un capitán enemigo por la suculenta recompensa crematística que este le ofrece, acción que, de efectuarla un hidalgo, conllevaría el deshonor de forma automática.

Creo que queda demostrado con suficiencia que Pulgar jamás habría utilizado la frase «escudero de baxa manera» para referirse a quien supuestamente tenía orígenes hidalgos. Recordemos que otro cronista contemporáneo de Pulgar, Alonso de Palencia, coincide con el madrileño en señalar esta ausencia de nobleza en el conde de Ribadeo, describiéndolo como «hijo de pobres, aunque honrados aldeanos, y que por la grandeza de su alma llegó a ser caudillo de numerosa hueste»⁷¹. Y sin embargo, que Rodrigo de Villandrando era de origen hidalgo se ha mantenido a lo largo y ancho de la historiografía de la Castilla medieval, sobre todo por el uso que de los *Claros varones* de Pulgar hicieron algunos autores muy posteriores a los hechos.

El erudito Fabié señaló a José Pellicer de Ossau y Tovar como el genealogista que con más ahínco trató de demostrar la hidalguía de los Villandrando⁷². Y este mero dato desfavorece por completo la objetividad del mismo, pues si ya el hispanista británico Whinnom calificó a las obras genealógicas de Pellicer como «de muy poco fiar»⁷³, en otro estudio más reciente se le define como el «célebre falsario aragonés del

70. Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos*, I, p. 375.

71. Palencia, *Crónica de Enrique IV*, p. 14.

72. Fabié, *Don Rodrigo de Villandrando*, pp. 8-9.

73. En el prólogo a su edición de Diego de San Pedro, *Obras completas*, Madrid, Castalia, 1973-1985, I, p. 14.

siglo XVII»⁷⁴. Y es que por más que en ciertas épocas pasadas la vitola de sus trabajos otorgase autoridad suficiente para mantener la alcurnia del linaje⁷⁵, lo cierto es que el polémico genealogista aportó poco más que puros disparates para justificar el abolengo de los Villandrando, como, por ejemplo, referirse a un probablemente inventado caballero francés, de apellido Villandraut, y designarlo como origen nobiliario de la familia. Tal vez el único detalle de Pellicer al que no cabría descartar de inmediato como mera *boutade* radica la filiación materna de don Rodrigo, pues está comprobado que su madre, Aldonza Díaz de Corral, fue hija de Juan de Corral, «alcalde mayor de los Hijosdalgo i de Valladolid, i señor d'esta casa i vasallos en Palencia, año 1376»⁷⁶. Pero se trata, como decimos, de un resquicio de duda, pues el polígrafo zaragozano guarda un silencio muy significativo a la hora de nombrar a Pedro de Villandrando, esposo de Aldonza y padre de Rodrigo, de quien nada dice salvo anunciar que lo hará más adelante, cuando le corresponda tratar a los condes de Ribadeo. Pero cuando llega a esta parte del nobiliario, Pellicer tampoco añade prueba alguna de que la hidalguía del linaje proceda de él:

El conde don Rodrigo fue hijo de don Pedro de Villandrando, señor de Bambiella i regidor de Valladolid (que murió año 1400); i de su muger, doña Aldonça Díaz de Corral, que falleció el de 1399, i ambos yazen en su capilla de San Estevan de Valladolid. Don Pedro de Villandrando fue hermano segundo de don Ruy García de Villandrando, señor de Villandrando, Fuensaldaña i otros vasallos, i regidor de Valladolid, que consta de escrituras originales aver casado con doña María Rodríguez Ossorio⁷⁷.

74. Carlos Garcés Manau, «Un Lastanosa poco conocido (1665-1679). Las relaciones con Juan José de Austria», *Argensola. Revista de Ciencias Sociales del Instituto de Estudios Altoaragoneses*, 115 (2005), pp. 41-93. El texto citado, en p. 69.

75. En estudios como el de José María de Eguren, «Noticia histórica del condado de Rivadeo (*sic*)», *Revista europea*, tomo VII, año III, n° 111, 9 de abril, 1876, pp. 213-222.

76. Joseph Pellicer de Ossau y Tovar, *Informe del origen, antigüedad, calidad y sucesión de la excelentísima Casa de Sarmiento de Villamayor y las unidas a ella por casamiento*, Madrid, [s.n.], 1663, f. 61v. Sigo el ejemplar conservado en la BNE, 2/16130.

77. *Ibid.*, f. 94v.

Pellicer también señala aquí que el dominio solariego de los Villandrando era el modesto señorío de Bambilla, dato aceptado por la historiografía actual⁷⁸. Situado en la provincia de Valladolid, entre Zaratán y Fuensaldaña, se trata de unas tierras que en tiempos de Madoz eran poco menos que un erial casi despoblado⁷⁹. Con el nombre de Banbiella, el señorío aparece en el *Becerro de las behetrías* perteneciente al obispado de Palencia, si bien sus rentas contaban dentro de las de la merindad del infantado de Valladolid⁸⁰. Allí encontramos la ligazón con el linaje de Rodrigo, pues Banbiella se define como un lugar «solariego de Johan García de Villandrando»⁸¹, e de Sancho Sánchez —hijo de Fernando Sánchez—, e de Vº García —hijo de Llorent Yáñez—, e de Francisco Pérez —tendero de Valladolid—, e de Juan Pérez el Romo, de Valladolid»⁸². Pese a toda esta multitud presentada como dueños solariegos, es seguro que perteneció al conde Rodrigo en el siglo XV, porque en su testamento, datado en 1448, otorga a su esposa, Beatriz de Estúñiga, «la heredad de Banbilla e aceñas de Çamadueña para que lo aya todo [...] por su vida»⁸³. En 1485 existía todavía una iglesia de Santa María de Bambilla, dependiente de Santa María la Mayor de

78. Adeline Rucquoi, *Valladolid en la Edad Media, I. Génesis de un poder (1085-1367)*, Valladolid, Junta de Castilla y León-Consejería de Educación y Cultura, 1997, p. 380.

79. Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de ultramar*, Madrid, Establecimiento tipográfico de Pascual Madoz y Luis Sagasti, 1846-1850, III, p. 341.

80. *Becerro. Libro famoso de las behetrías de Castilla, que se custodia en la Real Chancillería de Valladolid*, ed. Fabián Hernández, Santander, Imprenta de la Gaceta del Comercio, ff. 18rb-19va.

81. En la edición de Hernández, el apellido aparece transcrito como «Villaondrado», lo que me llevó a contrastar el manuscrito original del siglo XV conservado en la Real Chancillería de Valladolid con la signatura Pergaminos, Caja, 93, 1 (BETA manid 2947), a través de la reproducción digital hospedada en el servidor de PARES (Portal de Archivos Españoles en red; por desgracia, no dispone de enlaces fijos). Allí (f. 19rb) también figura como «Villaondrado», lo que quizá quepa atribuir a una errata del copista, probablemente confundido con el patronímico procedente del solar burgalés de Villaondrado, que en la misma época de redacción del *Becerro de las behetrías* pertenecía a «Johan García de Villaondrado, e de Joan Rodríguez de Sandoval, e de Garci Gutiérrez de Villaondrado» (f. 12ra). ¿Se trata de una errata o de una similitud gráfica que fue aprovechada *a posteriori* por los Villandrando para esgrimirla como factor favorable a su hidalguía?

82. *Becerro. Libro famoso de las behetrías*, ed. Hernández, f. 8rb.

83. Testamento editado por Fabié, *Don Rodrigo de Villandrando*, p. 243.

Valladolid, pues los Reyes Católicos conceden el 17 de junio de aquel año una carta de amparo a Diego de Villa, canónigo vallisoletano, para que pudiese gestionar el beneficio eclesiástico que le correspondía en la primera de las iglesias citadas⁸⁴. La última noticia que he podido encontrar de este supuesto señorío es de 1542: una demanda entre arrendador y arrendatarios respecto a la guarda de viñas y el pago de panes⁸⁵.

Hay que reconocer, pues, que al menos Pellicer no mintió respecto a la posesión de Bambilla. Pero el hispanista Quicherat tampoco confió demasiado en la supuesta cualidad nobiliaria del guerrero castellano a quien llamaron «monsieur Rodrigue» en tierras galas. El erudito francés escogió, desde luego, la opción más prudente y lógica: destacar que los Villandrando procedían de una estirpe con una larga tradición como regidores urbanos de Valladolid⁸⁶. Ahora bien, si hay un factor que explica la querencia de Rodrigo por las aventuras en Francia y que le dota asimismo de cierta alcurnia nobiliaria, nos llega otra vez por vía femenina: Thérèse de Villaines, hermana del ya mencionado Pierre le Bègue de Villaines, primer conde de Ribadeo, se casó en fecha indeterminada, pero a finales del siglo XIV, con García Gutiérrez de Villandrando⁸⁷. El que su abuela materna sí fuese noble, aunque de otro reino, podría haber desempeñado un papel emotivo, cuando menos, en el ánimo de Juan II para que en 1431 otorgase el título de Ribadeo a un caballero que era el nieto de esta dama⁸⁸. Pero sin escatimar un ápice de legalidad en la exitosa maniobra de Rodrigo para hacer valer estos derechos, lo cierto es que dos tenues briznas nobiliarias por vía femenina y un exiguo señorío patrimonial vallisoletano —que además parece haber sido adquirido a través del pago de una cantidad económica— se antojan escasas pruebas de la alcurnia de los Villandrando. Por supuesto, no hay demérito alguno en considerar que sus hazañas marciales hayan servido para que el

84. Archivo General de Simancas (en adelante, AGS), *Registro General del Sello* (en adelante, RGS), legajo 1485/06, doc. 167.

85. Archivo de la Real Chancillería de Valladolid (en adelante, ARChV), *Pleitos Civiles*, Fernando Alonso F, Caja 1019, doc. 9.

86. Jules Étienne Joseph Quicherat, *Rodrigue de Villandrando, l'un des combattants pour l'indépendance française au quinzième siècle*, París, Hachette et cie, 1879, p. 5.

87. *Ibid.*, pp. 6-7.

88. Paraje Méndez, «El condado de Ribadeo», p. 448.

primer conde de Ribadeo ocupe con todo derecho un puesto estelar en la historia militar y política castellana del siglo XV, a través del cual se hizo absoluto merecedor de un título nobiliario de prestigio. Pero, salvo error u omisión por nuestra parte, sostener su condición hidalga es completamente imposible de aceptar.

La sustitución de «escudero hidalgo» en el impreso de los *Claros varones de Castilla* por el «escudero de baxa manera» original del manuscrito de imprenta resulta todavía más sospechosa si lo comparamos con lo narrado por Pulgar en la semblanza de Rodrigo de Villandrando. Hacia la mitad del relato, las virtudes bélicas del futuro conde se contraponen con las de uno de los grandes capitanes de la guerra de los Cien Años: el inglés John Talbot, conde de Shrewsbury, apodado como Old Talbot en la historiografía anglosajona⁸⁹, y cuyas andanzas en los campos de batalla alcanzarían siglos más tarde gran resonancia literaria al convertirlo Shakespeare en invitado estelar de algunas de sus obras⁹⁰. Pulgar relata cómo el mariscal británico ardía en deseos por conocer a su antagonista castellano, razón por la cual le propuso tener un encuentro personal amistoso antes de entrar en batalla:

El capitán inglés, que por oídas conocía las condiciones deste cavallero, deseava asimismo conocer su persona por ver qué cuerpo e qué faziones tenía ombre que *de tan pequeña manera* avía subido a tan grand estado⁹¹.

Este pasaje del texto ha permanecido inalterable en la tradición textual de los *Claros varones de Castilla*, desde el manuscrito de imprenta y la edición príncipe al resto de impresos, incunables y postincunables. Se puede apreciar con toda claridad cómo el cambio efectuado al inicio de la semblanza, en el que se incluía la condición de hidalgo a la familia del conde de Ribadeo, no casa con la reiteración que Pulgar hace aquí de la que sin duda fue su idea inicial: enfatizar que Rodrigo de Villandrando, por sus indudables méritos militares, había accedido a una condición

89. Matthew Woodcock, «John Talbot, Terror of the French: A Continuing Tradition», *Notes and Queries*, 51.3 (2004), pp. 249-251.

90. James A. Riddell, «Talbot and the Countess of Auvergne», *Shakespeare Quarterly*, 28.1 (1977), pp. 51-57.

91. Pulgar, *Claros varones*, ed. cit., pp. 132-133, lín. 104-108.

social muy superior a la *baxa manera* que le correspondía por nacimiento. A inicios del cuatrocientos, las hazañas militares todavía eran en la práctica una vía legítima de ascenso social⁹², tal como ejemplifica el propio Rodrigo y como se puede observar en otros diversos casos de la nobleza urbana del reino de Castilla en general⁹³, y también en la específica de Valladolid, territorio al que los Villandrando estaban ligados⁹⁴, y donde es frecuente encontrarse con miembros del patriciado urbano que acabarían accediendo a la aristocracia titulada⁹⁵.

Conviene recordar en este punto que, en el diseño narrativo de Pulgar, encontramos muchas veces la superación de los orígenes humildes de un personaje como modo de alabanza individual, por lo que sabemos con seguridad que en el ánimo del cronista no estaba el rechazar la inclusión de un caballero o de un prelado en los *Claros varones de Castilla* por no ser de alta cuna⁹⁶. Esto se ve muy bien en el tratamiento de los clérigos dentro de su obra, como, entre otros, es el caso de Alfonso Fernández de Madrigal, el Tostado, obispo de Ávila. Pulgar escribió una alabanza máxima de él, considerando que «no se vido en los reinos de España ni en otros estraños se oyó aver otro en sus tienpos que con él se conparase»⁹⁷, pese a lo cual tampoco duda en afirmar con toda rotundidad que era «de linaje de labradores»⁹⁸. También existen casos diametralmente opuestos: el de caballeros o prelados con orígenes nobiliarios de alta alcurnia, ante los cuales tampoco se anda Pulgar con reparos, como sucede con el conde de Cifuentes, Juan de Silva, que «era fijodalgo de limpia sangre»⁹⁹, o con Alonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla, de quien se dice que era

92. Mexía, *Nobiliario vero*, ed. cit., p. 129. Para la gradación de cómo se asciende a la nobleza a través de servicios militares, véase pp. 275-277.

93. María Begoña Riesco de Iturri, *Nobleza y señoríos en la Castilla centro-oriental en la Baja Edad Media (siglos XIV y XV)*, tesis doctoral inédita, dir. María C. Quintanilla Raso, Madrid, Universidad Complutense, 1996, p. 1466.

94. Rucquoi, *Valladolid en la Edad Media*, I, pp. 220-227.

95. Adeline Rucquoi, *Valladolid en la Edad Media, II. El mundo abreviado (1367-1474)*, Valladolid, Junta de Castilla y León-Consejería de Educación y Cultura, 1997, p. 55.

96. Romero, *Sobre la biografía*, pp. 77-78.

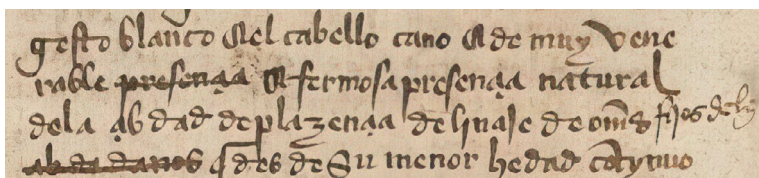
97. Pulgar, *Claros varones*, ed. cit., p. 197, lín. 35-37.

98. *Ibid.*, p. 196, lín. 6. Idéntica afirmación se puede leer en la semblanza de Tello de Buendía, obispo de Córdoba (p. 199, lín. 5).

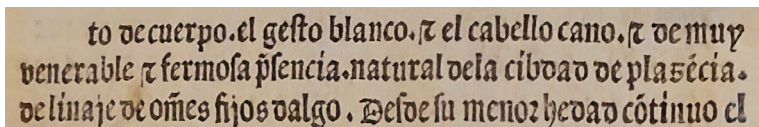
99. *Ibid.*, p. 137, lín. 7.

«de linajes de omnes fijosdalgo del reino de Galizia»¹⁰⁰. Sea el personaje biografiado de orígenes humildes o de alta alcurnia, el discurso de Pulgar permanece inalterable si se trata de alabar su valía personal y destacarla como relevante en su época.

Las sospechas de intervención de manos ajenas en el texto referido a Rodrigo de Villandrando son todavía más evidentes si lo emparejamos con otro caso dentro de los *Claros varones de Castilla* en el que son notorias las «delicadas cuestiones de linaje»¹⁰¹. En la biografía de Juan de Carvajal, cardenal de Santángelo, de nuevo se pretendió enmendar un origen de escaso abolengo, como se colige de comparar el texto del manuscrito de imprenta (f. 38v) con el del incunable de 1486 (manid 2081, f. d2v).



gesto blanco & el cabello cano & de muy Vene-
rable preſencia & hermosa preſencia natural
dela cibdad de plazencia de linaje de omnes fijosdalgo
desde su menor edad cōtinuo



to de cuerpo .el gesto blanco & el cabello cano .& de muy
venerable & hermosa pſencia .natural dela cibdad de plazencia .
de linaje de omnes fijosdalgo . Desde su menor edad cōtinuo el

Dejando al margen otras variantes textuales que ahora no interesan, el texto del manuscrito indicaba con claridad que Juan de Carvajal era «de linaje de omnes çibdadanos», expresión cancilleresca de amplio uso en la época¹⁰². Pero de nuevo alguien tachó la última palabra para añadir «fijosdalgo», de forma que el texto popularizado por los impresos nos ha

100. *Ibid.*, p. 182, lín. 5-6.

101. Bermejo Cabrero, «La biografía como género», p. 443.

102. De Páiz, «La corrección editorial», p. 294.

hecho pensar que el futuro cardenal de Santángelo era «de linaje de omes fijosdalgo»¹⁰³. Es un dato completamente erróneo, y no solo porque los estudios biográficos modernos sobre el cardenal Carvajal demuestren que, tal como indicaba Pulgar en el manuscrito, el cardenal era hijo de un modesto regidor urbano de Trujillo¹⁰⁴; también es falso porque el fenómeno de la caballería ciudadana, con el nombre de *caballería de cuantía* o *de premia*, aunque aportó algunas posibilidades de ascenso social durante la Baja Edad Media¹⁰⁵, no conllevó el acceso directo a la condición de hidalguía hasta mucho tiempo después, concretamente a partir del año 1563¹⁰⁶.

Podemos concluir, por lo tanto, con que ambos cambios textuales en los *Claros varones* de Pulgar, el ocurrido con Rodrigo de Villandrando y este de Juan de Carvajal, poseen la misma inexactitud y se deben a similares razones: ocultar la realidad. Añadir al conde de Ribadeo la condición de hidalgo al principio de la semblanza no se corresponde con la información que más adelante proporciona Pulgar en el mismo relato biográfico. La segunda enmienda similar, la del cardenal Carvajal, confirma que las alteraciones no se deben al autor, pues es bastante posible que no tuviera acceso al manuscrito ni mucho menos al control de los cambios en él efectuados y que pasaron a las planchas de impresión¹⁰⁷. Es mucho más probable que todas estas manipulaciones se deban a alguien dependiente del negocio de la imprenta, desde el propio impresor a cualquier miembro del elenco de operarios, editores y correctores cuyas labores exactas todavía están por definir¹⁰⁸. Lo que es evidente es que la lectura del original careció de la atención y la profundidad necesarias para evitar las incongruencias narrativas de contenido. Por lo tanto, parece que

103. Pulgar, *Claros varones*, ed. cit., p. 174, lín. 5.

104. Lino Gómez Canedo, *Un español al servicio de la Santa Sede: Don Juan de Carvajal, cardenal de Sant'Angelo, legado en Alemania y Hungría, 1399?-1469*, Madrid, CSIC-Instituto Jerónimo Zurita, 1947, p. 31.

105. Ana M. Gómez Bravo, *Textual Agency: Writing Culture and Social Networks in Fifteenth-Century Spain*, Toronto, University Press, 2013, pp. 19-20.

106. Antonio Pérez Martín, *Estudios sobre monarquía y nobleza en la Edad Media*, Madrid, Editorial Sanz y Torres, 2019, p. 149.

107. De Páiz, «La corrección editorial», p. 291.

108. María Jesús Lacarra, «El libro antiguo impreso», en Gemma Avenzoa *et al.* (eds.), *La producción del libro en la Edad Media. Una visión interdisciplinar*, Madrid, Sílex, 2019, pp. 293-334, especialmente pp. 297-298.

debemos aceptar también que los cambios introducidos obedecieron sin duda a otro tipo de estímulos, muy alejados de cualquier dimensión artística de la creatividad literaria y, desde luego, completamente ajenos a la intención de Pulgar.

EL HURAÑO PEDRO DE VILLANDRANDO, ¿RESPONSABLE DE LAS ALTERACIONES TEXTUALES?

En la época de redacción y difusión de los *Claros varones de Castilla*, el título condal de Ribadeo lo ostentaba Pedro de Villandrando, varón y primogénito de don Rodrigo y de su segunda esposa, la castellana Beatriz de Estúñiga¹⁰⁹. En el testamento del conde, otorgado el 15 de marzo de 1448¹¹⁰, la dama fue investida como tutora de los hijos, presumiblemente porque estos eran todavía de tierna edad, pues las posesiones y rentas que el fallecido tenía en Francia pasarían a otro hijo, Charles de Villandrando, habido en su primer matrimonio, con la dama francesa Margarita de Borbón.¹¹¹ Al margen de esta dualidad de herencias, y con la excepción de algunas rentas y señoríos menores que se cedieron a la viuda del finado conde, casi todo el inmenso caudal de juros de heredad, mercedes y patrimonio agavillado en su reino natal por el gran militar fue heredado por Pedro, nacido presumiblemente hacia 1445, cuando Juan II autorizó a Rodrigo a crear un mayorazgo con su patrimonio en Castilla¹¹².

El segundo conde gozó de una posición de privilegio durante los reinados de Enrique IV y de los Reyes Católicos, pues su extenso patrimonio señorial se apuntalaba con la atalaya áulica proporcionada por una excelsa prebenda palatina: la de guarda mayor del rey¹¹³. Este oficio le fue concedido a su padre, tal como narra Pulgar en los *Claros varones*, por su valentía en defensa del rey durante un incidente ocurrido en 1441 en la ciudad de Toledo¹¹⁴, uno de los muchos momentos de tensión bélica den-

109. Calderón Ortega, «La formación del señorío», p. 426.

110. Fabié, *Don Rodrigo de Villandrando*, pp. 240-245.

111. *Ibid.*, p. 244.

112. Calderón Ortega, «La formación del señorío», p. 447.

113. Jaime de Salazar y Acha, *La casa del Rey de Castilla y León en la Edad Media*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2000, pp. 556-557.

114. Pulgar, *Claros varones*, ed. cit., pp. 134-135.

tro de las luchas entre monarquía y nobleza en la Castilla de la época¹¹⁵. Por ello, Juan II concedió a los Villandrando que el día de la Epifanía el titular del condado de Ribadeo estaba autorizado a comer en la mesa regia y a recibir los ricos ropajes que el rey vistiera para la festiva ocasión¹¹⁶.

A pesar de que esta cercanía a la monarquía podría indicar que sus simpatías estaban con Enrique IV, hijo y heredero de Juan II, lo cierto es que el conde de Ribadeo no tardó en sumarse al bando contrario, el de Alfonso de Trastámara, en las discordias civiles que asolaron las tierras castellanas a partir de 1462¹¹⁷. Las sospechas se hicieron evidentes cuando firmó el juramento de Cigales, el 30 de noviembre de 1464, mediante el que Alfonso fue nombrado príncipe de Asturias¹¹⁸, si bien aquel acto contaba con el beneplácito de Enrique IV. Apenas un año más tarde, el conde de Ribadeo confirmó su querencia alfonsina participando activamente en la ceremonia conocida como Farsa de Ávila¹¹⁹, mediante la cual el príncipe se coronó como Alfonso XII de Castilla¹²⁰. Poco más tarde, Pedro acompañó al *Rey Inocente* en su entrada triunfal en la imperial villa de Toledo a inicios de 1467¹²¹. Al margen de cortesías festivas, también mostró sus virtudes marciales en la segunda batalla de Olmedo, el 20 de agosto de ese mismo año¹²², en la cual estuvo al mando de uno de los flancos de la batalla¹²³, en compañía de otro militar, Pedro de Fontiveros¹²⁴, que acabó siendo hecho prisionero por los hombres de Enrique IV¹²⁵.

115. Calderón Ortega, «La formación del señorío», p. 426.

116. Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Batallas y Quinquagenas*, ed. Juan Pérez de Tudela, Madrid, Real Academia de la Historia, 1983 (vol. I), 2000 (vol. II) y 2002 (vols. III y IV). Los datos aludidos, en I, p. 276.

117. María Ángeles Martín Romera, *Redes de poder. Las relaciones sociales de la oligarquía de Valladolid a finales de la Edad Media*, Madrid, CSIC, 2019, p. 185.

118. Diego Enríquez del Castillo, *Crónica de Enrique IV*, ed. Aureliano Sánchez Martín, Valladolid, Secretariado de Publicaciones de la Universidad, 1994, p. 226.

119. Valdeón Baroque, *Los Trastámara*, pp. 202-204.

120. Dolores Carmen Morales Muñoz, *Alfonso de Ávila, rey de Castilla*, Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 1988, pp. 116-129.

121. Como indica la *Crónica anónima de Enrique IV de Castilla (Crónica castellana)*, ed. María Pilar Sánchez Parra, María Pilar, Madrid, Ediciones de la Torre, I, p. 202.

122. Narrada en detalle por Enríquez del Castillo, *Crónica de Enrique IV*, pp. 274-279.

123. Descrito como tal por Palencia, *Crónica de Enrique IV*, I, p. 223.

124. *Crónica anónima de Enrique IV*, I, p. 214.

125. Enríquez del Castillo, *Crónica de Enrique IV*, p. 279.

A pesar del incierto resultado de la lid dirimida en Olmedo, el conde de Ribadeo continuó desempeñándose con solvencia a favor de la causa alfonsina, pues en octubre de ese mismo año consiguió tomar su propia ciudad natal, Valladolid¹²⁶, y entregarla a la obediencia del rey jurado en Ávila¹²⁷. Su presencia en el entorno cortesano del malogrado hermano de la Reina Católica es tan evidente que ha dejado incluso huella literaria¹²⁸, pues Pedro es mencionado en un famoso poema atribuido a la pluma de Nicolás de Guevara, funcionario político, caballero de la casa real castellana y, tal como era frecuente en las cortes literarias del cuatrocientos, trovador ocasional¹²⁹. De entre la relativamente copiosa producción lírica de Guevara destaca la composición que tuvo como fundamento histórico «una partida que hizo el rey don Alonso de Arévalo» (ID 0859, 11CG-233 ff. 108r-108v: «Recontar si mal sentí»)¹³⁰, en cuyos versos 28-29 encontramos a nuestro «conde de Ribadeo / como firme enamorado»¹³¹.

Tras la muerte en 1468 del rey Alfonso, es posible que el de Villandrando reconsiderase regresar a la obediencia del rey legítimo, como se

126. Palencia, *Crónica de Enrique IV*, I, p. 236.

127. *Crónica anónima de Enrique IV*, II, pp. 174 y 226. En el índice de esta crónica (por error, supongo), las entradas referentes a «Ribadeo, conde de» remiten a «Manrique, Gómez, conde de Ribadeo». El conocido noble castellano, corregidor de Toledo y hermano del conde de Paredes don Rodrigo, inmortalizado por su hijo Jorge en las famosas *Coplas*, nunca gozó de tal dignidad condal, así que los eventos que se refieren a él en esta crónica están mezclados con los del verdadero conde de Ribadeo, Pedro de Villandrando. En este trabajo solo doy la referencia de la *Crónica anónima* cuando estoy absolutamente seguro de que se trata de Pedro.

128. Óscar Perea Rodríguez, «La corte literaria de Alfonso el Inocente (1465-1468) según las *Coplas a una partida* de Guevara, poeta del *Cancionero general*», *Medievalismo. Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales*, 11 (2001), pp. 33-57, especialmente pp. 50-51.

129. Vicenç Beltrán, «Pruébese por escritura». *Poesía y poetas del Cuatrocientos*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá-Instituto Universitario de Investigación Miguel de Cervantes, 2015, pp. 103-136.

130. Para poemas de cancionero, utilizo el identificador (ID) de Brian Dutton, *El cancionero del siglo XV, c. 1350-1520*, Salamanca, Ediciones de la Universidad, 1990-91, 7 vols. Cada una de estas composiciones se cita según el método diseñado por Cleofé Tato y Óscar Perea Rodríguez, «De Castillo a Dutton: cinco siglos de cancioneros», *La Corónica*, 40.1 (2011), pp. 89-102 (pp. 93-94).

131. Hernando del Castillo, *Cancionero general*, ed. Joaquín González Cuenca, Madrid, Castalia, 2004, II, p. 286.

deduce del hecho de que las crónicas lo mencionen entre los caballeros del séquito que acompañó a Enrique IV en su viaje desde Madrid a Toros de Guisando¹³², lugar en el que se iba a firmar el famoso pacto que, al menos en teoría, iba a poner fin a la peligrosa bicefalia sufrida durante tres largos años por la monarquía castellana¹³³. Pero lo cierto es que, en el conflicto sucesorio desatado poco después, el conde apoyó a la hermana del rey, la futura Isabel I, elevada al rango de legítima heredera tras la precaria concordia alcanzada en la villa abulense¹³⁴. No obstante, su perfil en estos años fue bastante bajo, y no aparece en ninguna de las escaramuzas bélicas, por lo que es del todo punto lícito sospechar que fue uno de los nobles que, según la acertada expresión del cronista Bernáldez, «se mostraban en parte, mas no en todo, porque estaban de secreto a *viva quien vence*»¹³⁵. De hecho, la reaparición estelar del conde de Ribadeo aconteció el 18 de marzo de 1475¹³⁶, durante la primera visita de los ya entronizados monarcas a su ciudad de Valladolid, siendo uno de los nobles que rindieron pleitesía a los vencedores de la guerra civil disfrazada de invasión portuguesa¹³⁷. A partir de entonces fue delegado de la monarquía en diversos conflictos; primero, en noviembre de 1476, como corregidor de Mondoñedo¹³⁸, y más tarde, el 24 de abril de 1478, como gobernador de Galicia¹³⁹. Se trata este del oficio de mayor responsabilidad política de cuantos ocupó¹⁴⁰, y aunque tenemos bien documentadas sus acciones de

132. Jaime Vicens Vives, *Historia crítica de la vida y reinado de Fernando II de Aragón*, ed. Miquel A. Martín Gelabert, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2006, p. 236.

133. Miguel Ángel Ladero Quesada, *La España de los Reyes Católicos*, Madrid, Alianza, 1999, pp. 42-45.

134. *Crónica anónima de Enrique IV*, I, pp. 251.

135. Andrés Bernáldez, *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*, ed. Juan de Mata Carriazo y Manuel Gómez-Moreno, Madrid, Real Academia de la Historia, 1962, p. 27.

136. *Cronicón de Valladolid*, ed. Pedro Sáinz de Baranda, Madrid, Imprenta Viuda de Galero, 1848, p. 91.

137. Ladero Quesada, *La España de los Reyes Católicos*, p. 49.

138. Nombramiento en AGS, RGS, 147611, d. 722.

139. Nombramiento en AGS, RGS, leg. 147804, d. 69. Está documentada su actuación como gobernador antes de la fecha oficial, pues ya ejerce tal función el 20 de noviembre de 1477 (AGS, RGS, leg. 147711, d. 336); asimismo, del 20 de febrero de 1478 data un poder emitido a su favor para ejercer el oficio (AGS, RGS, leg. 147802, d. 35).

140. Suárez Fernández, *Nobleza y monarquía*, p. 371.

gobierno¹⁴¹, es complejo determinar el alcance efectivo de su poder en el marco de la complicadísima realidad de la Galicia de la época¹⁴².

Su cercanía al entorno de los monarcas es, por lo tanto, muy evidente: lo encontramos en Valencia durante el año 1479¹⁴³, como parte del séquito que acompañaba al ya rey de Castilla para aquilatar su toma de posesión como monarca de Aragón tras la muerte de su padre. De un año más tarde, del 30 de abril de 1480, es un documento que certifica que, a pesar de estos servicios cortesanos, la ligazón de los Villandrando con Valladolid continuaba siendo firme, pues allí hicieron buen uso del mecanismo de perpetuación en el poder de las oligarquías urbanas medievales por antonomasia: los regimientos hereditarios, pues Pedro fue investido con el oficio al heredarlo de su hermano Sebastián¹⁴⁴, muerto ese mismo año¹⁴⁵.

La década de los 80 del siglo XV llevó a Pedro a participar con cierta regularidad en las campañas militares de Granada. Así, en 1485 tomó las armas en las conquistas de Marbella¹⁴⁶, y sobre todo en la de Fuengirola¹⁴⁷, donde tuvo a sus órdenes al famoso Ortega de Prado, el escalador militar más destacado de la época¹⁴⁸. También estuvo presente en la gran

141. Estudiadas por Carlos Andrés González Paz, «De la “Torre de San Thomé de Lorenzana” al “Palacio de Tovar”: testimonio vivo de la “cultura de los Pazos” en tierras mindonienses», en Carlos Andrés González Paz (ed.), *El Pazo de Tovar: espacios, perspectivas, tiempos*, Santiago de Compostela, CSIC, 2012, pp. 81-122, especialmente pp. 110-114.

142. Como indica Miguel Ángel Ladero Quesada, «La Hermandad en Galicia, 1490-1498», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 118 (2005), pp. 239-287, especialmente p. 240.

143. Archivo del Reino de Valencia (en adelante, ARV), *Real Cancillería*, legajo 303, ff. 99r-100v. El documento fue expedido el 16 de octubre de 1479 en la villa de Chelva por Fernando el Católico, y en él aparece «Petrus de Vildrandando (*sic*) comes de Ribadeo» como confirmante, junto a otros nobles castellanos y valencianos.

144. AGS, RGS, leg. 148004, doc. 54. Sebastián de Villandrando era hijo bastardo de Rodrigo, habido de su relación con una dama francesa, y acompañó a su padre en su retorno a Castilla (Calderón Ortega, «La formación del señorío», p. 445). Vivió en Valladolid, ciudad de la que fue regidor al menos desde el año anterior a su muerte (Martín Romera, *Redes de poder*, p. 46).

145. Martín Romera, *Redes de poder*, pp. 117 y 151.

146. Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos*, II, p. 184.

147. Palencia, *Crónica de Enrique IV*, II, p. 138.

148. Cuyas andanzas fueron descritas por Eloy Benito Ruano, *Gente del siglo XV*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1998, pp. 121-148.

reunión de tropas celebrada en Córdoba durante 1487¹⁴⁹, en la cual se planearon las dos grandes campañas bélicas en las que participó¹⁵⁰: el asedio de Vélez-Málaga, en ese mismo año, y el cerco de Málaga, al año siguiente¹⁵¹. Gracias a esta estancia en tierras andaluzas, el conde de Ribadeo obtuvo algunas responsabilidades y rentas más, como las derivadas de su oficio de regidor de la ciudad de Marbella, que le fue otorgado en 1488¹⁵².

Terminada la campaña con la conquista de la urbe del Darro, al conde de Ribadeo le cupo la fortuna de ser uno de los beneficiarios de las capitanías de dos mil quinientos hombres de armas financiados por los Reyes Católicos como contingente de reserva en caso de ser necesarios sus servicios en conflicto bélico¹⁵³. Se ha conservado abundante documentación entre 1493 y 1495, como cartas de apercebimiento¹⁵⁴, o listados de aposentamiento¹⁵⁵, en la que su nombre se relaciona con mucha frecuencia a tales labores de intendencia militar. Es importante destacar que, en este contexto de gestión de oficios bélicos, se nota una cierta relación de complicidad clientelar entre Pedro y el rey Fernando el Católico¹⁵⁶, como se deriva del hecho de que el monarca solicitara en 1501 al conde que este hiciese un hueco para uno de sus continos aragoneses, llamado Risel de Figueroa, otorgándole la primera lanza que vacase en su compañía¹⁵⁷. Es sin duda una prueba contundente de cómo el segundo conde de Ribadeo disfrutó de un alto nivel de confianza durante los años centrales del reinado de Isabel y Fernando.

149. Francisco Henríquez de Jorquera, *Anales de Granada*, ed. Antonio Marín Ocete, Granada, Publicaciones de la Facultad de Letras, 1934, I, p. 403.

150. Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos*, II, p. 258.

151. Bernáldez, *Memorias*, p. 200.

152. AGS, RGS, leg. 148810, 8. El conde renunció más tarde el regimiento a favor de uno de sus colaboradores, Nuño de Villasana (¿o tal vez Villafaña?), el 20 de julio de 1494 (AGS, RGS, leg. 149407, doc. 56).

153. Fernández de Oviedo, *Batallas y Quinquagenas*, ed. Pérez de Tudela, II, p. 247.

154. Sobre todo en la documentación de Cámara de Castilla (en adelante, CCA) conservada en el *Libro general de registro de cédulas* (en adelante, CED). Por ejemplo, véase AGS, CCA, CED, docs. 2, 2-2, 36,1.

155. AGS, CCA, CED, docs. 2, 2-2, 10, 1; 2, 2-2, 15, 1; 2, 2-2, 26, 4; y 2, 2-2, 39, 1.

156. Martín Romera, *Redes de poder*, p. 164.

157. AGS, Cámara de Castilla, Cédulas, legajo 5, doc. 294/2.

A partir de los años finales del XV resulta más difícil seguirle el rastro, lo que normalmente es un claro indicio de que estamos ante sus últimos años de vida. En calidad de regidor de la ciudad de Valladolid¹⁵⁸, asistió a una convocatoria de Cortes¹⁵⁹, la que se iba a celebrar en Toledo en 1498¹⁶⁰. Lo volvemos a encontrar en 1503 participando en algunas operaciones de compra y venta de territorios junto a otros miembros de la oligarquía pucelana, como los Franco y los De la Cuadra¹⁶¹, y otra vez en 1505, en las Cortes de Toro, como representante vallisoletano¹⁶². Es este el último evento en el que consta su participación, pues la siguiente noticia es la de su muerte, en 1507 y sin descendencia legítima, lo que derivó en un lento y aparatoso pleito judicial por las posesiones del condado de Ribadeo¹⁶³. El final se dilató hasta mayo de 1535, cuando el Consejo Real resolvió el litigio a favor de Diego Gómez Sarmiento, conde de Salinas, quien, al estar casado con Marina de Villandrando, hermana de don Pedro¹⁶⁴, pasó a titularse conde de Salinas y Ribadeo como único heredero de los dos títulos.

Dejemos al margen su hoja de servicios y vayamos ahora a analizar su peculiar carácter. Según se desprende de los documentos que de él hemos conservado, el segundo conde de Ribadeo del linaje Villandrando debió de tener una personalidad ciertamente arisca, puesto que sus éxitos militares y políticos se aderezaron con una amplia panoplia de querellas judiciales. Algunas de ellas pueden considerarse las habituales dentro de la norma de su clase social, como son, sobre todo, las que

158. Juan Antolínez de Burgos, *Historia de Valladolid*, ed. Juan Ortega Rubio, Valladolid, Imprenta y Librería Nacional y Extranjera de Hijos de Rodríguez Martín Antolínez, 1887, p. 62. El autor hace regidor de Valladolid en 1490 a Rodrigo de Villandrando, conde de Ribadeo. Se trata bien de una errata de imprenta, bien de un error del veterano cronista, pues Rodrigo había fallecido mucho tiempo atrás.

159. Martín Romera, *Redes de poder*, p. 104.

160. Beatriz Majo Tomé, «*Quod omnes tangit*: el privilegio de ser representado. Los procuradores vallisoletanos en cortes a fines de la Edad Media», en Concepción Villanueva Morte *et al.* (eds.), *Estudios recientes de jóvenes medievalistas. Lorca 2012*, Murcia, Sociedad Española de Estudios Medievales, 2013, pp. 51-64, especialmente p. 62.

161. Martín Romera, *Redes de poder*, p. 48.

162. Majo Tomé, «*Quod omnes tangit*», p. 62; y Martín Romera, *Redes de poder*, p. 104.

163. Rucquoi, *Valladolid en la Edad Media*, I, p. 380.

164. Fernández de Oviedo, *Batallas y Quinquagenas*, ed. Pérez de Tudela, I, p. 276.

mantuvo con algunos otros notables. Entre estas podríamos destacar varias relacionadas con la posesión de esclavos domésticos¹⁶⁵, que demuestran hasta qué punto la esclavitud era un fenómeno de cierta importancia económica y social en el ámbito de la nobleza castellana bajomedieval¹⁶⁶. También encontramos algunas que responden a criterios bastantes lógicos: las que ocurrieron dentro sus propios dominios señoriales¹⁶⁷, o bien aquellas a las que cabe inscribir en el desgaste sufrido por su labor como gobernador en tierras gallegas y asturianas¹⁶⁸. Es obvio que todas ellas se deben a su posición de preminencia social y a los muchos años al servicio del gobierno de la monarquía Trastámara en Castilla, sin que ninguna se pueda relacionar, en principio, con comportamiento personal alguno.

Sin embargo, hay otro grupo de querellas que destaca por tener una amplia y curiosa gama de motivos que demuestran el mal carácter del conde. Merece la pena señalar una, ocurrida en el año 1500, mediante la cual Pedro elevó una petición formal a los Reyes Católicos para quejarse de que hubieran conmutado las penas judiciales a Alvar Pérez de Navia, el Mozo, Pedro del Gusto y Lope de Santa Martina «e otros diez o doze ladrones malfechores», a cambio de servir en la armada de Castilla¹⁶⁹, tal como era legal y tal como acabaron admitiendo los monarcas. En otra ocasión, mantuvo una enconada batalla judicial con los vecinos de algunas de sus heredades vallisoletanas, quienes le reprochaban el uso de tierras comunales en exclusiva para los propios ganados del conde, por lo que pedían permiso para prender a los animales, o incluso matarlos si, por ser demasiado bravos, no pudieran hacerse con su

165. Como el pleito del año 1497 entre el conde de Ribadeo y Carlos de Arellano, conde de Aguilar, sobre un esclavo (ARCHV, *Registro de ejecutorias*, caja 133, doc. 7).

166. Martín Romera, *Redes de poder*, p. 70.

167. En especial, en el siempre díscolo señorío de la Puebla de Navia, como explica Paraje Méndez, «El condado de Ribadeo», pp. 448-450.

168. Es el caso del documento fechado el 19 de junio de 1499 por el cual los Reyes Católicos comisionan al corregidor de Asturias, el comendador Francisco de Ludueña, o Lodeña, para que revisase las quejas de los vecinos de Navia respecto a la actuación del conde de Ribadeo como gobernador (AGS, RGS, leg. 149906, doc. 77). Véase también Martín Romera, 2019: 136-137; 173-174.

169. AGS, RGS, leg. 150005, doc. 508.

control, cuestión que levantó sin duda bastante ampollas en la relación entre ambas partes¹⁷⁰.

De todos los pleitos en que se vio envuelto Pedro de Villandrando hay tres que nos interesan especialmente. Primero, el que mantuvo, entre 1476 y 1493, con el madrileño Juan de Herrera, conocido financiero y arrendador de rentas del reino de Galicia en asociación con el judío Judá Pérez —Luis Alonso una vez convertido al cristianismo—¹⁷¹. Aunque la documentación conservada presenta algunas lagunas por deterioro¹⁷², parece ser que el conde usó todas sus influencias para solicitar a los Reyes Católicos que urgieran a Herrera a comparecer en la corte para dirimir un oscuro asunto relacionado con las cuentas de la ciudad de Vivero, en tanto los condes de Ribadeo reclamaban unos pagos por parte del financiero que no se habían efectuado. Como se puede presuponer por este documento, el conde participaba de forma habitual en los negocios de arrendamientos de rentas con otras familias pucelanas con las que compartía la cualidad de regidor de Valladolid, como los Verdesoto o los López de Calatayud¹⁷³. Con todo, su disputa económica con el arrendador converso madrileño no debió de acabar muy bien porque sabemos de sobra que la furia aristocrática se disparó: el 30 de mayo de 1491 —es decir, once años más tarde del inicio de la querella—, Isabel y Fernando emitieron un seguro a favor de Juan de Herrera para protegerlo de cualquier ataque personal «por odio e enemistad o malquerencia que con el dicho [Herrera] tiene don Pedro de Villandrando, conde de Ribadeo»¹⁷⁴.

Si a esta enconada disputa le sumamos otro largo pleito por «injurias e insultos públicos» proferidos a Francisco de Salamanca, vecino de Valladolid, que fue sancionado por la justicia castellana el 26 de enero de 1507 en contra del irascible conde¹⁷⁵, convendremos en que su perfil se

170. AGS, RGS, leg. 149711, doc. 45

171. María Gloria de Antonio Rubio, «Judá Pérez. Semblanza biográfica de un converso gallego a finales del siglo XV», *eHumanista / Conversos*, 4 (2016), pp. 311-325, especialmente pp. 320-321.

172. AGS, RGS, leg. 148006, doc. 144.

173. Martín Romera, *Redes de poder*, pp. 56-58.

174. AGS, RGS, leg. 149105, doc. 125.

175. ARChV, *Registro de ejecutorias*, caja 212, doc. 5.

acomoda al de un aristócrata de muy malas pulgas, tan hosco como atrabiliario en su devenir vital. Si bien es normal que un personaje público como él aparezca en diversos pleitos civiles, no lo es tanto la frecuencia con que las disputas y los malentendidos se desviaron hacia el insulto y la injuria personal. Este comportamiento de Pedro de Villandrando tal vez sirva para explicar las reticencias del impresor toledano Juan Vázquez, y de sus operarios y asesores, más preocupados en no molestar en demasía a quien podía haber interrumpido con su proverbial iracundia la impresión de los *Claros varones* simplemente por no comulgar con lo que allí se decía de su padre, sobre todo lo tocante a su humilde extracción social.

La antipatía alrededor de la figura del segundo conde de Ribadeo se percibe muy bien en las crónicas de la época, no tanto por lo que se dice de él, sino por el motivo contrario: porque no encontramos apenas menciones a su persona. Un ejemplo muy evidente es el del *Cronicón de Valladolid*, que recoge noticias de su villa de residencia habitual¹⁷⁶, donde contaba con amplias posesiones¹⁷⁷, pese a lo cual solo es mencionado una vez y de pasada¹⁷⁸. Pero el más insólito silencio es sin duda el de Gonzalo Fernández de Oviedo: el más frecuentemente hablistán que discreto polígrafo madrileño pasa muy de puntillas por la biografía del noble pucelano en sus *Batallas y Quinquagenas*. Se trata de un hecho muy significativo, porque, al margen de una tupida red de informadores que le suministraba datos de la corte¹⁷⁹, Fernández de Oviedo conoció en el entorno áulico de los Reyes Católicos a casi todos los aristócratas que describe en sus galerías. No cabe duda, además, de que conoció en el entorno áulico al segundo conde, porque en una ocasión, al hablar el genealogista de la belleza y hermosura de Marina, la condesa de Salinas,

176. Calderón Ortega, «La formación del señorío», p. 445.

177. Un documento (ARCHV, *Pergaminos*, caja 22, doc. 1) menciona la aceña Sirga, situada entre Valladolid y Cabezón de Pisuerga, que el conde vendió en 1467 a una pareja de mercaderes pucelanos, Pedro Gómez de Calatayud y Leonor de San Juan (cf. Martín Romera, *Redes de poder*, p. 64).

178. *Cronicón de Valladolid*, ed. Sáinz de Baranda, p. 91.

179. Óscar Perea Rodríguez, «Madrid en la obra genealógica de Gonzalo Fernández de Oviedo», en Santiago Muriel Hernández y Cristina Segura Graíño (eds.), *Madrid en el tránsito de la Edad Media a la Moderna*, Madrid, Al-Mudayna, 2008, pp. 301-329, especialmente pp. 304-308.

nos suministra el dato de haber escuchado «decir a su hermano, el conde de Rivadeo, don Pedro de Villandrando, que no había visto tan hermosa muger como era ella»¹⁸⁰.

Pese a tener este conocimiento directo, en sus *Batallas y Quinquagenas* Fernández de Oviedo habla mucho más del padre, Rodrigo, que del hijo, a quien en teoría está dedicada la semblanza biográfica. Y además, el madrileño sigue prácticamente al pie de la letra las noticias del conde de Ribadeo que escribiera su paisano Pulgar en los *Claros varones de Castilla*. Así, nos encontramos por primera vez con una constante en los textos de carácter historiográfico escritos en los años finales del siglo XV y principios de XVI relacionados con los Villandrando: que el peso de las noticias relacionadas con Rodrigo va a ser siempre mucho mayor que las relacionadas con su hijo y sucesor. Y por si todo lo dicho hasta aquí fuera poco sospechoso, cabría añadir que los dos únicos detalles específicos sobre Pedro que aporta Fernández de Oviedo inciden en las sombras habituales que siempre planean sobre el linaje: su dudosa hidalguía y el rechazo que el segundo conde parece haber suscitado entre sus coetáneos. Recordemos que el genealogista madrileño es experto en alabar a un noble en su *Batalla* correspondiente para, más tarde, y donde nadie lo espera, acusarlo sibilínamente de algo tan grave como un homicidio¹⁸¹. Por ello, no parece en absoluto casual que la semblanza de Pedro de Villandrando, desabrida y desangelada para lo que suele ser habitual en las *Batallas y Quinquagenas*, se inicie con este hermético diálogo entre los narradores de la obra:

SERENO. Tengo yo en mucho los cavalleros que por sus personas son tan ombres que por proprio valor e méritos (no teniendo sino una espada e una capa) suben e alcançan estados e señoríos con títulos onorables. Porque el que eredado nasçe no es por su proprio mérito ni industria adquirido lo que tiene, sino que quiso su buena, o mala, ventura que nasçiese en casa hecha [...].

180. Fernández de Oviedo, *Batallas y Quinquagenas*, ed. Pérez de Tudela, I, p. 281.

181. Es lo que sucede con el caso de un noble valenciano, tratado por Óscar Perea Rodríguez, «Juan Fernández de Heredia: renombrado poeta, popular deportista... ¿y criminal encubierto?», en Ana Martínez Pereira et al. (eds.), *En la Villa y Corte. Trigesima Aurea. Actas del XI Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro*, Madrid, UNED-Fundación General UCM, 2020, pp. 613-623.

ALCAIDE. Un rey a quien yo serví [...] dezía que no era de maravillar si un ombre con un ducado de oro alcançava a thener mill. Pero que se devía tener por más dificultoso e de más artifiçio e prudencia alcançar a tener un ducado el que sin un real començava [...].

SERENO. A este propósito quadra aquí la casa del conde de Ribadeo, don Pedro de Villandrando, qu'es el segundo que tal título ha thenido en España. Pero esa gloria de prinçipiar e fundar su casa no a él, sino a su padre, don Rodrigo de Villandrando, primero conde de Ribadeo, se ha de dar¹⁸².

Parece evidente que se trata de una crítica sibilina al hijo de Rodrigo: al padre cabría aplicar el primer discurso, el del elogio del hombre hecho a sí mismo cuyo punto de partida era poco más que «una espada e una capa» y que había alcanzado a tener, si no «un ducado», al menos un conñado, dentro de la conocida tendencia de la nobleza castellana de legitimar sus pretensiones mediante el discurso de las actividades militares¹⁸³. Y sin duda alguna, la vida del hijo, Pedro, se adecua más a la segunda parte del parlamento inicial, pues sería aquel que «eredado nasçe» pero «no es por su proprio mérito ni industria adquirido lo que tiene». Para incidir todavía más en la mala imagen del segundo conde de Ribadeo, Fernández de Oviedo le reprocha —esta vez directamente, sin tapujos— que no cumpliera el citado privilegio de comer a la mesa de los monarcas castellanos en la fiesta de la Epifanía:

Porque adelante, andando el tiempo, o por la floxedad d'este segundo conde, o porque los tiempos anichilan o cresçen o deterioran estas cosas e mercedes fechas así a los cavalleros, aunque llegava el día de los Reyes y este segundo conde estava en la corte donde el Rey e la Reina Católicos estavan —y aun en Valladolid, donde el mismo conde bivía—, vi que no comía con sus altezas en tal día de los Reyes, ni se le guardava ese privilegio. E dezían algunos que, en recompensa, se le davan çiertos millares de marevedís, que valían más que

182. Gonzalo Fernández de Oviedo, *Batallas y Quinquagenas*, ed. Juan Bautista de Avall-Arce, Valladolid, Diputación Provincial, 1989, p. 382.

183. Explicado por Isabel Beceiro Pita, «La memoria y el discurso de la nobleza en los relatos genealógicos castellanos (1370-1540)», en Arsenio F. Dacosta *et al.* (eds.), *La conciencia de los antepasados: la construcción de la memoria de la nobleza en la Baja Edad Media*, Madrid, Marcial Pons, 2014, pp. 119-144.

no devían valer los vestidos de los Reyes aquel día. Lo qual yo no le alabo al conde qu'este su privilegio disimulase por presçio que se le diese¹⁸⁴.

La descripción negativa del aristócrata se completa en la subsiguiente respuesta, pues en ella se excusa a Pedro de Villandrando de no cumplir con la potestad de ir a comer a los reyes por una poderosa razón: estaba afectado «de la enfermedad contagiosa de las búas»¹⁸⁵. Así se denominaba a la temida sífilis, también llamado *morbo gallico*, mal de simiente o *sement* en el aragonés de la época¹⁸⁶, o enfermedad serpentina en el castellano del quinientos, «porque assí como la sierpe es animal feo y temeroso y espantoso, assí esta enfermedad es fea y temerosa y espantosa»¹⁸⁷. La mención a que presentaba síntomas de tan terrible mal no se hace de forma aséptica, sino que el genealogista parece claramente estar preparando el terreno para describir otro detalle vituperable de las andanzas de Pedro de Villandrando: sus conocidos problemas matrimoniales, que acabarían desembocando en la ya mencionada batalla legal por el condado de Ribadeo que se desató tras su muerte¹⁸⁸.

El conde había contraído matrimonio hacia 1480 con Isabel Castaño, o Castaña, dama criada en el entorno cortesano de Isabel la Católica¹⁸⁹. De nuevo Fernández de Oviedo es quien nos provee de dos noticias que resultan clave para entender la relación de pareja y el conflicto judicial

184. Fernández de Oviedo, *Batallas y Quinquagenas*, ed. Avalu-Arce, p. 384. El texto en esta edición presenta algunas lagunas por deterioro del código original (Biblioteca Universitaria de Salamanca, ms. 359), razón por la cual a veces sus palabras han sido utilizadas de manera confusa. He examinado el código personalmente para completar casi todas las palabras que Avalu-Arce designó como ilegibles en su edición; en esta parte, f. 838r, no estoy muy seguro del *disimulase* de la oración final, pero no he podido encontrar otra opción más adecuada.

185. Fernández de Oviedo, *Batallas y Quinquagenas*, ed. Avalu-Arce, p. 384.

186. Germà Colón, «Filología y sífilis. Sobre el mal de simiente o mal de sement», *Revista de Filología Española*, 78 3.4 (1998), pp. 275-308, especialmente p. 276.

187. Ruy Díaz de Isla, *Tractado llamado fructo de todos los auctos contra el mal serpentino*, Sevilla, Andrés de Burgos, 1542, f. 3r. Sigo el ejemplar BNE, R/13034, cuya transcripción se puede encontrar en línea a través de la base de datos *Digital Library of Old Spanish Texts. Spanish Medical Texts*, ed. Francisco Gago Jover et al.: <http://www.hispanicseminary.org/t&c/med/index-en.htm>; (consulta 18-02-2021).

188. Martín Romera, *Redes de poder*, pp. 191-192.

189. *Ibid.*, p. 143.

derivado de la muerte del esposo. La primera tiene que ver con una notoria falta de cohabitación:

ALCAIDE. Yo alcançé a este Conde ya viejo, e después se vio muy enfermo en su postremería, e vivían apartados él e su muger, la Condesa doña Ysabel Castaña, en Valladolid.

SERENO. Todo eso vi yo, y ese apartamiento, aunque las casas estaban una a par de otra, tanto se decía que era por otras causas e renzillas entr'ellos, como por la indisposición o poca salud del Conde.

ALCAIDE. Por qualquier causa que fuese, vós dezís lo qu'es notorio¹⁹⁰.

Tales desavenencias no debieron de ser secretas sino todo lo contrario, y no solo porque aquí las veamos descritas por el genealogista madrileño. El propio Pedro no tenía reparo en hacer gala de ellas en festejos cortesanos, a través de varias alusiones en verso lucidas en esos pequeños poemitas que forman parte del género poético llamado «invenciones y letras de justadores»¹⁹¹. De hecho, las dos invenciones que, en los cancioneros castellanos, se atribuyen al conde don Pedro inciden en mostrar su insatisfacción por el vínculo matrimonial que le unía a la condesa Isabel¹⁹².

La segunda de las noticias proporcionadas por el polígrafo madrileño es todavía más jugosa: a la hora de comenzar a desgranar el pleito por el título condal en ausencia de heredero legítimo, se especifica que al fallecido don Pedro «quedole un hijo bastardo qu'el conde ovo en una morisca, su esclava suya (sic), e tuvo tal maña que se metió en el estado e lo poseyó»¹⁹³. En efecto, esta dama, la morisca bautizada como Leonor

190. Fernández de Oviedo, *Batallas y Quinquagenas*, ed. Avalor-Arce, p. 386.

191. Óscar Perea Rodríguez, «Las “invenciones y letras” de Luis de Torres, poeta gienense del *Cancionero general*», en Francisco Toro Ceballos (ed.), *Los reinos peninsulares en el siglo XV. De lo vivido a lo narrado. Encuentro de investigadores en homenaje a Michel García*, Andújar, Ayuntamiento-Asociación Cultural Enrique Toral y Pilar Soler, 2015, pp. 241-254, especialmente pp. 242-248.

192. Roger Boase, *Secrets of Pinar's Game. Court Ladies and Courtly Verse in Fifteenth-Century Spain*, Leiden, Brill, 2017, p. 410.

193. Fernández de Oviedo, *Batallas y Quinquagenas*, ed. Avalor-Arce, p. 384. Como ya expliqué en la n. 183, la edición de Avalor-Arce presenta una versión incompleta del texto al no haber transcrito las palabras clave, «morisca, su esclava suya (sic)», que, aunque con cierta dificultad, se pueden leer en el manuscrito salmantino (f. 838r).

Rodríguez, asumió para sus dos hijos, Rodrigo y María de Villandrando, la tutela de todas las posesiones aparejadas al título de Ribadeo, arguyendo que Isabel no había sido esposa legítima, sino que Pedro había vivido en pecado con ella¹⁹⁴. Es muy evidente que Leonor utilizó a su favor el notorio abandono del hogar conyugal que la propia Isabel confesó años más tarde:

Se salió de su propia voluntad de las casas e poder e compañía del dicho conde de Ribadeo sin su consentimiento ni mandado del dicho conde [...] porque le dezían sus confesores e otras muchas personas religiosas e legas que no podía estar con el dicho conde, sino con gran escrúpulo de conçiençia e peligro de su ánima¹⁹⁵.

El texto pertenece a la protesta ante la Chancillería de Valladolid efectuada por la condesa Isabel con el objetivo de que, cuando menos, se le devolviesen los bienes correspondientes a su dote y sus arras¹⁹⁶, en tanto que tan solo la dote ya era una importante cantidad: doscientos mil maravedís de juro que en su día le habían sido concedidos por la reina de Castilla¹⁹⁷. La ligazón entre condesa y reina se remontaba a los años de Isabel como princesa¹⁹⁸, pues las dos damas aparecen juntas con ocasión de aquella breves piezas teatrales, los momos¹⁹⁹, compuestos por el poeta Gómez Manrique, que se representaron en la corte regia durante 1467

194. Luis de Salazar y Castro, *Historia genealógica de la Casa de Haro (señores de Llodio, Mendoza, Orozco y Ayala)*, ed. Dalmiro de la Válgoma y Díaz-Varela, Madrid, Real Academia de la Historia, 1959, p. 196: «Esta Leonor Rodríguez dicen que fue una Infanta mora que se bautizó». Posiblemente sacó el dato del *Árbol genealógico de la casa de Villandrando* (Real Academia de la Historia, col. Salazar, D-25, f. 207v): «Esta Leonor Rodríguez era una infanta mora que se bautizó».

195. ARChV, *Pleitos civiles*, Pérez Alonso (F), caja 896, doc. 1.

196. Un comentario extenso de este pleito se puede leer en Martín Romera, *Redes de poder*, pp. 210-220.

197. *Ibid.*, pp. 144-145.

198. Analizados por María Isabel del Val, *Isabel la Católica, princesa (1468-1474)*, Valladolid, Instituto Isabel la Católica de Historia Eclesiástica, 1974, pp. 84-96.

199. Tanto el prólogo en prosa como el poema (ID 3380, MN24-102 ff. 150r-151r: «A tu real exçelencia») puede leerse en Gómez Manrique, *Cancionero*, ed. Francisco Vidal González, Madrid, Cátedra, 2003, 668-674.

para celebrar el decimocuarto cumpleaños de Alfonso el Inocente²⁰⁰. Esta amistad personal podría explicar que la condesa recibiera información privilegiada antes del fallecimiento de la Reina Católica en 1504²⁰¹, pues parece haber pleiteado por su dote y arras con el convencimiento del progreso favorable de la petición de nulidad matrimonial hecha por los herederos de su fallecido esposo, la cual, en efecto, fue aprobada por la curia papal el 1 de julio de 1517, bajo el pontificado de León X²⁰².

El conflicto sucesorio, con todas sus ramificaciones judiciales, fue casi tan largo como prolijo, así que no haremos ulterior comentario salvo señalar que la corona de Castilla no permaneció ajena a él. Primero, nombró dos administradores provisionales, Alonso de Aguilar, alcaide de Ribadeo, y Francisco de la Cuadra, alcaide de Fuentes de Duero, para que se encargasen de los negocios del condado mientras se dirimía la disputa²⁰³. Y más tarde, en consonancia con las más de dos décadas de litigio, entre los años 1517 y 1538 el dominio efectivo del condado de Ribadeo estuvo en manos de un administrador: Antonio de Tovar, que no solo era hombre de confianza del emperador Carlos V, sino que venía avalado por su parentesco con los Villandrando, si bien esta vinculación familiar es «genealógicamente difusa»²⁰⁴, como todo lo que rodea a la alcurnia de esta estirpe.

OBJETIVIDAD HISTORIOGRÁFICA Y MANIPULACIONES TEXTUALES EN LOS INICIOS DE LA IMPRENTA

Considero haber probado con suficiencia que la idea original que Pulgar quiso transmitir en sus *Claros varones de Castilla* era algo que probablemente él sabía a ciencia cierta y que tal vez fuera notorio en los años finales del cuatrocientos: que Rodrigo de Villandrando, conde de Ribadeo, no era de origen hidalgo, sino hijo de un «escudero de baxa mane-

200. Véase el completo análisis de Nicasio Salvador Miguel, *Isabel la Católica: educación, mecenazgo y entorno literario*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2008, pp. 232-233.

201. Martín Romera, *Redes de poder*, p. 210.

202. Documento en el Archivo Histórico Nacional, Sección Nobleza, Toledo, Osuna, c. 516, d. 68 (véase González Paz, «De la «Torre de San Thomé», p. 113).

203. Se ha conservado la minuta, por desgracia sin fecha, en AGS, *Consejo Real de Castilla*, leg. 755, 8, d. 3.

204. González Paz, «De la «Torre de San Thomé», p. 110.

ra». Aunque la evolución de las teorías sobre la preeminencia nobiliaria durante el siglo XV iba a acabar dando primacía a la transmisión por consanguinidad, todavía nos hallamos en una época en la que el origen no implicaba cercenar de inmediato las posibilidades de ascenso social, en tanto que «el hombre puede ascender de estado, puede alcanzar la privanza real, mal que le pese a la vieja nobleza»²⁰⁵. Incluso el máximo defensor de la superioridad de la nobleza de sangre, Fernán Mexía, no duda en alabar al padre del emperador Trajano, que «fue un labrador o escudero que por pobreza labraba», aunque fuese para enfatizar que este origen paterno «principio fue de Trajano», fue menor que el del hijo como origen de nuevo linaje nobiliario, por supuesto de más importancia, pues «mejor fue Trajano qu'él, puesto fue principio»²⁰⁶.

Sin embargo, en la Baja Edad Media castellana se entendía que estos linajes nuevos no adquirirían la completa condición nobiliaria hasta pasada la cuarta generación²⁰⁷. Por eso, en el primer cuarto del siglo XVI la extensión de la condición de hidalguía se convertiría en un problema sobre todo en el norte peninsular, donde algunos territorios llegaron a contar con una abrumadora presencia de hidalgos²⁰⁸. Pero no es el caso del último tercio del siglo XV, en el que Pulgar, al referirse a que «su grand corazón e su buena costelación» habían llevado al conde de Ribadeo a labrarse su propia fortuna²⁰⁹, no solo estaba manejando a la perfección el elogio de la virtud individual como tópico del incipiente Renacimiento²¹⁰, sino que, a su entender, ensalzar al personaje no estaba reñido con decir la verdad acerca de la escala social a la que pertenecía²¹¹. Este pensamiento sobrevuela toda su obra, pero se puede palpar con mayor detenimiento en su decimocuarta *Letra*, en la que hace observaciones tales como «Dios fizo omnes e no fizo linajes» y «a todos fizo nobles en su nacimiento», además de señalar a «la virtud, que

205. Romero, *Sobre la biografía*, p. 71.

206. Mexía, *Nobiliario vero*, ed. cit., p. 218.

207. *Ibid.*, pp. 246-248.

208. José Ramón Díaz de Durana, *La otra nobleza. Escuderos e hidalgos sin nombre y sin historia. Hidalgos e hidalguía universal en el País Vasco al final de la Edad Media (1250-1525)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2004, especialmente pp. 217-226.

209. Pulgar, *Claros varones*, ed. cit., p. 128, lín. 8-9.

210. Romero, *Sobre la biografía*, p. 85.

211. Gómez Bravo, *Textual Agency*, pp. 20-21.

da la verdadera nobleza», y a las «buenas obras, que fazen la verdadera fidalguía»²¹². Sin embargo, los contemporáneos de Pulgar no dejaron de mostrar que esta «verdedara fidalguía» era ya algo del pasado²¹³, como por ejemplo apuntaba Diego de Valera: la razón principal para ser considerado caballero, noble o hidalgo era simplemente la de estar exento de pagar impuestos²¹⁴.

Por lo tanto, el cronista madrileño no vio problema alguno en iniciar la semblanza de Rodrigo de Villandrando de la forma que se lee en el manuscrito de imprenta: señalando de forma rotunda que fue hijo de un escudero de baja estratificación social. De esta forma, por todos los motivos expuestos en este trabajo, creo que, al margen de intuiciones de carácter filológico²¹⁵, queda demostrado con evidencia que el texto que figura al inicio de la semblanza del conde de Ribadeo en el manuscrito de imprenta es el que debe figurar en las ediciones críticas de los *Claros varones de Castilla*, descartando las adiciones integradas en el incunable de 1486, por mucho que sea la versión del texto que se ha difundido en todas las demás ediciones desde el siglo XV en adelante, incluidas las más modernas.

También es evidente que la diferencia entre lo que el autor quiso escribir y lo que fue publicado en el incunable se debe a que Juan Vázquez debió de valorar de manera muy diferente la peliaguda información proporcionada por Pulgar. El impresor pudo actuar por propia iniciativa, pero también podría haberse dejado guiar por el consejo de alguno de los ilustres intelectuales que colaboraban con las imprentas²¹⁶. En el caso

212. Pulgar, *Letras*, ed. cit., pp. 63-69.

213. Como ataques al estamento nobiliario los considera Nuria Corral Sánchez, *Discursos contra los nobles en la Castilla tardomedieval*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2021, pp. 209-211.

214. «Ya son mudados por la mayor parte aquellos propósitos con los quales la caballería fue comenzada: estonce se buscaba en el cavallero sola virtud; agora, es buscada caballería para no pechar». Recogido por Ottavio Di Camillo, «Las teorías de la nobleza en el pensamiento ético de Mosén Diego de Valera», en Victoriano Roncero López *et al.* (eds.), «*Nunca fue pena mayor*». *Estudios de literatura española en homenaje a Brian Dutton*, Albacete, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1996, pp. 223-238. La cita, en pp. 232-233.

215. Hernández González, «De la tradición impresa», pp. 962-963.

216. Lacarra, «El libro antiguo impreso», p. 298.

que nos ocupa, se ha señalado a un clérigo, Pedro Jiménez de Préjano, o Ximénez de Prejamo, discípulo del obispo de Ávila, Alonso de Madrigal el Tostado²¹⁷, y catedrático de Teología en la universidad de Salamanca²¹⁸, como el erudito que quizás hubiera podido influir no solo en la elección de las obras llevadas a la stampa por el impresor toledano, sino también en la cruda presentación textual de los materiales impresos en letras de molde²¹⁹. Precisamente en el colofón de la edición príncipe de los *Claros varones de Castilla* el impresor Juan Vázquez, calificado como «venerable varón»²²⁰, se identifica a sí mismo como «familiar del reverendo señor obispo de Badajoz»²²¹. Tras la muerte del anterior titular, Gómez Suárez de Figueroa²²², ocurrida el 10 de noviembre de 1485²²³, Jiménez de Préjano fue confirmado obispo pacense el 18 de enero de 1486²²⁴, y permaneció allí hasta el año 1489, cuando fue promovido a otra silla episcopal extremeña, la de Coria²²⁵. Gracias precisamente al colofón de los *Claros varones* de Pulgar sabemos que ya era obispo en 1486, pues el primer documento en que aparece su nombre asociado con la sede pacense es del año siguiente, 1487, con el anuncio de la publicación de una bula de santa cruzada²²⁶.

217. Punto de su biografía destacado por Gil González Dávila, *Theatro eclesiástico de las ciudades e iglesias catedrales de España. Vidas de sus obispos y cosas memorables de sus obispados*, Salamanca, Antonia Ramírez, 1618, p. 621.

218. José Luis Martín Martín, «Los obispos de Extremadura en la Edad Media», *Revista de Estudios Extremeños*, 47.1 (1991), pp. 67-98, especialmente pp. 77-81.

219. Hernández González, «De la tradición impresa», pp. 968-969.

220. Por este tratamiento, es posible que fuera un clérigo de la catedral de Toledo, o de otra catedral pero residente o natural de Toledo, como argumenta Ramón González Ruiz, «La bulas de la catedral de Toledo y la imprenta incunable castellana», *Toletum. Boletín de la Real Academia de Bellas y Artes y Ciencias Historiográficas de Toledo*, 18 (1985), pp. 9-180, especialmente pp. 145-146.

221. BETA manid 2081, f. i4r.

222. Juan Manuel Valencia Rodríguez, *El poder señorial en la Edad Moderna: la Casa de Feria (siglos XVI y XVII)*, Badajoz, Diputación Provincial, 2010, Apéndice, p. 143.

223. Certificada por González Dávila, *Theatro eclesiástico*, p. 621.

224. Conrad Eubel, *Hierarchia catholica medii aevi, sive Summorum pontificum*, Munster, Librería Regensberg, 1914, II, p. 209.

225. Dávila, *Theatro eclesiástico*, p. 622. Eubel precisa la fecha exacta, 23 de enero de 1489 (*Hierarchia catholica*, II, p. 123).

226. Documento publicado por González Ruiz, «Las bulas de la catedral de Toledo», pp. 166-169.

Recordemos también que desde la primera de las obras que sale de sus prensas, otra de las bulas de cruzada emitida hacia 1483²²⁷, la producción de Vázquez es eminentemente religiosa y ligada a personajes con buenas conexiones en la corte regia²²⁸, como lo eran su familiar, el obispo pacense²²⁹, y el propio Pulgar²³⁰. Pero lo que más interesa destacar en este punto es que la relación entre Jiménez de Préjano, el supuesto asesor editorial de Vázquez, y la censura inquisitorial de su época es absolutamente innegable: el discípulo del Tostado fue autor del *Confutatorium errorum contra clauas ecclesie nuper editorum*, impreso por Vázquez en 1486²³¹. El tratado se compuso como una absoluta refutación del *De confessione* del maestro salmantino Pedro Martínez de Osma²³², la polémica obra escrita entre 1476 y 1477 que fue «expresamente juzgada [...] condenada y quemada públicamente nada menos que en tres ciudades distintas: Zaragoza, Alcalá de Henares y Salamanca»²³³. El hecho de que el tono de la censura ejercida sobre el *De confessione* tenga más que ver con la forma en que se iban a promulgar las indulgencias impresas por el propio Vázquez²³⁴, o por lo menos sea más académica que espiritual, es lo que podría hacer sospechar una intervención de Jiménez de Préjano en los cambios producidos en el texto de Pulgar sobre el conde de Ribadeo impreso por su familiar, con el simple objetivo de ahorrarse litigios como los habidos entre Pedro de Villandrando y algunos de sus coetáneos.

227. Justo Pérez Pastor, *La imprenta en Toledo. Descripción bibliográfica de las obras impresas en la imperial ciudad desde 1483 hasta nuestros días*, Madrid, Imprenta Manuel Tello, 1887, pp. 3-4.

228. David Hook, «The Legend of the Flavian Destruction of Jerusalem in Late Fifteenth-Century Spain and Portugal», *Bulletin of Hispanic Studies*, 65.2 (1988), pp. 113-128, especialmente p. 120.

229. «Hombre de confianza de los Reyes Católicos, que le confiaron el cargo de comisario y responsable de la burocracia en la predicación de la cruzada» (González Ruiz, «Las bulas», p. 98).

230. De hecho, la obra de Pulgar es «la única de toda su producción [i.e., de Juan Vázquez] de contenido no religioso» (Hernández González, «De la tradición impresa», p. 969).

231. Descrito por Julián Martín Abad, *Catálogo bibliográfico de la colección de incunables de la Biblioteca Nacional de España*, Madrid, Ollero & Ramos, 2010, n° J-38.

232. Martín Martín, «Los obispos de Extremadura», p. 77.

233. Fernando Martín Baños, «Pedro Martínez de Osma: Inquisición y censura académica en Castilla. Una reevaluación», *Studia Aurea. Revista de Literatura Española y Teoría Literaria del Renacimiento y Siglo de Oro*, 14 (2020), pp. 215-270. El texto citado, en p. 217.

234. Tal como explica González Ruiz, «Las bulas», pp. 47-48.

Es preciso enfatizar, por último, el profundo interés —que sospecho fue mucho más crematístico que espiritual— mostrado por el clérigo riojano en el negocio del libro impreso, motivo por el cual hizo poner a uno de sus familiares al frente de una de las imprentas de Toledo²³⁵. Para aseverar esta sospecha, nada mejor que conectar dos acontecimientos casi seguidos: primero, que tras la promulgación en febrero de 1489 del *Quo citius*, en el que Inocencio VIII conminaba a los Reyes Católicos a poner freno a los excesos producidos en el cobro de la bula de cruzada²³⁶, Jiménez de Préjano dejó su puesto como comisario de bulas²³⁷. Segundo, que su destitución como buldero conllevó el fin de la actividad artesanal de Vázquez, en tanto que, después de la *Recollectio sacramentorum*²³⁸, publicado en mayo de 1491²³⁹, no volvemos a encontrar ningún otro libro impreso en este taller²⁴⁰.

Un caso de autocensura historiográfica comparable al de Pulgar y la imprenta de Juan Vázquez sucedió aproximadamente medio siglo más tarde²⁴¹: el protagonizado por Lucio Marineo Sículo, el conocido humanista italiano afincado en la España del temprano Quinientos²⁴². La edición de su *Opus de rebus Hispaniae memorabilibus* de 1530²⁴³, que imprimió Miguel

235. Tanto Martínez de Osma como Jiménez de Préjano destacaron «por su perspicacia en comprender desde el principio la transcendencia de la imprenta para la difusión de las ideas, pues ambos echaron mano de ella, cuando estaba comenzando a introducirse en Castilla» (González Ruiz, «Las bulas», pp. 54-55).

236. José Goñi Gaztambide, *Historia de la bula de la Cruzada en España*, Vitoria, Editorial del Seminario, 1968, pp. 683-684.

237. González Ruiz, «Las bulas», p. 129.

238. Véase Martín Abad, *Catálogo bibliográfico*, R-11.

239. El ejemplar único se conserva en la BNE, Inc/525, y está disponible en Internet a través de la Biblioteca Digital Hispánica: <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000176564&page=1>; (consulta 18-12-2021).

240. Nada más sabemos de la identidad del impresor, pese a los esfuerzos de González Ruiz, «Las bulas», pp. 151-153.

241. Como indica Hernández González, «El texto de *Claros varones*», p. 136.

242. Para su vida y obra, véase Teresa Jiménez Calvente, *Un siciliano en la corte de los Reyes Católicos. Los Epistolarum familiarum libri XVII de Lucio Marineo Sículo*, Alcalá de Henares, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 2005.

243. Analizado en profundidad por José María Maestre Maestre, «Humanismo y censura: en torno al *Opus de rebus Hispaniae memorabilibus* de Lucio Marineo Sículo» en *Actas del X Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, Sociedad Española de Estudios Clásicos, 2002, III, pp. 213-264.

Eguía en Alcalá de Henares²⁴⁴, se remataba con dos libros finales, XXII (ff. 127r-137r) y XXIII (ff. 137r-152r), titulados *De viris illustribus Hispanie*²⁴⁵. Sin embargo, esta galería biográfica de caballeros castellanos fue eliminada por el propio Eguía en la siguiente edición de esta obra, la de 1533²⁴⁶, aduciendo justo antes del colofón que «inter viventes, ut est humana conditio, magna nasceretur invidia et iusta praetera multorum querela qui praetermissi fuissent»²⁴⁷. El impresor enmendó aquí el aparente error de Marineo Sículo, que hizo caso omiso de la indicación de Pérez de Guzmán acerca de esperar a la muerte de los caballeros y reyes, «por qu'el estoriador sea libre para escribir la verdad sin temor»²⁴⁸. El humano sentimiento de la envidia por parte de los notables e ilustres que no fueron loados fue el responsable de la censura de los textos. Extrapolándolo a las enmiendas a los *Claros varones* de Pulgar, la responsabilidad bien podría haber recaído en el no menos humano acto reflejo de impresor y oficiales para evitar meterse en problemas con la todopoderosa clase aristocrática del reino de Castilla.

Hay que reconocer, en cualquier caso, que la decisión de Vázquez y de sus colaboradores fue quirúrgica, rápida y acertadísima. Simplemente con una palabra añadida y otra tachada por alguna de esas *manos fantasmas*, cuyas correcciones se aprecian en el libro que preparaban para la estampa²⁴⁹, el incunable acabó por transmitir la idea opuesta a la pretendida por Pulgar. A favor de la manipulación estaba el hecho de que edulcorar el origen nobiliario de un linaje no era en absoluto extraño²⁵⁰, sino algo muy frecuente

244. Sigo el ejemplar de la BNE, R/9043, disponible en Internet a través de la Biblioteca Digital Hispánica: <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000193147&page=1>; (consulta 18-12-2021).

245. Entre los cuales se hallaba una brevísima semblanza elogiosa del primer conde, «Rhodorico Ribadei comite», f. 137r.

246. Julián Martín Abad, *La imprenta en Alcalá de Henares (1502-1600)*, Madrid, Arco Libros, 1991, I, pp. 391-393.

247. Lucio Marineo Sículo, *Opus de rebus Hispaniae memorabilibus*, Alcalá de Henares, Miguel de Eguía, 1533, f. 128v. Sigo el ejemplar U/8565 de la BNE.

248. Fernán Pérez de Guzmán, *Generaciones y semblanzas*, ed. Jesús Domínguez Bordona, Madrid, Espasa-Calpe, 1954, p. 6.

249. Hernández González, «De la tradición impresa», p. 947.

250. O incluso inventárselo, como hizo Galíndez de Carvajal con el suyo propio. Véase Baltasar Cuart Moner, «La sombra del arcediano. El linaje oculto de don Lorenzo Galíndez de Carvajal», *Studia Histórica: Historia Moderna*, 15 (1996), pp. 135-178.

en la época y que iba a alcanzar su apogeo máximo algunos años después, incentivado sobremanera por la necesidad que iban a tener muchos de los nobles peninsulares de defenderse del peligro que, para sus intereses de movilidad social, supuso la propagación de los estatutos de limpieza de sangre²⁵¹. Mas sin necesidad de adelantarnos en el tiempo, hay muchísimas pruebas que nos demuestran que el falseamiento consciente de la alcurnia era moneda de uso común durante los años en los que Pulgar escribió su obra. Por escoger tan solo las más representativas, bástenos recordar, primero, que la legislación en vigor durante toda la centuria fijaba ciertas formas concretas para probar la hidalguía, tal como finalmente se sancionó a partir de la promulgación de la pragmática de Córdoba, en la primavera de 1492²⁵². En segundo lugar, podemos recurrir una vez más al ejemplo de Hernán Mexía, quien, en su *Nobiliario vero*, dedicó su capítulo XXV de la III *conclusión* a los «muchos que por se fazer nobles o fijosdalgo, siendo onbres de baxos linajes, fingieron ser fijos de onbres nobles y grandes»²⁵³.

En resumen, aunque ciertamente la historiografía era y es «tarea delicada, intersección de muy diversos intereses políticos»²⁵⁴, es de igual forma cierto que, en el caso concreto de la manipulación textual que venimos comentando, la falsedad resultante ha sido elevada a la categoría de dato verídico por la inmensa mayoría de cronistas, genealogistas e historiadores que han escrito sobre el conde de Ribadeo tomando como referencia a los *Claros varones de Castilla*. Es lo que sucede, sin ir más lejos, con el anteriormente mencionado Fernández de Oviedo, que escribió: «Bien sé que [Pulgar] dize que su linaje era de escudero hidalgo de Valladolid»²⁵⁵, en el preámbulo a su biografía del de Villandrando, apenas una repetición casi letra por letra de la información contenida sobre el mismo noble en

251. Antonio Domínguez Ortiz, *La clase social de los conversos en Castilla en la Edad Moderna*, Granada, Universidad de Granada, 1991, pp. 13-14.

252. Julio García-Gabilán San Gil, «La hidalguía de solar. Posibilidad de un procedimiento probatorio al margen de la Pragmática de Córdoba de 30 de mayo de 1492», *Revista Aequitas. Estudios sobre historia, derecho e instituciones*, 3 (2013), pp. 119-144, especialmente pp. 123-125.

253. Mexía, *Nobiliario vero*, ed. cit., p. 230.

254. Gonzalo Pontón, *Escrituras históricas. Relaciones, memoriales y crónicas de la guerra de Granada*, Bellaterra, Seminario de Literatura Medieval y Humanística-Universidad Autónoma de Barcelona, 2002, p. 32.

255. Fernández de Oviedo, *Batallas y Quinquagenas*, ed. Avalor-Arce, p. 384.

cualquier impresión de los *Claros varones* posterior a 1486. Solo el examen detenido del manuscrito de imprenta y su cotejo con el texto de los impresos y con los documentos que enmarcan las coordenadas históricas y sociales de la época han podido probar la falta de hidalguía en el linaje de los condes de Ribadeo, contrariamente a lo que ha indicado durante siglos la obra de Pulgar. No obstante, esta manipulación no deja en tal mal lugar al autor como al impresor y a los estampadores responsables de la edición príncipe, por mucho que, desde una perspectiva humana, comprendamos también que las preocupaciones de aquellos estuvieran muchísimo más apegadas a lo puramente crematístico que a los menos mundanos y más etéreos conceptos de originalidad literaria u objetividad narrativa, no digamos ya el entonces cuasi inexistente respeto a la autoría²⁵⁶.

Sumemos a todo lo dicho un dato importante: no fue Pulgar un literato que destacara por mantener una actitud desafiante ante el poder, sino más bien todo lo contrario. Si parangonamos su mucho más calmado temperamento con la verborreica irritabilidad de Palencia —quien llegó a calificar como «magistra dissimulationum» a la mismísima Isabel la Católica—²⁵⁷, obtendremos indicios muy evidentes de por qué en 1480, tras las cortes de Toledo, el converso madrileño fue escogido como cronista en detrimento del iracundo palentino²⁵⁸. Esta comparación ha servido para definir a Pulgar como un acérrimo defensor del centralismo monárquico de los Reyes Católicos²⁵⁹, por lo que es habitual referirse a él como «moderado isabelino [...], más historiador que cronista»²⁶⁰, o

256. Las manipulaciones de los textos cronísticos, incluidos los escritos por Pulgar, fueron muy frecuentes, como indica Francisco Bautista Pérez, «Historiografía y poder al final de la Edad Media: en torno al oficio de cronista», *Studia Historica. Historia Medieval*, 33 (2015), pp. 97-117, especialmente pp. 108-109.

257. Robert B. Tate, «Políticas sexuales: de Enrique el Impotente a Isabel, maestra de engaños (*magistra dissimulationum*)», en Richard Hitchcock y Ralph Penny (eds.), *Actas del Primer Congreso Anglo-Hispano. Vol. 3, Historia in memoriam Derek Lomax*, Madrid, Castalia, 1994, pp. 165-176, especialmente pp. 174-175.

258. Fernando Gómez Redondo, *Historia de la prosa medieval castellana*, Madrid, Cátedra, 1998-2002, IV, p. 3512.

259. Michael Agnew, «The silences of Fernando de Pulgar in his *Crónica de los Reyes Católicos*», *Revista de Estudios Hispánicos*, 36.3 (2002), pp. 477-499.

260. Enrique García Hernán, «La España de los cronistas reales en los siglos XVI y XVII», *Norba. Revista de Historia*, 19 (2006), pp. 125-150. El texto citado, en p. 126.

incluso considerarlo un «típico personaje de “mentalidad Reyes Católicos”»²⁶¹. Sin embargo, estos calificativos derivan de una interpretación muy laxa por parte de la crítica del claro antagonismo, estilístico y político, entre ambos, sin duda visible con claridad incluso en una lectura superficial de sus respectivas crónicas²⁶². Y, aunque así fuera, es difícil sostener que, como sucede con la comparación de estilo literario entre las *Generaciones y semblanzas* y los *Claros varones*, casi siempre desfavorable a Pulgar²⁶³, se esgrima un factor puramente estético para desmerecer el valor historiográfico de una crónica al lado de la otra, o lo que es peor, esgrimirlo para señalar una soterrada enemistad entre los dos autores²⁶⁴. Bien es cierto que, por pura lógica y atendiendo a los sentimientos humanos, no se puede descartar por completo que la sustitución del uno por el otro en el oficio escriturario regio no conllevarse un cierto deterioro de su relación personal²⁶⁵. Pero tampoco conviene hacer de ello un mundo, sino que debió de ser algo muy frecuente, de manera que de haber existido esa «rivalidad declarada» entre los dos²⁶⁶, no sería la primera habida entre literatos cuatrocentistas por razones de celo historiográfico, puesto que algo similar parece haber sucedido entre Fernán Pérez de Guzmán y Enrique de Villena²⁶⁷. Y, además, en el caso de Palencia y de Pulgar, tenemos al menos la constancia del hoy perdido *De adulatoriis*

261. José Antonio Maravall, *Estado Moderno y mentalidad social*, Madrid, Revista de Occidente, 1972, II, p. 14.

262. Gómez Redondo, *Historia de la prosa medieval*, IV, p. 3958.

263. Castillo Mathieu, «Breve análisis», p. 424.

264. Bárbara F. Weissberger, *Isabel Rules: Constructing Queenship, Wielding Power*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2004, pp. 45-46.

265. Como argumenta Robert B. Tate, «Poles Apart. Two Official Historians of the Catholic Monarchs: Alfonso de Palencia and Fernando del Pulgar», en José María Soto Rábanos (ed.), *Pensamiento medieval hispano. Homenaje a Horacio Santiago Otero*, Madrid, CSIC, 1998, I, pp. 439-463.

266. En expresión de Michel García, «La crónica castellana en el siglo XV», en José Manuel Lucía Megías et al. (eds.), *Actas del III Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 1992, I, pp. 53-70. La cita, en p. 57.

267. Derek C. Carr, «Pérez de Guzmán and Villena: A Polemic on Historiography?», en John S. Miletich (ed.), *Hispanic Studies in Honor of Alan Deyermond. A North American Tribute*, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1986, pp. 57-70.

salutationibus (ca. 1483)²⁶⁸, un «diálogo de corte terenciano»²⁶⁹, que el primero dedicó al segundo y que nos indica que, al menos durante algún tiempo, mantuvieron algún tipo de vínculo personal amistoso.

En otras ocasiones se ha esgrimido la llegada del madrileño al oficio de cronista como prueba de la necesaria docilidad funcionarial para servir a la monarquía Trastámara, convirtiendo el oficio de cronista en el fin de un *cursus honorum* áulico y, por lo tanto, la escritura cronística en un mero instrumento destinado a la obtención de prebendas palatinas y las rentas aparejadas al oficio²⁷⁰. Es cierto que las propias palabras de Pulgar nos ofrecen pruebas fehacientes de que su obediencia y su lealtad a la monarquía estaban, si no por encima, al menos a un nivel parejo al de su apreciación por las cualidades de la buena historiografía. Buen ejemplo de que, como mínimo, el escritor madrileño se esforzó de forma enconada por «adaptarse a las necesidades del puesto»²⁷¹, es el cuasi servil tono con el que aceptó llevar un borrador de su crónica a la reina Isabel para que ella²⁷², o quienquiera que ella considerase, lo revisara, dentro del «control más directo de la elaboración cronística» mostrado por la monarquía Trastámara a partir de aquellos años²⁷³. Desde luego, la

268. Francisco Javier Durán Barceló, «Bibliografía de Alfonso de Palencia», *Boletín Bibliográfico de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, 9 (1995), pp. 289-335, especialmente p. 292.

269. Gómez Redondo, *Historia de la prosa medieval*, IV, p. 3762.

270. La idea, ya expresada por Carriazo en su prólogo a la *Crónica de los Reyes Católicos* de Pulgar (I, p. LIII), es desarrollada con más profundidad por Luis Fernández Gallardo, «*Claros varones* en el contexto de la biografía castellana del siglo XV», en Armando López Castro y María Luzdivina Guesta Torre (eds.), *Actas del XI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, León, Secretariado de Publicaciones de la Universidad, 2007, I, pp. 533-541, especialmente p. 533.

271. Robert B. Tate, «El cronista real castellano durante el siglo XV», en *Homenaje a Pedro Sáinz Rodríguez*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1986, III, pp. 659-668, especialmente p. 666.

272. En concreto, la epístola XI, dirigida a la propia Isabel la Católica hacia el año 1482, al comienzo de las campañas de Granada: «Yo iré a vuestra alteza, segund me lo envía a mandar, e levaré lo escrito fasta aquí para que lo mande examinar» (Pulgar, *Letras*, ed. cit., p. 53).

273. José María Monsalvo Antón, «*En tiempo de los reyes donde yo vengo*». *Usos del pasado y legitimación monárquica (del reino de Asturias a los Trastámara)*, Murcia, Editum-Sociedad Española de Estudios Medievales, 2021, p. 33.

actitud de Pulgar está en las antípodas de la de Palencia, cuya negativa a que el cardenal Mendoza revisara su *Cuarta década* acabó por costarle el puesto de cronista oficial²⁷⁴. Pero no solo a la realeza mostraba Pulgar su servilismo, sino también a ciertos círculos nobiliarios que, con sus cartas de relación, trataban de sugerir, cuando menos, o incluso controlar e imponer su visión de los acontecimientos relacionados con las operaciones militares²⁷⁵. Es el caso del relato que María Hurtado de Mendoza, esposa de Diego Fernández de Córdoba, conde de Cabra, despachó al cronista para que este completase el contenido de la captura de Boabdil el Chico en la guerra de Granada²⁷⁶. Este intercambio de materiales historiográficos motivó que Pulgar dirigiese a la condesa otra sus epístolas²⁷⁷, en la que declaraba ser «tan aficionado» a ella que la dama debería estar «bien segura que tiene el estoriador de su mano»²⁷⁸.

La docilidad de Pulgar ejerciendo su oficio es indudable²⁷⁹, si bien ha sido exagerada en demasía²⁸⁰, sobre todo porque se ha personalizado en él una mansedumbre que no era más que condición *sine qua non* para trabajar como cronista oficial. Con casi la única excepción de la ya comentada reacción furiosa de Palencia al negarse a que su *Cuarta década* fuera supervisada²⁸¹, la lealtad y la obediencia a la monarquía son cualidades que

274. Gómez Redondo, *Historia de la prosa medieval*, IV, p. 3512.

275. Como afirma Pedro M. Cátedra, «En los orígenes de las epístolas de relación», en *Las «relaciones de sucesos» en España (1500-1750): Actas del Primer Coloquio Internacional*, París-Alcalá de Henares, Publications de la Sorbonne-Universidad de Alcalá, 1996, pp. 33-64, especialmente p. 47.

276. Explicada en profundidad por quien descubrió esta epístola: Luciano Serrano, «Documentos referentes a la prisión de Boabdil en 1483», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 84 1924, pp. 439-448.

277. Sobre su construcción literaria, véase Gómez Bravo, *Textual Agency*, p. 157.

278. Pulgar, *Letras*, ed. cit., pp. 142-143.

279. Como resumen, se puede decir que Pulgar «no pone ningún reparo cuando se le obliga a someter lo escrito a autoridades morales designadas por la reina» (García, «La crónica castellana», p. 64).

280. Coinciden en estas exageraciones tanto Tate («Los trabajos», pp. 43-44) como Weissberger (*Isabel Rules*, pp. 84-87).

281. La reacción es analizada por Robert B. Tate, «Alfonso de Palencia y los preceptos de la historiografía», en Víctor García de la Concha (ed.), *Nebrija y la introducción del Renacimiento en España*, Salamanca, Ediciones de la Universidad, 1983, pp. 37-51, especialmente pp. 41-42.

se aprecian de igual forma en todos aquellos que ejercieron el oficio de cronista áulico a fines de la Edad Media²⁸², en Castilla y en otros reinos europeos²⁸³, puesto que lo que se buscaba era una cierta combinación de preparación técnica y letrada que además encajara de forma precisa con las necesidades de la política de la corona²⁸⁴. Téngase en cuenta que el propio Pérez de Guzmán, en el prólogo a sus *Generaciones y semblanzas*, ya se refería sin tapujos a la sospecha de que «en la estoria de Castilla del presente tienpo aya algún defecto, especialmente por non osar, o por complazer a los reyes»²⁸⁵. También Valera, al final de su *Corónica de España* o *Valeriana*, se excedía un poco más servilmente de lo debido en la típica falsa modestia de la *captatio benevolentiae* inicial, al dirigirse a la reina Isabel «humilmente suplicando a vuestra real magestad que, si en lo por mí escrito algunos defetos fallare, como no dudo, los mande corregir y emendar, atribuyendo la culpa de aquellos a mi poco saber»²⁸⁶. Y a modo de notorio colofón, no olvidemos que la intervención de los propios reyes en los textos que se iban a escribir era conocida y asumida por todos, como el propio Galíndez de Carvajal declaró que ocurría respecto a la crónica en verso de la guerra de Granada que escribía Hernando de Ribera, a la que nos referiremos más adelante:

Muchas veces yo oí al Rey Católico aquello que decía él, que era lo cierto; porque, en pasando algún hecho o acto digno de escrebir, lo ponía en coplas y se leía a la mesa de Su Alteza, donde estaban los que en lo hacer se habían hallado, e lo aprobaban o corregían según en la verdad había pasado²⁸⁷.

282. Nancy F. Marino, «Inventing the Catholic Queen: Images of Isabel I in History and Fiction», en Bárbara F. Weissberger (ed.), *Queen Isabel I of Castile. Power, Patronage, Persona*, Woodbridge, Tamesis, 2008, pp. 186-199, especialmente pp. 187-190.

283. Para el ejemplo de la Francia coetánea del siglo XV, véase García, «La crónica castellana», p. 60.

284. Como explica Elisa Ruiz, «El poder de la escritura y la escritura del poder», en José Manuel Nieto Soria (dir.), *Orígenes de la monarquía hispánica: propaganda y legitimación (ca. 1400-1520)*, Madrid, Dykinson, 1999, pp. 275-313, especialmente p. 284.

285. Pérez de Guzmán, *Generaciones y semblanzas*, ed. cit., pp. 7-8.

286. Diego de Valera, *Corónica de España, o Valeriana*, Sevilla, Alonso del Puerto, 1482, f. 326r. Sigo el ejemplar de la BNE, Inc/1732.

287. Lorenzo Galíndez de Carvajal, *Anales breves del reinado de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*, ed. Rafael Floranes, Madrid, Imprenta Viuda de Calero, 1851, p. 243.

No se tome nada de lo dicho hasta aquí a modo de exculpa a favor de Pulgar: nos vale el popular dicho español que iguala el mal de los muchos al regocijo de los necios. Así, a pesar de que la sumisión al poder fuera característica compartida con otros cronistas, y sin demérito alguno de la ágil jocosidad con que se lee su vivaz y descriptiva prosa²⁸⁸, lo cierto es que todos sus escritos son ejemplos paradigmáticos de la oficialidad de la historiografía de su época²⁸⁹, por más que él se viese a sí mismo como un émulo castellano de «Tito Livio e los otros estoriadores antiguos»²⁹⁰. Tan solo su origen converso parece conmoverlo en ocasiones lo suficiente para que el «historiador de los hechos de sus reyes y amigo a la vez de retraerse en soledad»²⁹¹ abandone su hermética coraza intelectual y nos enseñe su verdadero perfil ideológico de humanista ciudadano²⁹². No conviene olvidar que, junto a Cartagena y al protonotario Juan de Lucena²⁹³, fue de los pocos que rompió la norma general de la literatura de su tiempo, escasamente crítica contra el poder²⁹⁴, para señalar la injusticia hecha a quienes se acusaba de judaizantes muchas veces de manera engañosa²⁹⁵. Gravitando alrededor de este tema es donde hallamos a un Pulgar «de talante lúcido y progresista»²⁹⁶, convertido en testigo directo y documentado de los vaivenes de la situación de los conversos²⁹⁷.

288. Lo que hace a Pulgar sin duda digno del calificativo de «ingenio festivo», como apunta Gonzalo Pontón, *Correspondencias: los orígenes del arte epistolar en España*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002, p. 199.

289. Tate, «El cronista real castellano», p. 667.

290. Pulgar, *Letras*, ed. cit., p. 142.

291. Castro, *España en su historia*, p. 546.

292. Bianchini, «Fernando del Pulgar: una testimonianza», pp. 27-28.

293. Gómez Redondo, *Historia de la prosa medieval*, IV, p. 3683.

294. Como argumenta Ottavio Di Camillo, «¿Existe una literatura de oposición en la España de la Edad Media?», en Adeline Rucquoi (dir.), *Genèse médiévale de l'Espagne moderne. Du refus à la révolte: les résistances*, Nice, Association des Publications de la Faculté des Lettres, 1991, pp. 145-169, especialmente pp. 147-148.

295. Castro, *España en su historia*, pp. 538-539.

296. Félix Carrasco, «Claros varones de Castilla: construcción e ideología», en Manuel Criado del Val (dir.), *Literatura hispánica, Reyes Católicos y descubrimiento*, Barcelona, PPU, 1989, pp. 171-176. El texto citado, en p. 176.

297. E. Michael Gerli, «Social Crisis and Conversion: Apostasy and Inquisition in the Chronicles of Fernando del Pulgar and Andrés Bernaldez», *Hispanic Review*, 70.2 (2002), pp. 147-167, especialmente pp. 155-159.

Por eso, más que hallar un motivo para ocultar su propia vulnerabilidad dentro de las terribles circunstancias que el colectivo al que pertenecía estaba sufriendo²⁹⁸, no dudó en expresarse con la autenticidad que los tiempos requerían, tanto en su *Crónica de los Reyes Católicos* como en varias de sus epístolas²⁹⁹. Y este hecho, el no dejar que los artificios literarios sepulten sus verdaderos sentimientos, es lo que determina que nos encontremos ante «el primer prosista discursivo auténticamente personal, porque es precisamente el primero que cuenta con suficientes medios de orquestación en su expresión literaria»³⁰⁰. Ninguna prueba mejor de este aserto que la de una de sus epístolas relacionada con la situación de los judeoconversos, en la que se muestra certero y ataca sin tapujos a la raíz del problema al que se enfrentaban todos ellos³⁰¹:

Señor, días ha muchos que en el ánimo tengo escrito —y aun con ruin tinta— la neçedad tan çiega y la çeguedad tan neçia de aquella gente que beía bien que avía de dar el fruto que toda neçedad suele dar de sí³⁰².

La breve misiva apunta directamente al gran defecto de la época inicial de la Inquisición en Castilla que motivó las violentas persecuciones: la inexistencia de un plan global de evangelización para los judeo-

298. Como extrañamente indica Wendell P. Smith, «In Search of the Author: Self-fashioning and the Gender Debate in Fifteenth-Century Castile», en Laura Delbrugge (ed.), *Self-fashioning and Assumptions of Identity in Medieval and Early Modern Iberia*, Boston-Leiden, Brill, 2015, pp. 167-201, especialmente pp. 190-191.

299. Kevin Ingram, «The *Converso* Issue and Early Modern Spanish Historiography», en Kevin Ingram (ed.), *The Conversos and Moriscos in Late Medieval Spain and Beyond. Volume Four: Resistance and Reform*, Boston-Leiden, Brill, 2021, pp. 142-166, especialmente pp. 146-147.

300. Juan Marichal, *La voluntad de estilo. Teoría e historia del ensayismo hispánico*, Barcelona, Seix Barral, 1957, p. 31.

301. Andrea Zinato, «Un memorial della Spagna dei Re Cattolici: l'epistolario di Fernando del Pulgar», en Domenico Antonio Cusato et al. (coords.), *Atti del XXI Convegno della Associazione Ispanisti Italiani*, Messina, Andrea Lippolis, 2004, I, pp. 247-258, especialmente p. 250.

302. Francisco Cantera Burgos, «Fernando de Pulgar y los conversos», *Sefarad*, 4 (1944), pp. 295-348. El texto citado, en p. 296.

conversos³⁰³. Es muy sintomático, además, que se trate de un texto que ha permanecido al margen de la tradición impresa de las *Letras*, pues tan solo se nos ha transmitido por un único testimonio manuscrito³⁰⁴. No parece descabellado pensar que la ausencia de esta misiva en los sucesivos impresos de las *Letras* de Pulgar podría deberse a un motivo similar al de las correcciones de la biografía del conde de Ribadeo que estamos analizando: el exceso de celo de los impresores al seleccionar los materiales que llevaban a las planchas de estampar.

A la hora de juzgar las labores de creación intelectual y de impresión de libros en la historia cultural de la Baja Edad Media en la península ibérica, a veces se minusvaloran las profundas presiones que autores e impresores solían recibir³⁰⁵. Dejando al margen la conocida vigilancia de composiciones espirituales, cuyas enmiendas afectaron, por ejemplo, al cancionero de fray Ambrosio Montesino impreso en 1495³⁰⁶, debemos recordar que los Reyes Católicos, si bien «acogieron con entusiasmo el nuevo invento, muy adecuado para difundir la información institucional»³⁰⁷, mostraron asimismo un voraz deseo de atar en corto la producción de la imprenta en sus reinos. A la hora de calibrar las ventajas de fiscalizar la literatura, nadie mejor que Isabel y Fernando, quienes, al fin y al cabo, habían sido

303. María del Pilar Rábade Obradó, «La instrucción cristiana de los conversos en la Castilla del siglo XV», *En la España Medieval*, 22 (1999), pp. 369-393, especialmente pp. 380-387. Es ciertamente curioso que uno de los pocos textos producidos para llevar a cabo esta evangelización de los judeoconversos sea el *Lucero de la vida christiana* (BETA texid 1815), obra de nuestro viejo conocido, Pedro Jiménez de Préjano, y verdadero *best-seller* de la época: seis ediciones incunables entre 1493 y 1499, y una más en 1528. Se puede acceder al ejemplar de la de Burgos, por Fadrique de Basilea en 1495 (BNE, Inc/2083; BETA manid 2336), a través del siguiente enlace de la Biblioteca Digital Hispánica: <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000174102&page=1>; (consulta 18-02-2021).

304. Presentada con la rúbrica «Carta que escribió Hernando del Pulgar al illustre y reverendíssimo señor don Diego Hurtado de Mendoça, arçobispo de Sevilla, patriarcha de Alejandría y cardenal de Santa Savina, sobre la execución que se haze en los conversos del Andalucía» (BETA texid 3695), la carta se conserva en el MSS/1517 de la BNE (BETA manid 3946). El texto fue editado, con abundantes glosas, por Cantera Burgos («Fernando de Pulgar», pp. 304-348).

305. Sobre las presiones recibidas por los cronistas reales, véase Bautista Pérez, «Historiografía y poder», pp. 110-112.

306. De Páiz, «La corrección editorial», p. 282.

307. Lacarra, «El libro antiguo impreso», p. 324.

los máximos beneficiados, en sentido político, de todas las maledicencias escritas en prosa y en verso durante el conflicto sucesorio castellano iniciado tras la muerte de Enrique IV³⁰⁸. Bien se puede compartir aquí la sentencia de Gómez Redondo acerca de cómo, en lo referente a la cronística enriqueña, «nunca la historiografía había sufrido con tanta violencia las presiones de la misma historia de que había de dar cuenta»³⁰⁹.

Este celo de la monarquía sobre las letras de molde de Castilla y de Aragón se encuadra bien en un panorama general de comienzo de establecer trabas y dificultades para el acceso al saber ocurrido durante aquellos mismos años³¹⁰, que acabaría por conformar una censura propiamente dicha, sobre todo en lo tocante a crónicas y materiales historiográficos³¹¹. Se trata de una censura que aparece las más de las veces envuelta entre las brumas de la autocensura, pues los escritores realizaban su labor siendo plenamente conscientes de que, en el plano ideológico e intelectual, había comenzado la puesta en marcha de diferentes mecanismos en los entornos cortesanos y literarios de la monarquía para controlar el contenido del discurso literario. Todos estos esfuerzos cristalizaron en el instrumento jurídico que otorgó a los reyes el pleno control de los contenidos de la industria librera: la Pragmática Sanción de 1502³¹². A partir de esta fecha, no solo cada texto impreso fue «con gran vigilancia puntado y leído»³¹³, como decían los versos del famoso colofón rimado de Alonso de Proaza a la impresión de *La Celestina* en la que participó, sino que el sistema comenzó a perfeccionarse hasta establecer un implacable control inquisitorial de lo que las imprentas publicaban³¹⁴.

308. Ana Isabel Carrasco Manchado, *Isabel I de Castilla y la sombra de la ilegitimidad. Propaganda y representación en el conflicto sucesorio (1474-1482)*, Madrid, Sílex, 2006, pp. 391-401.

309. Gómez Redondo, *Historia de la prosa medieval*, IV, p. 3481.

310. Di Camillo, «¿Existe una literatura de oposición?», pp. 154-155.

311. Bautista Pérez, «Historiografía y poder», p. 108.

312. Antonio Sierra Corella, *La censura de libros y papeles en España y los índices y catálogos españoles de los prohibidos y expurgados*, Madrid, Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, 1947, p. 85. Para su vigencia posterior, véase Jaime Moll, «Problemas bibliográficos del libro del Siglo de Oro», *Boletín de la Real Academia Española*, 59 (1979), pp. 49-107, especialmente pp. 50-52.

313. Recogido por Lacarra, «El libro antiguo impreso», p. 325.

314. Virgilio Pinto Crespo, *Inquisición y control ideológico en la España del siglo XVI*, Madrid, Taurus, 1983, especialmente pp. 29-65.

Pero el ansia de la monarquía por inspeccionar todo lo que sus súbditos leían en letra impresa era ya notorio con claridad mucho antes de 1502, más o menos desde los mismos inicios de la imprenta en tierras ibéricas³¹⁵. Y la preocupación afectaba no solo a lo que leían, sino también a lo que recitaban o cantaban. Es lo que desprenden las amenazas con penas carcelarias a quienes osaran reproducir cantares satíricos precisamente de tema de burla anticonversa³¹⁶, como los surgidos en Burgos durante el año 1492³¹⁷. Recordemos también que los Reyes Católicos fueron especialmente crueles con los escritos que pudiesen contrariar, siquiera de forma leve, sus decisiones de gobierno, como el ejemplo paradigmático de las comúnmente conocidas como *Coplas del Tabefe* (ID 0206, MN17-20 f. 35r-36r: «Abre, abre las orejas»)³¹⁸. Los autores de este poema, muy críticos con la gestión de los recursos económicos de Andalucía durante las campañas militares de Granada, sufrieron la implacable persecución de la justicia castellana, dentro de una truculenta historia forjada alrededor de ejecuciones, encarcelamientos y exilios forzados³¹⁹.

Esta espinosa relación entre difusión impresa de la literatura y control del discurso por parte del poder afectó sin duda alguna la capacidad

315. María Luisa López-Vidriero y Pedro M. Cátedra, «La imprenta y su impacto en Castilla», en Agustín García Simón (ed.), *Historia de una cultura*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1996, II, pp. 463-542, especialmente pp. 517-522.

316. Óscar Perea Rodríguez, «Quebrantar la jura de mis abuelos: los conversos en los cancioneros castellanos del tardío medievo (1454-1504)», *La Corónica*, 40.1 (2011), pp. 183-226, especialmente pp. 205-220.

317. El documento de instrucciones al corregidor burgalés fue descubierto y editado por María Asenjo González, «Las ciudades: Apéndice documental», en José Manuel Nieto Soria (dir.), *Orígenes de la monarquía hispánica: propaganda y legitimación (ca. 1400-1520)*, Madrid, Dykinson, 1999, pp. 474-475.

318. Para el contexto histórico, véase Miguel Ángel Ladero Quesada, «Las coplas de Hernando de Vera: un caso de crítica al gobierno de Isabel la Católica», *Anuario de Estudios Atlánticos*, 14 (1968), pp. 365-381. Para el contexto literario, remito a Manuel Ferrer-Chivite, «Sobre las coplas llamadas “del Tabefe”, su autor y sus avatares», *Scriptura (=Letradura. Estudios de literatura Medieval)*, 13 (1997), pp. 151-172.

319. Óscar Perea Rodríguez, «The TV Show *Game of Thrones* as an Educational Axis to Teach Hispanic Cultures», *Imago Temporis*, 12 (2018), pp. 471-501, especialmente pp. 490-493.

creativa de muchos autores, sobre todo de los cronistas reales³²⁰. Entre otros ejemplos conocidos³²¹, Diego Enríquez del Castillo certificó por escrito cómo fue hecho prisionero en Segovia por los enemigos de Enrique IV, ocasión en la que «no solamente prendieron mi persona con gran desonestidad, mas robaron todo lo mío con las escripturas de la corónica del rey que hasta entonçes tenía ordenado y escripto y puesto»³²². Este desafortunado incidente, que nos ha privado para siempre de un código que pasó a engrosar las filas de las obras historiográficas perdidas en época Trastámara³²³, implicó también que la crónica resultante, la que hoy conocemos como *Crónica de Enrique IV*, «no fuera tan copiosa e complida como debe de las cosas que sucedieron en la prosperidad del Rey»³²⁴.

De mayor gravedad fueron los problemas relativos a otra de las obras perdidas de la cronística castellana cuatrocentista: la *Crónica rimada de la Conquista de Granada* que preparaba Hernando de Ribera³²⁵. Este trovador granadino, de biografía incierta pero avecindado con seguridad en la ciudad de Baza³²⁶, sufrió las iras de Enrique Enríquez, tío del Rey Católico y destacado hombre fuerte de la política bastetana de los años posteriores a la conquista del reino nazarí, a quien se ha definido como «el primer repoblador y mayor latifundista de realengo del reino de Granada»³²⁷. La pendencia entre cronista y noble es, cuando menos, insólita y muy

320. Estoy en desacuerdo, por lo tanto, con afirmaciones como «los cronistas cumplían su oficio con bastante libertad», expresada por José Luis Bermejo Cabrero, «Orígenes del oficio de cronista real», *Hispania. Revista española de Historia*, 40 (1980), pp. 395-409. La cita, en p. 397.

321. Hernández González, «El texto de *Claros varones*», pp. 135-136.

322. Enríquez del Castillo, *Crónica de Enrique IV*, p. 289.

323. Alan Deyermond, «La historiografía Trastámara: ¿una cuarentena de obras perdidas?», en *Estudios en homenaje a Don Claudio Sánchez Albornoz en sus 90 años*, Buenos Aires, Instituto de Historia de España-Anexos de Cuadernos de Historia de España, 1986, IV, pp. 161-193, especialmente pp. 175-177.

324. Enríquez del Castillo, *Crónica de Enrique IV*, p. 132.

325. Registrada por Deyermond, «La historiografía Trastámara», pp. 181-182.

326. Óscar Perea Rodríguez, *Estudio biográfico sobre los poetas del «Cancionero general»*, Madrid, CSIC, 2007, pp. 176-177.

327. Francisco Tristán García, «Enrique Enríquez, el primer repoblador de los Reyes Católicos», en Francisco Andújar et al. (coords.), *Los señoríos en la Andalucía Moderna. El Marquesado de los Vélez*, Almería, Instituto de Estudios Almerienses, 2007, pp. 581-603. La cita, en p. 600.

apropiada para nuestro propósito aquí, pues lo que se trató de dirimir fue la conveniencia de incluir o no, y, en caso afirmativo, de qué forma hacerlo, un cierto detalle específico ocurrido en 1483, durante en la toma cristiana de la ciudad de Tájara³²⁸, hoy conocida como hoy Huétor-Tajar. El supuesto diálogo ocurrido entre Ribera y Enríquez sobre la manera en la que el primero tenía que tratar en su crónica la presunta heroicidad militar del segundo no tiene desperdicio y es ampliamente explicativo de cómo, valiéndose de su ascendente político, el todopoderoso aristócrata castellano quiso expurgar la crónica, en tanto Ribera no trataba su acción con todo el heroísmo que, según el mayordomo real, debía:

D. Enrique le replicó: «¿Poneís lo de mi espingarda en lo de Tájara?». Hernando de Ribera le respondió que no, porque no hallaba cosa en aquello que le pudiese honrar; de lo cual D. Enrique se escandalizó y le tornó a preguntar la causa; y él dijo que ya sabía que no podía decir sino verdad, y que la espingarda más se podía imputar a caso fortuito en que no cabía culpa ni gloria, porque aquella pelota que le dio en la pierna había sido de recudida, que primero había dado en una peña, e sin riesgo ninguno ni peligro suyo. De lo cual D. Enrique se escandalizó e tuvo por no contento, y dende algunos días imbió por la corónica, que estaba en un monasterio, y casi que por fuerza la sacó y quitó lo que quiso³²⁹.

Pulgar conoció bien el suceso, y muy posiblemente la polémica posterior, como se deriva de la mención a la herida del mayordomo Enríquez en la décima de sus *Letras*. En ella, no solo se equipara la tinta de los escribanos con la sangre de los guerreros como signo de identidad de cada uno de los dos oficios³³⁰, en uno de los más memorables párrafos escritos a tal efecto sobre la conciencia e identidad de estos prelados como intelectuales intermediarios al servicio de la monarquía. Tal como corresponde a un nato cultivador del género consolatorio epistolar³³¹, Pulgar empatiza con

328. Bernáldez, *Memorias*, p. 605.

329. Galíndez de Carvajal, *Anales breves*, pp. 243-244.

330. Gómez Bravo, *Textual Agency*, pp. 15-16.

331. Así lo considera Carol Anne Copenhagen, *Letters and Letter Writing in Fifteenth-Century Castile: A Study and Catalogue*, tesis doctoral inédita, dir. Samuel G. Armistead, Davis, Universidad de California, 1984, p. 172.

el daño sufrido por el noble, reconociendo saber que semejante magulladura «os daría dolor y pornía en temor», pero incluye una confesión personal íntima expresada en primera persona: «fatiga me dio algunos días la fama de esa vuestra ferida»³³². Sin embargo, en cuanto la conversación avanza sobre lo que nada más fue una herida superficial, el madrileño se pone más solemne con el objetivo de enfatizar el más alto ideal alabado en su galería de ilustres: la militancia en la orden de la caballería³³³, atreviéndose incluso a aconsejar al noble a que considere su herida como un mero gaje del oficio caballeresco, pues «la profesión que fecistes en la orden de cavallería que tomastes os obliga a recibir tanto mayores peligros que los otros quanto mayor honra tenés que los otros»³³⁴.

Lo dicho hasta aquí basta para asumir que Pulgar estaba bien informado sobre los pormenores de la herida del mayordomo regio. Por eso, todavía extraña más que, cuando se vuelve a referir a la escaramuza en su crónica la despache con una escuetísima narración, escribiendo allí tan solo que «fueron muertos e feridos algunos fijosdalgo; especialmente fue herido don Enrique Enríquez, mayordomo mayor del Rey, de una espingarda»³³⁵. Esta insulsa mención de la herida de la discordia es más sospechosa aún si se tiene en cuenta que la antes citada epístola, en una edición anterior —la impresa en 1485 únicamente con las *Letras* y la *Glosa a las Coplas de Mingo Revulgo*—, contenía un párrafo más, cuyo texto fue eliminado en todas las posteriores ediciones de las *Letras*, es decir, las que se imprimen junto a los *Claros varones* y no junto a la *Glosa*³³⁶. En el texto eliminado se podía leer lo que sigue (BETA manid 2094, f. b3^v):

332. Pulgar, *Letras*, ed. cit., p. 51.

333. Bermejo Cabrero, «La biografía», pp. 441-442.

334. Pulgar, *Letras*, ed. cit., p. 51.

335. Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos*, II, p. 77.

336. Domínguez Bordona ha transmitido una pequeña incorrección al indicar que este párrafo fue añadido en la edición de 1500 (*Letras*, ed. cit., p. 52, n. 3), pues no se halla en ninguna de las dos ediciones incunables de *Claros varones* y *Letras* impresas en ese año (BETA manid 2083 y manid 2084), sino en la segunda edición conjunta de las *Letras* y la *Glosa a las Coplas de Mingo Revulgo* (BETA manid 2095), que Juan de Porras imprimió en Salamanca hacia 1498. Es esta impresión, que Domínguez Bordona conoció pero fechó de forma errónea, la que también contiene el párrafo final (c3r), suprimido en todas las demás. Véase Julián Martín Abad, «De un incunable salmantino y de su desajustada historia bibliográfica», *Pliegos de Bibliofilia*, 12 (2000), pp. 71-76.

Muy noble señor: aquellos a quien yo subçedí en este cargo demandavan dádivas a los señores por escribir semejantes fechos. Yo, señor, no quiero otra cosa sino que vuestra merçed me mande escribir la disposiçón (sic) de vuestra persona y de vuestro pie. Y si en esto os avéis comigo liberalmente, prometo a vuestra merçed de fazer el pie vuestro mejor que la mano de otro.

Es latente aquí una idea similar a la expresada por Pérez de Guzmán, a quien no tembló la pluma al repudiar a aquellos «onbres de poca vergüença [...] que se entremeten de escribir»³³⁷. Siguiendo los pasos de su maestro y guía, Pulgar acusa a algunos de sus antecesores en el oficio de cronista regio de cobrar sus servicios, en dinero o en favores, escribiendo al gusto del pagador. Pero, a la vez, el cronista madrileño prácticamente ofrece su buena pluma a Enrique Enríquez, y además gratis, insinuando que podría escribir sobre los daños sufridos de la manera que más placiese al todopoderoso mayordomo regio, con lo cual su ofrecimiento contradice con claridad su presunta denuncia. Para acabar de embrollarlo todo un poco más, los textos sobre el suceso de Tájara que finalmente se imprimieron, tanto en la *Crónica de los Reyes Católicos* como en las *Letras*, son mucho más neutrales, cuestión que tal vez no solo se explique por el apego de Pulgar al modelo literario de desechar la hazaña bélica feudalizante para mostrar una virtud individual más renacentista y moderna³³⁸.

¿Por qué el texto de las *Letras* se cambió en 1486, llevándose por delante un párrafo completo que ya había sido impreso el año anterior? ¿Modificó el mismo Pulgar el relato sobre la herida de espingarda de Enrique Enríquez al enterarse de la brutalidad mostrada por aquel contra Hernando de Ribera? Es difícil poderlo certificar desde la distancia que nos separan de aquellos siglos, pero de ninguna forma sería descabellado pensar que cambiase de opinión temiendo unas hipotéticas consecuencias funestas contra su persona, lesivas contra su posición social y económica en la corte regia, y sobre todo contrarias al proyecto de monarquía autoritaria, firme y defensora de la ley, que asegurase el difícil y precario devenir cotidiano de los judeoconversos en la sociedad. En diversas

337. Pérez de Guzmán, *Generaciones y semblanzas*, ed. cit., p. 3.

338. Carlos Calderón, «Testimonio y estrategia: de Del Pulgar a Aponte», *Revista de Lengua y Literatura*, 15-16 (1994), pp. 9-26, especialmente pp. 17-18.

ocasiones, Pulgar nos proyecta a través de sus escritos una imagen de verdadero émulo hispánico de Tomás Moro, afrontando en la España de los Reyes Católicos un dilema semejante al que el arzobispo de Canterbury tuvo que enfrentarse en la Inglaterra de Enrique VIII³³⁹, que no es otro sino el principal quebradero de cabeza de todos aquellos humanistas al servicio del naciente Estado moderno: estar atrapados, cual Ulises medievales, entre la Escila de sus convicciones morales y el Caribdis de las obligaciones aparejadas a sus oficios palatinos. Se entiende bien, por tanto, que Maravall considerara a Pulgar como un «testigo insistente acerca de la apreciación por las conciencias de la época de que libertad y sujeción real van juntas»³⁴⁰. Si a ello le unimos que el propio Burckhardt señalaba que, pese a la actitud servil de los humanistas italianos con sus señores, fue la actitud individualista de todos ellos la que acabó por conformar los profundos cambios emanados de la cultura renacentista³⁴¹, podríamos considerar al escritor castellano como una magnífica personalización del famoso aserto popularmente atribuido al filósofo Thomas Hobbes, *Primum vivere, deinde philosophari*, como se desprende de la anécdota recogida por Fernández de Oviedo al menos tres décadas después de la muerte del cronista:

Ríome yo de algunos que me culpan porque escribo de cavalleros que aún biven, e alaban a otros coronistas que callan y esperan que se mueran aquellos de quien han de escrevir; e dizen que así lo hizo Hernando del Pulgar³⁴².

Aun dando por bueno que, en el caso de los vaivenes textuales relacionados con Enrique Enríquez, nos encontremos ante una maniobra de autocensura, el resultado final de la comentada epístola no parece obedecer a las mismas razones que las alteraciones que hemos explicado antes en la semblanza de Rodrigo de Villandrando. Si Pulgar hubiera querido edulcorar, o incluso inventarse, el origen nobiliario del conde

339. Agnew, «The Silences», p. 494.

340. Maravall, *Estado Moderno y mentalidad social*, I, p. 423.

341. Jacopo Burckhardt, *La civiltà del secolo del Rinascimento in Italia*, trad. D. Valbusa, Firenze, Sansoni Editore, 1876, I, pp. 181-182.

342. Recogido por Juan Bautista de Avalle-Arce, *Las memorias de Gonzalo Fernández de Oviedo*, Chapel Hill, North Carolina University Press, 1974, II, p. 433.

de Ribadeo, es más lógico pensar que lo habría hecho con mucho mejor estilo narrativo, y tal vez sobre todo, con mayor elegancia literaria, tan ducho como él era en correr tupidos velos sobre verdades incómodas. Por ello, la burda manipulación del texto del incunable de los *Claros varones de Castilla* sobre la hidalguía del conde de Ribadeo ha de recaer en quienes dejaron al margen los planes de idoneidad caballeresca con los que Pulgar quiso aderezar su literatura³⁴³ para preocuparse mucho más en evitar que el apocado, huraño y arisco Pedro de Villandrando, sucesor del conde biografiado, interrumpiese de la peor de las maneras posibles la viabilidad económica de su negocio editorial.

343. Bermejo Cabrero, «La biografía», p. 441.

